

La
MUJER del
KIMONO
BLANCO

ANA JOHNS

se

Lectulandia

Japón, 1957. El matrimonio concertado de Naoko Nakamura asegura el estatus de su familia. Pero Naoko se ha enamorado de un marinero estadounidense, un gaijin, y casarse con él provocaría una gran vergüenza a toda su familia. Cuando se descubre que Naoko está embarazada, es repudiada y obligada a tomar decisiones inimaginables con consecuencias que se extenderán de generación en generación.

Estados Unidos, en la actualidad. Tori Kovač, al cuidado de su padre moribundo, encuentra una carta que contiene una gran revelación, una que pone en duda todo lo que sabía sobre él y sobre su familia. Iniciará un viaje para descubrir la verdad que esconde esa carta y que la llevará a recorrer medio mundo hasta llegar a una remota aldea costera en Japón, donde debe enfrentarse a los demonios del pasado y allanar el camino para la redención.

Ana Johns

La mujer del kimono blanco

ePub r1.0

Titivillus 09-03-2020

Título original: *The Woman in the White Kimono*

Ana Johns, 2019

Traducción: Milo J. Krmpotić

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A mi padre, David Gaydos

デヴィッドゲーデイス

1936-1988

Una vez que nos hemos visto y hemos hablado,
ya somos hermanas.

PROVERBIO JAPONÉS

Prólogo

Me llamo Naoko Nakamura. Mi nombre de casada es Naoko Tanaka. Y una vez, durante un breve período entre ambos, tuve un nombre distinto, ajeno a la tradición, debido a una boda inusual que se celebró bajo un viejo árbol de luces titilantes.

No dispusimos de un sacerdote ordenado que oficiara la ceremonia. No nos casamos en un santuario sagrado y no me cambié tres veces de ropa, como dicta la tradición.

Pero estaba enamorada.

Aquella noche, la oscuridad cayó sobre las casitas de la aldea y las envolvió con su manto de negrura, pero al oeste el cielo mantuvo un color naranja, se aferró al horizonte, furtivo y lleno de curiosidad. Cuando salí al porche, el aire húmedo besó mis mejillas. Bajé el escalón, pisé la tierra y, al doblar la esquina de la casa, dejé escapar un grito ahogado.

A lo largo del camino de guijarros se alineaban linternas de papel, y unas esferas que tenían el color dorado de la mantequilla iluminaban los árboles como *hotaru* amarillas, como una nube de luciérnagas surgida tras las lluvias torrenciales de julio. Había tantas que, al pasar por debajo de las ramas y levantar la mirada, los árboles me parecieron paraguas gigantes que me protegían de un centenar de estrellas fugaces.

Con una sonrisa, me pasé la mano por el vestido para sentir su esponjosa textura bajo la yema de los dedos. Nunca me había sentido tan bella, ni había estado tan nerviosa. En mi interior, la excitación crepitaba como los destellos de una bengala, era una descarga eléctrica que me atravesaba desde los pies hasta la punta de los dedos de las manos.

Frente a mí, en el centro del pequeño grupo de gente que esperaba, estaba el hombre que iba a convertirse en mi marido. Al reflejarse en sus ojos, la luz de un farol hizo que las volutas blancas en su centro danzaran como velas sobre el más azul de los océanos, y yo me perdí en ellos. Me perdí en él. Me perdí en ese momento.

Con cada paso que daba me acercaba un poco más a mi futuro y me alejaba un poco más de mi familia. Era un contraste de extremos en todos los sentidos, pero de alguna manera yo había encontrado mi lugar entre ellos. Buda lo llamaba el camino del medio. El equilibrio correcto de la vida.

Yo lo llamaba felicidad.

Una vida con amor es una vida feliz. Una vida dedicada únicamente al amor es una estupidez. Una vida de condicionales es insoportable. A mis setenta y ocho años, he pasado por las tres.

Mi abuela solía decir: «Así con las penas, así con la felicidad, todo pasa». Pero, incluso en mi vejez, cuando cierro los ojos sigo viendo el lejano parpadeo de un millar de luces diminutas.

Uno

Estados Unidos, en la actualidad

Incluso de noche, con la mitad del personal, el Instituto Oncológico Taussig navegaba con la serenidad propia de su tocayo^[1]. Con el doctor Amon al timón, yo rezaba para que mi padre capeara de alguna manera el temporal, pero sus recaídas me mantenían sentada a su lado, observándolo en busca de señales.

Aunque había atenuado la intensidad de la luz y tenía la televisión sin sonido, mi padre forcejeaba con el sueño. La maquinaria zumbaba, los monitores pitaban, las conversaciones procedentes del vestíbulo llegaban en oleadas. Alguien lanzó un silbido.

«Llamar al viento tiene sus riesgos —decía papá sobre sus tiempos en alta mar—. Puedes acabar invocando vendavales y aguas turbulentas». Aquel hospital no era el barco de la Marina en el que había servido durante los años cincuenta, pero la improbable coincidencia de que ambos compartieran nombre me impedía desdeñar las supersticiones náuticas. Estiré el pie y cerré la puerta.

—¿Qué...? —Papá agitó los brazos e hizo que las vías intravenosas de plástico batieran como cabos contra un mástil—. ¿Tori?

—Estoy aquí, papá. —Me acerqué rápidamente a él y le puse una mano sobre el brazo—. Estás en el hospital, ¿recuerdas?

Durante la última semana se había despertado varias veces sin saber dónde estaba, y los períodos de descanso entre un despertar y otro eran cada vez más cortos. Aquello se había convertido en nuestra nueva normalidad.

Tensó el cuerpo para incorporarse e hizo una mueca de dolor, así que puse una mano tras la parte alta de su espalda y tiré de una almohada para colocársela allí. Pasé los brazos bajo los suyos y lo ayudé a desplazarse, maravillada ante lo ligero que se había vuelto. Él bromeó diciendo que era «medio hombre», pero yo no me reí. La verdad distaba mucho de ser

graciosa, y la broma, de ser verdad. Seguía siendo mi padre, un hombre grande en todos los sentidos.

Le tendí un vaso de plástico con hielo. Lo sacudió para que los trocitos se aflojaran con el traqueteo y sorbió el líquido que se había derretido. Con solo probarlo se disparó el reflejo: una tos convulsiva que se esforzó en aclarar. Cogí el vaso, le di unos pañuelos de papel y esperé a que se le pasara el ataque. Con la expulsión final, se recostó y cerró los ojos.

—¿Te encuentras bien? —Eran palabras vacías, porque era evidente que no se encontraba bien, pero de todos modos me tranquilizó asintiendo con la cabeza.

Entonces suspiró, el aire brotó profundo y rasposo, y las palabras se abrieron paso a través de él.

—¿Te he hablado alguna vez de la famosa calle Azul? Fue lo primero que vi nada más bajar del barco en Japón.

—Y la chica a la que le gustaron tus ojos fue lo segundo, ¿verdad? —me animé, contenta de que estuviera lúcido y esperando que se mantuviera así el tiempo suficiente para volver a contarme aquella historia.

—Bueno, en esa época tenía mejor aspecto.

—Ahora tienes mejor aspecto.

Así era. Tenía color en las mejillas; los ojos, penetrantes y concentrados. Sus movimientos habían mejorado. Era maravilloso y desasosegante a la vez. El doctor Amon me había dicho que estuviera pendiente de «la mejoría súbita» que iba a experimentar justo antes de la recta final.

Para mi padre, un último suspiro. Y, para mí, una última historia.

Sentada en la silla junto a su cama, me incliné hacia él y apoyé la barbilla sobre el puño cerrado.

—Así que diste un paso, te agachaste para deslizar los dedos sobre aquellas piedras brillantes incrustadas en el pavimento y...

—Y cuando me puse en pie, allí estaba ella.

—Mirándote.

—Sí. Y yo le devolví la mirada, vi mi futuro y me enamoré. —Papá inclinó la cabeza y sonrió ligeramente.

Aunque se tratara de su versión reducida, volví a enamorarme de aquella historia porque llevaba a todas las demás.

—Cada vez que llegaba al puerto, ella venía a verme —continuó—. Pero yo siempre estaba yendo y viniendo. Así eran las cosas. Éramos como los dos barcos que se cruzan en la noche del poema de Longfellow. —Tuvo que esforzarse para respirar.

Estiré el brazo hacia su mano pecosa y se la apreté.

—Cuando dejé el ejército, me quedé varado en Detroit, ahogándome en una botella. Pero entonces conocí a tu madre, y ella me salvó. —Clavó los ojos en los míos—. Y ahora viene lo que tienes que saber. ¿Me estás escuchando?

—Sí. —No me perdía una sola palabra.

—Tu madre fue el amor de mi vida, pero antes de esa vida tuve otra. Eso es lo que he estado intentando contarte. —Los labios le temblaron.

¿Cuándo? ¿Cuándo había intentado contarme eso? Mi mente comenzó a recorrer veloz cada uno de los momentos de aquellas últimas semanas, procurando descifrar qué se me podía haber pasado por alto. Ni siquiera comprendía el significado de «tener otra vida». No estaba segura de querer hacerlo.

—Será más fácil si te limitas a leer mi carta. Necesito que lo hagas ahora, ¿de acuerdo, Tori? Ha llegado la hora.

«¿Ha llegado la hora?»

La inflamación en mi pecho fue instantánea. Se hinchó por debajo de las costillas hasta constreñirlas y atenazar mi corazón. Mantuve aquella burbuja emocional en su sitio con respiraciones superficiales, temerosa de que estallara. No podía moverme.

Él estiró el brazo, me dio unos golpecitos en la mano.

—Está con mis cosas. Ve a por ella.

Encontré su bolsa detrás de la puerta del lavabo, la coloqué sobre la encimera y abrí la cremallera superior. Con manos temblorosas, rebusqué entre sus cosas, pero me quedé paralizada al sentir el roce de un papel contra los dedos. Hice una pinza con ellos para liberar el sobre y me quedé allí plantada, mirándolo.

La tinta de color rojo. Los caracteres kanji. Los pliegues y las arrugas.

Regresé para enfrentarme a mi padre, nuestros ojos se encontraron.

Un hombre moribundo. Una hija con el corazón roto.

—Ven aquí, siéntate —dijo—. No pasa nada.

Pero sí pasaba. Porque no se puede retirar un adiós. Yo no estaba preparada para despedirme, así que tampoco quería escuchar la despedida de mi padre. No podía.

Me dolía la parte baja de la garganta, por la presión.

—Voy a..., hum...

Di un paso hacia él, entonces me detuve, necesité de toda mi energía para frenarme y para respirar hondo. El estrés de los últimos meses, la angustia por

su lento declive, el cáncer implacable, y ahora... Se me hizo un nudo en la garganta mientras se me saltaban las lágrimas. Me dirigí rápidamente hacia la puerta.

Papá dijo algo, pero yo ya estaba en el vestíbulo, oculta a la vista. Me tapé la boca y me puse a respirar larga y profundamente, tratando de combatir la oleada de emociones. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? Habíamos investigado posibles tratamientos, habíamos aplicado todos los remedios caseros, habíamos visitado a un especialista, y seguía sin ser suficiente. Sentía que la confusión y la culpa se amontonaban sobre mis hombros, y yo languidecía bajo su peso. Miré el sobre. Pensándolo ahora, debería haberlo abierto el día que llegó.

Mi padre estaba mirando el partido en el salón.

—Tori, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. —Arrojé las llaves y el correo acumulado encima de la mesa, sorprendida por el hecho de que me hubiera oído entrar con la televisión tan alta—. Hay una carta para ti. —Me asomé al salón y la agité.

Él mantuvo los ojos fijos en la pantalla. Los míos descendieron hasta la maleta vacía que descansaba junto a su sillón. Aún no había recogido sus cosas y salíamos para el hospital a la mañana siguiente. Aunque era una especie de milagro que el especialista le hubiera encontrado un hueco, entendía la falta de entusiasmo de mi padre.

Yo odiaba el cáncer.

La enfermedad estaba carcomiendo algo más que su cuerpo. Le devoraba el espíritu, y eso consumía el mío. Estaba desesperada, era una niña de treinta y ocho años.

Lo dejé viendo el partido, una de las pocas cosas con las que seguía disfrutando; me serví una taza de café y me puse cómoda para ordenar aquella cantidad excesiva de correo. Lo habían atado con gruesas bandas elásticas y lo habían embutido en su apartado de correos como si se hubiera marchado un mes de vacaciones olvidando poner el servicio en suspenso. Solo que no era así. Simplemente había olvidado pedirme que fuera a ver lo que había.

Tomé un sorbo de café y me encontré mirando la carta. Había símbolos asiáticos estampados en rojo en todas las direcciones. Unas gruesas rayas también rojas atravesaban la dirección. Encima de ella, en caracteres occidentales, se leía «PARTI». «¿Parti?» Le di la vuelta. Le di la vuelta de nuevo. La habían doblado más de una vez, tenía un borde raído, como si se

hubiera quedado enganchada en el clasificador automático. Me sorprendió que hubieran acabado entregándola.

La periodista de investigación que llevaba dentro ardía en deseos de rasgar el sobre.

Lo puse a contraluz frente a la lámpara sobre mi cabeza. Si lo colocaba de la manera exacta, podía ver el perfil de una nota doblada y de una especie de cordón. Lo sacudí, pero no había nada pesado en él. Le di la vuelta, aplané las arrugas y entonces capté una palabra que me resultaba familiar, como un manchurrón en una de las esquinas.

«Japón».

La tinta de la jota se había corrido, la reseguí con un dedo. ¿A quién conocía aún mi padre en Japón? Lo habían destinado allí cuando estaba en la Marina, y solía contar todo tipo de relatos exagerados sobre el tiempo que había pasado en el extranjero, pero habían transcurrido cincuenta años desde aquello. No había emblemas ni insignias militares, así que no era el anuncio de una reunión oficial. ¿Quizá una de tipo oficioso? Mientras estaba en el ejército había jugado al béisbol, incluso en Japón.

En una ocasión, el equipo de la Séptima Flota retó a los Shonan Searex, equipo de ligas menores de la ciudad de Yokosuka, a un partido de exhibición, y el estadio se llenó. Cada vez que hablaba de aquello, papá se ponía la mano ahuecada sobre la frente, como si estuviera examinando a la multitud.

—Por mucho que miraras no encontrabas un solo asiento libre. ¿Te lo imaginas, Tori?

Yo siempre lo hacía.

El terreno al aire libre, el césped perfecto, verde y bien cortado, y mi padre, tan joven, tan nervioso, calentando sobre el arenoso montículo del lanzador.

—No sabes el ruido que hacían —me contaba.

En vez de aplaudir, golpeaban la parte trasera de los asientos con bates de plástico de diferentes colores: plof, plof, plof. Las capitanas de las animadoras corrían arriba y abajo por los pasillos, tocando tambores y gritando cánticos victoriosos. Había secciones designadas para que grupos organizados de seguidores cantaran temas personalizados y gritaran por sus megáfonos. Papá decía que, en el Japón de los años cincuenta, el béisbol le había dado una voz estruendosa a una cultura silenciosa.

Aunque se trataba de un amistoso, aquel encuentro tan publicitado frente a Estados Unidos tenía un trasfondo bastante denso. Papá decía que el País del

Sol Naciente deseaba más que ninguna otra cosa devolverle la derrota a las barras y estrellas sobre rojo, blanco y azul.

—Casi desearía haber perdido —decía papá siempre—. La familia de mi chica estaba en las gradas y yo no quería insultarlos, especialmente antes de conocerlos.

Cuando contaba sus historias, la llamaba siempre «mi chica». Nunca supe su nombre. Y, si mamá estaba cerca, yo me quedaba sin historias. Cuando le preguntaba por aquella chica, sacudía la cabeza, resoplaba con las mejillas hinchadas y decía:

—La verdad es que era especial.

Igual que él. Yo lo adoraba.

Un hombre que era capaz de beber tanto aguardiente de frutas como su padre eslovaco, que se contoneaba como John Wayne y que contaba relatos extravagantes como nadie.

Aunque, en la mayoría de ellos, costaba discernir hasta qué punto eran reales.

—¿Qué es la verdad sino una historia que nos contamos a nosotros mismos? —A continuación, guiñaba el ojo, me daba un golpecito en la punta de la nariz y me dejaba allí, diseccionando lo que eran hechos y lo que era fantasía. Algo que aún seguía haciendo.

Pero aquella carta de Japón..., aquello sí era real.

—Los Tigers han perdido —dijo papá sobresaltándome mientras se dirigía arrastrando los pies hacia la nevera. La abrió y se quedó observando su interior.

—¿Quieres que te prepare algo? —Tenía que comer, se estaba echando a perder.

Al principio, su esbelta figura le había reportado cumplidos, pero la admiración cesó cuando la pérdida de peso no se detuvo. Incluso sus manos —las mismas que en una ocasión habían lanzado pelotas de béisbol en un estadio con todas las entradas vendidas— se habían convertido en huesos nudosos.

Cerró la nevera sin sacar nada, se apretó el cinturón de la bata de color azul y se rascó la barba de dos días que le cubría el hoyuelo de la barbilla.

—No, estoy bien, gracias. —Señaló el sobre—. ¿Qué es eso?

—Ya te lo he dicho. Te ha llegado una carta. —Se la mostré—. Es de Japón.

Me la arrancó de las manos a la velocidad del rayo y entornó los ojos para leer las palabras del sobre. Su expresión se vació de golpe. Estrechando la

carta contra el pecho, giró sobre sus talones y salió sin decir una palabra.

Esperé unos minutos antes de ir tras él.

Estaba paralizado en el medio de su habitación en penumbra, con la vista fija en el sobre. Las cortinas de visillos no lograban impedir la entrada a la entrometida mirada del sol. Ni a la mía. Empujé la puerta unos pocos centímetros. La abertura dio paso a unas franjas alargadas de luz que fueron a golpearlo en el hombro. Se volvió y se llevó una mano al rostro sin afeitarse para esconder aquella expresión tan poco habitual, que para mí era tan extraña como la carta.

Una expresión con lágrimas.

Dos

Japón, 1957

La abuela suele decir: «La ansiedad hace que las cosas pequeñas tengan sombras alargadas». Pero ¿y si se trata de algo importante? La sombra que se cierne sobre mí es densa y monstruosa, está prácticamente viva.

Me levanto antes que el sol para ayudar a *okaasan*, mi madre, con la comida matutina de arroz blanco, pescado a la parrilla y sopa de miso, pero no tengo hambre. Mi estómago está demasiado lleno de ansiedad.

Tengo casi dieciocho años y mañana es mi *omia*, la entrevista para un matrimonio de conveniencia.

Al menos, ahora que los ideales americanos le han declarado la guerra a esta antigua tradición, las presentaciones son la única parte que deciden por ti. Yo elijo con quién me casaré. Por supuesto, tener esa opción y que te permitan llevarla a cabo son dos cuestiones diferentes. Ese es mi desafío. Uno de los muchos a los que me enfrento.

Cojo el plato de manos de *okaasan* y hago una reverencia ante mi padre y mi hermano cuando entran en la habitación discutiendo sobre política. Una conversación predecible que fluye entre las Naciones Unidas y la independencia de Japón, y la separación respecto a Estados Unidos.

Padre va bien afeitado, lleva el pelo muy corto —lo prefiere así desde su paso por el ejército— y viste un traje oscuro de estilo occidental para impresionar a los vendedores extranjeros. Puesto que Taro es el *oniisan*, el hermano mayor, y trabaja con padre, se viste y actúa exactamente igual que él. Es una imitación perfecta, salvo por su lengua afilada, que no sabe contener con prudencia.

—Pronto, Naoko, conocerás a Satoshi y asegurarás nuestros futuros ingresos —dice Taro con tono engreído.

—Un emparejamiento que estaba escrito —añade la abuela mientras pasa arrastrando los pies por detrás de los dos. Sus finos labios se tensan en una sonrisa discreta que redondea la piel floja de sus mejillas.

Conocí a Satoshi hace años, así que ya debería saber si nuestra unión está escrita. Más bien es un emparejamiento forzado, ¿y qué hay de mi futura felicidad? ¿El amor no cuenta? Pongo una taza delante de la abuela y le sirvo el té con cuidado.

—Pero, antes, todos habéis aceptado conocer a mi elegido. —Les devuelvo una sonrisa discreta.

Mi familia sugiere firmemente que me empareje con Satoshi.

Yo tengo la profunda esperanza de emparejarme con Hajime.

—Si persigues dos liebres, te quedarás sin ninguna —dice la abuela.

Es una sola entre las muchas parábolas de su arsenal. Las lanza como si fueran flechas, pero, en vez de una sola, que puede romperse con facilidad, arroja un manojo de diez.

Me preparo para recibir las siguientes cuando madre se interpone como un escudo.

—Creo que para la entrevista de mañana con tu Hajime nos reuniremos en el jardín para tomar el té y hacer las debidas presentaciones. Quizá sea lo mejor, ¿te parece? —Para evitar la mirada inquisitiva de mi padre, mi madre se arregla un mechón de pelo caprichoso que se le ha soltado del moño.

Todo lo relacionado con *okaasan* es pulcro y bonito. Es delicada, de complexión delgada, y tiene el cabello largo del color del hollín con el que se hace la tinta *sumi*. Lo lleva sujeto con fuerza en la base de la nuca, y en él se ensartan unas largas agujas de jade.

Me inclino ligeramente, agradecida por su intervención. Antes de que la guerra interrumpiera su negocio de importación y exportación, padre era el rey de un imperio, y en casa teníamos numerosos sirvientes, incluyendo jardineros. Ahora bregamos sin la ayuda de nadie. Bregamos en general, como todo el mundo. Así que usar el jardín implica mucho trabajo y preparativos. El anuncio de madre de que lo vamos a utilizar en la inoportuna presentación de Hajime acaba de momento con la discusión.

Okaasan sabe lo que nos estamos jugando. Todo, quizá.

El padre de Satoshi, un poderoso encargado de compras de Toshiba, es el cliente más importante de mi padre. Eso me convierte en un cebo valioso. Si Satoshi muerde el anzuelo, mi familia cosechará como recompensa un beneficio económico constante que aliviará nuestra carga. Si yo lo rechazo y traigo la desgracia a esta casa, podría dejar en la cuneta el negocio de mi familia y duplicar dicha carga.

Solo hay una salida.

Hajime debe estar impecable en la presentación de mañana para que lo consideren una elección viable, y Satoshi debe considerarme inadecuada y escoger a otra. De ese modo, su familia no experimentará ninguna vergüenza y la mía no sufrirá las consecuencias. La fortuna de mi familia seguirá recuperándose por méritos propios y mi matrimonio se sustentará en el amor.

Ese es mi plan.

En el enfrentamiento entre piedra y agua, el agua acaba venciendo. Puesto que las ideas de mi familia son fijas como la piedra, yo debo insistir como el agua para cambiarlas.

—Voy a llegar tarde, *okaasan* —digo, ignorando la presión en el pecho—. Como durante los próximos días me voy a perder el club de bailes tradicionales, tendré que quedarme después de clase con Kiko para practicar.

Es una mentira a medias porque se trata de un ensayo. Pero, en vez de bailar con Kiko, voy a preparar a Hajime.

Kenji, mi hermano pequeño, entra corriendo y aterriza con un golpe sordo sobre el cojín del suelo, hace que los platos tintineen y que la abuela se sobresalte. Tiene nueve años y casi es demasiado guapo. Sus ojos vivarachos y sus largas pestañas oscuras le permiten salirse siempre con la suya, incluso en lo referente a la mala educación.

Lo miro con severidad. Kenji me saca la lengua.

Con todos presentes, decimos «*itadakimasu*» —«recibo con gratitud»—, pero yo mantengo la cabeza baja para solicitar unas bendiciones adicionales. «Por favor, que la reunión de mañana sea perfecta para que el hecho de que Hajime no tenga un apellido importante no traiga la vergüenza sobre el nuestro ni represente un peso para el prominente apellido de Satoshi».

Sí, todos los nervios en el estómago, pero el corazón lleno de esperanza.

La jornada escolar avanzó como un caracol, lenta y trabajosa. Incluso ahora, mientras espero a Hajime en la estación de Taura, sigue arrastrándose. Cuando bajo al andén, el sol vespertino rebota contra los tejados de acero y me ciega. El resplandor me hace entornar los ojos mientras busco el rostro de Hajime entre tantos otros. «¿Dónde está?» Tengo muchas ganas de ensayar.

Unos americanos de uniforme pasan por mi lado mientras comen. Hajime no cometerá errores tan rudimentarios. Hemos estado trabajando la etiqueta para impresionar a mi familia. Nunca se debe caminar y comer. Hay que sentarse como muestra de respeto hacia el tiempo y el sacrificio empleados en la siembra, la cosecha y la preparación. Los americanos no parecen darse

cuenta —o quizá no les importe— de que todo el mundo se protege los ojos para no tener que ver su falta de cortesía. Todo el mundo menos Hajime, que avanza directamente entre ellos.

Lleva una camiseta blanca y unos pantalones habanos. Con su fino pelo —de la tonalidad del hierro fundido— engominado hacia atrás y levantado, y con el profundo hoyuelo de la barbilla, se parece a Elvis o a una estrella de cine. Quizá a James Dean. Los dos estamos locos por las cosas modernas. Ojalá hubiera podido cambiarme el uniforme. Al menos, la cola de caballo se mantiene erguida en mi cabeza, según el popular estilo occidental.

Lo saludo con la mano mientras se acerca.

La sonrisa hace que me duelan las mejillas. Ni el amor ni la tos se pueden esconder, cuesta un mundo no echar a correr hacia él o gritar.

Al encontrarnos hay un momento incómodo: los dos queremos saltar entre los brazos del otro, pero nos conformamos con unas ligeras reverencias, y nos reímos cuando estamos a punto de golpearnos cabeza contra cabeza. Hajime me coge de la mano —un tabú social— y, con pasos rápidos, me conduce entre los escaparates hacia un callejón.

Agacho la cabeza, temerosa de atraer los ojos inquisitivos de los corazones endurecidos.

—Dan vueltas como polillas. Deberíamos irnos, Hajime.

—Bueno, igual que las polillas, ellos se sienten atraídos por tu luz. Yo digo que los dejemos mirar. —Al sonreír, revela el hueco, fino como una astilla, que hay entre sus incisivos. Se inclina hacia atrás y grita—: ¡Hola! ¡Amo a esta chica!

—¡Shhh! —Me escondo deprisa detrás de su cuerpo y me pego a la pared riéndome, pero entonces le pregunto—: ¿Qué luz? —Sonrío y mantengo un ojo puesto en la calle.

Él se vuelve y me coge de la mano otra vez.

—La que hay detrás de tus ojos. —Me aprieta la mano y busca la otra—. La que despide tu corazón. —Me da un beso rápido y ligero en cada palma.

Me arden las mejillas. Ahora solo miro a Hajime. Es un provocador, un niño pero un hombre también, y la mezcla de ambos es deliciosa.

Se inclina hacia mí, aprieta la frente contra la mía.

—Hola, Grillo.

—Hola, Hajime. —Mi sonrisa crece, me maravilla lo valiente que puedo llegar a ser a su lado, como para contradecir toda una vida de lecciones: muestra humildad, guarda silencio, pon a los demás por delante. Todas ellas, cosas buenas. Y sin embargo...

Bajo la mirada para escapar de la suya. Sus ojos me engullirán si no voy con cuidado, pero él ahueca las manos bajo mis mejillas, me toca ligeramente la barbilla.

—Voy a besarte aquí mismo, en los labios, ¿de acuerdo?

Me pongo de puntillas y lo beso yo antes.

Mi corazón pasa del pánico a la dicha. «¿Quién es esta muchacha en la que me he convertido?» Como la flor que por la mañana da la bienvenida a los primeros rayos de sol, me abro a él. Sí, es delicioso, dulce como el *kompeitō* sobre mi lengua. E, igual que con la golosina, me siento glotona y tentada de pedir más. ¿Tomar aquello que mi corazón desea? Es liberador. Pero nos lo hemos prometido. No lo repetiremos hasta estar casados.

Así que nos separamos.

Yo sonrío. Hajime sonrío. Le doy un golpe en el pecho y me río. Sí, ¿quién es esta chica? Él me abraza, y yo lo sé. Soy suya. Sigo siendo yo, pero soy más atrevida, alegre, libre. Si en mi interior brilla una luz es por la felicidad que él me provoca.

—Tengo una sorpresa —dice, y me da un beso en la cabeza antes de liberarme—. Ven. —Sale del callejón dando zancadas. Entonces se vuelve, me hace gestos con la mano para que lo siga.

—¿Adónde vamos? —Apuro el paso para mantener su ritmo mientras él abandona súbitamente la calle para meterse en un campo de hierba alta y descuidada.

Hajime se vuelve hacia mí y sigue caminando de espaldas con una sonrisa juguetona. Se agacha para arrancar una espiga, la rompe y se pone a mordisquear su extremo.

—¿Adónde, Hajime?

Sus ojos, azules como el cielo justo después de llover, angostos, se cierran del todo cuando se da la vuelta.

—No, no puedo decírtelo. —Me contempla por encima del hombro—. Es una sorpresa.

Yo abro mucho los ojos. Él echa a correr.

—¡Espera! —digo riéndome, siguiendo sus piernas como tijeras, de zancada larga. La hierba alta azota mis pantorrillas desnudas, pero me obligo a ir más deprisa cuando él se aleja demasiado, y a continuación reduzco la marcha cuando dejo de verlo—. ¿Hajime? —Miro hacia los árboles cercanos, vuelvo la vista hacia el camino por el que hemos venido, entonces me giro.

—¡Ah!

El susto me lleva a soltar un chillido, y entonces me cubro la cara y aprieto los codos con fuerza. Riéndose, él me rodea con sus brazos, me acuna de un lado para el otro, susurra que me ama.

Y así, sin más, soy feliz.

Dejo que mis manos se deslicen un poquito, asomo la cara y echo un vistazo más allá de mis dedos. Hajime se inclina y planta un beso sobre mi frente. Sí, soy suya. Él es mío. Está escrito.

—Ven, está ahí delante —dice, y tira de mi mano.

Paseamos con los dedos entrelazados. Hajime mordisqueea otra espiga mientras a mí me rechinan los dientes a causa de la ansiedad.

—Aún tenemos que practicar, ¿recuerdas? ¿Te das cuenta de lo importante que es?

—Por supuesto. —Me mira de reojo—. Por eso hemos practicado al menos cien veces.

—Cien veces no son nada. —Mi corazón tamborilea disgustado—. Dominar por completo el arte del té lleva años de práctica, quizá toda una vida. Para dominar plenamente las normas de la etiqueta solo tenemos este momento. —Me detengo, así que él también lo hace, y se lo suplico con los ojos—. La reunión de mañana lo es todo. Por favor, tenemos que practicar.

—De acuerdo... —Levanta la mirada en busca de las respuestas—. Primero admiro el cuenco, entonces lo hago rotar dos veces, me disculpo por beber antes que los demás para demostrar humildad e inclino la cabeza antes de tomar un trago. —Baja la barbilla—. ¿Lo ves? Estamos preparados, ahora vamos. —Me tira de la mano.

No estoy convencida, así que continúo insistiéndole mientras nos abrimos camino por una ladera empinada, lejos de la transitada calle bajo nuestros pies. No estoy segura de adónde nos dirigimos, pero no permito que eso me distraiga de nuestro objetivo.

—¿Qué hay que hacer antes de pasar el cuenco?

Él duda.

Yo estallo:

—Tienes que limpiar el borde con la servilleta o los avergonzarás, ¿recuerdas? —Se me revuelve el estómago. Ese es un error que no será olvidado ni perdonado—. ¿En qué sentido hay que pasar el cuenco del té después de limpiar el borde?

El rostro de Hajime continúa en blanco.

El mío se llena de alarma.

—A la izquierda. ¡La izquierda! —Mi corazón se acelera y me pongo a caminar más deprisa, ahora llevo yo la delantera—. ¿Cómo vamos a convencerlos de que formamos una buena pareja si no te acuerdas de eso?

—Grillo.

—Tenemos que estar perfectos —insisto mientras avanzo, lo sermoneo, me dejo llevar por el pánico—. No puede haber errores. No puede haber ni el más pequeño desliz o podrían rechazar nuestra petición y obligarme a contraer matrimonio con Satoshi. —Mis brazos se balancean mientras mi mundo se descontrola—. Tú eres mi felicidad. Tengo que estar a tu lado. ¿Lo comprendes? ¡Está escrito, así que tenemos que ser perfectos y hacer que ellos lo vean!

—¡Naoko!

Me vuelvo ante ese brusco uso de mi nombre verdadero.

—¿Ves eso? —Intenta esconder una sonrisa y hace un gesto hacia el frente—. Mira. ¿Cómo podrían rechazarnos cuando ya tenemos un hogar?

Vuelvo la cabeza hacia el sol, parpadeo para ahuyentar las manchas y me encuentro con varias hileras desperdigadas de casitas que se amontonan sobre la ladera para formar una aldea. Son pequeñas edificaciones de techo de paja necesitadas de una reparación. Giro sobre mis talones para mirarlo.

—¿Ya tenemos un hogar? —Entonces mi corazón se detiene—. ¿Aquí?

Él me hace girar de nuevo sobre mí misma, apoya la barbilla en mi hombro y señala.

—Ahí. La que está en lo alto de esa colina es la nuestra. —Sonríe junto a mi mejilla y aguarda a que yo haga lo mismo.

Yo me limito a morderme el labio.

—Sé que no es gran cosa. Es pequeña y vieja, y no tiene nada que ver con aquello a lo que estás acostumbrada, o con lo que mereces —habla apresuradamente, con excitación—. Y en realidad no puedo ofrecerte nada más que la promesa de amarte y...

«Me ama».

¿Qué chico usa esas palabras? Ninguno que yo haya conocido. Ni siquiera padre le habla así a madre. Mientras me explica las reparaciones que ha planeado, me recuesto sobre él en busca de consuelo y lo respiro: huele a cuero curtido fresco y a cítricos. La loción para después del afeitado, poco común, tiene un olor exótico. Me gusta todo de él porque nada es como cabría esperar.

—... y allí, al lado de la plataforma, podría limpiar un trozo de terreno para hacer un jardín. ¿Lo ves? Sé que con Satoshi y su familia vivirías en una

hacienda grande y moderna, pero...

—¿Quién necesita una hacienda grande y moderna? —Me vuelvo hacia él, la rápida refutación me ha sorprendido a mí misma—. ¿Quién quiere una suegra que no se deja complacer, o tener que bailar al son de la jerarquía y las normas de otra familia? Yo no. Así que una casa pequeña, de un solo piso, si es a tu lado, me parece perfecta.

Hajime no se limita a tolerar mi corazón y mi mente; los celebra. Pero... mi ánimo titubea, y aparto la mirada.

«¿Por qué ha de ser todo tan difícil?»

—¿Qué sucede? —Sus ojos curiosos inspeccionan la culpabilidad en los míos—. ¿No te gusta?

El miedo me recorre la espalda.

—Grillo, sabes que puedes contarme lo que sea. Nunca tendrás que esconder tus pensamientos, ¿de acuerdo?

Asiento agradecida. Con Hajime soy libre para expresar mis opiniones o para hacer tonterías, porque mis ideas le gustan tanto como mi sonrisa. «Pero ¿cómo le explico esto?» No es esa casita venida a menos lo que me alarma, sino la comunidad. Está en una región que alberga a *eta*, marginados. Los *burakumin* están al fondo del orden social. Son pobres, algunos tienen sangre mestiza, y llevan a cabo oficios relacionados con la muerte: son carniceros, curtidores, enterradores. Por ello se los considera mancillados, sucios, desafortunados.

Yo soy la desafortunada.

Mi familia lo prohibirá. Vivir aquí dañaría la reputación de padre y las perspectivas de Taro de labrarse su reputación. Hajime no sabe que mi familia prefiere a Satoshi, ¿y tengo que tirarle también esto encima? Es otro golpe sobre un tambor destensado. Me froto la nariz y me miro los pies.

Las dimensiones de las sombras que se ciernen sobre nosotros son tan grandes como mis preocupaciones.

Tres

Estados Unidos, en la actualidad

La mañana que mi padre tenía que visitarse con el médico, cargamos las maletas en su Cadillac descapotable y nos dirigimos hacia el este. La carretera de doble sentido nos iba a llevar directamente al Instituto Oncológico Taussig de Ohio mientras dejábamos atrás campos de soja, tallos de maíz y kilómetros de metal giratorio. Las inmensas turbinas con forma de molinete llenaban el horizonte de parques eólicos allí donde alcanzaba la vista. Papá se levantó la visera de su gorra de repartidor de periódicos, se secó la frente con un pañuelo y se quedó observándolas a través de la ventanilla cerrada.

Yo le lanzaba miradas de reojo para vigilarlo.

No habíamos hablado sobre la carta de Japón —su significado, su remitente, su reacción—, pero eso no quería decir que yo no hubiera pensado en ella. Era inevitable. Él se la había llevado consigo. Había visto el familiar fogonazo de color rojo sobre el salpicadero antes de salir. Papá siguió mi mirada, cogió la carta y se la guardó doblada en el bolsillo. No dijo una sola palabra y yo me cuidé de preguntarle al respecto. Pero, además de preocuparme por su fiebre, apenas pensaba en otra cosa.

¿Quién se la había enviado? Algún viejo compañero de tripulación, quizá. Pero en tal caso la carta habría tenido su origen en Estados Unidos, no habría llegado del extranjero. Se me pasó por la cabeza que fuera el agradecimiento de una institución de caridad o un boletín informativo. Papá había apadrinado a niños y respaldado causas por todo el mundo, pero no habría provocado ese tipo de reacción. Solo lo había visto una vez llorando de esa manera: en el funeral de mamá.

Papá soltó una tos de pecho que sonó a ladrido, intentó aclararse la garganta en vano y me dirigió una mirada.

—Estás muy callada.

—Estoy concentrada —dije, y así era.

Aunque aquel descapotable de 1958 quitaba el hipo —asientos de cuero rojo, carrocería de color perla con unas rayas de rojo intenso que lo recorrían desde las aletas de los faros delanteros hasta su exagerada cola—, su tamaño hacía que resultara difícil conducirlo. Además, era la primera vez que lo hacía.

Si bien, de pequeña, antes de que mi madre pudiera protestar, papá dejaba que me colara entre los dos y que lo ayudara a conducir. Ella pegaba un grito cuando él soltaba el volante, manteniéndolo recto con la rodilla alzada, y lo regañaba por ir demasiado deprisa cuando superaba la recomendación de velocidad que marcaban las señales. Ir en el Cadillac de mi padre era siempre una aventura divertida.

Pero conducir aquel descapotable de coleccionista era una experiencia diferente. Costaba controlarlo y, cuando los coches pasaban disparados en sentido contrario, el viento nos azotaba en todas direcciones. Ni siquiera con las ventanillas subidas y las gafas de sol puestas lograba impedir que el pelo se me metiera en los ojos. Ir con la capota bajada no era tan emocionante como recordaba. Y así se lo dije a mi padre.

Como por arte de magia, sacó de la guantera una cinta roja que tiñó el viento y se hinchó como una vela majestuosa.

Abrí mucho los ojos al reconocer lo que era. ¡El pañuelo de mamá! Llevaba años sin verlo. Aún tenía su imagen en la cabeza: el cabello rubio ceniza, que se había rizado usando rulos la noche anterior, escondido bajo el bonito dibujo floral.

Mientras intentaba ponérmelo, papá cogió el volante. No se me escapó la ironía del momento, pero lo que sí perdí fue el carril. Nos desplazamos hacia un lado e hicimos que otro coche tuviera que esquivarnos mientras nos soltaba un bocinazo. Me apresuré a atarme el pañuelo bajo la barbilla y le dediqué una sonrisa a mi padre.

Él me la devolvió.

—Te favorece. Deberías quedártelo.

Me miré en el retrovisor, vi mi cara en lugar de la de mi madre.

—No podría. Era suyo.

—No, lo digo en serio. —Encogió un hombro—. La verdad es que siempre quise que fuera para ti, pero tu madre lo encontró y ya no pude hacer nada.

Se me disparó el corazón.

—¿Estás seguro?

—Sí. Quiero que lo tengas tú. Es importante.

Me lo alisé contra el cabello y sonreí. Amaba ese pañuelo. Cuando te lo ponías, los motivos florales rojos y blancos convergían en una hermosísima trama de color. Pero, cuando lo abrías y lo aplanabas, según mi padre, la historia era otra.

—Una historia secreta —decía mientras pasaba los dedos por el dobladillo hecho a mano. Y entonces me contaba que China había guardado ese secreto a lo largo de casi dos mil años. Señalaba el dibujo en el diseño del pañuelo y me decía que eran las mismas flores que se encontraban en el jardín del palacio, allí donde la joven emperatriz fue a descubrir algo más valioso que el oro: los gusanos de seda—. Estaba disfrutando de su té cuando un capullo cayó del cielo y, para su sorpresa, aterrizó justo en el interior de su taza. —Él abría mucho los ojos para ilustrarlo, y al ver su cara yo soltaba una risita. Entonces fingía que sacaba el capullo de la taza, tal y como había hecho la emperatriz, y aseguraba que, al desenrollarlo, esta se había quedado con un hilo resplandeciente de casi un kilómetro y medio de largo.

La familia real, impresionada por su brillo nacarado, utilizó el delicado filamento para tejer telas exóticas que pasaron a vender por todo el mundo. Y, puesto que aquella extraña seda alcanzó un carácter legendario, el emperador emitió un decreto por el cual la fuente de la misma —los gusanos de seda que vivían en las moreras de su jardín— debía mantenerse en secreto.

—Y fue así hasta que... —Papá levantaba un dedo.

Yo me acercaba más a él, consciente de que a partir de ese momento la historia sería distinta.

A veces era una princesa malcriada a la que prometían en matrimonio con un príncipe de un país lejano y que, al no soportar la idea de tener que vivir sin sus lujosos vestidos, escondía algunos capullos en su tocado de boda.

Otras veces, mi padre aseguraba que dos monjes nestorianos habían utilizado sus largos bastones de bambú para sacar los capullos de contrabando. Pero mi historia favorita era siempre la de los espías japoneses que habían recorrido la Ruta de la Seda china, que, según mi padre, estaba tejida en el diseño del pañuelo. Me había pasado horas imaginando su viaje de seis mil quinientos kilómetros mientras reseguía las diversas líneas del patrón.

Si el Cadillac era la más preciada posesión de mi padre, los recuerdos del pañuelo de seda de mi madre, con su intrincado patrón y sus historias ocultas, eran la mía.

—Vuelves a estar callada —dijo él, arrancándome de mis recuerdos.

Lo miré.

—Estaba pensando en la emperatriz, cuando el capullo de gusano de seda cayó dentro de su té.

—¿Te acuerdas de eso?

—Pues claro. Me acuerdo de todas tus historias. Estaba aquella sobre los barcos que combatían en alta mar, el enfrentamiento por la princesa japonesa...

A veces, en esa, aseguraba que el muchacho era un samurái cuyas palabras eran más veloces que su espada. Otras veces era un príncipe acaudalado que podía permitirse darle cualquier cosa, excepto lo único que su corazón deseaba. Cuando le preguntaba de qué se trataba, él mostraba una sonrisa torcida y decía: «Yo».

—Oh. —Le di un golpecito al volante—. Y también estaba el té con el emperador.

—Con el rey —resopló mi padre—. Era el rey de un amplísimo imperio comercial. ¿Cómo has podido olvidarte de esa?

—Tienes un montón de historias relacionadas con el té. —«Y con Japón». Miré a mi padre—. Podrías recordármela.

Me honró con una sonrisa. Y, en ese momento exacto, el tiempo retrocedió hasta la época en que un hombre grande en todos los sentidos le contaba historias épicas a una niña pequeña que estaba encantada con ellas. Fue un reencuentro placentero.

—Bueno, voy a decirte algo... —Se aclaró la garganta—. Aparte de la seda, nada bueno ha salido nunca de una taza de té.

Cuatro

Japón, 1957

Me restriego el sueño de los ojos mientras lucho por recobrar la conciencia. Un destello capta mi atención. Lo sigue un aleteo al otro lado de la ventana. Una mariposa blanca agita sus alas imprecisas, que se extienden al máximo y se desvanecen solo para volver a abrirse en toda su amplitud.

Mis párpados se vuelven pesados, cautivados por su danza. Bostezo profundamente y considero las historias primitivas sobre las almas vivas que se paseaban por el mundo bajo la forma de insectos. Me imagino que soy esa mariposa llevada por la brisa matutina. Libre, satisfecha y feliz. Visito a Hajime y le susurro palabras soñadas sobre la reunión de hoy para tranquilizarlo. «Hemos practicado. Estamos preparados. Les vas a encantar».

—¡Naoko!

Parpadeo contra la intrusión de la luz para reemplazar las alas de papel del ojo de mi mente. Mi madre vuelve a llamarme desde la cocina. Al incorporarme me da vueltas la cabeza, así que me tumbo hasta que se me pasa. Entonces me pongo en movimiento, enrolló mi cama y voy a su encuentro.

—¡Tendrías que haberme despertado, *okaasan*! —Gateo hasta llegar junto a ella, estoy a punto de golpear a la abuela por las prisas. El salado aroma de la sopa de miso fresca invade mis sentidos. Todos han comido ya y mi hermano pequeño se está poniendo los zapatos para ir al colegio.

—Suerte con tu novio, Naoko —dice Kenji, que frunce los labios y hace ruidos de besos.

Lanza un aullido cuando lo cojo para castigarlo con un pellizco.

—¡Largo, Kenji! —lo riñe madre, que me planta un cuenco vacío en las manos y me indica que vaya a sentarme a la mesa junto a padre—. Cómete lo que ha quedado e iremos a prepararnos. Tenemos un día importante por delante.

Padre frunce el ceño, resopla antes de tomar un sorbo de su té. La vena de su sien palpita por debajo del pelo recién encanecido. Estoy convencida de que es por mi culpa.

A la abuela le gusta decir que aquello que es muy evidente puede conducir a un arrepentimiento precipitado. Yo tengo claro que padre ha permitido esta primera entrevista con Hajime para guardar las apariencias. Pronto se dará cuenta de que solo he aceptado la segunda entrevista con Satoshi para garantizar la primera.

Durante la tarde, mientras comenzamos los preparativos para la presentación de Hajime, siento un cosquilleo nervioso. Yo estoy prácticamente lista, pero *okaasan* no está contenta con la forma en que me he puesto la tradicional peineta decorativa blanca y rosa, así que me la está poniendo de nuevo. La sostengo en el regazo mientras ella me cepilla el pelo.

Paso el pulgar de arriba abajo por el suave esmalte de la peineta, consciente de que no importa la manera en que la lleve. Hajime no sabrá si es la correcta, tal y como no sabrá si el jardín mantiene una simetría en órdenes de tres, ni si el cuenco del té es el de la temporada estival, pero eso es algo que *okaasan* no sabe.

¿O sí? ¿Se habrá enterado de alguna manera de lo que he estado ocultando? ¿Teme la reacción de padre?

Yo sí.

La abuela no hace más que acrecentar nuestro nerviosismo.

—No está bien, mira. La peineta sigue torcida —dice *obaachan* con un gruñido mientras pasa pesadamente a nuestro lado. Finge no tener el menor interés en los preparativos, pero va encontrando motivos para aparecer por aquí a ofrecer sus opiniones.

Todos lo hacen. Una presentación perfecta durante la entrevista será reflejo del honor y de la importancia de mi familia. Esto es así por más que el invitado principal carezca de todo ello.

Mi cabeza se aleja brincando de las restricciones de las reglas y el protocolo. ¿Le dije a Hajime dónde debe sentarse? ¿Cuándo debía hablar? ¿Cuánto debía comer? ¿Se me acelera el pulso? ¿Le dije que se sirviera solo porciones pequeñas? Hajime tiene un gran apetito; debería habérselo dicho. Creo que no se lo dije. Me entra calor. Me mareo. Tengo náuseas. El *obi* me aprieta demasiado las costillas. La tradición amenaza con ahogarme cada vez que intente respirar.

—Así. Bien. —*Okaasan* me da unos golpecitos en el lado de la cabeza y retrocede un paso para observar su labor. Las flores de ciruelo de la peineta cuelgan con delicada precisión a un lado—. Está bien. Sí, creo que está bien.

Padre y Taro pasan por nuestro lado sin dirigirnos siquiera una mirada curiosa. Estoy segura de que actuarán de manera diferente para el encuentro con Satoshi. Hoy soy invisible. Soy un fantasma.

Okaasan hace unos arreglos de última hora en mi kimono. Es bonito pero corriente, a diferencia del *furisode* que llevaré durante la visita de Satoshi, con esas mangas anchas que cuelgan como colosales alas de colores.

—Hum..., sigue torcido —dice la abuela a nuestra espalda. Ladea la cabeza mientras examina el adorno en mi cabello—. La tapa torcida de una tetera sucia.

Se me cae el estómago a los pies. ¿También sabe lo de Hajime?

Mi hermano pequeño cree que la abuela tiene a su servicio a unos zorros que le cuentan todo lo que llega a sus oídos. Yo siempre me burlo de él, pero ahora no estoy tan segura.

Madre vuelve a observar el adorno y resopla para descartar la opinión de la abuela. Me hace un gesto para que la siga al jardín, donde el escenario de la inminente exhibición está ya preparado. El mullido tapete de juncos cubre las musgosas piedras del patio debajo de la mesa. Sobre ella, el arreglo consta de una sola flor blanca. Y el preparativo ritual del té espera en perfecto estado operativo.

Solo padre y Taro se encuentran fuera de su sitio.

Se han sentado en el jardín, de espaldas a la entrada, en silencioso desacuerdo. El humo de sus pipas se eleva en el aire por encima de sus cabezas como dos serpientes que se entrelazaran a lo largo de una enredadera invisible. Mis entrañas son un rasgueo disonante.

«Ya es casi la hora».

Hajime sabe la importancia que tiene presentarse en el momento exacto, ni un minuto antes ni un segundo después. Sabe que debe llegar por el sendero del jardín, húmedo porque lo hemos rociado con agua, para liberarse del polvo mundano, y que debe acercarse a la puerta del medio para realizar la presentación oficial previa al té. Así que espero en posición de firmes, mientras el calor se me pega a la piel, nerviosa ante el momento en que padre y Taro se volverán y sus ojos caerán sobre él y emitirán su juicio.

Puesto que la casa dibuja un ángulo respecto al lugar en el que estoy plantada, puedo ver la zona por la que se acercará Hajime. Me mantengo

vigilante, pero no tengo aire suficiente en los pulmones. Me duele el pecho por el esfuerzo de respirar.

«¿En qué estaba pensando?»

Debería habérselo contado a mi familia.

Debería habérselo contado a él.

—Ah, mira... Una señal de buena suerte, Naoko. —Madre hace un gesto hacia la manga de mi kimono, donde una mariposa blanca descansa sobre el diseño floral de color rosa. Sus alas de papel suben y bajan en la brisa, y de inmediato me acuerdo de la visión de la mañana y puedo respirar.

—He soñado contigo, pequeña mariposa —digo con una sonrisa, y mis nervios se relajan mientras observo a la amiga que ha regresado a mí—. Tú y yo hemos cabalgado en el viento. ¿Vienes a traerme noticias alentadoras?

—Quizá sigues dormida, como en el sueño de la mariposa de Zhuangzi —comenta la abuela mientras Taro la ayuda a sentarse sobre la estera.

Yo me centro en mi diminuta visita, mantengo el brazo erguido para que pueda explorar mejor la tela de seda. El gran maestro taoísta soñó que era una mariposa sin tener idea de su antiguo yo humano. Al despertar, allí estaba. Volvía a ser un hombre. Por tanto, ¿era un hombre que se había soñado mariposa? ¿O era una mariposa que en ese momento soñaba ser un hombre? ¿Cuál era la realidad?

—Quizá, al preguntarse qué estado era real, Zhuangzi fijó su atención en algo equivocado, *obaachan* —le digo a la abuela—. Quizá lo eran los dos, y la verdadera felicidad se encuentre en un punto intermedio.

Ella aprieta los labios para guardarse sus palabras.

«¿He hecho callar a la abuela?»

Okaasan levanta la mano para ajustarme la peineta, ha decidido que después de todo quizá estaba torcida. La abuela sonrío con suficiencia.

Es una victoria breve.

La mariposa extiende sus blancas alas y se despide. Sigo su frágil y acrobático camino hasta que mis ojos se llenan con una nueva visión. La de mi futuro.

Hajime ha llegado.

La mariposa baja en picado para saludarlo, se detiene momentáneamente como si quisiera susurrarle su bendición antes de alejarse agitando las alas. Las mariposas de mi estómago no son ni por asomo igual de elegantes. Revolotean y chocan entre ellas en un frenesí salvaje.

Nuestras miradas se encuentran mientras se acerca. Repara en mi kimono tradicional, en mi cabello recogido y en los polvos de mi maquillaje, pero su

sonrisa desaparece al ver que en mi rostro no hay ninguna.

Estoy paralizada por el pánico.

El corazón, alojado en lo alto de mi garganta, me late a una velocidad imposible. Hajime está recién afeitado, lleva el pelo corto y parece una estrella de cine. Pero ¿por qué se ha puesto el uniforme de servicio? ¿Por qué no se ha puesto un traje? No lo pensé. Mi descuido va a estropearlo todo.

Sus cejas se unen, se siente confundido por mi reacción. Articula un «¿Qué pasa?», pero es demasiado tarde para explicárselo. Lo han visto.

La mirada de *okaasan* salta de él hacia mí para preguntar en silencio lo que no se atreve a decir en voz alta.

—¿Cómo? —se anima la abuela por las dos—. ¡Lo sabía!

Taro se vuelve ante su arrebató, sus ojos se disparan en nuestra dirección. Los abre sorprendido para atraer la curiosidad de padre, que ladea la cabeza.

—¿Qué es esto? —Padre se pone en pie como una flecha, hace que el cuenco de té caiga al suelo y se rompa en pedazos con un estruendo.

Okaasan suelta un grito ahogado.

Padre la mira con ojos acusadores, los dirige a continuación hacia mí.

El estómago me da un salto. Dejo caer la barbilla, sé que debo obrar con rapidez.

—Padre, deseo presentarte...

—No harás tal cosa. —La furia de padre es un dardo, afilado y lacerante.

Mis ojos recaen en Hajime. Sus labios forman una línea fina. Está perplejo por su reacción, pero agacha la cabeza y hace una reverencia.

—Es un honor...

—¿Honor? —resopla padre—. No. No. No hay honor en esto.

Nos empuja para abrirse paso.

Taro lo sigue; al pasar, su hombro golpea a Hajime con fuerza.

Me vuelvo hacia madre confundida.

—¿*Okaasan*?

—Por favor, Naoko, despídete de tu amigo y entra en casa. —Se disculpa con una reverencia y se va tras ellos.

—Mira lo que has hecho. —La abuela señala el cuenco del té roto. Su mirada es afilada y cortante—. Una grieta dentada lo ha partido por la mitad. Ya no puede regresar al armario. No pertenece a ningún lugar. —Proyecta la barbilla hacia delante—. ¿Lo ves, Naoko? No hay felicidad entremedio. No con un *gaijin* —escupe la palabra, y mientras se aleja murmura—: Niña tonta y estúpida.

Me quedo mirando los fragmentos rotos, me vuelvo hacia Hajime al borde de las lágrimas.

Él se mece sobre un pie, como si no supiera si dar un paso hacia delante o hacia atrás.

—Todas estas semanas practicando, ¿y no se lo habías dicho? —Se quita la gorra y se pasa la mano por el cabello pulcramente peinado—. ¿Por qué?

—No he podido. —Mi voz se quiebra, tan dentada como el cuenco roto. Las lágrimas comienzan a caer. Me acerco a él, desesperada por que me comprenda—. Mi silencio es lo que ha permitido esta entrevista, Hajime. Quería que te conocieran, que vieran el rostro del hombre al que amo y con el que quiero casarme. Esta era la única manera.

—Pero deberías habérselo dicho. —Da un paso hacia atrás, se restriega la nuca con la mano—. Porque de esta manera lo único que han visto es el rostro del enemigo. —Sus ojos se desplazan hacia la ventana tras la que nos observan Taro y la abuela, esperando, juzgando—. Un *gaijin* americano.

El malvado mundo pende entre nosotros.

El día de hoy debía ser de felicidad. Sabía que iba a ser difícil. Que padre y hermano iban a representar un desafío. Incluso la abuela, pero pensé, esperé... Estaba equivocada. Con las palmas abiertas, me derrumbo sobre mis manos.

—Lo siento. —Contengo las emociones, incapaz de soportar la vergüenza.

—Naoko... —Hay una súplica en la manera en que mi nombre rueda sobre su lengua. Me despega los dedos de la cara y pasa a liberar los mechones de pelo que se han pegado a mis mejillas manchadas por las lágrimas—. No, yo lo siento. No quería que las cosas fueran de este modo. Por ti. Por nosotros. Incluso por ellos, yo...

Toc, toc, toc. De un salto, un océano pasa a separarnos cuando la abuela golpea el cristal. Ahuyenta a Hajime con gestos rabiosos y frenéticos de la mano. Él hace una reverencia, camina hacia atrás pero se detiene en la esquina del jardín, fuera de su vista. Se mete las manos en los bolsillos.

Me pierdo en el azul líquido de sus ojos. En la decepción que albergan. Él no deseaba nada más que la aceptación de mi familia. Yo no deseo nada más que la suya. Me tiembla el labio.

—¿Has cambiado de parecer?

El aire está inmóvil. Las aves han dejado de cantar. El mundo contiene el aliento.

Él niega con la cabeza.

—No, no, pero tú tienes que cambiar el de ellos.

—¿Cómo? No me escucharán.

—Eres astuta e inteligente, Grillo. Usa tu voz. —Se acerca—. Haz que te escuchen.

La abuela vuelve a reñirnos con sus golpes, me grita que entre en casa.

Nos miramos.

Una conversación silenciosa de ansias y deseos.

Hajime avanza de espaldas, articula un «te amo».

—Yo también te amo —articulo a mi vez.

Él sonríe. Asiente. Se vuelve para marcharse.

—¡Hajime! —le suplico.

La abuela aporrea la ventana, pero yo doy un paso hacia delante.

—Los convenceré.

—Si alguien puede hacerlo, esa eres tú —dice, y se vuelve de nuevo.

Suspiro, lo sigo con la mirada hasta que desaparece a la vuelta de la esquina. Un fantasma. Una sombra que se alarga y se desvanece. Y entonces no queda nada.

La abuela tiene razón.

Soy una niña tonta y estúpida.

Pero también soy una chica a la que Hajime considera astuta e inteligente, dueña de una voz propia. Y tengo toda la intención de utilizarla.

Porque también soy una chica enamorada.

Cinco

Estados Unidos, en la actualidad

Cuando mi padre y yo llegamos al hospital, veníamos de perdernos. No es difícil de imaginar, teniendo en cuenta el tamaño de aquel extenso campus médico, que formaba un intimidante laberinto de altos edificios de cristal situados el uno al lado del otro. Y, al rebotar entre ellos, el sol de la tarde producía un deforme salón de los espejos.

Después de localizar la entrada que nos correspondía, nos dirigimos juntos hacia la puerta mientras nuestros reflejos exagerados se unían y se proyectaban hacia delante para darnos la bienvenida con energía juvenil y pasos largos y gráciles. Pero a continuación se encogieron, aminoraron la marcha y, de repente, cara a cara, nos enfrentamos a lo que éramos en ese momento.

Un anciano enfermo. Una hija ansiosa. Lo que habíamos visto. Lo que éramos. Todo reflejado como un espejo de una casa de la risa.

—El *Taussig*. —Mi padre se detuvo antes de entrar y examinó el nombre del hospital, sobre la puerta. Al otro lado, su reflejo se quedó boquiabierto—. Así se llamaba mi barco. Era un destructor de clase Sumner, ¿lo sabías? —Se quitó la gorra y se peinó con los dedos. El pelo se le había rizado por la transpiración, que perlaba su frente enfebrecida—. Sí señor, diecisiete años, fue donde comenzó mi vida. ¿Quién me iba a decir que terminaría también en él?

«¿Terminar?» Lo miré de reojo mientras abría la puerta, y entonces consideré la extraña coincidencia de nombres.

Como periodista de investigación, no era una persona que creyera en las señales o en el destino. Me había abonado a la coherencia de la razón y a su lenguaje dicotómico de verdades contundentes. Pero ¿que el hospital y su barco se llamaran igual? Quizá el universo sí que intentaba decirme algo. Y quizá esa verdad, en lo que se refería a mi padre, no se presentaba como un

absoluto, sino bajo la sombra sutil del susurro lleno de matices, y lo único que yo tenía que hacer era prestarle atención.

—Fue en 1955... cuando me alisté en la Marina.

Mientras atravesábamos el vestíbulo, mi padre se dejó llevar por la nostalgia.

—Fue el año del *rock and roll*, de los derechos civiles, y estuvo plagado de disturbios. —Se secó suavemente la frente con su pañuelo—. *Rebelde sin causa* fue la voz de mi generación. No queríamos ajustarnos a las normas. Queríamos un cambio. Yo sin duda lo quería. Y tuve que luchar por él.

—Ya lo sé, papá. —No era la primera vez que escuchaba esa historia—. Por aquí. —Hice un gesto en dirección a los ascensores.

—Dos cosas lo transformaron todo para mí ese año. —Levantó una mano, las fue contando con sus dedos nudosos—. Una, que James Dean muriera en un accidente de tráfico. Y dos, que Rosa Parks se negara a ceder su asiento. —Me explicó que, aunque la una no tenía nada que ver con la otra, para él, un joven que llegaba a la mayoría de edad durante los años cincuenta, conformaban una pequeña epifanía—. No podíamos controlar el tiempo que nos quedaba, pero sí lo que hacíamos con ese tiempo. —Se llevó una mano al pecho—. Y, si deseaba tener una vida diferente de la de mi padre, tenía que hacerle frente. Así que lo hice, le dije directamente que iba a alistarme en la Marina.

—Pero solo tenías diecisiete años y necesitabas su permiso —dije mientras me lo imaginaba cara a cara ante mi abuelo, que había sido un hombre formidable.

—Sí, pero tenía un discurso preparado, y era bueno. —Papá echó los hombros hacia atrás, levantó la barbilla y me contó que había utilizado la inmigración de sus abuelos como ejemplo. Porque, al escapar estos de la opresiva Eslovaquia antes del estallido de la Primera Guerra Mundial en busca de una vida mejor, todos habíamos podido disfrutar de ella. Y, aunque seguir los pasos de su abuelo y de su padre trabajando en la fábrica, igual que todos los inmigrantes del barrio, hubiera sido una buena vida, para papá no era suficiente—. Y entonces lo rematé —dijo—. «¿Acaso no le debo al abuelo, que hizo ese sacrificio, y a ti, que te beneficiaste de él, el esfuerzo de elevarme sobre vosotros e intentar llegar aún más lejos?» —Papá sonrió ampliamente, ufano—. Y ahí se acabó la cosa. Era un argumento ganador. Mi padre fue en busca de un bolígrafo y allí mismo firmó el permiso para que me alistara.

—Es una buena historia, papá —dije mientras lo inscribía en la recepción.

—Zarpé en el *Taussig* al poco tiempo, y aquí estoy de nuevo. —Miró el logo montado en la pared, tosió en el pañuelo y asintió—. Sí señor, 1955.

Menos de seis meses antes de que se alistara, el Plan General de Detroit adjudicó al barrio de clase baja de mis abuelos la categoría de zona industrial. Dada la extrema polución del aire y del río, la gente había empezado a abandonar sus casas o a quemarlas para obtener el dinero del seguro. A medida que las familias se marchaban, los problemas comenzaron a llegar. Para el pobre vecindario húngaro de Detroit, aquello fue el anuncio de que se acercaban tiempos difíciles.

Y, aunque valoraba la historia de la lucha de mi padre por independizarse, estoy segura de que el razonamiento de mi abuelo tuvo menos que ver con el discurso de papá que con la necesidad de aliviar las penas que predeciblemente iban a afectar a su familia.

Solo esperaba que mi padre no hubiera aceptado ver al especialista únicamente para aliviar las mías.

La brillante sonrisa y la pajarita amarilla del doctor Amon me relajaron de inmediato. Charlamos sobre cosas triviales mientras examinaba el historial médico de mi padre, y bromeó durante el examen inicial. Por eso, cuando mandó a papá a radiología para que le hicieran un TAC, yo no le di más vueltas.

Cuando nos reunimos con el doctor por segunda vez, unas tres horas y media después, el brillo de su sonrisa se había atenuado para mostrar una nueva expresión, esta vez más seria. Aquel cambio sobrevoló nuestra conversación, ya no pude pensar en otra cosa.

Se disculpó por la espera, nos explicó que había querido consultar con los miembros de su equipo, juntó las manos de golpe y nos dio la noticia:

—... el cáncer ha hecho metástasis...

»... aumento de tamaño de los nódulos linfáticos y derrames pleurales en ambos pulmones...

»... neumonía.

Se me secó la boca.

La tos, las dificultades para respirar, la fiebre, la transpiración, el tono azulado de las uñas, los bajos niveles de glóbulos blancos, y con su sistema inmune comprometido... Se dijeron otras cosas, cosas de médicos que iban y venían en torno a mi alterada percepción.

Finalmente reaccioné con su afirmación final.

Iban a ingresar a mi padre.

La habitación privada, pese a contar con las comodidades de un buen hotel, no podía ocultar el olor a medicina, ni el ruidoso equipo médico del hospital. Era sorprendente la velocidad con la que había cambiado la marea. Suspiré y me froté la parte superior de los ojos para relajar la tensión.

—Ha sido un día muy largo. Debes de estar agotado.

—Estoy bien. —Papá dejó la revista de lado y puso sus bulbosos nudillos encima—. ¿Sabes qué estaba pensando? En cierto sentido, es bueno que tenga cáncer.

—Papá...

—No, escúchame. Lo que quiero decir es que con el cáncer tenemos más tiempo. Un tiempo que no tuvimos con mamá.

Se me encogió el pecho. Sin duda, el cáncer nos daba tiempo, pero nos robaba la calidad del mismo. El dolor iría acabando con la paciencia, escupiría unos recuerdos finales manchados que no valdría la pena rememorar. Yo lo quería a él. No a lo que quedase de él después del avance de la enfermedad.

—La echo de menos. —No estaba preparada para echarlo de menos a él también.

—El infarto se la llevó con rapidez, y también he estado pensando en eso. Al menos, así podemos recordarla tal como era. Fue mamá hasta el mismísimo final. —El color azul cielo de sus ojos se nubló con el recuerdo y desapareció bajo los párpados hinchados—. No como yo.

—¿Qué quiere decir que no como tú?

—Como esto. —Barrió el aire con una mano de arriba abajo para señalarse a sí mismo—. Me siento agradecido por disponer de tiempo, pero no quiero que se me recuerde como un viejo cascarrabias.

Era verdad. En un momento dado, mi padre refunfuñaba por sus dolores y molestias, y al siguiente se quedaba grogui por las píldoras que los aliviaban. Pero entremedio caían algunos destellos del espíritu que albergaba en su interior. El chico resuelto que no permitía que las circunstancias lo definieran, el soñador infatigable que navegó por todo el mundo y el hombre de familia estable pero dotado para la diversión.

Me senté muy recta, decidida a que lo supiera.

—Ese viejo cascarrabias no es mi padre. Yo sé quién es mi padre. Mi padre es un hombre bondadoso y atento que amó a su mujer y ha vivido por y para su familia. Yo sé quién eres. Puedo verte, papá. Y esto... —imité el gesto de barrido que había hecho— esto es la enfermedad. Solo la enfermedad.

—Pero es lo que la gente verá en mi funeral.

Se me cayó el alma a los pies. El cáncer estaba acabando con él, pero él estaba acabando conmigo.

—Ojalá pudiera agitar una varita, decir unas palabras mágicas y puf —moví los dedos—: todo ha desaparecido.

Papá se rio por lo bajo y se recostó contra la pila de almohadas.

—Abracadabra.

—Mi árbol mágico. —Sonreí, pensando en la historia, y tiré de la fina manta para cubrir el cuerpo excesivamente delgado de mi padre.

Él chasqueó la lengua.

—La magia no estaba en el árbol. Estaba en las palabras. —Un bostezo sucedió a la sonrisa.

—Es que las palabras eran buenas, papá.

Aquella era una buena historia.

La primera vez que me la contó estábamos plantando en el jardín un retoño que él había hecho brotar de su misma semilla.

—El agujero no ha de ser demasiado hondo ni demasiado ancho, que tenga justo el espacio suficiente para respirar. —Había introducido el retoño con facilidad, pero dejándolo fijo.

Yo había retrocedido, esperando que las ramas me saludaran o que echaran chispas, algo... Al fin y al cabo, me había dicho que el árbol era mágico. Le dije que se había roto.

Pero papá me había contestado que la magia estaba en las palabras. Era un mensaje secreto que le habían transmitido mientras permanecía debajo de un árbol igual que el que habíamos plantado.

—Solo que este era completamente adulto y medía casi diez metros. Y esa noche, Tori, las linternas de papel llenaban cada una de sus ramas con su luz titilante. Había tantas que, si te apoyabas en el tronco y levantabas la mirada, el árbol era como un paraguas gigante que te protegía de un centenar de estrellas fugaces.

—Pero ¿cuáles son las palabras mágicas? —había preguntado, ceceando por culpa de la ausencia de incisivos—. ¿*Abracadabra* y *magia potagia*?

Papá se había reído. Era esa risa silenciosa que lo llevaba a sacudir los hombros. Había puesto una mano encima de mi pequeña cabeza y me había atusado el cabello, de modo que mis trenzas se columpiaron de aquí para allá como si fueran un tambor de cuentas.

—Para comprender tu rumbo, tienes que conocer tanto tus raíces como el alcance de tus ramas. —Mi padre había comentado que aquel dicho era

mágico por el momento de su vida en el que estaba: había dejado atrás las raíces del hogar e intentaba alcanzar uno nuevo—. Sentí que me hablaba directamente a mí.

Durante mucho tiempo pensé que había querido decir que el árbol le había dirigido esas palabras. Había pasado a observar mi retoño mustio con nuevos ojos, intentando recordar el dicho mágico para hacerlo hablar. Pero entonces había arrugado la nariz y le había preguntado si en su lugar podía limitarme a decir abracadabra.

Papá se había reído, me había atraído hacia sí y se había puesto a hacerme cosquillas hasta que chillé. Nos pasamos la hora siguiente construyendo silbatos con gruesos tallos de hierba. Ese árbol sigue en pie en nuestra propiedad. Nunca alcanzó los diez metros de altura, pero fue capaz de hablar.

Con el relato de papá, iba a hablar durante los años venideros.

—Pásame eso, ¿quieres? —Señaló su vaso de hielo.

Me puse en pie de un salto para cogerlo. A continuación, sin pensar lo que hacía, le coloqué bien la manta y la metí bajo el colchón a lado y lado.

Sus ojos caídos parpadearon mirándome. Se rio con un resoplido.

—¿Qué? —Le dirigí una sonrisa burlona porque ya sabía la respuesta: él solía hacer lo mismo conmigo—. ¿También quieres que te cuente una historia? —le pregunté mientras inclinaba la silla para poder observarlo mejor—. Tengo algunas buenas del trabajo. ¿Qué te parece esta? Los informes falsificados de una explotación forestal ilegal. Podría convertirlos en un cuento de hadas con especuladores y peludas criaturas del bosque.

El pecho de papá se sacudió. Una risa silenciosa. Para mí, una victoria.

Se humedeció los labios.

—La historia de mi árbol mágico. ¿Te he contado alguna vez el motivo por el que estaba allí?

Intenté recordar. No. No lo había hecho.

—Pero no puedes añadir más cosas a mi historia.

—Soy viejo. Puedo hacer lo que quiera. —Clavó su mirada en mí—. ¿Me escuchas?

—Te escucho. —Me acerqué a él.

—De acuerdo. Pues aquel antiguo árbol, como sabes, medía trece metros, era verdaderamente majestuoso.

—Y mágico. —Me reí—. Cada vez que lo cuentas es más alto.

Me hizo callar con una débil sonrisa.

—Y, porque había florecido, porque tenía miles de flores de color rosa, era el lugar perfecto para celebrar una boda.

Mi padre me contó que, en vez de un sacerdote ordenado, la ceremonia la ofició un líder espiritual vestido con una toga blanca. En vez de familiares, los invitados eran perfectos extraños y amigos recientes. En vez de un anillo, una bolsita de seda ornamentada. En su interior, una sola semilla del árbol majestuoso con un pequeño pergamino que por un lado tenía un mensaje escrito en inglés y, por el otro, en japonés.

—Era el dicho mágico que te conté.

—Es un bonito añadido a la historia, papá.

Él parpadeó con ojos soñolientos y los cerró.

—Deberías haber visto el vestido de la novia.

Me animé. El vestido era siempre lo más importante. El de mi madre fue un modelo entallado clásico de los años cincuenta: sin mangas, con el cuello alto y muy ceñido en la cintura, terminaba en una plétora de tul que flotaba por encima de sus rodillas.

—¿Era como el de mamá? —pregunté.

—No, no —suspiró—. Era un kimono.

Seis

Japón, 1957

Mi madre ha salido a recoger su preciado *shiromuku*, su kimono de boda, mientras Kenji y yo admiramos las fotos de la ceremonia. Está preocupada por mi humor taciturno desde la entrevista fallida con Hajime de ayer, y espera que esto me levante el ánimo.

Yo aún espero conseguir que cambie de parecer.

Una foto capta mi atención, así que la levanto para estudiarla de cerca. *Okaasan* se cambió tres veces de vestido: el de color rosa del banquete, otro de un rojo atrevido para el momento de la despedida y el más elaborado de todos, su *shiromuku* blanco de capas para la ceremonia. En la foto lleva puesto este último. La imagen descolorida oculta su esplendor, pero no la radiante felicidad de *okaasan*.

—Es tan bonito... —Le muestro la foto a Kenji—. Y padre está tan guapo...

Rara vez sonrío, pero cuando lo hace su expresión se transforma, pasa del señorío regio habitual a parecer un gato satisfecho con la barriga al aire. Es una cara que reserva para *okaasan*, y que aquí quedó capturada para que la viéramos todos.

Kenji se acerca y tira de la foto.

—Como yo. —Hace una mueca—. Y tú te pareces a *haha* —dice utilizando el término infantil para decir «mamá». Su mirada se traslada veloz entre la foto y yo.

Entorno los ojos para apreciar los rasgos de madre, sonrío. Es mi propio rostro el que me devuelve la mirada. Tenemos los mismos pómulos definidos, la misma mandíbula estrecha y la misma nariz de puente alto.

—Se los ve tan jóvenes..., parecen niños.

—Tú pronto harás niños. —Kenji arruga la cara con asco.

Me burlo de él, paso a fingir interés en otra fotografía. No tengo la menor intención de discutir tales intimidades con mi hermano pequeño, pero ahora

no puedo pensar en otra cosa. El beso robado que llevó a algo más. Y que condujo a que Hajime me pidiera matrimonio. Sonríó para mí misma, recordando mi sorpresa.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pregunté con los ojos muy abiertos.

—Más que nada en el mundo. —Hajime me abrazó con tanta fuerza que nuestros corazones disparados comenzaron a latir como uno solo.

—¿Dónde viviremos? —le pregunté, feliz de estar entre sus brazos. Aunque la energía juvenil de Estados Unidos llenaba mis sueños de color, las tradiciones culturales de Japón me mantenían arraigada a mi casa. Le acaricié la barbilla con la nariz, mi felicidad anterior se vio ahogada por la realidad—. Hajime, no podré irme nunca.

—Bueno... —Me besó la sien y se echó hacia atrás para pasarme los dedos por el pelo—. ¿Y si me quedo aquí?

—¿Quedarte? —Levanté el mentón de golpe—. ¿Y qué hay de tu familia? Él se encogió de hombros.

—Los echaré muchísimo de menos. Quiero decir que ya lo hago, y mi madre... Sí, esto acabará con ella. —Ladeó la cabeza y la sacudió—. Y echaré de menos los partidos de los fines de semana con los colegas y las comidas dominicales con mis padres. Seguro que echaré de menos esa vida, porque es una buena vida. Sí, podría volver y disfrutar de ella. Pero llegará un día en que, sin darme cuenta, me habré convertido en un anciano y no dejaré de preguntarme: «¿Y si...?». Porque habré conocido... —Me rozó la mejilla con los nudillos—. ¿No te das cuenta, Grillo? Renunciaría a todas las comodidades del hogar porque tú eres mi hogar. Y, si no te tengo conmigo, entonces no se le puede llamar vida.

Lo besé. Él pidió mi mano, pero yo le entregué todo mi corazón.

—¡Mira! —Kenji agita una foto delante de mi cara, abandono el recuerdo sobresaltada—. Yo también quiero entrar en el ejército. Así podré matar a los malignos *gaijins*. —Su dulce rostro se contorsiona.

—¿Qué? No digas eso... —Contemplo la imagen y siento un nudo en el estómago. Es padre, con su uniforme militar. Kenji no sabe que Hajime es americano. No sabe nada de lo que pasó durante la reunión, porque no estuvo aquí. Aparto la foto—. Lo que es maligno es la guerra, Kenji.

—Pero es un mal necesario. —La voz profunda de padre nos sobresalta a los dos. Sus ojos entornados examinan los recuerdos desperdigados por el suelo.

«¿Cuánto rato lleva ahí plantado?»

Hace un gesto con dos dedos para que Kenji le pase la foto en la que está vestido de militar. La mira y gruñe frunciendo la expresión. Ha vivido más de una guerra. «Demasiadas», dice *okaasan* cada vez que surge el tema.

Tomo prestado el coraje de Hajime, trago saliva y me atrevo a hablar.

—Es un mal necesario pero que ya ha pasado, padre. De otro modo, no abandonaremos nunca la batalla entre el mono y el cangrejo.

Sus ojos lanzan dagas y luego se dirigen hacia la abuela, que pasa en ese momento arrastrando los pies con el té.

—El mono y el cangrejo..., qué batalla más tonta, tch, tch, tch. —Cuando sale al jardín, su ligera *yukata* veraniega se mezcla con el color índigo oscuro del cielo vespertino.

Por una vez estoy de acuerdo con *obaachan*. Una historia tonta que ilustra una realidad horrible. El cangrejo tiene una bola de arroz y el mono consigue que se la cambie por una semilla de caqui. El cangrejo acepta y planta la semilla para obtener su fruto. Pero entonces, el mono trepa a lo alto del árbol y roba la fruta. Los hijos del cangrejo se enojan mucho y buscan venganza. Y así para siempre.

Cuando levanto los ojos, padre sigue con la mirada clavada en mí, por lo que bajo el mentón y la voz.

—La venganza solo genera más venganza —digo con la esperanza de ablandar su determinación.

—Tch, tch, tch. Ya es suficiente. —Madre aleja el malestar con un gesto de la mano mientras entra en la habitación—. Faltan pocos días para la entrevista entre Naoko y Satoshi. Que nuestras palabras sean solo de felicidad, ¿de acuerdo?

Silenciamos nuestra conversación porque sabemos que no hemos de disgustarla. A veces, cuando *okaasan* se estresa, la cavidad izquierda de su corazón, hipertrofiada, pasa a latir siguiendo su propio ritmo. Es una pequeña anomalía que rara vez se menciona, pero que siempre tenemos en cuenta.

Satisfecha, nos muestra su kimono tradicional de boda y sonrío:

—Ten, Naoko, Pruébatelo y déjanos verte.

—¿Que me lo pruebe? —Mis ojos se embeben de la exuberancia de su tela. Es un festín visual de elegante seda triple y detallada costura. Su intrincado diseño se revela o se enmascara según los juegos de la luz. Es deslumbrante, no me atrevo a tocarlo. Si lo llevo el día de mi boda será para honrar a mi familia, y significará que estoy inmaculada, que me presento pura ante mi marido. Niego con la cabeza, sintiéndome culpable por haber

fracasado en ambas cuestiones—. Es demasiado hermoso, *okaasan*, es demasiado para mí.

Padre se vuelve hacia ella, que coloca el preciado kimono sobre sus antebrazos, y yo capto la cálida mirada que perdura entre ambos.

Padre me mira y asiente.

—Pruébate. No es demasiado para una hija que se va a casar con una familia tan importante. No todo ha de ser una batalla, Naoko.

Ahí está. Una ofrenda de paz sujeta a condiciones para una batalla que no ha hecho más que empezar.

Después de la cena, con una visión clara de padre y Taro en el patio, me encargo de lavar los platos mientras madre los seca y la abuela los devuelve a la estantería.

—¿No quieres tomarte el té en el jardín, *obaachan*? —Hago un gesto hacia fuera—. Podrías descansar los pies, y te traería una taza nueva.

Madre me dirige una mirada curiosa. ¿Quizá estoy siendo demasiado evidente?

La abuela se nos acerca renqueante, con su olor a crema pastelera y a jazmín, y nos mira a ambas con expresión recelosa, pero va a reunirse con padre y Taro en el patio.

Pongo la tetera al fuego y, tras asegurarme de que la abuela está en el jardín, comienzo a hablar:

—Estás muy hermosa hoy, más aún de lo habitual. —No es ninguna mentira. Lleva el cabello tirante en dos secciones, recogido con peinetas de zafiro dorado y oscuro—. El kimono de verano te sienta muy bien.

—Me halagas, Naoko. —Madre me mira de reojo, pero esta vez con unos ojos brillantes y sonrientes.

Inclino ligeramente la cabeza, me concentro en las palabras que he estado ensayando.

Son una trampa hecha de verdad poética.

Okaasan toma de mis manos el cuenco que llevo demasiado rato limpiando.

—Tienes mi atención, Naoko.

El corazón se me dispara, es como si tuviera un pajarillo atrapado dentro del pecho. Inspiro para armarme de valor y espiro con la esperanza de que el frágil corazón de madre mantenga el ritmo mientras realizo mi súplica.

—¿Crees que existe la posibilidad de que Satoshi cambie de idea respecto a mí?

—¿Es eso lo que te preocupa? —Deja caer los hombros como si hubiera estado dispuesta a soportar un peso mayor.

—Por favor, *okaasan*, ¿es posible?

—Claro que es posible, pero no creo...

—Entonces ¿estás de acuerdo en que se puede cambiar de idea?

Sus cejas se unen. Sabe que estoy dirigiendo el agua hacia mi propio arrozal, así que no dice nada.

Inclino el cuerpo hacia ella.

—¿Y si nos enteráramos de que Satoshi tampoco quiere casarse conmigo? En tal caso, no habría peligro de perder el negocio de padre.

Las manos de *okaasan* se detienen, deja de secar.

Respiro hondo y acometo la petición que he estado practicando hasta la perfección.

—Solo te pido que lo tengas en consideración. Si estás de acuerdo en que se puede cambiar de idea, y si Satoshi cambiara de parecer sin que existiera una ofensa, ¿no podrías hacer que padre lo hiciera también? ¿No puedes hacer que abra su corazón para ver lo que hay en el mío? Quiero casarme por amor, *okaasan*.

—Naoko... —*Okaasan* inclina la cabeza.

—Amo a Hajime —me atrevo a decir su nombre en un susurro—. Y él me ama a mí. Me ama tanto que está dispuesto a renunciar a su hogar en Estados Unidos. A dejar a su familia para vivir aquí, con la nuestra. —No le digo aún dónde—. Es un hombre bueno y honorable que ha abrazado nuestras costumbres y nuestra forma de pensar, y además me respeta. —Sonrío mientras mis emociones borbotean y se me humedecen los ojos—. Él me anima, *okaasan*. Me anima a que hable y actúe libremente, porque ama todo cuanto soy. Y yo amo la persona que soy a su lado. Me siento como si fuera capaz de todo. ¿Sabes lo que me dijo? —Sus hermosas palabras han adornado mis pensamientos desde ese momento. Mi sonrisa se vuelve más amplia—. Dijo que soy astuta e inteligente, y que si alguien puede convencerlos a ti y a padre de que debemos estar juntos esa soy yo. —Le cojo la mano, se la aprieto—. Así que yo te digo esto: tú eres astuta e inteligente, y, si alguien puede lograr que padre reconsidere esta cuestión, esa persona eres tú. Por favor, te suplico que des con el coraje y lo convenzas.

Okaasan mira al frente, coloca las dos manos sobre la encimera. Observa por la ventana a los demás, sentados en el jardín. El tic nervioso de su meñique presta movimiento a su reflexión. Tap-tap-tap. Y otra vez. Tap-tap-tap. Estamos la una al lado de la otra, delante del fregadero, aguantando

nuestras respectivas posiciones al no romper el silencio, hasta que... la tetera silba cuando el agua comienza a hervir.

Hace un gesto hacia el agua hirviendo y se pone a secar los platos de nuevo, señal de que mi respuesta tendrá que esperar. A menudo, el dolor es un agujero por el que la verdad se cuele con un silbido, e incluso en este silencio el silbido continúa pitando en mis oídos. «¿Y si *okaasan* no me contesta nunca?»

Preparo el té de después de la cena y se lo llevo fuera a la abuela. La discusión que mantienen padre y Taro sobre comercio exterior se interrumpe con mi llegada. Taro me dedica una mirada incisiva, pero padre me ignora. En su lugar, observa a Kenji, que está examinando un bicho que hay junto a su libro.

—Kenji-kun... —Que padre diga su nombre es suficiente para que se corrija.

La abuela acepta el té con un asentimiento y me despachan sin mirarme siquiera.

En cuanto me vuelvo para marcharme, Taro reemprende su conversación y pone énfasis en la palabra *gaijin* para mis oídos, para hacerme daño. Mi hermano representa una amenaza mayor para Hajime que mi padre, porque la fervorosa visión nacionalista de aquel alimenta los viejos prejuicios arraigados en este.

Es como la gasolina para un fuego que arde lento.

El mejor seguro contra el fuego es tener dos casas, así que espero la respuesta de *okaasan*. Si he logrado convencer a su hipertrofiado corazón, quizá ella pueda hacer que padre no sea tan estrecho de miras, y entonces nuestro hogar dejará de estar dividido.

Siete

Japón, 1957

La vibración del tren hace que se me revuelva aún más el estómago y que me den náuseas. Debería haber vuelto a casa nada más acabar el ensayo de bailes tradicionales, pero me he ido al muelle. El barco de Hajime se ha hecho a la mar —cada dos semanas viaja desde Yokosuka hasta los puertos vecinos—, pero le he dejado un mensaje con el guardia.

En él he escrito:

El Hilo Rojo del Destino es una vieja creencia del este de Asia. Se dice que el cielo ata un cordón de color rojo alrededor de los dedos meñiques de aquellos que están destinados a permanecer juntos. Es un hilo invisible que conecta a quienes están destinados a encontrarse, sin importar el momento, el lugar o las circunstancias. El hilo puede estirarse o enredarse, pero nunca romperse. Sigue el nuestro y me encontrarás en nuestra casita de paja.

Corté dos trocitos de hilo de color rojo —uno para cada uno— y metí el suyo en el sobre. Debe saber que ni mis sentimientos ni mis intenciones han cambiado. No he mencionado que los sentimientos de padre tampoco lo han hecho. Aunque creo que mi madre me apoya, entiendo su sumisión y su silencio. Pertenece a una generación diferente y nunca ha tenido a alguien como Hajime para inspirar sus palabras y sus acciones. Espero que las mías lo hagan.

Suspiro y me recuesto en el asiento del tren, miro a la mujer y a la niña que están sentadas frente a mí. Aunque yo estoy embutida entre otras personas, ellas están solas. Los pasajeros fingen indiferencia, pero ese espacio excesivamente generoso revela repugnancia. No importa que lleven la ropa limpia, el pelo bien cortado o la ausencia de una máscara quirúrgica indicativa de alguna enfermedad: nadie quiere arriesgarse a contagiarse de la evidente sangre mestiza de la niña.

Esta se da cuenta de que la observo, así que le sonrío. Busco en el bolsillo y saco dos dulces *dagashi*, con forma de cubo, y le ofrezco uno. Ella se me queda mirando.

—Por favor —digo acercándoselo—. Tengo muchos.

Entusiasmada, estira el brazo y lo acepta.

Ya nadie finge indiferencia.

El hombre a mi izquierda se pone en pie como un rayo. La mujer a su lado se aleja un poco más. La mujer que dormía se ha despertado y me clava una mirada de desaprobación. Me he infectado, así que finjo indiferencia.

Pero en realidad me duele en el alma. Si Hajime y yo tenemos hijos, les pasará lo mismo.

Con su piel clara y sus ojos almendrados, esa niña pequeña es un recordatorio vivo de que perdimos la guerra, de que las creencias radicalmente occidentales de Estados Unidos se han entrometido en nuestras tradiciones, de que han manchado nuestra sangre. Es una niña de raza mixta y, aunque sea inocente, su existencia los avergüenza y los asusta.

Lo que me avergüenza y me asusta a mí son la oposición de mi país y el miedo de mi familia.

Las lágrimas brotan de mis ojos. Por ellos, por mí. Por no saber lo que debo hacer. Busco en el bolsillo y saco los dulces con forma de cubo que me quedan. Se los doy todos.

El tren chirría al frenar con fuerza. Impacientes, los pasajeros se ponen en pie y se dirigen hacia la puerta, ansiosos por librarse de las dos.

Miro hacia el horizonte mientras bajo al andén para emprender el largo camino hacia casa. Debería darme prisa, pero ya llego tarde y, como dice la abuela, «si vas a comer algo venenoso, bien puedes rebañar el plato». Le doy una patada a la gravilla, hago que una nube furiosa de polvo se levante en señal de protesta.

—¡Naoko! —La voz grave me llega desde lo alto de la colina.

Entorno los ojos para identificar a la figura. Un rayo atraviesa mi interior. Siento calor en el cuello y una picazón en la piel.

«¡Satoshi!»

Oh, no. «¿Lo he olvidado?» ¡Pensaba que nuestra entrevista era mañana! Acelero el paso, pero luego lo reduzco. Hajime dijo que, si alguien podía hacer cambiar de parecer a mi familia, esa persona era yo. Esta es mi oportunidad para hacer que Satoshi también cambie de idea. Avanzo arrastrando los pies, fingiendo que estoy dando un paseo de placer por mucho que él se acerque apresuradamente. Quiero que me considere descortés.

—Tu padre nos ha mandado a Taro y a mí a buscarte. —Su voz se suaviza al acercarse—. Él ha ido a casa de tu amiga Kiko, y yo he venido al tren, y aquí estás.

—Aquí estoy. —Las hojas crujen mientras ejerzo de público cautivo. Quizá solo de cautiva. Sigo confundida—. Pero ¿nuestra entrevista no era mañana?

—Sí, pero tu padre nos invitó a venir hoy de manera informal.

Cosa que yo habría sabido si padre me la hubiera contado.

De momento, nos estudiamos el uno al otro. Yo, mientras tramo algo. Él, ¿maldiciendo su suerte? Soy un desastre. Bien. Espero que se marche echando humo por las orejas, que me declare inaceptable. Encorvo la espalda para transmitir esa idea. Hajime se carcajearía y sonreiría orgulloso. Me encorvo un poco más.

Finjo no darme cuenta de lo mucho que ha cambiado. Recuerdo que era guapo, pero ahora, debo admitirlo, es muy atractivo, aunque no tanto como Hajime. Lleva el cabello más largo por arriba y peinado hacia atrás, pero me imagino que en un día normal no lo llevará tan cuidado, y sí más a la moda. Su rostro es anguloso, tiene el puente de la nariz elevado y unos ojos separados que permanecen fijos en los míos.

Dejo caer la cabeza y pateo el polvo, exasperada por mi mala suerte. Debería ser un hombre horrendo para que pudiera quejarme por ello ante mi familia: «¿Cómo podéis pedirme que me case con semejante animal? ¡Pensad en vuestros futuros nietos! ¿No visteis lo atractivo que es Hajime?». Pero ese argumento me conduciría al fracaso.

Hago una reverencia desde la mitad de la cintura para ponerlo a prueba.

—Perdóname, Satoshi-san. Debo de haber olvidado la cita de hoy. Se me fue de la cabeza. Menudo descuido. Un carácter débil hace que débil sea la esposa. —Son afirmaciones frívolas, pero ahora puedo estudiar su reacción. Su mandíbula, fuerte y cuadrada, ¿es irritación lo que la ha puesto tensa? ¿Se ha erguido su mentón por engreimiento, como el de Taro? ¿Contienen sus ojos desprecio, igual que los de padre?

—Y yo lamento la confusión. —Me devuelve la reverencia con elegancia y sonríe—. ¿Damos un paseo?

Lo miro de reojo, sin acabar de confiar en su actuación, pero me pongo a caminar a su lado.

Las aves hacen una pausa para sopesar el silbido del vapor. Un pitido largo que indica que el tren se dispone a partir. Japón se rige por un estricto programa de salidas y llegadas, todo tiene su momento.

Menos yo.

La abuela suele decir: «La verdad también tiene su momento. Tanto cuando llega demasiado pronto como cuando lo hace demasiado tarde, se

convierte en una mentira». Que me impongan a Satoshi como pareja no es justo ni para él ni para mí. No deseo mentir, así que este es el momento adecuado para contarle mi verdad. Me rechinan los dientes con fuerza mientras decido cómo presentarla sin despertar su indignación. Quiero que pierda el interés, no que se ofenda. Sigue siendo el hijo de un cliente de mi padre.

Hajime dice que soy astuta e inteligente. Pero ¿soy convincente? Me detengo y lanzo las palabras al viento:

—Estoy segura de que alguien de tu categoría ha de tener otra posibilidad de emparejamiento. Una chica obediente y considerada. Una chica que sea perfecta para ti. De hecho, me encuentro ante la misma estimulante situación. —Me pongo de cara a él, pero me concentro en sus impecables zapatos de color marrón.

—Ya veo. —Su zapato lustrado taconeó una vez—. ¿Lo conozco?

—No, estoy segura de que no, tal y como yo no conozco a tu enamorada. Pero estoy segura de que se mostrará siempre considerada hacia tu apretada agenda, a diferencia de mí..., que sería una pareja incompatible. ¿En qué pensaban nuestros padres? —Estoy a punto de reírme. Hajime diría que debo dedicarme a la interpretación.

—¿Va a la misma escuela que tú?

—No. Ya ha completado su educación.

Satoshi desplaza el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Entonces ¿trabaja con tu padre? Quizá nos hayan presentado...

—No y no. —Me rechina la mandíbula. «¿No ha oído nada de lo que le he dicho?»

—Pero ¿de qué lo conoces? Quizá...

—Lo conozco porque es americano. —Levanto la cabeza de golpe, sorprendida ante mi propia osadía. A continuación, la bajo de inmediato. Mi estómago es una caída en picado. «¿Qué he hecho?»—. Lo siento mucho y no deseo ofenderos, ni a ti ni a tu familia. Por favor, no se lo cuentes a tu padre ni... No puedo... —No puedo respirar ni pensar. Ahora necesito que alguien me diga lo que debo hacer.

Esta tormenta emocional es demasiado cercana. Me gustaría buscar refugio en el bosque, con esos zorros que ahora se están riendo. A la abuela quizá se lo cuenten todo, pero a mí no me dicen nada.

Cuento mentalmente los segundos entre el fogonazo y el estallido.

«Un millón uno.

»Un millón dos.

»Un...»

—Debo admitirlo: cuesta resistirse a los americanos.

«¿Cómo?» Le dirijo una mirada furtiva desde más allá de mis pestañas. Satoshi no está enfadado ni molesto porque yo haya escogido a otro —a un americano—, sino que... ¿sonríe? ¿Tendrá de verdad a otra pareja y por tanto el suyo es un corazón comprensivo?

—¿Sabes algo de béisbol, Naoko?

Asiento, sorprendida aún por lo despreocupado de su conducta, pero también precavida. Hajime juega al béisbol. ¿Lo sabe? ¿Es un truco porque el equipo americano ganó aquel partido tan publicitado? ¿Es posible que sus palabras puedan caer aún sobre mí, coléricas y asqueadas?

—El jugador de béisbol Joe DiMaggio se casó con una famosa estrella de cine rubia. Los vi en Tokio cuando vinieron en su viaje de bodas. —Se vuelve, me mira fijamente—. Te juro que ella me hipnotizó con sus enormes ojos azules.

Se ríe, lo que me lleva a sonreír a regañadientes.

Puedo entender bien el hechizo de unos ojos azules. Cuando conocí a Hajime en Yokosuka, sus ojos me cautivaron. Reflejaban la luz y centelleaban como el agua cuando atrapa los rayos del sol.

—Así que, sí, Naoko, yo también entiendo su atractivo. Pero... —Satoshi se detiene, su amplia sonrisa se ve reemplazada por una más ligera—. También me gustan los ojos oscuros que brillan como raros diamantes negros. —Me guiña un ojo—. Quizá a ti te pase lo mismo, ¿eh?

Siento calor en la cara, así que me pongo a mirar fijamente los árboles, confundida. En efecto, es encantador, pero sigue siendo puro teatro. En Japón hay dos tipos de amor. El amor familiar por la esposa y los hijos, y el amor de las relaciones, que el marido continúa teniendo con otras fuera de casa. Yo deseo ambos dentro de mi matrimonio y quiero tener mi propia casa. No una gobernada por una suegra rencorosa.

Avanzamos en silencio.

«¿Por qué no está enfadado?» Debería haber declarado nuestra unión como inaceptable para obligar a que mi familia tuviera en cuenta al menos la opción de Hajime. Satoshi no está siguiendo las reglas.

—Estás ausente. ¿Hacia dónde va tu mente? —pregunta Satoshi.

—Oh... —Miro en su dirección, pero aparto la vista rápidamente. Si este fuera nuestro primer encuentro oficial como pareja, yo intentaría impresionarlo, le hablaría sobre las diversas plantas del jardín para demostrarle mis conocimientos y mi atención hacia el detalle. O le

preguntaría por sus estudios de electrónica y exclamaría lo impresionantes que son sus ambiciones. En cambio, mi lengua me traiciona—: Estoy pensando en la historia del ritual del gato y en su ridícula norma.

Él se ríe y me contempla con expresión risueña.

—Se parece bastante a estos encuentros de emparejamiento, ¿no te parece? —le pregunto, y lo miro de reojo para ver si eso también le provoca una sonrisa.

Así es. Entrelaza las manos por detrás de la espalda y levanta la mirada hacia los árboles.

—Una vez había un gran líder espiritual que veía perturbada su meditación por los ruidos y quejidos constantes del gato del monasterio, siempre descontento.

—Sí. —Asiento al ver que conoce la historia—. Y, para resolver el problema, cuando llega la hora del oficio atan al gato, de modo que el gran líder pueda concentrarse.

—Y cuando el gato acaba muriéndose... —Satoshi levanta el dedo índice en el aire y habla con gesto dramático—: Consiguen otro y vuelven a atarlo. Y esto se convierte en una norma obligatoria para poder meditar de manera perfecta durante los siglos venideros.

Esta vez nos reímos los dos.

—Naoko... —Se detiene ya cerca de la casa—. Has de saber que admiro tu honestidad y que no la traicionaré delante de mi padre ni la voy a utilizar contra ti o contra tu familia. Puedes confiar en mí. —Las comisuras de sus labios se elevan—. Y, aunque entiendo que tu corazón esté lleno, ¿entenderás tú que te pregunte si sigue habiendo espacio en él para que me tengas en cuenta? —Abre la boca para añadir algo, pero la cierra al ver que *okaasan* y su madre han salido por la puerta principal y se acercan a nosotros.

El temor se enrosca a lo largo de mi espalda. El día me tiene ya exhausta, pero haber avergonzado a *okaasan*... Soy una colección de huesos blancos y cansados. Que no se encuentre a la hija es indicativo de que también la madre anda perdida.

Padre debe de estar furioso.

Una charla educada pone fin a la visita, que me he perdido casi por completo. Con una reverencia, vuelvo a disculparme por mi retraso ante la madre de Satoshi, y este se apresura a decir que no hace falta, puesto que, aunque haya sido breve, han disfrutado mucho de la reunión. Esto evita que su madre tenga

que responder e impide que mi vergüenza sea total. Intercambiamos sonrisas y, con un ligero asentimiento, Satoshi escolta a su madre fuera de nuestro hogar.

Los veo alejarse desde el umbral. Satoshi mueve un brazo al hablar, mantiene el otro extendido para que ella pueda sujetarse y mantener el equilibrio. Ella se inclina hacia él y le dice algo, y Satoshi echa la cabeza hacia atrás con una risotada.

—Estás sonriendo —dice la abuela a mi lado.

Me vuelvo, dejo caer las mejillas con rapidez.

—Es solo que me ha sorprendido.

—Es como cuando te cae una bola de arroz en la boca: inesperado pero dulce. —Frunce los labios con suficiencia.

Igual de inesperado es que Taro me coja con fuerza del brazo y tire de mí.

—Primero nos insultas trayendo a casa a un sucio *gaijin* y luego, cuando padre intenta rebatir los rumores que hayas podido provocar, ¿te presentas tarde? Si no te hubiéramos encontrado, se habría acabado todo. ¿Es que no lo entiendes, hermana? —pregunta con los ojos desorbitados.

—Entiendo que a nadie le importa lo que yo quiero. —Tiro del brazo para liberarlo, pero no dejo de fulminarlo con la mirada.

—¿Qué es lo que quieres? —Los finos labios de Taro se curvan en una mueca de desdén. Da un paso hacia mí y gruñe—: ¿Quieres que lo perdamos todo? ¿Sabes lo duro que ha tenido que trabajar padre desde la guerra?

—La guerra se acabó hace doce años, Taro —contrataco.

—La guerra acabó con millones de vidas, Naoko. Destruyó prácticamente todo el país, y la ocupación americana apenas se ha disuelto, y tú... tú te comportas como una puta, te pones su ropa, escuchas su música, quieres casarte con uno de ellos. —Taro comienza a pasearse nervioso—. ¿Qué imagen crees que da eso de nuestra familia? ¿Y nuestras posibilidades de recuperarnos?

—¿Acaso no hacéis negocios con ellos? —Levanto las cejas con el comentario.

Él se detiene.

—La compraventa de mercaderías con un acuerdo beneficioso para ambas partes no es lo mismo que vender el apellido familiar.

—No, pero queréis venderme a mí por el bien del negocio. —Me cruzo de brazos para que el corazón no se me escape del pecho de tanto aporrear en él.

—Mira a tu alrededor, Naoko. —Taro hace un gesto violento—. ¿No ves cuánto se ha reducido nuestra posición? ¿Quieres que *obaachan* y *okaasan*

caigan aún más si ofendes a alguien con estos juegos? ¿Que padre pierda el honor? ¿Que yo pierda mi herencia? Venderte... —resopla—. Padre quiere que asciendas. Se ha asegurado de que tengas una casa importante en tu futuro cuando el nuestro sigue siendo incierto por su culpa. ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

La confusión hace que se me caiga el estómago a los pies. ¿Eso soy? Rechazo sus palabras con un gesto de la mano y giro sobre mis talones para alejarme.

Padre está plantado a mi espalda.

Kenji me dirige un rugido burlón al pasar:

—Naoko, te has metido en una bue...

—¡Ya es suficiente! —El tono de padre interrumpe a Kenji. Con un gesto de la mano, lo despacha junto a Taro.

Kenji hace una reverencia, en sus ojos la burla ha dejado paso a la preocupación. En silencio, retrocede hacia donde están la abuela y *okaasan*, cerca de la cocina. Taro me atraviesa con una última mirada cortante, le dedica una reverencia a padre y se aleja resoplando.

Se me acelera la respiración. Comienzo a notar un malestar agudo en el estómago.

Padre se pone en jarras. Tras sus ojos hay un fuego que le enrojece la cara y hace que sus palabras me abrasen.

—¿Dónde, Naoko?

El proverbio de la abuela me inunda la cabeza. «Tanto cuando llega demasiado pronto como cuando lo hace demasiado tarde, la verdad se convierte en una mentira». Ya es demasiado tarde.

—*Otōsan*, perdóname, por favor. No me di cuenta de la hora y...

Me da una bofetada.

Me tambaleo conmocionada. *Okaasan* lanza un grito ahogado y corre hacia mí, pero padre la aparta de un empujón.

—¡No la toques! —Me interpongo entre ambos.

—No soy quién para interferir. Perdóname, esposo. —*Okaasan* baja el mentón.

—No, sí lo eres. Porque soy tu hija —digo enfrentándome a ella. Siento la picazón de las lágrimas detrás de los ojos—. Tienes una voz, *okaasan*, y todo el derecho de utilizarla. Estamos en 1957. —Me vuelvo hacia mi padre con el corazón rabioso y acelerado—. Las mujeres pueden tomar sus propias decisiones, y yo...

Otro golpe me cruza la mejilla y me detiene en seco. Este ha dolido. Me cubro la piel escocida con la mano mientras las lágrimas caen sobre mis dedos, pero mantengo la cabeza erguida. La próxima vez no me cogerá desprevenida.

—Eres un reflejo del honor de nuestra familia, Naoko. Eso no va a cambiar. Y esta tarde nos has avergonzado con tu ausencia injustificada. Y ahora me estás faltando al respeto con tu insolencia. —Ladra las palabras, las ventanas de su nariz se dilatan con cada aliento—. Es culpa del *gaijin*, que te ha llenado la cabeza de tonterías. Que las mujeres pueden tomar sus propias decisiones... —se burla—. En esta casa decido yo.

Estudio el ascenso y la caída de su nuez de Adán cuando se traga la rabia. Yo me sujeto la mandíbula para contener la mía.

—Y he decidido dar mi bendición para que te cases con Satoshi de inmediato. —Un gruñido se cuela entre sus dientes apretados—. Si es que aún te quiere aceptar.

—Pero, pad...

—¡Silencio! —Aprieta su poderoso brazo, pero lo mantiene en posición—. Está decidido.

Me dejo caer de rodillas consternada. Entierro mi rostro bajo las lágrimas.

Sus palabras me han golpeado con más fuerza que cualquier mano.

Satisfecho, padre me deja allí, sola. En su cabeza, que me una a Satoshi garantiza que una familia a la que respeta cuidará bien de mí, una familia que además asegurará el éxito continuado de la nuestra. Esto lo complace, lo reconforta respecto al futuro de todos nosotros. Y yo lo entiendo, pero ¿qué felicidad puede haber en un futuro que no es el mío?

Incapaz de ponerme en pie, susurro una pequeña oración y dirijo mi petición hacia la tormenta. Pido el pegamento con el que se reparan los bordes dentados. Si eso no es posible, pido ser más fuerte que el cuenco que rompí. Si eso tampoco es posible, pido la ayuda de alguien cuya consideración sea aún más importante que la del gato del ritual.

Porque bajo el sol de Japón hay muchas cosas terribles: los grandes terremotos, que derrumban ciudades enteras; los rayos mortales que envía el cielo rabioso, los vientos furiosos de los incendios mortíferos y padre.

Este último no es el menos importante.

Ocho

Estados Unidos, en la actualidad

Me había registrado en un hotel cerca de allí, pero pasé poco tiempo en él. En su lugar, me llevé la mayor parte de mis cosas al hospital y me las arreglé con la butaca. Había pasado más de una semana y, con los líquidos intravenosos y los antibióticos, esperaba que mi padre comenzara a mejorar. Pero había empeorado.

La bata de color verde azulado dos tallas más grande que la suya le colgaba por todos lados y desvaía su tez, pálida de por sí. Tenía el corazón en un puño ante su aspecto demacrado. No comía, solo bebía agua a través de una pajita y en pequeños tragos. Y, aunque los medicamentos le habían calmado la tos de pecho, también lo dejaban mareado y hacían que le costara más respirar. La vida de mi padre se estaba apagando, y nadie hacía nada al respecto.

Hubo un golpe rápido y, al abrirse, la puerta de la habitación de papá liberó una franja de luz fluorescente. Una enfermera que le caía bien a mi padre entró en el cuarto. ¿Natalie? Me costaba acordarme de los nombres cuando a duras penas lograba recordar qué día era.

—Hola —susurró intentando no molestar a mi padre—. He venido a echarle un ojo a nuestro hombre. —Su cola de caballo se balanceó cuando se puso manos a la obra.

Siempre era «nuestro hombre», «nuestro amigo» y «pensamos» esto o lo otro. Como si los empleados del hospital conformaran una sola conciencia colectiva en vez de una masa de almas individuales. Quizá era una necesidad. «Nuestro hombre» les permitía mantener una cierta distancia emocional. Pero nuestro hombre era mi padre, y tenía un nombre. Yo habría preferido que lo usaran.

—¿Cree que podrían ponerle algo de oxígeno? —pregunté antes de que se escabullera. La respiración saturada de papá se había vuelto más superficial, a

veces con largas pausas entremedio—. No creo que quiera que lo entuben, pero podría ser con una máscara, ¿verdad?

—El doctor Amon está haciendo su ronda, así que debería llegar en cualquier momento. —La enfermera cerró la puerta y se llevó la luz y las respuestas consigo.

Cuando el médico apareció al fin, me levanté de un salto de la butaca y lo conduje de vuelta al vestíbulo.

—¿Qué sucede? —Estiró el cuello hacia la habitación, alarmado.

—No, lo siento, está bien. Es solo que quería discutir con usted otras opciones de tratamiento. Los antibióticos no parecen estar funcionando..., está peor. —Fue comenzar y no poder parar. Apreté el puño y fui golpeándole con mis preocupaciones y sugerencias una detrás de la otra: los antibióticos, la resistencia a los mismos, la falta de apetito...

—Por favor. —El doctor levantó las manos—. Entiendo...

—No, usted no lo entiende. —Señalé hacia el interior de la habitación—. Ese de ahí es mi padre, y nadie está haciendo nada.

—Por favor... —repitió, y me guio de vuelta hacia el cuarto—. Incluyamos a su padre en esta discusión. —Subió el regulador y una luz dura sacudió la estancia—. ¿Señor Kovač? —El doctor Amon se inclinó sobre él—. Hola, señor Kovač. Lamento molestarlo.

Papá parpadeó, entornó los ojos e hizo inventario de cuanto lo rodeaba.

—Sí, hola, señor Kovač, hola. —El doctor Amon dio un pasito hacia atrás, hizo un gesto en dirección a mí—. Me temo que su hija está disconforme con el tratamiento que está usted siguiendo. Me parece que no le ha explicado las decisiones médicas que ha tomado, y recomiendo que lo hagamos antes de que lleguen los otros.

—¿Qué otros?

—¿Señor Kovač?

Papá se frotó los ojos confundido, así que el doctor Amon repitió sus palabras. Mi padre desplazó la cabeza sobre la almohada en mi dirección, y entonces le dedicó un asentimiento al médico.

—¿Sí? De acuerdo. —El doctor Amon giró sobre sus talones y echó los hombros hacia atrás—. Contra mis deseos, su padre solicitó que no compartiéramos su más reciente decisión médica con usted.

—Espere un momento, ¿qué decisión? ¿Y cuándo tuvo lugar esa conversación? —Solo me había ido una o dos veces al hotel. Había salido a por café en algunos momentos. Hielo.

—Tras los resultados del TAC —crepitó la voz de papá mientras intentaba incorporarse.

Quise ayudarlo, pero la incredulidad clavó mis pies al suelo.

—Vale, quieres tomar tus propias decisiones médicas, no hay problema, pero ¿no quisiste que me informaran de ellas? —Dirigí una mirada escudriñadora al doctor Amon—. Tampoco es que su cáncer sea un secreto. —Le eché un vistazo a mi padre, subí el tono de voz—. Papá, para eso hemos venido aquí, ¿recuerdas? Para discutir los posibles tratamientos para tu cáncer.

—Doctor... —Mi padre frunció el ceño—. Por favor.

—Sí, de acuerdo. —El doctor Amon unió las palmas de las manos pensativo; las dejó descansar debajo de la nariz y las separó con sus palabras —: Después de recibir los resultados del análisis, su padre y yo tratamos la cuestión de los cuidados paliativos, y esta misma mañana su padre me ha informado de que esa es su decisión. ¿Comprende lo que le digo?

No lo comprendí. Mi silencio así lo dijo.

El doctor Amon bajó el mentón.

—Su padre ha decidido no continuar con el tratamiento y en su lugar ha optado por permanecer aquí hasta el final de su vida.

—¿Cómo? —Sus palabras me golpearon con tanta rapidez y dureza que la sola sorpresa me llevó a las lágrimas. Retrocedí un paso incrédula.

El doctor Amon me aclaró que las terapias más agresivas prolongarían su sufrimiento. Me explicó las intervenciones que podían realizarse para aliviar los síntomas en un paciente para el que no existían posibilidades de curación. Me dijo otras cosas, cosas de médico, imposibles de distinguir, acerca de lo que cabía esperar, pero yo tenía la cabeza fija en las palabras de mi padre cuando llegamos: «El *Taussig*... Fue donde comenzó mi vida. ¿Quién me iba a decir que terminaría también en él?».

¿Quién se lo iba a decir? Él mismo, porque lo sabía. Y quizá, más allá del té, de las vitaminas e incluso de la última y desesperada cita con un especialista, yo también lo supiera.

Esa noche no dormí. En su lugar, estuve mirando por la ventana del hospital y vi cómo el sol irrumpía entre la neblina. «Cielo rojo mañanero, aviso para el marinero».

La tormenta estaba al caer.

Nueve

Japón, 1957

No hay sesión de tutoría después de clase, así que mi amiga Kiko y yo nos subimos a la bicicleta y recorremos el camino desde la estación de tren sin prisas. Yo tuerzo el manillar de aquí para allá, dejo un rastro serpenteante sobre la gravilla mientras pienso en Hajime, esperando que haya leído mis palabras. Miro el cordel rojo que me he atrevido a atarme alrededor del dedo y, a continuación, me pongo en pie sobre los pedales para ganar velocidad de cara a la colina que tenemos frente a nosotras.

Kiko se rezaga. Yo estoy perdida en mis pensamientos, mientras que su silencio es de lo más ruidoso. Está enfadada conmigo por considerar siquiera la posibilidad de ir contra los deseos de mi familia. Pero ¿cómo podría no hacerlo?

En lo alto, freno de golpe y me vuelvo. La falda de algodón del uniforme escolar se me pega a la parte trasera de los muslos. La sacudo para soltarla y espero. Kiko se toma su tiempo en pedalear y finge no reparar en mi impaciencia. Pone los pies en el suelo y avanza por la gravilla. No se detiene, pasa por mi lado con los labios fruncidos y las cejas enarcadas, como una cría insolente que contuviera el aliento.

—Soy consciente de que estás enfadada conmigo. —Sentada en el sillín, empujo la bicicleta a grandes zancadas para ponerme a su altura—. Pero tú no lo entiendes.

—¿Qué es lo que hay que entender? —resopla para quitarse el flequillo recto de los ojos, pero este vuelve a caer en el mismo sitio—. Primero comienzas a salir con un extranjero y yo pienso: «Vale, es guapo, a las dos nos gusta todo lo americano, así que es divertido». Pero ¿esto? —Las redondeadas mejillas de Kiko se sonrojan de rabia mientras se detiene para exponer su punto de vista.

Yo también freno, dispuesta a combatirlo.

—No puedo creer que quieras casarte con Hajime contra los deseos de tu padre. Y contarle a Satoshi que es americano fue una tontería. ¿Y si cierran su cuenta con el negocio de tu padre? La fortuna de tu familia se agotará y no serán capaces de conseguirte otra pareja. —Se pasa el pelo corto por detrás de las orejas para enmarcar mejor su ceño fruncido—. Y ya sabes lo que pensarán todos —resopla.

—No le estoy tendiendo ninguna trampa —estallo, y me cruzo de brazos avergonzada.

—Pero eso es lo que dirá la gente. Que te has vendido a cambio de un billete a Estados Unidos, igual que las prostitutas *pan-pan* que se pasan el día en la base. —Se inclina sobre el manillar de la bicicleta—. Podrían decir incluso que estás embarazada.

Cruzo los brazos sobre el manillar y escondo la cara en ellos.

—¿Naoko?

Como no respondo, me sacude el hombro.

—Dime que no lo estás.

—Tengo un retraso —murmuro.

—¿Cómo? —Su voz suena estridente—. Oh, no... —La conmoción hace que Kiko se apiade de mí—. ¿De cuánto crees que estás? Quizá aún haya tiempo para librarse de él y arreglarlo todo.

Dejo escapar un gemido.

—¿Librarse de él? No... —Niego con la cabeza para desechar la idea.

Kiko se acerca impulsándose con los pies y prácticamente susurra:

—Podríamos mentir en los formularios de autorización. Tengo algo de dinero..., no sé si será suficiente. Y tendríamos que encontrar un médico dispuesto a saltarse un poquito las reglas.

—¡Para ya, Kiko! —Doy una patada al suelo para poner la bicicleta en movimiento y dejar atrás sus horribles palabras.

—¿Cuántas faltas has tenido? Dime.

Dejo caer la cabeza, decepcionada ante mi situación. No quería admitirla, pero ya no puedo negarla.

—Si no me viene esta semana, serán ya tres lunas. Demasiadas semanas.

—Deberías habérmelo dicho antes. —Sus palabras se clavan en mi dolor—. Te habría ayudado. Habrías tenido tiempo. Pero ahora...

—Pero nada. Quiero este bebé. —Giro sobre mí misma para mirarla de frente y defender mi verdad—. Amo a Hajime. ¿Es que eso no significa nada? Y Hajime me quiere a mí. —Pateo la gravilla, la arena y los pedruscos se

diseminan en varias direcciones, y me pongo a empujar la bici de nuevo en dirección a casa.

Kiko se desliza tras de mí sobre la suya, zumba como una abeja irritada y dispuesta a picar.

—La gente hablará.

—De todos modos, planeábamos casarnos —digo sin volver la mirada—. Eso dejará a esas gallinas cotillas sin nada sobre lo que cacarear.

Otra patada; esta levanta el polvo a la vez que la ira de Kiko aumenta.

—¡Eso les dará más motivos! —Pedalea con rapidez, dibujando círculos con brusquedad, atrapándome en el medio—. Los rumores seguirán a tu familia allí donde vaya.

Giro sobre mí misma mientras ella sigue haciendo círculos para no perder de vista sus ojos sentenciosos. Los míos arden bajo las lágrimas.

—Dirán que eres una puta, Naoko, que tu familia no tiene honor, y nadie querrá asociarse contigo. Mi familia me obligará a mantenerme alejada de ti. ¿Es eso lo que quieres?

Intento resistir.

—Ya sabes que no es eso lo que quiero.

—A nadie le gustan los mestizos. —Kiko traga aire rápidamente mientras cierra el círculo a mi alrededor—. Y tú tampoco le gustarás a nadie. ¿Dónde vivirás? Los extranjeros no pueden poseer tierras y tu familia te repudiará, así que ¿dónde? ¿En la base americana?

—No. —Planto los pies en el suelo porque estoy perdiendo terreno—. Hajime ha alquilado una casa en Taura. —Elevo la barbilla decidida—. Estaremos bien.

Ella se detiene de golpe.

—Quieres decir en la vieja comunidad *eta*, ¿no es así? —Sus ojos enloquecen—. Ay, Naoko, no puedes vivir ahí...

—Ya lo sé. —El corazón se me cae a los pies, lleno de amargura—. Pero quizá no tenga que hacerlo.

Le cuento el plan que he puesto en marcha, que le he pedido a *okaasan* que persuada a padre. Y, si eso no funciona, les contaré dónde vamos a vivir... y, puesto que el estigma de los *eta* será un golpe para ellos, quizá nos ayuden a conseguir un alojamiento mejor. Aunque sea para salvarse a sí mismos.

—¿Ese es tu plan? —se burla Kiko—. Hajime tendría que ser un recuerdo, Naoko. Un recuerdo secreto y maravilloso al que podrías regresar algún día. Pero, si haces esto, te convertirás en lo mismo, en un recuerdo para

todos nosotros. Te exiliarás. ¿Forma eso parte de tu plan? —Niega con la cabeza—. No voy a permitir que lo hagas.

—No hay nada que hacer. Lo amo.

Nos miramos fijamente.

—Entonces eres una idiota. —Me fulmina con los ojos llenos de lágrimas y se da impulso para alejarse.

«¿Por qué tiene que ser tan difícil?» Si se tratara del hijo de Satoshi, todo el mundo diría que es una bendición temprana y acelerarían la boda. Me toco el hilo rojo que llevo atado al dedo mientras observo a Kiko alejándose a través de las lágrimas. Sus palabras me han hecho trizas el corazón, pero no mi determinación. Hemos sido amigas desde niñas, así que nuestros hilos han corrido siempre paralelos. Nunca se habían cruzado para avanzar en direcciones diferentes.

Hasta ahora.

—Naoko.

Han susurrado mi nombre en algún lugar lejano. ¿Quién me llama? Estiro los dedos para barrer el viento y perseguir el sonido. Miro a mi alrededor, todo se desvanece y se desdibuja hasta que logro centrarme. Estoy despierta dentro de mi sueño.

Levanto las manos para dirigir el aire. Soy una compositora, convengo a los elementos de la naturaleza para que realicen su interpretación. Al principio, suave, el indescifrable susurro de las ramas y las hojas que se mecen al viento. A continuación, con fuerza y en una sola ráfaga, el follaje se ve arrancado y comienza a girar a mi alrededor. Se vuelve cada vez más rápido, es el baile demente de un torbellino.

—Naoko, despierta.

La voz paraliza el vendaval, y las hojas caen al unísono. Parpadeo, intentando despertar. Madre se inclina hacia mí. Empuja mi hombro para sacudirme la neblina del estado intermedio.

—¿*Okaasan*?

—Shhh, sígueme —susurra, y luego se pone en pie y se aleja caminando lentamente.

Me levanto y aprieto los párpados para desviar el sueño mientras la sigo de puntillas en dirección a la puerta de atrás.

Al salir, abro mucho los ojos para adaptarme. El sol, soñoliento y anaranjado, comienza a asomar tras un grueso manto de oscuridad, no quiere

comprometerse a apartarlo, quizá se sienta molesto por la temprana molestia que le representamos.

—Ven. —*Okaasan* me tira del brazo, me lleva por el sendero del jardín, lejos de la casa.

—¿Qué pasa? —El aire frío me deja la piel como la de un pollo desplumado.

Madre se detiene frente al banco de madera que da al oeste. Me siento a su lado, percibo la importancia del momento. ¿Tendrá mi respuesta?

Sus ojos ensombrecidos se clavan en los míos.

—Naoko, es bueno que Satoshi sepa lo de tu americano y haya demostrado tener un corazón compasivo. Y además, ahora que se ha confirmado, eso libera a nuestra familia de cargas futuras. Y también te permite decidir. Tienes dos caminos, pero solo una oportunidad para escoger el que seguirás. —Coge mi mano entre las suyas—. Aunque no hay vuelta atrás. ¿Eso lo tienes claro?

Asiento, ansiosa por comprender, pero forcejeo con la confusión.

Ella esboza una ligera sonrisa.

—Hija, puesto que has presentado a un militar americano como futurible y te has negado a considerar a Satoshi, que sería una buena pareja, tu padre sospecha que estás embarazada.

—¿Cómo? ¿Por qué ibais a pensar...? —Se me cae el alma a los pies. «Kiko»—. ¿Te lo ha contado?

Ella hace un gesto para silenciar las palabras que cuelgan de mis labios.

—Porque conozco a mi hija y he visto que su apetito menguaba y la he visto mareada de preocupación por las mañanas, ya lo sospechaba. —Me aprieta la mano—. Entonces ¿la flor continúa en la rama o el embarazo del que habla Kiko es posible? Te pido que tengas el valor de contestarme con la verdad.

No deseo admitir las intimidades compartidas propias del matrimonio y dejo caer la barbilla, aparto la mirada humillada. Pero mi silencio es respuesta suficiente.

Vuelvo a sentir la presión de los esbeltos dedos que rodean los míos.

—Hija, tu padre no aceptará a Hajime, con o sin bebé. Y Satoshi no puede aceptarte como pareja si en tu vientre crece la semilla de otro hombre. Tu abuela podría contactar con una comadrona que nos confirmaría una cosa o la otra. Y, si estás embarazada, lo solucionaría de manera discreta.

Levanto los ojos para absorber el significado de sus palabras.

—*Okaasan*, no...

Su mirada se suaviza.

—Satoshi sigue deseando este emparejamiento si tú lo deseas también, Naoko, y tu padre igual. Sigue siendo posible. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que en los dos lados de la moneda hay tristeza. —Dejo caer los hombros y me recuesto sobre madre, que comienza a pasarme la mano por el cabello, desde la coronilla hasta sus puntas, con caricias lentas y reconfortantes.

El sol ha dejado de luchar contra la duermevera. Se estira deliberadamente y arrastra unos dedos luminosos teñidos de naranja por el cielo de color azul grisáceo.

Okaasan suspira.

—Cuando era pequeña, tendría la edad de Kenji, intenté engañar a mi madre. Ella no era muy diferente de *obaachan*, terca y testaruda. Quise ponerla en evidencia con un acertijo ingenioso y fingí que tenía un pájaro imaginario detrás de la espalda. Le pregunté: «El pájaro que tengo escondido, ¿está vivo o está muerto? ¿Qué respondes?». Sonreí orgullosa, sabiendo que no podía perder. Si ella contestaba «Muerto», iba a hacer como que lo liberaba, para que saliera volando ante sus ojos. Y si decía «Vivo», iba a fingir que daba un pequeño apretón para romperle el cuellecito. Observé a mi madre reflexionar sobre la cuestión y le repetí la pregunta, preparada para disfrutar de mi momento: «¿Qué respondes? ¿El pájaro está vivo o está muerto?». Mi madre levantó la barbilla. Sonrió y dijo: «La respuesta está en tus manos».

Hay una pausa mientras asimilo el significado de todo aquello.

—Así que eso mismo es lo que te voy a decir. La respuesta, hija, está en tus manos. Vas a escoger el destino de ese pajarillo, y el tuyo propio, según lo que hagas ahora. Ahora mismo. —*Okaasan* planta las manos sobre mis hombros y me dice con tono sombrío—: Prepara la comida de la mañana y arréglate para ir a clase, como siempre. Entonces, cuando salgas, tienes que entender esto. Al pie de la colina, entre los árboles, detrás del viejo tocón, he escondido una maletita para ti. ¿Sabes dónde te digo?

Asiento, haciendo el esfuerzo de escucharla por encima del martilleo de mi corazón.

—Si eliges a Hajime y la posibilidad de su bebé, coge la bolsa. Ve con él. Y no vuelvas nunca, o todos sufriremos por ello. —Sus ojos brillan húmedos—. Si escoges a Satoshi, ve a clase, vuelve a casa y prepárate para la boda. La abuela y yo lo arreglaremos con la comadrona para que confirme que tu vientre está limpio... y para que lo limpie si no es así. —Se inclina hacia mí

—. Pero nunca más deberás mencionar el nombre de Hajime. Ni siquiera en susurros.

Las lágrimas caen saladas una detrás de la otra y reposan cerca de mis labios. Un pánico efervescente arde en mi garganta y en mi nariz.

—¿Cómo puedo saber cuál es el camino? ¿Cómo puedo saberlo, *okaasan*?

—Escoger el camino correcto es cosa del destino. Escoger el camino equivocado también es cosa del destino. Así que debes escoger qué amas, y estar preparada para amar lo que escojas. —Me pasa los pulgares por debajo de los ojos y me coge de las mejillas—. Si al final del día vuelves a mí, te abrazaré con todo mi amor. Pero si al final del día no regresas... —Una inspiración brusca se traga sus palabras.

Siento mi propio aliento tambaleándose dentro de los pulmones.

—Si no regresas, mi amor será como tu sombra. No podrás desprenderte de él, siempre estará a tu espalda.

Frunzo los labios. *Okaasan* me atrae hacia sí, con un brazo me aprieta con fuerza contra su cuerpo mientras con el otro me acaricia el cabello frenéticamente. Me besa la frente, la coronilla, luego una mejilla, después la otra, y entonces... ya no hay más besos.

Ya no hay más.

Mi madre me suelta y se recuesta en el asiento. No vuelve a mirarme. Mantiene la vista al frente, con unos ojos brillantes que se han vaciado de expresión. Se pone en pie y se esfuerza por respirar hondo.

—El día ha comenzado, Naoko. El pájaro está en tus manos.

Diez

Estados Unidos, en la actualidad

Plantada delante de la habitación de mi padre en el hospital, observaba fijamente la carta: la escritura kanji, la tinta corrida de la «J» de «Japón» y el borde raído del sobre. Consideré la posibilidad de abrirla, pero antes sopesé sus palabras.

«Tu madre fue el amor de mi vida, pero antes de esa vida tuve otra. Eso es lo que he estado intentando contarte».

¿Qué «otra vida» y cuándo había intentado contármelo? ¿Durante el viaje en coche hasta el hospital? ¿Nada más llegar ahí? Había repasado todos los pasos del trayecto y todas sus palabras e historias desde el momento de su ingreso.

«Será más fácil si te limitas a leer mi carta. Necesito que lo hagas ahora, ¿de acuerdo, Tori? Ha llegado la hora».

«Ha llegado la hora». Se estaba muriendo. Las lágrimas corrieron por mis mejillas ante aquella verdad. Ya no podía seguir ignorándola, o esperando que desapareciera con solo desearlo. No podía solucionar las cosas. Ya no había nada que pudiera hacer. Parpadeé y me esforcé por respirar hondo, lentamente, y entonces acerqué el sobre para levantar su solapa, pero seguía sellada. ¿No había llegado a abrirlo? Papá había dicho que quería que yo leyera la carta, pero ¿por qué no lo había hecho él?

Analiqué las señales circulares, los símbolos estilizados que aparecían borrosos en su interior, el extraño surtido de letras occidentales estampadas sobre su parte superior, la dirección del remitente al lado.

Allí, la pista más evidente me miraba directamente a los ojos. El apartado de correos de mi padre. Había estado ahí desde el principio. De inmediato, comprendí por qué no la había abierto.

La carta no estaba dirigida a mi padre. La había enviado él, y se la habían devuelto. Pero ¿quién era Hajime?

—¿Papá? —Me sequé las mejillas y volví a entrar en su habitación.

Él parpadeó con ojos soñolientos.

—Papá, ¿escribiste tú esta carta? —La sostuve en alto, para que viera la dirección mientras me acercaba a él—. Es tu apartado de correos, pero no eres tú. —Di unos golpecitos sobre el extraño nombre con el dedo índice—. No lo entiendo.

Él miró el sobre, me miró a mí y sus ojos se apartaron.

—¿La has...? —Su respiración quedó atrapada bajo una flema espesa y obstinada. Su espiración fue un traqueteo decidido a expulsarla—. Quería... —Intentó aclararse la garganta, levantó el dedo para pedirme que esperara un momento y a continuación se dobló con la sucesión de toses que siguieron. No cesaron.

—¿Llamo a alguien? —Coloqué la mano sobre su espalda, como si con ello fuera a calmar aquel ataque, a detener el cáncer y a hacer que dejara a mi padre tranquilo. Inspeccioné la cama y la mesa en busca de una toalla o de unos pañuelos, recogí la caja del suelo, donde se había caído, y saqué varios. Él volcó en ellos sus espasmos.

Quedaron empapados de sangre.

—¡Oh! —El corazón me dio un salto. Busqué el cordón del botón de ayuda entre la sábana revuelta, lo encontré y lo apreté—. Aguanta, papá. Ya vienen.

Más tos. Más sangre. Me entró el pánico y corrí hacia la puerta.

—¡Que venga alguien!

Mi padre se estaba muriendo. Y, como con el resto de los apartados de su vida, había decidido hacerlo según sus propios términos.

Sedado, papá entraba y salía del sueño. Yo estaba sentada a su lado, oyéndolo respirar. Era un sonido hermoso, aunque no fuera así. Un hombre bello con una enfermedad tan fea...

Mi padre había dicho que eso era lo que la gente iba a ver en el funeral. En esa ocasión se lo había discutido, le había dicho lo que yo veía. Un hombre que había amado a su esposa y que había vivido por su familia... Pero en ese momento ya veía la enfermedad pese a todo.

Una serpiente monstruosa con los colmillos llenos de morfina le agujereaba el brazo. Y, como la serpiente que se come su propia cola, había iniciado el ciclo fatal que la llevaría a devorarlo entero.

Papá despertó con una sacudida, examinó la habitación hasta reconocerla. Me acerqué a él e incliné la cabeza hacia la suya.

Él parpadeó con pesadez.

Yo parpadeé llorosa.

—¿Estás bien?

Asintió. Levantó una ceja para preguntar lo mismo.

—Estoy bien, papá. —Sonreí bajo las lágrimas—. Estaré bien.

Nos miramos.

Fue la conversación de nuestra vida.

Fue nuestra última conversación.

Con el sueño, mi padre cayó en el coma y comenzó a tener problemas para respirar. Tal y como había solicitado, no habría medios de soporte vital. Y pronto... no habría vida.

No volví a apartarme de su lado.

Le dije que lo quería.

Sostuve su mano en la mía.

Unas horas más tarde, se dejó ir.

La noche se convirtió en un borrón de médicos, personal, papeleo y condolencias. En un momento estaba sentada al lado de mi padre y al siguiente él se había ido. No recordaba el trayecto en coche de regreso al hotel, pero allí estaba yo, sola en la oscuridad. Sola en el mundo.

Antes, pensar en la carta de mi padre me asustaba. No entendía qué podía significar. Pero, a las pocas horas de su muerte, necesitaba desesperadamente algún tipo de significado, porque era lo único que me quedaba.

—Vale, papá. —Las palabras me provocaron instantáneamente las lágrimas—. Vale, allá vamos... —Abrí los ojos y, con manos temblorosas, rasgué la solapa. Dentro había una única hoja doblada y, en su interior, un trozo de hilo rojo. ¿Hilo?

Miré el papel, la familiar letra apretada de mi padre, pasé las manos sobre la tinta y me puse a leer sus palabras.

Mi queridísima Grillo:

Espero que esta carta llegue de algún modo hasta ti, y que te encuentre bien de salud y rodeada de tus seres queridos y familiares. Ruego por que esa familia incluya a alguien de mi sangre.

Por favor, sin más expectativas, solo deseo saber que nuestra hija está bien y, si tu corazón lo permite, que nuestro Pajarillo sepa que siempre ha formado parte del mío. Incluso ahora.

Soy un anciano, Grillo. Estoy al final de la vida, cuando el dolor viene a saldar cuentas. Necesito que sepas que jamás sentí el menor remordimiento por haberte amado. Pero haberte perdido..., el cómo y el porqué..., de eso sí que me arrepiento.

«Hija». Decía «hija». Se me subió el corazón a la garganta. «Solo deseo saber que nuestra hija está bien»... Las lágrimas que caían nublaron mi visión. Parpadeé y me las limpié. Acerqué la carta, como si hubiera leído mal.

No lo había hecho. Me llevé una mano a la frente y la dejé allí mientras volvía a leerla entera. No lo entendía. ¿Era eso lo que quería contarme? ¿Cómo? ¿Dónde estaba ella? Me quedé mirando fijamente sus palabras, conseguí añadir algunas de mi parte:

—¿Cómo es posible que tengas otra...? —Una respiración entrecortada me arrancó la palabra. El corazón me martilleaba oprimido por las costillas. Me eché hacia delante para expulsarla—. Hija.

No lo entendía.

—¿Papá? —Se me quebró la voz. Mezcladas con las lágrimas, aquellas palabras eran como sal sobre una herida recién abierta. Miré a mi alrededor en busca de respuestas.

Pero mi padre ya no estaba allí para ofrecérmelas.

Once

Japón, 1957

Me siento con mi familia para la comida de la mañana. Es un día como cualquier otro, pero, después de la conversación que he mantenido con *okaasan* en el jardín, es un día como ningún otro. Las palabras de la abuela me persiguen: «La ansiedad hace que las cosas pequeñas tengan sombras alargadas». Pero la posibilidad de que esté embarazada es una cosa grande, y su sombra no es solo monstruosa, sino que es de las que te cambian la vida.

Mientras mastico cada bocado de arroz, observo a mi madre y me maravillo. Sí, yo la animé a que levantara la voz, tal y como Hajime me anima a mí para que lo haga, pero es ella quien resulta inspiradora. Cuando intentó persuadir a padre y él silenció su voz, madre se sirvió de su maña para mostrarse más astuta que él. Es algo más que inteligente: es valiente.

Los estudio por encima del borde de mi cuenco, le encomiendo cada detalle a mi memoria. Padre: el cabello plateado junto a las sienes, las cejas gruesas y las líneas marcadas que descansan permanentemente entre ellas. Taro: la determinación de su mirada, sus hombros anchos y altos. La abuela: su sonrisa cómplice y su espíritu entrometido. Kenji: mejillas de Buda y energía ilimitada. *Okaasan...*

—¿Qué has dicho, Naoko? —pregunta la abuela—. ¿Mmm? —Levanta la taza, así que le sirvo más té.

—No he hablado, *obaachan*.

Ella bebe un trago, chasquea los labios y se aclara la garganta.

—El hombre que guarda silencio es aquel al que mejor se escucha.

Guardo silencio.

La abuela se seca la boca.

—Recuerdo que, cuando *okaasan* se preparaba para su boda, ella también se volvió silenciosa. Comenzar una nueva vida es una mezcla de tristeza y felicidad, pero todo encuentro es siempre el inicio de una separación. Tú te convertirás en una nueva hija para la familia de Satoshi y, a su vez, nosotros

recibiremos a una nueva hija cuando Taro se case. —La abuela dirige los ojos hacia Taro. Insiste en que debe sentar la cabeza.

—Primero hay que asegurarse de tener una fortuna, luego una esposa. —Taro pasea la mirada entre la abuela y padre, que asiente para manifestar su acuerdo.

—Ah... —*Obaachan* levanta un dedo nudoso y lo agita en dirección a Taro—. La fortuna y la desgracia son dos cubos del mismo pozo.

Taro traga un bocado.

—Aquel que tiene fortuna es quien se lleva a la novia a casa.

—Uno no espera a tener sed para comenzar a cavar el pozo —dice la abuela, que no se deja intimidar.

Kenji se ríe. Todos lo hacen. No hay manera de vencerla.

Se me cierra la garganta para contener la tristeza. Mi visión se nubla con las lágrimas que no llego a derramar. Esto es lo que más echaría de menos. Sonrío.

Madre se pone seria.

—Sí, y vosotros dos llegaréis tarde a clase si no os dais prisa. —Recoge los cuencos y se dirige hacia el fregadero, volviéndose para esconder su rostro—. Venga, o llegaréis tarde.

Al ponerse en pie de un salto para ir a cambiarse las chanclas por los zapatos, Kenji golpea la mesa y hace que los platos se tambaleen. Taro y padre discuten el plan del día. La abuela me observa. Vacilo. ¿Estoy a punto de despedirme? Fijo la mirada en padre. Levanta los ojos. Pero no tengo aire, así que tampoco tengo palabras.

Él levanta la barbilla, pero antes de que pueda hablar hago una reverencia, profunda y respetuosa.

A modo de disculpa, por si acaso.

—¡Naoko, date prisa! *Itte kimasu* —grita Kenji para anunciar que se marcha, pero desaparece antes de que nadie pueda contestar.

Mientras me cambio de calzado, la abuela viene hacia mí arrastrando los pies y se detiene.

Me pongo en pie, pero no puedo mirarla a los ojos. En su lugar, me concentro en su abdomen rollizo y en sus manos curtidas, en las manchas hepáticas que las decoran.

—Naoko, mírame. —Me levanta la barbilla y me observa. Pero no me dirige palabras llenas de sabiduría. Se limita a sonreír, parpadea y se aleja renqueante. Los zorros se lo cuentan todo.

Me quedo allí, sola. No estoy preparada para moverme. Miro a mi madre.

—*Okaasan*... —Mi voz se quiebra, incapaz de formar una palabra.

—Oh, es tardísimo, Naoko. Vete. ¡Vete! —Agita la mano en el aire, de espaldas, pero no se vuelve.

Así que respiro hondo y soy yo la que se da la vuelta.

En el exterior, el sol brilla con fuerza. Con los ojos entornados, avisto a Kiko, que traza círculos impacientes al pie de nuestra pequeña colina. Sé que me ha traicionado, ¿a qué está esperando? Me dirijo hacia ella con los puños apretados.

—¡Naoko! —Madre sale corriendo de la casa, agitando una caja bento por encima de la cabeza—. Quizá tengas hambre más tarde.

Su pecho sube y baja por la carrera. Enarca las cejas, como si estuviera luchando contra la emoción.

Me tiemblan los labios, pero ¿qué puedo decir? Me atrae hacia ella y con la misma rapidez me deja ir. Regresa con pasos veloces por donde ha venido.

Y de ese modo llega mi liberación. Mi emancipación. Me quedo sola para poner a prueba mis alas y escoger mi destino.

Me duelen los pies de perseguirla, pero Kiko grita que me dé prisa. Tiene un pie en el pedal y el otro en el suelo, preparada para darse impulso y deslizarse lejos de mí.

Ojalá lo hiciera.

Me arden los orificios de la nariz de respirar tan deprisa. Avanzo pisando fuerte hacia ella con el corazón pesado y la lengua cargada. ¡No tenía ningún derecho a contarle mi secreto a *okaasan*! En vez de arrojarle preguntas y acusaciones, aprieto la mandíbula y paso rápidamente por su lado, la dejo atrás junto a mi bicicleta.

Ella pedalea a mi espalda, pero paso de la carretera a la hierba alta y húmeda, que despide perlas de rocío entre chasquidos.

—Naoko...

Miro por encima del hombro, pero no me detengo.

—¿Adónde vas? —Kiko abandona la bicicleta, que cae de lado mientras la rueda delantera sigue girando en el aire, sin ir a ningún sitio—. ¡Espera!

—¡Vete, Kiko! —Acelero el paso, camino del bosque.

Ayer, su tendencia a actuar como una tetera —de repente fría y de repente caliente— me confundió. Hoy me duele. ¿De veras cree que no sé lo que ha hecho? Me separo bruscamente del sendero fácil y atajo por el denso follaje. El sotobosque me muerde los tobillos, los juncos que sobresalen me rascan las rodillas desnudas.

Pero ella no deja de seguirme.

Me detengo y me vuelvo.

—¿Cómo has podido contárselo a *okaasan*?

Kiko separa los labios, pero no me da ninguna explicación, así que sigo adelante sin ella. Al frente, los árboles se separan para mostrar el cielo abierto, y bajo el dosel azul descansan los restos de lo que fue un árbol de alcanfor gigante.

Mi maleta está junto a él.

Me pongo a correr, la recojo y me encaramo al tocón.

Kiko abre mucho los ojos ante esa visión. El flequillo recto esconde sus cejas enarcadas. Corre hacia mí y chilla:

—¿Te vas? —Los pájaros aletean, algunos alzan el vuelo—. ¿Cómo puedes considerar algo así?

—¿Cómo podría no hacerlo? —Le recuerdo las muchas visitas que hemos hecho al Árbol de los Deseos del templo. Que los sacerdotes dedican una oración diaria por aquellos deseos concedidos que el viento libera—. ¿Acaso no até peticiones con forma de lazos blancos en cada una de sus ramas, Kiko? ¿Tantas que, de hecho, las ramas se doblaron bajo su peso? Semana tras semana he pedido las mismas tres cosas: el amor verdadero, una familia propia y un hogar que nos protegiera a todos. ¿Acaso esos deseos no recibieron la brisa? ¿Acaso no han sido concedidos?

Kiko frunce el ceño y, usando sus palabras como un hacha, se pone a talar mis deseos, uno tras otro.

—Te ciega el amor y no puedes ver la realidad, Naoko.

Chas.

—Tu bebé será mestizo, y por tanto será una bendición a medias.

Chas. Chas.

—Y tu hogar estará con los *eta*, en la vieja comunidad *burakumin*, así que, en vez de proteger a tu familia, no harás más que aumentar tu vergüenza.

Chas. Chas. Chas.

El último hachazo hace que caiga el árbol entero.

A continuación se vuelve y me deja sobre su tocón, acompañada solo por la decisión que he tomado.

Okaasan me dijo que volviera a casa después de clase si escogía a Satoshi. Pero ¿para qué ir a la escuela? Debería usar ese tiempo para sopesar mi deseo. En vez de quedarme en el bosque, me encuentro en la casita que Hajime ha alquilado. La de las barandillas astilladas y madera reseca necesitada de una

reparación. Me siento en el escalón, me pongo a dar pataditas a la madera quebrada mientras escucho la discusión que mantienen la brisa y las campanillas *fūrin*.

Las nubes juegan inquietas en el cielo del mediodía. Flotan en las alturas formando hileras negras en transformación constante. Una es una caballa que se mueve veloz, otra es un cangrejo de largas patas. Ahora, las nubes de animales se han unido, forman una sábana gigante que se infla como una vela. El viento se impone y escoge su dirección.

La perspectiva de una vida nueva gobierna la mía.

Podría estar embarazada. He estado sintiéndome mal, y tengo un retraso, pero pensaba que se debía a todos los nervios que tenía en el estómago. Ya no. Que uno se dirija hacia el este o hacia el oeste depende de su corazón o de sus pies. Mis pies querrían devolverme a casa. Pero ¿y mi corazón? ¿Dejar a Hajime y limpiar mi vientre? Esa idea se me hace insoportable.

Con los codos sobre las rodillas, dejo descansar la barbilla entre las manos y miro a mi alrededor. La aldea está llena de actividad. Hay cierto ritmo en sus sonidos. El golpeteo intermitente de los martillos del grupo de hombres que está restaurando una casa maltrecha en la hilera siguiente, la cháchara de las mujeres que descuelgan la ropa de las cuerdas y la canción de los pequeños mientras juegan al *kagome kagome*.

Los observo mientras considero las advertencias de Taro y Kiko, y la elección que me ha ofrecido *okaasan*. Kiko ha dicho que viviendo ahí aumentaré la vergüenza de mi familia, pero *okaasan* ha dicho que, si escojo a Hajime y a su hijo, no podré regresar nunca junto a ellos, así que ¿a qué indignidad se enfrentarían entonces? ¿A un discreto cotilleo acerca de mi desaparición? ¿A que *okaasan* se viera obligada a mentir sobre mi paradero? Pero no sufrirían el escarnio público, ya que yo no regresaría nunca.

«No regresaría nunca».

Sería más sencillo para todos que pudiera marcharme a Estados Unidos, pero Hajime aún ha de conseguir que le aprueben los papeles del matrimonio, así que esa no es una opción.

Mi corazón se hunde más allá de los tallos nudosos que se arremolinan alrededor de mis tobillos. Y, si estoy embarazada, tal y como sospecho... ¿Pagarán mis futuros hijos por mi complacencia egoísta? Todo el mundo sufre el estigma y la fea historia de este pueblo.

Los rumores dicen que los *eta* o *burakumin* son parias pervertidos que no merecen casarse y a los que no se les puede confiar ningún trabajo. Los peores dicen que son *hinin*, que no son humanos, que les falta una costilla y

que sus glándulas sudoríparas son defectuosas, y que es por eso por lo que el polvo jamás se les adhiere a la planta de los pies.

Un niño manchado de barro me saluda desde la puerta de la casa de al lado. Su madre se aventura a salir a recoger la ropa de la cuerda. Es delgada, tiene el pelo corto y ondulado por los rulos, y sus movimientos son rápidos y fluidos.

El niño tiene como mucho cuatro años y la ropa que lleva le queda grande. Me sonrío, me saluda de nuevo y se atreve a acercarse un poco.

—Hola, pequeño *boku-chan* —digo más bien para mí misma, y le devuelvo la sonrisa.

Sus ojos brillan curiosos. Me señala y se pasa el reverso de la mano por la mejilla, añadiéndole más barro.

—¡Tatsu, Tatsu! —lo llama su madre con la cesta de ropa haciendo equilibrio contra la cadera—. Tatsu, no molestes a la mujer. Ven. —Extiende la mano para atraerlo.

Cuando el niño se vuelve para salir corriendo, me esfuerzo por echar un vistazo a sus pies descalzos. Están mugrientos. «¿Lo ves? Rumores».

Pego un salto con el trueno que suena en la lejanía. Ante la amenaza de lluvia, levanto la bolsa de viaje y la arrastro hasta la puerta, pero la madera combada no cede. Hago presión, levantándola ligeramente, y la puerta se desliza. El polvo estancado danza en el aire que acabo de remover. Toso y miro a mi alrededor.

La sala principal, amueblada con un viejo futón, tiene el tamaño de uno de los espacios compartimentados de casa. El bañito está anexado a la parte trasera. Me asomo a él y me pongo pálida. Es un inodoro para ponerse en cuclillas hecho de porcelana. Está a nivel de suelo, no tiene asiento. El olor a rancio hace que se me revuelva el estómago.

Una pantalla de papel de arroz, traslúcida y hecha a mano, separa la cocina. La pared trasera consiste en una encimera con un fregadero en forma de cuenco para contener el agua. Es pequeño, está sucio y necesita muchas reparaciones.

Me quedo plantada ahí en medio, con mi maleta. ¿Qué pasará en casa si me quedo aquí? ¿Qué le dirá padre a *okaasan* cuando descubra que he desaparecido? ¿Y qué será de Kenji? Mi cabeza salta de una cosa a la otra como un saltamontes que intentara evitar los charcos.

Una quemazón se forma en mi barriga y sube enroscándose hasta mi garganta. Me pican los ojos por la presión. «No llores, Naoko». Contengo las lágrimas. El agua que se ha derramado no puede regresar a la bandeja.

Observo el cielo sombrío para calcular el tiempo que falta hasta el momento en que deba tomar una decisión. Pocas horas como mucho.

Debo elegir.

Con un suspiro, dejo la maleta cerrada sobre la esquina del futón. Los cierres se abren con un simple clic-clic y, con un cuidado exagerado, levanto la tapa para ver lo que ha puesto allí *okaasan*.

Al separar la ropa encuentro faldas informales y tops, kimonos básicos, pijamas e incluso mis chanclas. Me las pongo y agito los dedos de los pies, feliz de sentir su comodidad. Meto la mano en el bolsillo de la tapa en busca de unos calcetines *tabi* y... «Un momento». ¿Papel?

Extraigo el bolsillo de tela, miro en su interior ¡y veo que allí hay papel de seda con marco de cenefas, tinta *sumi* y su piedra, y dos de mis pinceles de caligrafía! Otro lujo procedente de casa. *Okaasan* ha pensado en todo. Ya imagino el uso que les daré para pasar el tiempo. Dirijo las manos a mi vientre y considero la posibilidad de que lleve una vida dentro. ¿Un regalo? Sí, un pergamino para Hajime anunciándole que tendrá un hijo.

«¿Niño o niña?»

Un viejo método para predecir el sexo —que según las comadronas tiene un noventa y ocho por ciento de efectividad— consiste en sumar el mes lunar del nacimiento de los padres con la fecha de la concepción, y entonces dividir lo que te dé entre tres. Si no hay resto o este es igual a dos, tendrás una niña. Si es igual a uno, tendrás un niño. Hago el cálculo mental con la fecha, lo repito para estar segura y sonrío.

Si estoy embarazada, será una niña.

Mientras espero a que pase la lluvia, me pongo a trabajar en el anuncio. Si me quedo, servirá como regalo de bodas. Si me voy, le servirá a mi conciencia, pues señalará para siempre la posible presencia de este bebé en el mundo.

Unas gotas gruesas y redondas salpican el suelo. Primero dibujan motas, pero van creciendo hasta que no queda nada seco. El cielo es un estroboscopio de luz y oscuridad. Me concentro en las limpias líneas del *shodō*, el arte de la caligrafía, intentando ignorar los fogonazos dentados que rasgan el cielo. Planeo el mensaje —el marco temporal, su bendición, una niña— y, con cada golpe de mi pincel, procuro transferir mi espíritu para que las palabras dispongan de vida.

El cielo cruje y yo pego un salto, dejo un rastro de tinta en la dirección equivocada. Esto cambia el significado que buscaba. Un desliz y la línea recta de la luna se ha convertido en la larga cola de un dragón al viento.

La miro y ella me devuelve la mirada. La memoria me susurra la historia del dragón que me contó la abuela.

Había una vez un hombre que amaba a los dragones. Tenía cuadros y estatuas de dragones por todos lados, y podía pasarse horas hablando sobre esas criaturas majestuosas con cualquier persona que le prestara atención.

Un día, un dragón supo de la existencia de aquel hombre y del aprecio que sentía por su especie. Pensó que sin duda lo haría feliz conocer a un dragón de verdad. Así que se dejó llevar por la ventada y cambió su curso para ir a visitarlo en la cueva en la que vivía.

Cuando llegó, el dragón vio que el hombre dormía. Al despertar, el hombre se encontró con aquella bestia gigante de dientes relucientes y verdes escamas que reflejaban la luz de la luna enroscada a su lado, y se quedó aterrorizado. Antes de que el dragón pudiera presentarse, el hombre se estiró en busca de su espada y lo embistió, con lo que el animal tuvo que dar un salto hacia atrás y escabullirse.

A veces, cuando la abuela contaba esa historia, decía que el dragón representaba el hecho de que te guste más la idea de algo que ese algo. Otras veces decía que el dragón era nuestro verdadero yo, una realidad con la que debemos sentarnos y que hay que afrontar.

Yo estoy aquí sentada, con mi dragón, que yace enroscado a mis pies. Mantenemos una conversación en silencio y lo sé. Es él quien proyecta mi sombra, grande y monstruosa. La que temía. La que buscaba. La misma que contemplo incluso ahora. Las lágrimas se agolpan en mis ojos y me duele el fondo de la garganta por haber reprimido lo que he sabido siempre. Hajime tiene mi corazón tal y como es posible que yo tenga a su hijo, así que nunca ha habido elección.

Se trataba solo de aceptarlo.

Porque me han concedido cada uno de mis deseos: el amor verdadero, una familia propia y un hogar que nos proteja a todos.

Pero, igual que el hombre de la historia de la abuela, ahora que lo tengo todo delante me siento aterrorizada.

Doce

Estados Unidos, en la actualidad

En la urbanización para jubilados de mi padre, los bloques de apartamentos de estilo rural resultaban pintorescos, con su cantería del color de la herrumbre y sus entradas arqueadas, y yo iba a echar de menos aquel barrio, e incluso a sus vecinos, pero aún iba a echar más de menos a mi padre. La tarde del funeral, sus vecinos y amigos se cogieron de la mano sobre el césped de su jardín mientras el antiguo sacerdote de mamá recitaba a Longfellow como oración final de despedida.

*Barcos que pasan en la noche, y que se hablan al cruzarse,
se dirigen tan solo una señal, y una voz lejana en la oscuridad;
así pasamos y nos hablamos en el océano de la vida,
solo una voz y una mirada, luego la oscuridad de nuevo, y un
silencio.*

Un amén compartido y nos soltamos las manos, tal y como liberamos el recuerdo de mi padre. Papá usaba el verso de los «dos barcos» en el hospital para referirse a su primer amor, significativo pero fugaz. Pero me imaginé a mamá —el amor de la parte más larga de su vida— como la persona que estaría esperándolo en el puerto del cielo para darle la bienvenida.

—Buen viento y buena mar, papá —susurré la despedida de los marineros, con los ojos húmedos de lágrimas. Y, en ese preciso instante, se levantó una brisa que batió a mi alrededor. Me quedé allí parada un momento, a continuación me sequé la humedad de las mejillas y me fui para adentro, donde me esperaban la comida, las bebidas y el consuelo.

Un servicio sencillo, como él había deseado. Sin aspavientos ni fanfarria, solo unas pocas palabras amables en la iglesia, seguidas de bastantes brindis en su casa. Bebí hasta vaciar el vaso, algunos invitados se quedaron hasta

vaciar la botella, y eso fue todo. Me quedé sentada en el patio, sola en el mundo por primera vez en mi vida.

Salvo por el hecho de que, según la carta, papá había tenido otra hija, así que quizá no lo estaba.

Espiré con fuerza, tomé un trago de brandy —había encontrado una botella escondida en la despensa— y levanté la mirada hacia el cielo vespertino. El jardín de papá no era en absoluto recargado; era el tipo de lugar donde podías disfrutar poniendo los pies en alto y, si la noche era clara, quedarte mirando las estrellas.

La Osa Mayor era siempre la más fácil de encontrar. Y, a su izquierda, la Estrella Polar. Mientras que el cielo septentrional se desplazaba, ella permanecía anclada en su sitio.

Como si el cielo fuera un océano de estrellas, me imaginaba a papá navegando por él, luchando por abrirse paso hacia la Divisoria continental. La idea me hizo sonreír, pues recordé la historia de su primer trayecto por el Pacífico, con la Marina, de la que había extraído aquella imagen.

Me contó que habían seguido la Estrella Polar sobre la cresta de una ola gigante. Que la corriente era tan veloz que los estampó contra las puertas inmensas que separaban el este del oeste. «Se elevaban desde el corazón del mar y se extendían hasta el cielo —decía—. Y, con nuestro barco clavado a ellas, la corte del mismísimo rey Neptuno puso a prueba nuestro valor durante varios días».

Tenía muchísimas historias. Pese a que yo ponía en duda los hechos que había tras la mayoría de sus cuentos chinos, más tarde descubrí que aquel tenía algo de verdad. La Divisoria continental, que separaba el este del oeste, era la línea internacional de cambio de fecha. Las pruebas de valor eran los rituales de iniciación al estilo de las fraternidades universitarias que existían en la Marina. Y la corte oficial de Neptuno eran los marineros que habían cruzado la línea con anterioridad. Aquel era un barco de muchachos que se comportaban como muchachos, y mi padre, a sus diecisiete años, era el más joven de todos.

Diecisiete años. Alistarse tan joven y, a continuación, tener una hija... Y no habérselo contado nunca a nadie... No me cuadraba. Papá era tan fijo e inalterable como la Estrella Polar. No era un hombre de variables. Y, sin embargo, su carta era un desafío hacia todo lo que sabía sobre él. La idea me comprimió el pecho, liberé la presión que se había generado con lágrimas de frustración.

Quizá ese era el motivo por el que había contratado a una inmobiliaria para que se llevara las cosas de mi padre. No quería descubrir nada más. No quería que nada más cambiara.

En teoría, el servicio recomendado era la solución perfecta para lidiar con esa tarea tan estresante y difícil. Sacaban a subasta lo que tenía valor monetario, donaban lo que no, y yo me quedaba solo con lo que deseara conservar.

Puse un codo sobre la mesa, con los ojos fijos en el cenicero de acero inoxidable conmemorativo de sus veinticinco años. Era algo con lo que tenía que quedarme. Se había encharcado con la lluvia de última hora de la tarde, las colillas flotaban en el agua sucia. Lo vacié en el cubo de la basura de fuera, lo sequé con una servilleta hasta que hice brillar el grabado del fondo, lo sostuve en alto y me maravillé. Veinticinco años en una fábrica eran muchos años. Y, aunque aquel regalo de agradecimiento no tenía demasiado valor, la vida de trabajo duro y servicio que simbolizaba sí que lo tenía.

A menos que mi padre pensara que sus años de trabajo habían sido una pérdida de tiempo.

Me vino a la cabeza el recuerdo de su «lucha por la independencia», que había vuelto a contarme cuando entramos en el hospital.

«Y, aunque seguir los pasos de mi abuelo y de mi padre trabajando en la fábrica hubiera sido una buena vida, para mí no era suficiente».

No era suficiente, y aun así había acabado allí, después de todo. Pero fue feliz, ¿verdad? Se me cerró la garganta. Quizá fuera eso lo que había intentado contarme. Que lamentaba el curso que había tomado su vida y se arrepentía de haber renunciado a otras cosas.

De golpe, el cenicero cobró un significado distinto: era un símbolo de lo que había perdido. Otra hija y una vida diferente. ¿Qué tenía de malo la que vivió? La rabia me embargó. Capté mi reflejo dolorido sobre la superficie de metal, lo puse sobre la mesa y aparté la mirada, pero las ondas se transmitieron por doquier. ¿Qué más había entendido mal y qué se suponía que tenía que hacer con todo aquello?

Era yo, no mi padre, quien estaba atrapada en la Divisoria continental mientras la ponían a prueba.

Le dirigí una mirada a la silla metálica vacía de papá, con su pintura roja pelada; incliné el vaso, me tragué su último resto abrasador y me puse en pie.

Otra hija. Me engañaba al pensar que podría dejarlo estar. No podía dejar de pensar en lo que había descubierto, así que la única manera de tirar hacia delante era a través del pasado de mi padre.

Por la mañana llamaría a la inmobiliaria para cancelar el acuerdo. Yo misma empaquetaría las pertenencias de mi padre y, al hacerlo, intentaría desempaquetar su otra existencia.

Trece

Japón, 1957

No he dormido bien, me he pasado toda la noche dando vueltas sobre el futón mohoso mientras mis pensamientos se enfrentaban a los demonios *baku* devoradores de sueños. ¿Le habría contado Kiko a Taro lo que había descubierto? ¿Se presentaría padre allí para arrastrarme de vuelta a casa? ¿Y si Hajime ignora la nota que le he dejado con el guardia y no regresa nunca? Esa idea absurda me lleva a abrir los ojos de golpe.

La primera luz de la mañana los aguijonea. Parpadeo para centrar la atención, vuelvo a familiarizarme con mi nuevo entorno. El agua ha manchado la pared divisoria de la cocina, hecha de papel de arroz, y forma charquitos sobre los tablones de madera del suelo, que están desnivelados. Entre ellos crece una invasión de hierba nudosa. Siento un escalofrío. Me había medio convencido a mí misma de que el estado ruinoso de la casa era producto de mi imaginación. En su lugar, está peor de lo que recordaba. Todo necesita una reparación.

La puerta torcida de la casita repiquetea. Se mueve unos centímetros y se engancha. Unos dedos ágiles aparecen en la pequeña abertura para empujarla.

Me pongo en pie de un salto, asustada, preparada para echar a correr. Pero ¿adónde? Solo hay una manera de entrar o de salir. Podría tratarse de cualquiera. Un casero enojado, un vecino medio loco o, peor aún, mi padre.

La puerta se desliza hasta abrirse. Pantalones habanos. Macuto de color verde. Pelo engominado.

—¡Hajime! —El corazón me da un salto. Mis pies lo siguen.

Mi abrazo lo deja sin aire.

—Guau. —Se ríe, retrocede un paso para no perder el equilibrio y deja caer la bolsa con un pequeño ruido sordo. Me besa en la coronilla y me devuelve el abrazo—. Hola.

Me derrumbo entre sus fuertes brazos.

—Hola. —No me sale nada más. Solo hay felicidad. Solo hay alivio. Solo hay lágrimas. La noche ha sido un largo trayecto con una carga pesada. Ahora, Hajime está aquí para ayudarme a transportarla.

Me dedica una sonrisa ladeada y a continuación tira de mí y me pone de puntillas para darme un beso. No se ha afeitado y la barba de dos días me rasca las yemas de los dedos. Me relajo en él, me deslizo hacia abajo y por primera vez desde que llegué siento que piso suelo firme.

—Este sitio está bastante mal, ¿verdad? —Da un paso hacia atrás y mira a su alrededor—. Tenía planeado limpiarlo antes de que... —Sus ojos se detienen en mi maleta y se nublan por la confusión—. Grillo, ¿qué está pasando?

—Le pedí a *okaasan* que me ayudara a persuadir a padre, y lo intentó, pero él...

—¿Te ha echado de casa? —Me mira con los ojos desorbitados.

—Oh, no, no, pero... —Me retuerzo las manos, le cuento que le rogué a *okaasan* que me ayudara—. Y, aunque ella me prestó atención, él no le prestó atención a ella. —Le cuento que mi padre anunció mi emparejamiento con Satoshi sin consultarme—. Pero adivina lo que hizo *okaasan*... —Sonrío de oreja a oreja, orgullosa—. Sin consultárselo, volvió a poner la decisión en mis manos. Así que aquí estoy.

—Pero ¿tu padre no lo sabe?

Niego con la cabeza.

Él se balancea sobre los talones.

—Deberíamos ir a hablar con él. —Coge mi maleta y se dirige hacia la puerta dando zancadas—. Si desapareces, las cosas empeorarán. No me aceptará nunca.

—Hajime, si vuelvo tendré que casarme con Satoshi. —Me adelanto y cojo también la maleta, reduciendo la fuerza que han de hacer sus nudillos blanquecinos—. Te he elegido a ti, así que no hay marcha atrás.

Sus labios se separan. Se ríe burlón.

—¿Qué tipo de elección es esa? No puedes renunciar a tu familia.

—¿No has renunciado tú a la tuya para quedarte aquí conmigo? —Dejo la maleta junto a mis pies y me cruzo de brazos.

—No es lo mismo. Los echaré de menos, eso seguro, pero...

—Me dijiste que a tu madre se le rompería el corazón si te quedabas. ¿Y qué hay del béisbol los fines de semana y de las comidas de los domingos en casa de tus padres? Sé a qué estás renunciando, Hajime. Y, pese a todo, has

escogido quedarte conmigo, así que... —Levanto un hombro, sonrío esperanzada—. Yo también te elijo a ti, y está bien.

—Pero no lo está, Grillo, no está bien. —Da un pequeño paso hacia atrás que nos distancia, frunce el ceño—. No puedes quedarte sin toda tu familia por mí. ¿No podrás volver nunca a casa? ¿Ni volverás a verlos? ¿Qué hay de Kenji? Es una locura. —Se frota la mandíbula con una mano y a continuación sacude la cabeza—. No, de ninguna manera. No puedo permitir que lo hagas. No lo permitiré. Es demasiado. No.

—¿No? —La rabia se libera en una lengua demasiadas veces silenciada—. ¡Es mi elección! No es la de padre. Ni la de Satoshi. Y, no, Hajime, ni siquiera es la tuya. —La declaración suena con fuerza y se queda flotando entre los dos.

Él abre la boca como si fuera a hablar, pero no dice nada. En su lugar, aparta la mirada y deja caer los hombros.

Los míos se echan hacia atrás, dispuestos a apoyar lo que tengo que decir.

—¿Es que no lo entiendes? —Las lágrimas arden en mis ojos—. La decisión ya está tomada. *Okaasan* lo ha arriesgado todo para que yo pudiera tomarla. Y lo he hecho. Así que ahora eres tú el que debe decidir... —Siento el latido de mi corazón en los oídos—. Si aún quieres casarte conmigo, esta es tu oportunidad. La única que tendrás.

—Pero, Grillo, no es tan simple...

—Lo es. Es así de simple. A menos que... —A menos que haya cambiado de opinión. Quizá haya visto a su propio dragón y, enfrentado con lo que deseaba, se haya dado cuenta de que es demasiado. Se me cae el alma a los pies. Un bebé. Ni siquiera he compartido con él esa posibilidad. Me tiemblan las rodillas, así que me siento en el borde del futón y me concentro en las palmas de mis manos. En la decisión que tuvieron entre ellas. La que ya he tomado.

La que él podría rechazar.

Hajime se mete las manos en los bolsillos y comienza a caminar de aquí para allá. Un paso, luego otro.

—Se suponía que iba a ser de otra manera. Debíamos contar con su bendición. Quería que fueran parte de las cosas. Planear la boda, quizá que hablaran con mis padres por teléfono... —Suspira, se pasa la mano por el cabello, que se separa en diferentes direcciones entre sus dedos. Deja la mano allí y pasea la mirada por la estancia polvorienta. Por la pared manchada de humedad. Por los charcos del suelo. Suspira, hace una mueca—. Pensé que

tendría tiempo de arreglar este sitio. Tú ibas a planear la boda mientras yo arreglaba la casa... —Una maldición flota bajo su aliento.

El mío se me queda atrapado en la garganta.

—De acuerdo... Lo entiendo. Ya no deseas casarte conmigo. Es demasiado.

Algo ha comenzado a morir. Siento que mi espíritu titila y mengua bajo una mala conexión.

—No, no es eso lo que quería decir. —Se sienta a mi lado, en diagonal, para que estemos cara a cara—. Pues claro que sigo queriendo casarme contigo. —Me sujeta las mejillas con ambas manos e inclina su frente hacia la mía—. Más que nada en el mundo.

—Entonces ¿qué sucede? ¿Cuál es el problema? —susurro.

Levanta los ojos y me mira.

—¿Recuerdas que te hablé del Día de la Comunidad en el barco? Nos van a hacer zarpar inmediatamente después para patrullar los Estrechos. Han cambiado el calendario. —Su mirada se suaviza—. No puedo quedarme.

La conmoción hace que enderece la espalda. Esperaba que estuviera aquí durante la semana.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Solo dos semanas, pero... Tú estás aquí. No puedo dejarte aquí, soltera, sola en este lugar. —Hunde la barbilla.

Su cuerpo se relaja al abrazarme, y yo lo rodeo también con mis brazos.

—¿Tu teniente sigue sin firmar el formulario matrimonial? Yo lo firmé. —Le paso los dedos por el cabello.

Hajime levanta la cabeza, me mira fijamente.

—Ya lo sé, y lo he validado ante notario. Fui dos veces para que lo tradujeran, pero él me está evitando porque la Marina no ve con buenos ojos..., bueno, ya sabes. —Sus ojos azules miran hacia otro lado—. Pero de todos modos nada de eso importa, porque hasta que cumplas los dieciocho años necesitamos la aprobación de tus padres.

—Ya casi tengo dieciocho. —Me sale una voz aguda. Esto es un desastre.

—Estoy cansado de tener que pedir permiso a todo el mundo y de recibir negativas. Primero mi teniente y ahora tu familia. —Hajime se pone en pie, pero sus ojos se iluminan—. ¿Y si lo hacemos de todos modos? Podríamos ir esta noche.

—¿Hacer qué?

—Casarnos. —Hace que me levante, tira de mis manos y las aprieta con fuerza contra su pecho—. Podríamos celebrar la ceremonia esta noche y

arreglar el papeleo más adelante. ¿Por qué no? Así, todo el pueblo sabrá quién eres, que estás casada y que estás conmigo.

Dejo caer la mirada hacia nuestras manos.

—Te amo, Grillo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Olvídate de todo lo demás. Somos tú y yo. Tu madre nos apoya, así que podemos insistir hasta que convenzamos a tu padre. No me importa si tardamos toda la vida, yo seguiré intentándolo, ¿de acuerdo? Dime que lo harás.

Mi mente repasa acelerada los detalles. La idea de que Hajime seguirá intentando convencer a mi padre me alegra el corazón.

—Pero no tengo vestido.

—¿Y el que llevas puesto?

—¡Es un kimono de dormir! —Me río, lo que hace que él también se ría.

—Entonces ponte cualquier otra cosa que tengas en la maleta. Pero dime que lo harás. —Va soltando ideas excitado—. Podemos hacerlo aquí. Conseguiré que algunos de los chicos me ayuden. Todo el mundo puede traer un plato de comida y, no sé, encontraré un sacerdote, o un monje budista, o lo que quieras. —Hajime lleva las palmas de mis manos hasta sus labios y las besa—. Grillo, no puedo dejarte aquí, sola y soltera. Quiero casarme contigo. Esa es mi elección, ¿verdad? Es como tú has dicho. —Sonríe—. Bueno, pues te elijo a ti, así que cástate conmigo esta noche.

Las lágrimas que nublan mi visión generan un huracán de felicidad.

—Sí, de acuerdo —digo de golpe.

—¿Sí? —Su sonrisa se hace más amplia.

Y su beso me roba la respuesta.

Está avanzada la mañana y Hajime ha salido para preparar la ceremonia de la tarde. Me ha dejado con Maiko, la vecina a la que vi recogiendo la ropa ayer. Se ha disculpado por no haberse acercado, admitiendo que la asusté. Pensó que yo era una espía que había venido a recaudar impuestos. Sentadas en el escalón de su casa, nos reímos de ello mientras hacemos adornos con dos personas más: la abuela Fumiko, una anciana que vive dos casas más allá, e Ishuri, una joven madre de la hilera siguiente.

Ishuri acaba de tener un niño de mejillas regordetas y dedos con hoyitos. Yoshiko, la hija de Maiko, lo cuida sin perder de vista a su hermano pequeño, el embarrado Tatsu, que corre como loco dejando un rastro con las cintas que salen de sus manos mientras Yoshiko lo persigue y lo regaña.

Aunque malditos, los habitantes de este lugar son felices.

—Bueno, ¿y habrá bebés pronto? —pregunta Ishuri levantando mucho las cejas. Tiene la piel morena y picada, pero lo compensa de sobra con la alegría de su sonrisa.

Puesto que no estoy segura de cómo responder, me limito a asentir y continúo envolviendo el mango de la linterna de papel con la cinta de color verde claro. Pensamos colgar las luces en lo alto de los árboles.

—No, debería esperar antes de tener hijos. —La abuela Fumiko me da un golpecito en el hombro y me guiña el ojo—. Primero debería disfrutar con la práctica. —Es una mujer delicada, de cabello largo plateado que esconde bajo un pañuelo harapiento cuyos colores imagino que debieron de ser tan vivaces como ella es ahora—. La juventud pasa rápido. Mírame a mí. —Al reírse, sus magras mejillas se elevan.

Maiko añade:

—La abuela Fumiko fue en su día la Princesa de la Ciruela de un festival primaveral.

—¡Y ahora no soy más que una ciruela pasa! —La risa parece salir a sacudidas de su barriga.

—¿Y qué hay de tu vestido? —pregunta Maiko con una nueva linterna en el regazo.

—Oh. —Busco la manera correcta de responder—. El *shiomuku* de mi madre es muy bonito, pero... —Dejo caer los hombros. Es una historia demasiado intensa para compartirla con mis nuevas amigas.

—Entonces ponte mi *uchikake* —dice Ishuri posando la mano sobre mi brazo—. Aunque sea un kimono de banquete, te verás muy bonita con él.

—Sí, bonita, pero también de lo más llamativa —tercia la abuela Fumiko.

Las tres mujeres se ponen a parlotear sobre los chillones colores de la prenda y la mejor manera de atenuarlos. Me conmueve su bondad, pero me entristece la realidad. No llevaré el traje de *okaasan* y mi familia no asistirá a la ceremonia. En su lugar, me pondré el vestido de una desconocida y lo celebraré sin ellos. Estoy sentada bajo un ciruelo, que me honra con su belleza y con su sombra, pero soy incapaz de llegar hasta sus frutos.

Encogida sobre un taburete diminuto en el baño de Maiko, me friego, me enjabono y me aclaro para poder remojarme en la cuba de agua perfumada que ella ha preparado para mí. En Japón nos lavamos primero y luego nos bañamos. Hajime aún no ha comprendido que lo uno sirve para limpiar el cuerpo mientras que lo otro purifica la mente.

Maiko e Ishuri me arreglarán el cabello y me ayudarán con el kimono de Ishuri. Es bonito, aunque sus bordes están raídos y el color se ha desvaído.

Por la gran calidad de la tela y sus diseños elaborados, los kimonos de boda son muy caros, y la mayoría de las familias tienen que alquilarlos. El de *okaasan* es de propiedad. Caro en lo económico y en lo sentimental.

Acepto la oferta de Ishuri, por supuesto, con humildad y agradecimiento. Sería un insulto que me pusiera mi propio kimono de a diario, pese a que esté en mucho mejor estado. Además, a menos que pudiera llevar el de *okaasan*, ¿qué importancia tiene? Me entregaré a Hajime con los brazos abiertos y aceptaré esta vida nueva y diferente tal y como ellas me han aceptado a mí.

El día de hoy tiene que ver más con el corazón que con las apariencias.

Maiko opina sobre la clase de flores que debería ponerme en el pelo, pero entonces hace una pausa.

—¿Te encuentras bien, Naoko?

—Sí —respondo desde la pequeña cuba infusionada con vainilla y ciruelas especiadas. Los aromas, intensos y dulces, me llenan de gratitud. Pese a tener tan poco, lo dan todo. Y yo soy indigna. Lleno las manos ahuecadas de agua y la voy dejando caer, intento calmar los nervios con el sonido que produzco.

Es el día de mi boda.

Un ritual de luz y de alegría, y, aunque me siento complacida, los deseos me agobian. Deseo oír las opiniones interminables de la abuela mientras madre me ayuda a prepararme. Deseo contar con las risas y con la confianza que me da *okaasan*. Con las provocaciones de Kenji, con el ojo observador de Taro. Incluso con padre.

Suspiro y me hundo aún más, hasta que el agua me llega justo debajo de la nariz.

Deseo demasiadas cosas.

Taro tiene razón, soy una egoísta. Pero ¿por qué padre tiene que ser tan difícil? En lo más profundo, sé que es su orgullo, no su naturaleza, el que me exige tanto. Pero ¿acaso entiende que es mi naturaleza, y no mi orgullo, la que sueña con mucho más?

—¿Naoko?

La voz de Hajime excita mi espíritu y a las demás mujeres, que le gritan en japonés:

—¡Fuera! ¡No está lista!

—Espera, Maiko —dice Hajime—. *Wazuka sū fun*. —Se ríe porque no le prestan atención—. ¿Grillo?

Al ponerme rápidamente en pie, genero un pequeño tsunami en la cuba. Me envuelvo en la toalla de baño y, avanzando con cuidado, me dirijo hacia sus sombras.

—¿Hajime?

—Diles que tengo que hablar contigo un minuto. Desde aquí, ¿vale?

Me río, y a continuación tranquilizo a Maiko diciéndole que es un momento. Las voces se reducen a un refunfuño y las sombras se alejan. Excepto la de Hajime, que se eleva alta y estrecha.

Me acerco unos centímetros más y susurro:

—¿Hajime? —Pierdo la sonrisa, me golpea la ansiedad—. ¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo?

—Todo va perfectamente. De hecho, tengo una sorpresa para ti. Un regalo antes de hora.

¿Un regalo? Me pongo a saltar de puntillas. Su sombra se aleja hasta volverse tan pequeña que desaparece.

Dentro del baño, contengo el aliento para escuchar. Se oyen pasos, otros, entonces unos susurros, y la puerta vuelve a deslizarse. Ahora hay silencio.

«¿Se han marchado?

»¿Debería salir?»

Aparece una nueva sombra. No tan alta, no tan estrecha. La puerta se abre.

—¡Oh!

«¡*Okaasan!*!»

Unas manos nerviosas dan paso a las lágrimas.

Me atrae hacia sí, sin importarle que esté mojada. Me mece, su barbilla sobre mi hombro, con dedos que se aferran desesperados a mi espalda. Noto que el corazón se me acelera. Mis palabras se vuelven inútiles, se presentan separadas como la tierra y las nubes. ¿Cómo podría llegar a expresar el alivio, la gratitud, el bienestar puro que encuentro en su abrazo?

No puedo hacerlo.

Tras un instante, que quizá son dos o tres, *okaasan* relaja el abrazo y se inclina hacia atrás. Frunce los labios. Sus ojos, brillantes y húmedos, parecen preguntarme: «¿Estás bien? ¿Eres feliz?». La respuesta se refleja en los míos: «Ahora sí». Ella asiente satisfecha y pasa los pulgares por debajo de mis ojos para secarlos.

Espira con fuerza y se ríe.

—Menos mal que aún no te han maquillado.

El corazón, alojado en lo alto de mi garganta, me impide hablar. Trago saliva para empujarlo hacia abajo, sin acabar de creerme que madre esté aquí.

—No puedo quedarme, Naoko. Padre no sabe que he venido. Pero he oído tu deseo en el viento, llamándome como si fuera un sueño, y entonces tu Hajime ha aparecido y... —Inspira largamente por la nariz para armarse de valor—. Mi alma reconoce que es tu destino casarte... —La explicación se ve consumida por otra inspiración rápida. En su lugar, señala hacia la mesita que hay cerca de la cocina.

Doblado sobre la funda de seda está su *shiromuku*.

Ahora soy un río. No merezco tanto amor. No tengo palabras. Solo lágrimas. Se me cierra la garganta para controlar los sollozos que ascienden por ella.

Mi madre sonríe para frenar sus emociones, se dirige hacia la puerta. «¿Va a marcharse?» La abre con el codo y hace un gesto con la mano. Maiko e Ishuri entran apresuradamente y la cierran a su espalda. Tras entregar el regalo perfecto, Hajime ha desaparecido. Lo amo aún más.

La mirada de las mujeres se posa en el *shiromuku* y se me encoge el estómago. El vestido de Ishuri... Con lo hospitalaria que ha sido, será un insulto para ella.

Mientras intento dar con la frase adecuada, el pánico hace que sienta un calor en el cuello.

—Ishuri, yo... yo lo...

—Ni lo pienses, Naoko. —La voz de Ishuri suena cálida, comprensiva. Abre mucho los ojos—. Pues claro que te pondrás el *shiromuku* de tu madre. Por supuesto.

Inclino la cabeza en una profunda reverencia, humilde, aliviada, sobrepasada por tanta bondad.

—Gracias, Ishuri —digo con lágrimas infructuosas en los ojos.

—La luna es terriblemente impaciente —dice Maiko con una gran sonrisa—. No tardará en tirar de la noche hacia aquí, así que debemos darnos prisa. Primero, el maquillaje y el pelo, y luego vestiremos a la novia.

Miro a *okaasan* y tomo su mano en la mía. Parece reconocer mi pregunta sin necesidad de que se la diga.

—¿Cómo podría irme sin verte con el vestido? No se le puede pedir eso a una madre, es demasiado cruel. —Levanta mi mano, se la lleva al pecho y se inclina hacia ella, para que sienta su corazón. Su ritmo firme—. ¿Sí? Late bien y con fuerza. Estoy aquí. Disponemos de este momento. El cielo no me va a negar esto, hija.

No doy nada por sentado. Aunque no tenga derecho a tanta felicidad, se me ha concedido. Las bendiciones del cielo son a menudo caprichosas. Soy

consciente de ello. Así que sonrío ante mi madre, ante mis nuevas amigas y ante el destino. Aunque sienta el cálido aliento del dragón en el cuello —la posibilidad de un hijo, que Hajime esté unas semanas fuera, que me vaya a quedar aquí sola—, comprendo que, cuando el cielo te tira una ciruela, tú juntas las manos.

Catorce

Estados Unidos, en la actualidad

A lo largo de varios días logré avanzar de manera significativa con la limpieza del apartamento de mi padre, pero descubrí muy pocas cosas para desenmarañar su pasado. La montaña rusa emocional de luto y confusión se reveló agotadora, lo mismo que los bienintencionados vecinos y amigos de mi padre, que no dejaron de venir a traerme comida y condolencias. La nevera estaba llena de cazuelas, pero yo no tenía hambre, como tampoco tenía nada nuevo que añadir a la misma vieja conversación. Al menos, nada que pudiera decir en voz alta.

—... era un buen hombre...

«Un buen hombre con un gran secreto».

—... ahora está con tu madre...

«¿Sabrá mi madre lo de su hija?»

La idea se había apoderado de mi corazón y no lo dejaba ir. O ambos me lo habían ocultado, o era un secreto solo de mi padre. No me gustaba ninguna de las dos opciones, así que, en vez de centrarme en posibilidades y escenarios imaginarios, cuando me tomaba una pausa y dejaba de empaquetar, me tragaba las emociones y hacía algo útil: investigaba.

La carta de mi padre declaraba que había tenido una hija, lo cual significaba que debía de existir una partida de nacimiento por alguna parte. Tecleé «Certificados de nacimiento en Japón años cincuenta» y desplacé el cursor por los resultados.

La embajada de Estados Unidos en Tokio no guardaba registros, ni de nacimiento ni de ningún otro tipo. Y, según el Departamento de Asuntos Legales, era la ciudad de nacimiento la que se encargaba del mantenimiento de las partidas de los ciudadanos no japoneses, pero estas no se conservaban de manera indefinida. ¿Se habría considerado que aquel bebé era un ciudadano en los años cincuenta?

Cuando levanté la mirada de la pantalla había transcurrido una hora y lo único que había descubierto era que Japón no disponía por aquella época de un sistema de registro. No en el sentido tradicional. Las familias mantenían el registro de las muertes y los nacimientos en algo llamado *koseki*, pero si no tenías el nombre completo no podías realizar una solicitud oficial.

Se me cayó el alma a los pies. Ni siquiera tenía el nombre de la madre, solo el apodo que mi padre usaba con ella en la carta: «Grillo». ¿Qué tipo de nombre era ese? Solté una risa burlona. ¿Qué tipo de nombre era «Hajime»? ¿Y por qué había mi padre firmado la carta con él?

Cerré los ojos con fuerza y me froté las sienes. ¿Qué me estaba perdiendo? Conocía la localización de la base, los años de su servicio en el ejército... ¿Y en esos registros?

Golpeteé el teclado. Si mi padre había tenido una hija mientras estaba alistado, deberían tener un registro de nacimiento en sus archivos. Fui clicando enlace tras enlace hasta dar con el sitio correcto, con el departamento correcto, y entonces realicé una búsqueda a través de su página de preguntas frecuentes.

Como familiar más cercano podía solicitar su expediente, pero no a través de internet, puesto que se había licenciado dos años antes del límite que tenía el archivo. Había un período de espera de entre seis y ocho semanas, y eran necesarios diversos documentos: su número de la seguridad social, la rama en la que había servido, las fechas de su alistamiento y licencia, y una copia del certificado de defunción. Lo tenía todo, así que me puse manos a la obra.

Saqué las cosas de la caja en la que guardo los documentos e hice copias para mandarlas por correo a la mañana siguiente, y estaba rellenando los datos de pago *online* cuando la alarma de papá comenzó a sonar en su habitación. La había puesto para acordarse de tomar la medicación de la noche y yo la apagaba todos los días, pero no la desconectaba. Con la alarma puesta, me había visto obligada a entrar en su habitación a diario para apagarla. Era la manera que tenía de recordarme a mí misma la abrumadora tarea que me esperaba: poner orden en los asuntos más personales de mi padre.

Siguiendo aquel pitido incesante, me abrí paso por el laberinto de cajas y contenedores que había llevado hasta la habitación de papá —el único lugar que no había tocado aún—, seguí el cable y tiré de él. La lectura digital del reloj se quedó en blanco.

Miré a mi alrededor.

Ya era hora de ordenar aquella habitación, y lo sabía.

Mi mirada se desplazó entre el reloj despertador y el álbum de fotos familiar que tenía al lado, sobre la mesilla de noche. Lo cogí y me senté al borde de la cama de mi padre. Aquel álbum barato se estaba cayendo a trozos. Era de los que tenían cartulinas adhesivas defectuosas cubiertas por láminas protectoras transparentes. Allí estábamos, nuestra pequeña familia de tres personas, borrosos, amarillentos y pegados a la página. Y yo era la única que quedaba viva.

O, al menos, eso había creído.

La idea seguía taladrándome. Era como si el hecho de que mi padre hubiese tenido otra hija me hubiera arrebatado algo. No era así, porque yo lo había tenido a él. Había una vida entera de amor documentada a través de cada foto. Pasé la yema del dedo sobre una instantánea de la liga infantil de béisbol. Papá había sido mi entrenador, tanto dentro como fuera del campo, y utilizaba las enseñanzas del juego para darme lecciones vitales.

«¿Estás cansada? Pues sigue adelante».

«Ganar es importante, pero la forma en que ganas lo es más».

«Eres una lanzadora excepcional y eres sólida en la segunda base, pero no eres rápida alrededor de las bases. Tienes que conocer tus virtudes».

¿Conocer mis virtudes? Si no lo conocía ni a él...

Mi mente continuaba reorganizando aquello en lo que creía (que era un buen padre, un buen hombre) con aquello que temía (que era un hombre que había abandonado a una mujer embarazada y a su hija). No quería creerlo. Papá no haría eso. Miré su foto fijamente, al borde de las lágrimas. La verdad era que ya no estaba segura de nada.

Cerré el álbum de golpe, consciente de que no contenía ninguna respuesta, y me acerqué a la cómoda en busca de algo que me aportara alguna idea.

El estante superior estaba lleno de tarjetas de cumpleaños y aniversario. Algunas se las había mandado yo, pero la mayoría eran de mamá; no había ninguna de Japón. El siguiente estante estaba lleno de camisetas, el otro de calcetines y ropa interior, pero al fondo del último había un sobre de papel manila. Lo miré fijamente y, con el corazón disparado y dedos cuidadosos, lo cogí y desaté el cierre circular.

Dentro estaban el título del Cadillac y los documentos del seguro, cosas que iba a necesitar, pero nada más. Volví a cerrar el sobre, lo puse en la caja etiquetada como «Documentos» y suspiré con alivio y decepción.

Delante del armario de mi padre, puse los brazos en jarras y negué con la cabeza, fascinada ante la cantidad de cosas que había metido allí dentro. Entreví su camiseta de béisbol de los Tigers, la saqué de la percha y me la

puse sobre la que ya llevaba. Colgaba de mí informe, pero me tranquilizó haber encontrado algo sin contaminar.

Repasé el resto de su ropa, registrando los bolsillos de cada prenda antes de pasar a la siguiente. Algunas llevaban siglos sin ser utilizadas, y otras aún tenían su etiqueta. El estante de arriba estaba ocupado por los jerséis de temporada y por cajas con cosas diversas. Me puse de puntillas y traté de coger una caja de zapatos, pero tiré varias en el intento. Unas fotos en blanco y negro se desparramaron por el suelo.

Eran imágenes de la época de mi padre en la Marina.

Había fotos de su barco en el puerto y de la tripulación en la cubierta. La verdad es que eran niños. El hijo de alguien que salía de casa por vez primera. El amor de instituto de alguien, a quien había prometido que le escribiría. Alguien que le había echado un vistazo al futuro de su pueblecito y que quería algo más. Les di la vuelta y me encontré con que mi padre había garabateado sus apellidos: «Valentine, Elliott, West, Spain».

¿Y si realizaba una búsqueda de sus nombres en los sitios web de reuniones de la Marina? Si aquellos hombres seguían vivos, si alguien se acordaba de ellos o si se los podía encontrar *online*, quizá arrojarían algo de luz sobre lo que había sucedido. Era una posibilidad remota, pero valía la pena explorarla si me confirmaba lo que yo esperaba que fuera la verdad: que mi padre se enteró de que tenía una hija mucho después de zarpar y que ya no pudo volver. ¿Y si no tuvo la seguridad de que el bebé siquiera fuera suyo?

En internet había encontrado varios artículos que trataban el tema con títulos como *Los bebés de la ocupación*, *Los bebés del enemigo* o *Las prostitutas pan-pan de la posguerra*, y cada uno planteaba una cuestión diferente.

¿Habría sido el bebé una posible estratagema para atrapar a mi padre y obligarlo a casarse? ¿Era la mujer a la que había escrito la novia de sus historias o era alguien más? Sin duda, alguno de sus colegas de la Marina lo sabría, pero ¿cuántos de ellos seguirían vivos?

Y, por supuesto, estaban las fotos de mi padre. «Hola, papá».

Era el muchacho de póster de los años cincuenta por antonomasia, con su cabellera negra peinada hacia atrás. Su amplia sonrisa transmitía la arrogancia de la juventud. Solo le faltaba una chaqueta de cuero y una motocicleta en vez del uniforme. Sofoqué una carcajada entre las lágrimas. No me extrañaba que mamá se hubiera quedado embelesada.

Había fotos de paisajes con títulos como «Hong Kong», una marcada como «Costa de China» y varias con la etiqueta de «Japón»: la colorida puerta

de la benevolencia de Yokohama, unos vendedores callejeros que traficaban con mercaderías en Kioto y una hermosa mujer vestida completamente de blanco. Con un kimono. Sentí un cosquilleo en los brazos.

«¿Te he contado alguna vez el motivo por el que estaba allí? Una boda.

»Tendrías que haber visto el vestido de la novia.

»Era un kimono».

Acerqué la foto. La mujer inclinaba el mentón hacia abajo, así que no pude distinguir su cara, pero sus labios manchados, los elaborados pliegues de aquella tela por capas y el tocado en forma de media luna transmitían una imagen ceremoniosa.

¿Había asistido mi padre de verdad a una boda japonesa?

Dejé caer el brazo sobre mi regazo, pero no solté la foto. Aunque siempre había sabido que la historia de mi padre sobre la Divisoria continental tenía partes de verdad, nunca había puesto en consideración el resto de los relatos.

Ahora iba a hacerlo.

Quince

Japón, 1957

El aire húmedo besa mis mejillas mientras Maiko me ayuda a bajar de su porche. La noche ha caído sobre las casitas del pueblo y las ha envuelto con su manto de negrura, pero al oeste el cielo mantiene un color naranja, se aferra al horizonte, furtivo y lleno de curiosidad.

En las ceremonias normales, los novios son guiados por una doncella sintoísta y forman una caravana procesional. Pero, al no estar involucrada mi familia, hemos renunciado a estas tradiciones.

Maiko me lleva del brazo, pero tengo la atención puesta en las luces de la lejanía. Al doblar la esquina de la última casa, dejo escapar un grito ahogado. Las linternas de papel que hicimos por la mañana se alinean a lo largo del camino y unas esferas del color dorado de la mantequilla iluminan los árboles como *hotaru* amarillas, una nube de luciérnagas surgida tras las lluvias torrenciales de julio.

Mis pensamientos revolotean también. Me voy a casar. Ojalá *okaasan* hubiera podido quedarse.

Con una sonrisa, me paso la mano por su *shiromuku* para sentir su esponjosa textura bajo la yema de los dedos y para aferrarme a nuestra conexión.

El diseño en capas superpuestas de plumas blancas de organdí le da a la prenda vida y plenitud. El hilo de seda, en puntadas cortas y largas, recorre la tela para prestarle opulencia. La faja *obi* brocada tiene un fino lazo rojo y plateado para hacer juego con la colección de flores que llevo entrelazadas en el pelo.

Nunca me había sentido tan bella, ni había estado tan nerviosa.

Con cada paso que doy me acerco un poco más a Hajime y me alejo un poco más de mi familia. Es un contraste de extremos en todos los sentidos, pero, con la visita de *okaasan*, ahora que llevo puesto su *shiromuku*, de

alguna manera he encontrado mi lugar entre ellos. Buda lo llamaba el camino del medio. El equilibrio correcto de la vida.

Yo lo llamo felicidad.

Frente a mí, en el centro de un pequeño grupo de gente, está Hajime.

Alto, de hombros anchos, con su uniforme blanco immaculado, planchado y lustroso. Lleva la gorra calada hasta los ojos y el pelo bien cortado por debajo. Su mandíbula, recién afeitada y con un hoyuelo, parece esculpida en ángulos agudos.

Hajime se convierte en un borrón blanco mientras examino los rostros nuevos que lo enmarcan. El marido de Maiko, con sus hijos. La abuela Fumiko, con la familia de Ishuri, y Valentine y Spain, los compañeros de tripulación de Hajime, a su derecha, vestidos de uniforme. Todo el mundo sonríe. Tatsu, el hijo de Maiko, grita mi nombre, lo que provoca risitas.

Ya casi estoy ahí. Floto en el *shiromuku* de *okaasan* para reducir la distancia. En mi interior, la excitación crepita como los destellos de una bengala, es una descarga eléctrica que me atraviesa desde los pies hasta la punta de los dedos de las manos. Bajo la mirada con una sonrisa nerviosa mientras seguimos avanzando. Este es el momento.

Inspiro profunda, lentamente, para calmar mi pulso desatado. Percibo la mirada de Hajime, pero solo me atrevo a levantar los ojos cuando me detengo delante de él. Con una reverencia, le echo un vistazo a través de mis largas pestañas teñidas. Ya no soy una niña, sino una mujer. Y pronto seré su esposa.

El corazón me palpita en los oídos. No puedo respirar. «¿Se sentirá complacido?»

Él me devuelve la reverencia pero nunca baja la vista. En ella encuentro la respuesta. Al reflejarse en sus ojos, la luz de una linterna hace que las volutas blancas en su centro dancen como velas sobre el más azul de los océanos, y yo me pierdo en ellos. Me pierdo en él. Me pierdo en este momento.

El sacerdote sintoísta, vestido con su *jōe*, una túnica-kimono blanquísima con un alto sombrero en forma de pico, se aclara la garganta y solicita que todo el mundo se ponga en pie. Comienza la ceremonia.

Hacemos una reverencia ante nuestros antepasados, ante nuestros invitados y el uno ante el otro. A continuación tomamos parte en el intercambio del tres por tres, con tres cuencos de sake de diferentes tamaños. Cada uno representa el carácter inseparable del lazo recién creado con su sabor terroso, como el beso del rocío al musgo. Igual que en el matrimonio, no todas las cosas que hay que sobrellevar son agradables.

Solo con el tercer sorbo del tercer cuenco permitimos que la mezcla acre se derrame sobre nuestra lengua. Es el noveno, así que bebemos. El nueve significa felicidad triple. Capto la punzada de sorpresa en el rostro de Hajime. ¿Le había advertido de lo amargo que es?

A su término, todo el mundo da dos palmadas para llamar la atención de las deidades, pues estas deben ser testigos de nuestro discurso de compromiso.

El sacerdote se vuelve hacia Hajime y comienza a hacer sus preguntas. Quiere saber si él me amará, me respetará, me consolará y me ayudará hasta la muerte. Le pide que dé su promesa. Esto es lo que he estado esperando. ¿Lo habrá comprendido? ¿Debería traducírselo? En el momento en que mis labios se separan para hablar, él se vuelve.

—Sí, lo prometo.

Sus dedos aprietan los míos y se inclina hacia mí, me dice con tono grave y profundo:

—Prometo amarte ahora... y prometo amarte siempre.

Siento una presión en el pecho, intento contener la emoción, las palabras que acaban brotando:

—Te amaré siempre, Hajime.

La gente se ríe porque no era mi turno de hablar.

Mis mejillas se sonrojan y sonrío, y entonces miro al sacerdote:

—Yo también lo prometo.

No necesito que me lo pregunte.

Más risas acalladas.

A continuación, el sacerdote sintoísta nos da a cada uno una pequeña funda de seda que contiene una bendición matrimonial especial que pone punto final a la ceremonia.

—Que estas palabras os sirvan como guía ahora que vais a tomar una nueva y singular dirección en el viaje de la vida.

Pero, antes de que el sacerdote pueda proclamarnos oficialmente marido y mujer, Hajime toma prestada una costumbre de su propia tradición y lo anuncia con un beso. Pese a los restos de la bebida amarga en sus labios, es el sabor más dulce que yo haya conocido.

Cuando Hajime se aparta, las felicitaciones y los gritos de alegría vienen a bendecirnos, pero yo no oigo nada. Me he quedado absorta en sus ojos, en mitad de un momento de felicidad suspendido en el tiempo. Nos miramos el uno al otro, en un reconocimiento compartido entre marido y mujer según el

cual, más allá de las nociones preconcebidas de propiedad y orden que existen en el mundo, los dos nos amamos.

Nos amamos.

Después de la ceremonia, compartimos la comida bajo los árboles y escuchamos historias. La de cómo se conocieron Maiko y Eiji, la de las ganas que tiene Ishuri de dormir desde la llegada de su bebé y las de los numerosos pretendientes de la abuela Fumiko. Nos reímos y celebramos nuestro nuevo comienzo.

Se ha hecho tarde y hasta las luciérnagas comienzan a tener sueño. Su espectáculo de luces se va relajando con destellos intermitentes. Escuchamos el vaivén continuo de la canción de los grillos, el susurro del viento entre los árboles, y les damos las buenas noches a los pocos invitados que quedan.

Maiko está junto a Eiji, su marido, que tiene a Tatsu colgado del hombro, con la cabeza envuelta en el sueño. Yoshiko, su hija, se estira y bosteza. Ha sido una larga noche para todos.

—Maiko, espera.

Me acerco a ella con pasos veloces.

Las linternas colgantes motean de luz sus mejillas redondeadas y suavizan hasta la más fina de las arrugas.

—¿Qué sucede, Naoko?

—Solo quería... —Me ajusto las mangas mientras intento dar con las palabras que expresen lo que su bondad ha significado para mí. Comienzo a sentir un nuevo estallido de emoción. Se me cierra la garganta—. Sin mi familia aquí, sin *okaasan*... —Estoy al borde de las lágrimas, que aguantan sobre la parte inferior del párpado dispuestas a derramarse—. Quiero decirte que me has hecho sentir honrada. —Estiro los labios con fuerza y hago una reverencia.

Ella sonríe y me devuelve el gesto. Le echa un vistazo por encima de mi hombro a Hajime y sonríe.

—Todo irá bien.

«¿Es tan obvio que estoy nerviosa?» Miro a Hajime, que está hablando con sus compañeros de tripulación, y vuelvo la cabeza hacia Maiko con una sonrisa. Me río por lo bajo. Sí, estoy segura de que se me nota. Ella me da unos golpecitos en el brazo y se vuelve para ir a reunirse con su familia.

Aunque Hajime y yo hemos compartido las intimidades propias del matrimonio, fue en un momento robado, apresurado por el miedo a que nos

sorprendieran. Ahora que estamos casados, dispondremos de toda una noche para descubrirnos el uno al otro. Estaremos solos como marido y mujer. Sin escondernos. Sin preocuparnos por el tiempo. Sin nada que se interponga entre nosotros.

Salvo por el secreto de que quizá lleve dentro a su hijo. Eso se lo revelaré por la mañana.

De momento, me paseo en dirección a mi marido con paso deliberadamente lento. Se ha quedado solo, y capta mi mirada. ¿Qué significa esa expresión? Se me acelera el pulso. Ahora estamos solos los dos. Todo el mundo se ha ido. Sí, conozco esa mirada. La cabeza ligeramente ladeada. Los ojos serios. Siento mariposas en el estómago.

Se pone la gorra bajo el brazo y extiende una mano hacia mí.

—Esposa...

«Esposa». Me gusta cómo suena mi nuevo nombre en sus labios. Cuando pongo la mano sobre la suya, el contacto desata una descarga. Son solo las yemas de los dedos y ya me consume el calor. Nos dirigimos hacia nuestra casita cogidos de la mano, estirando los brazos para separarnos en torno a una porción de suelo desnivelado, juntándonos de nuevo al otro lado. Veo con el rabillo del ojo que me observa.

—Estás muy callada —dice, y me aprieta la mano—. ¿En qué estás pensando?

—Oh... —Mi mirada sale disparada hacia él, pero la aparto y pestañeo para abrimme paso entre mis meditaciones. No tengo ganas de compartir estos pensamientos. Me encojo de hombros y le dirijo una ligera sonrisa avergonzada.

Hajime levanta mi mano y estampa un beso en ella.

—Bueno, yo estoy pensando que soy el hombre más afortunado del mundo. Me estoy preguntando qué diablos habré hecho para merecerte. —Besa de nuevo mis dedos y se detiene. Se me acerca—. Estoy pensando..., caramba, es preciosa. —Su mirada recae en mis labios, se inclina...

Lo beso, incapaz de contenerme. Sus cálidos labios se amoldan a los míos. Y ahora ya no pienso en nada. Simplemente siento.

Sin previo aviso, me levanta en brazos y yo me río.

—¿Qué haces?

Avanza como si yo no pesara nada, dando pasos rápidos y cortos hasta que llegamos a la plataforma de nuestra casa. Desplaza el peso de su cuerpo para conseguir que la terca puerta se abra deslizándose.

—El novio siempre ha de atravesar el umbral cargando con la novia.

—No conocía esa costumbre —digo mientras él se pone de lado para que ambos pasemos por la puerta.

—Bienvenida a casa, esposa mía.

Me muerdo el labio y sonrío, ya he olvidado su extraña tradición.

Se me cierra el estómago, y me cojo las manos con más fuerza alrededor de su cuello. Con cuidado, él me deja en el suelo, pero no nos separamos. La distancia se estrecha y sus labios vuelven a encontrarse con los míos. Hay en su beso un ansia que crece lentamente. Su mano se agita en el aire hasta que golpea contra la puerta y la cierra. Ahora las dos flotan a lado y lado de mi cuerpo, acaban posándose sobre el *obi*. Sus dedos se mueven a tientas.

Se echa hacia atrás y señala el vestido de mi madre.

—Tengo miedo de estropearlo. No quiero...

Lo hago callar poniéndole un dedo sobre los labios.

—Para vestirme hicieron falta tres mujeres, Hajime. Por favor, si tienes paciencia, para quitármelo solo necesitaremos una.

Me quito los zapatos y los calcetines *tabi* y asiento para que él siga mi ejemplo. A continuación, lo tomo de las manos y lo guío hacia el futón. Le indico que se acomode. Él se desabrocha los botones superiores de la camisa mientras se sienta al borde del colchón y, estirándose el cuello para ponerse cómodo, se recuesta sobre los codos.

Observo la forma en que me mira, curioso. El corazón me da un vuelco y trago saliva.

Con manos temblorosas, rescato la tela de seda que sirve para envolver el *shiomuku* y la abro delante de mis pies. Entonces, con los ojos puestos en Hajime y con mucho cuidado, me llevo las manos a la espalda para soltar el cordel decorativo.

Me pongo a hablar en japonés con tono suave, consciente de que no entenderá todo lo que le digo. No es una conversación cotidiana. Pero son palabras que he elegido solo para él y solo para esta noche.

—Ahora eres mi marido. Así que, sin vergüenza, me preparo para ti.

Me humedezco los labios y respiro hondo para tranquilizar los nervios, y entonces me suelto la faja. Al caer, esta se cuela entre mis dedos.

Mido cada movimiento para que resulte estéticamente placentero, imagino cada roce como si mi mano tocara su piel.

Tengo toda su atención.

Estiro los brazos hacia atrás y desato la almohada *makura* para liberar los pliegues de la espalda. Me tiemblan las manos mientras doblo un extremo

sobre el siguiente. Flexiono las rodillas y lo dejo sobre la seda abierta, junto a mis pies.

—No necesito cubrirme. —Mi voz es un susurro rasposo.

A continuación desato el nudo *obi*, que cae suelto entre mis manos. Lo dejo aparte y desato el *himo*, que mantiene en su sitio la tela excesivamente plegada de la parte interior. El corazón martillea en mi pecho, hace que mi respiración se acelere.

Hajime me mira fijamente con los ojos caídos, tempestuosos. Sus pupilas negras han desplazado el color, dejando solo un finísimo anillo azul.

Al incorporarme, el *shiromuku* desabrochado cuelga suelto sobre mi cuerpo, pierde toda su forma. Ahora puedo quitármelo.

—Esta noche... —prosigo mientras deslizo la mano bajo la prenda por el hombro y la retiro para revelar la ropa interior— mis labios, mi piel... —libero el otro hombro y sostengo la tela suelta con las manos—, toda yo...

Hajime ladea la cabeza, reconociendo esas palabras sencillas. Me arden las mejillas. De nuevo, flexiono las rodillas y coloco el traje sobre la seda abierta. Con el mentón bajo para demostrar humildad, me agacho y lo miro.

Hajime se incorpora. Se acerca, se inclina hacia mí.

A pocos centímetros de su rostro, de sus labios, susurro:

—Doy la bienvenida a tus manos. Soy tu placer.

Las mariposas de mi estómago se transforman en un enjambre frenético, sabedoras de lo que estoy a punto de hacer. Mil años de esposas dando amor a sus maridos despiertan en mí. Es un saber antiquísimo, grabado en mi esencia misma, el diseño primitivo y natural del cortejo y la incitación. Y, como si fuera un plano ya trazado, lo uso como guía y hechizo. No deseo nada más que satisfacerlo. Mostrarle mi amor. Sentir el suyo.

Inspiro súbitamente y me pongo en pie. La ropa interior cae y me presento ante mi marido.

Contengo el aliento mientras el suyo escapa de sus labios abiertos.

Él estudia mi cuerpo desnudo. Mi corazón late errático. Todo está a la vista. Soy suya para que me admire. Mi pecho sube y baja con respiraciones aceleradas. El calor crece con lentitud mientras espero, inspeccionando unos ojos que a su vez inspeccionan cada centímetro de mi cuerpo.

No oso moverme hasta que él lo hace.

Mi marido toma a su mujer.

Dieciséis

Japón, 1957

Hajime y yo estuvimos despiertos, hablando, riéndonos y amándonos como marido y mujer hasta mucho después de que la luna se rindiera tras el horizonte. Esta mañana yacemos entrelazados, dos enredaderas de glicinia que se estiran en busca de una misma luz.

El escándalo que arman los gorriones hace que regrese la ansiedad, que recuerde lo que me espera. Tras una noche demostrándole mi amor, quiero compartir con él la manera en que puede haber florecido.

Inspiro el océano en su piel, desnuda y bronceada, y siento el vaivén de sus músculos esbeltos bajo la palma de la mano. Me siento satisfecha. Saciada. Nerviosa.

Lo estudio en su duermevela. ¿Tendrá nuestro bebé la ligera incisión de su barbilla? ¿Unos ojos como el mar? ¿La sutil onda de su cabello? Al menos, sus bucles contienen sombras de intensa oscuridad. Amaré a nuestro hijo pase lo que pase, pero de ese modo tendrá una carga menos sobre sus hombros diminutos.

Hajime expulsa un aliento perezoso por la nariz y esboza una sonrisa lánguida.

—Buenos días.

Hay en la voz de su primer despertar un rasguño profundo. Otro nuevo aspecto que apreciar.

Al incorporarme, el pelo me cae hacia delante. Él me lo pasa por detrás de la oreja, lo peina a lo largo para poder hacerlo de nuevo. La repetición del movimiento es reconfortante y, como haría un gato, estiro el cuello y me inclino hacia él.

Sonrío a mi marido. «Marido». Mis emociones nadan en círculos. Hoy se marcha a patrullar los Estrechos de Taiwán. ¿Debería esperar dos semanas para contárselo? Remuevo el agua con mis palabras para calibrar su temperatura:

—El bebé de Ishuri es hermoso.

Sus ojos líquidos y azules me miran fijamente.

—Tú eres hermosa.

Resigue mi sonrisa con los dedos, pero yo mantengo la concentración.

—Creo que es perfecto. ¿Te diste cuenta de que apenas lloró?

—Ishuri está cansada. Dice que no duerme nunca. —Traga aire para detener un bostezo indolente, y eso engulle sus palabras—. A mí me gusta dormir. —Se estira, me atrae con fuerza hacia sí.

—¿No te gustan los niños? —Mi voz es casi un chillido.

Hajime me guía hacia sus labios expectantes. Con una sonrisa, canturrea:

—Me gusta hacer niños.

Un beso profundo y se me remueven las entrañas. De momento, ha desviado mi atención. Las yemas de sus dedos resiguen mi columna de arriba abajo dejando un rastro de intensos escalofríos. El beso es ávido y delicioso, pero esto no puede esperar.

—Hajime. —Lo aparto y me incorporo. Desplazo el peso del cuerpo para alcanzar el pergamino que he remetido en el lateral del cojín. El que hice junto a mi dragón el día que llegué. Alcanzo el papel con el codo, lo sujeto por el borde y lo coloco entre los dos.

Él enarca las cejas.

—¿Para mí? —Se sostiene sobre un codo, se pasa la mano por el cabello despeinado y se frota un ojo. Se deja caer y estira los brazos hacia mí—. Ven aquí.

Me acuesto de lado sobre el recodo de su brazo y coloco la cabeza cerca de su barbilla. Aprieto con el dedo las letras en relieve de la chapa de identificación metálica que descansa sobre su pecho mientras él despliega mi regalo de bodas. El miedo me tiene paralizada. «¿Y si no le gusta la noticia?»

Sostiene el papel de borde de seda cerca de los ojos y lee los elaborados caracteres kanji en cursiva. Cierro los párpados para esperar mientras escucho su corazón y ruego por que esté abierto a la posibilidad de un hijo. Tres segundos, cinco, ¿diez? «¿Cuánto tiempo va a estar mirando mis palabras sin reaccionar?» Encojo los dedos de los pies, impaciente. Dar a luz a un bebé podría ser más fácil que anunciar su posible llegada.

—Esto es fantástico. —Me besa la coronilla.

Abro mucho los ojos. ¿Eso es todo? Frunzo el ceño confundida. Su expresión no revela ninguna felicidad. Aunque agradable, está vacía.

Él se encoge de hombros.

—¿Qué dice?

—Oh... —Me hundo en él aliviada—. La cursiva es difícil de leer, incluso para los japoneses. Tiene que ver más con la estética que con la legibilidad. —Le señalo los símbolos verticales a lo largo del costado izquierdo—. Aquí dice «seis». El siguiente es «luna». —Me pregunto si debería explicarle algo sobre la cola de dragón, pero decido no hacerlo—. El último dice «bendiciones». —Siento mariposas en el estómago—. «Dentro de seis lunas seremos bendecidos». —En Japón, los embarazos se miden en meses lunares, con intervalos de cuatro semanas. Por eso, en vez de los nueve meses occidentales, aquí el embarazo dura diez. Pero siguen siendo cuarenta semanas. Y, si estoy embarazada, lo estoy ya de cuatro lunas. Debería tener al bebé en febrero.

Espero su reacción sin levantar la mirada.

—¿Y este qué dice? —Da un golpecito sobre el carácter kanji de mayor tamaño, a la izquierda.

—Ese dice... —El corazón me late como loco, hay un pájaro frenético encerrado entre mis costillas. No hay forma de malinterpretar ese signo—. «Niña».

—¿Niña? —Se acomoda el pergamino para estudiarlo más de cerca—. «Dentro de seis lunas seremos bendecidos, niña». —Frunce el ceño.

Abro la boca para hablar, pero acabo dejando que el silencio perdure y en su lugar cojo su mano y la coloco sobre mi vientre.

Él traga aire.

—¿Me estás diciendo que estás embarazada de una niña? —Su mirada cae hacia la diminuta hinchazón sobre la que descansan nuestras manos.

—Quizá. No está confirmado.

Me mira a los ojos.

—Pero ¿tú lo crees?

Asiento.

Me observa. Sabía que la noticia sería como agua para una oreja adormilada, inesperada e impactante, pero no creo que se sienta feliz.

Se me encoge el pecho. Me incorporo.

—No estás feliz.

—No, no es eso. —Se inclina hacia mí y me pone las manos sobre mis mejillas. Me seca la humedad con los pulgares—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Recuerdas la historia que te conté cuando me encontraste aquí? ¿La del pajarillo, la que me contó *okaasan*? ¿Y que la elección estaba en mis manos?

Él asiente.

—Ese pajarillo... —Hago un gesto hacia mi abdomen—. Contigo, esa fue mi elección. No quería forzar la tuya. No buscaba atrapar a un marido. Así que he esperado hasta estar casados, pero... —Estudio sus ojos a través de mis lágrimas.

—Ven aquí. —Hajime me envuelve con su abrazo, me acaricia el cabello y susurra—: Yo también te he elegido a ti. Y me siento feliz. Estoy aturdido, eso es todo. No esperaba tener que pensar en un bebé aún.

—Tienes suerte —le digo—. Yo no he podido pensar en otra cosa.

La bahía de Tokio fue rica en su día por la industria pesquera, y reconocida por sus astilleros. Ahora, la industria da riqueza a la costa envenenando a los peces y contaminando sus orillas. El olor aquí es una mezcla de aire salado y humo; se suma a mis náuseas y hace que se me revuelva el estómago.

Me abanico la cara y hago todo lo posible por sonreír y ser buena compañía. Durante el Día de la Comunidad se puede invitar a quien quieras, así que hemos acordado traer a Yoshiko, la hija de Maiko, y a su amiga Kimi. Lo hacemos como agradecimiento a Maiko, pero también para tener a alguien que me acompañe de vuelta a casa.

El barco, atestado de gente, acoge a la tripulación, sus familiares y grupos de alumnos de primaria. Están por doquier, y los fotógrafos de la Marina lo capturan todo. Hajime le hace gestos a uno para que se aproxime y se arrodilla entre las dos niñas; me anima a que me ponga a su espalda. Las niñas se unen al ruego, pero no me gusta ser el centro de atención, así que solo me acerco un pasito. Nuestro plan de persuadir al comandante de Hajime para que firme los documentos matrimoniales norteamericanos ya me tiene lo suficientemente nerviosa.

—¿Han olvidado ponerse los uniformes escolares? —pregunta el fotógrafo, reparando en que los demás niños llevan el suyo y agitan banderitas regionales para mostrar el espíritu de sus escuelas.

A la hija de Maiko y a su amiga les sobra espíritu, pero no tienen escuela. Para evitar que las discriminen, las madres de la aldea les dan clase por turnos. Hoy yo soy la maestra, y Hajime, nuestro guía. Para evitar que se repitan los ruegos, esta será nuestra única fotografía.

Tras el fogonazo de la cámara, Yoshiko y Kimi se ponen en pie de golpe, aún sonrientes, ajenas a mi irritación. Hajime deja descansar la mano en la concavidad de mi espalda, él sí es consciente de mi incomodidad. Cojo a

Yoshiko de la mano y ella hace lo mismo con Kimi, y retomamos el paseo por la cubierta.

—¿Por qué se habla de los barcos como si fueran chicas^[2]? —pregunta Kimi.

Traduzco sus interminables dudas mientras caminamos sin prisa junto a la barandilla.

—El barco —dice Hajime contemplándonos a las tres— es como una mujer hermosa que causa admiración con su cintura delgada, el peso de su proa y su bonita popa lanzada. —Me dirige una mirada traviesa.

Sonrío. Las niñas le prestan toda su atención, engullen sus palabras en ese idioma extranjero.

Yoshiko me tira del vestido.

—¿Qué ha dicho? ¿Por qué se habla de los barcos como si fuesen chicas?

«Oh». Sonrío, sin saber bien cómo traducirlo.

—Dice que es porque son muy bonitos.

Se detienen y le dirigen a Hajime una mirada incrédula. Sus dedos adolescentes se posan en la parte alta de sus caderas, terriblemente delgadas.

Él se ríe.

—Y si lo cuidas, pero si lo cuidas de verdad... —se inclina hacia mí, choca contra mi brazo y sonrío—, te lleva de viaje a lugares que jamás habías imaginado. —Su mirada desciende hasta mi vientre, sobre el que descansa mi mano, y vuelve a dirigirse hacia las chicas—. Es posible que vaya a ser padre. Un bebé, *akachan*.

Ellas abren mucho los ojos, que pasan a toda velocidad de mí a él. Me río y asiento, feliz por la noticia, pero más feliz aún por su reacción. Si el barco es una mujer, el hombre es el mar. Se lo respeta por su profundidad, por su alcance y por su inmenso poder. Es una cosa en la superficie y un millón de cosas más por debajo de ella. Yo disfruto de lo que hay sumergido. Una forma de felicidad. Él se prueba la palabra «padre» como si fuera un abrigo nuevo y se siente orgulloso de cómo le queda.

Yoshiko y Kimi imitan el saludo que Hajime ha realizado ante un oficial que pasaba. Esto se ha convertido en un juego para ellas. Él finge que las persigue y ellas se ríen, aparentan inocencia. Aunque no lo entienden, devoran constantemente su atención, hasta que alguien se la roba.

—Vuelvo enseguida —dice Hajime, y sale disparado entre la multitud.

Se aproxima a un hombre robusto con gorra, por debajo de la cual asoma el cabello canoso. Es una rana toro, de cuello y mandíbula solapados, y labios

muy estirados y ligeramente fruncidos. Al cabo de un minuto, Hajime hace un gesto en dirección a nosotras.

«¿Será su comandante?» Al atravesarme, sus ojos entornados me dejan helada. De todos modos, le dedico una reverencia respetuosa, esperando que reconozca nuestro matrimonio por la tradición sintoísta y acepte firmar los papeles. No reacciona ante mi saludo ni tampoco me lo devuelve.

Observo sus rostros en busca de pistas e intento adivinar lo que dicen. ¿Le está explicando Hajime cómo viviremos aquí? ¿Que no quiero ningún billete para Estados Unidos? Las niñas se ríen, así que me vuelvo. Un grupo de chicos atrae a las gaviotas ociosas con trocitos de pan de sésamo que les han dado los marineros.

—¿Podemos? —preguntan Yoshiko y Kimi a la vez.

Asiento y giro de nuevo sobre mis talones en dirección a Hajime, que está ocupado conversando. Su comandante está ocupado mirando hacia otro lado, con el peso del cuerpo echado hacia delante, como si estuviera dispuesto a alejarse saltando. ¿Le habrá confesado Hajime que es posible que lleve a su bebé dentro de mí? ¿Importa que así sea? ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?

Las niñas chillan y vuelven a atraer mi atención. Las gaviotas más valientes se han lanzado en picado para arrebatarse el obsequio de los dedos desnudos. Baten las alas, graznan y chillan, provocan risas. Cuando vuelvo la mirada, Hajime camina hacia mí y el comandante ha desaparecido.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto mientras se apoya en la barandilla a mi lado—. ¿Los firmará ahora? —Enarco las cejas esperanzada.

—No, pero voy a seguir insistiéndole. —Hajime se levanta la gorra, se pasa los dedos por el cabello y vuelve a calársela—. ¿Cuándo crees exactamente que sales de cuentas? —Su ceño se ha arrugado. Es como si ahora, al asimilar la noticia del bebé, comenzara a aflorar la ansiedad.

Me encojo de hombros.

—Nuestro Pajarillo es un bebé de febrero, pero aún no he visto a ningún médico.

—Hay un hospital de la Marina cerca de la base. Lo arreglaré todo a mi regreso. —Se ajusta la gorra de nuevo y se pone a caminar.

—Chicas. —Les hago un gesto con la mano para que nos acompañen y lo sigo en fila india.

Él habla antes para sí mismo que para mí.

—Pero ¿qué pasará cuando me ausente durante semanas enteras? ¿Y si sucede algo? ¿O si...? —Gira bruscamente la cabeza hacia mí—. Tengo que

asegurarme de que regresar no sea un problema.

—¿Qué quieres decir? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué debería haber problema en regresar?

—Grillo, dejaré la Marina dentro de un par de meses. Mi servicio acaba en octubre, y tengo que viajar a Estados Unidos para licenciarme, ¿recuerdas? Y sabíamos que si el comandante no firmaba los papeles matrimoniales no podría solicitar un visado conyugal.

—Sí, pero puedes conseguir uno de trabajo.

—Correcto. Pero eso lleva tiempo, y tengo que encontrar una compañía que me avale. Antes teníamos un montón de tiempo, pero ahora... —Su mirada de preocupación cae sobre mi abdomen.

Me detengo.

—Pero ahora estamos casados. Tu comandante tiene que firmar los papeles.

Las niñas nos adelantan corriendo, nos hacen señas para que las sigamos.

—Continuaré intentándolo. —Hajime me aprieta la mano, tira suavemente de ella y echa a caminar—. Y, si no lo hace, ya se me ocurrirá algo, ¿vale?

Se me hunde el corazón en el pecho. Habíamos hablado sobre las dificultades de su regreso, yo sabía del posible retraso, pero no pensé que la llegada de un bebé haría que todo fuese más urgente.

Cerramos el círculo y llegamos al punto en el que subimos al barco. Las niñas siguen haciendo preguntas que yo traduzco, pero ya no es divertido.

Además, es hora de irse.

Las niñas se despiden con una reverencia y bajan a esperarme al muelle, justo al lado de la pasarela. Hajime y yo nos quedamos junto a la barandilla. Puesto que las muestras públicas de afecto son tabú, solo nuestros hombros entran en contacto. Yo cierro las manos con fuerza alrededor de la barandilla metálica. Hajime está echado hacia delante, se apoya en ella con los antebrazos, se frota las manos.

Las gaviotas se abaten sobre nosotros, curiosas por si tenemos algún obsequio para ellas. Unas olas suaves lamen el costado del barco. Los escolares ríen y pasan veloces a nuestro alrededor, pero nosotros nos mantenemos en silencio. Somos como peces que ven tres lados de una red elevada. Por más que nos concentremos en el mar abierto, estamos atrapados y sentimos que las fibras entrelazadas se ciñen cada vez más a nosotros.

—Dos semanas es demasiado tiempo —digo al fin.

—Ya lo sé. —Se vuelve para mirarme—. Te he dejado dinero en la maleta, pero si necesitas algo más habla con Maiko y con Eiji. Les he pedido

que se ocupen de ti. Y, cuando regrese a casa, concertaremos todas las citas médicas que sean necesarias, ¿de acuerdo? —Sus palabras están cargadas de ansiedad.

Lo tranquilizo explicándole cómo voy a pasar el tiempo mientras esté fuera: conociendo mejor a nuestros vecinos, haciendo un hogar de nuestra casita y contando los días hasta que vuelva a estar entre mis brazos.

Actuamos como los muñecos de madera del teatro de marionetas *bunraku*, expuestos y a la vista de todos, mientras que nuestros yos verdaderos permanecen ocultos por túnicas y capuchas negras entre las sombras. Deseo decirle mucho más —«te amo, te echaré de menos, tengo miedo»—, pero un regalo personal y la historia que lo acompaña tendrán que ser suficientes.

Levanto el brazo y me quito el pañuelo de seda que llevo alrededor del cuello.

—Cuando mi padre se iba de viaje de negocios nos traía pequeños recuerdos de tierras lejanas. —Paso la tela rojiblanca entre mis dedos—. Cuando me dio este pañuelo de seda pintado a mano supe que se había equivocado. Era demasiado adulto, demasiado exquisito para una niña tan pequeña. Debía de ser para *okaasan*. «No», me dijo. «Es para ti. Para la mujer honrada que serás». Lo llevo siempre puesto, con la esperanza de estar a la altura de sus expectativas. —Lo levanto y se lo ofrezco—. Al amarte, siendo tu esposa, siento que puede ser así.

Hajime se yergue y niega con la cabeza.

—No, no puedo. Es demasiado importante. Te lo dio tu padre.

Se lo pongo en la mano y cierro sus dedos sobre él, poniéndole los míos encima.

—Al comunicarte su importancia, garantizo que regresará sano y salvo. —Busco su mirada más allá de mis pestañas—. Como tú.

Hajime clava en mí sus ojos, que centellean. Es un fogonazo translúcido capaz de rivalizar con el brillo de las piedrecitas incrustadas en el pavimento de la famosa calle Azul de Yokosuka, donde nos conocimos. Y en ese momento es como si estuviéramos solos. Sin el bullicio de los pasajeros, sin las gaviotas lanzándose en picado, sin el chapaleteo del mar.

Sin respetar las normas o el protocolo, Hajime me atrae hacia sí. Me besa en la cabeza. Me besa otra vez junto a la sien. Susurra una promesa en mi oído:

—Te amo ahora y te amaré siempre, Grillo.

Me sujeto con fuerza, tanto a él como a sus palabras, con la esperanza de que se deje llevar por el familiar tirón gravitacional de la luna de Pajarillo

para volver a casa.

Diecisiete

Estados Unidos, en la actualidad

Aparqué el Cadillac en el camino de acceso, cogí las bolsas de la compra y abrí la puerta del apartamento.

—Ya he vuelto.

Las palabras resonaron en el espacio semivacío. Me quedé en el umbral, aturdida al comprobar que se me había escapado el saludo habitual.

Suspiré exhausta y entré en la casa. En lugar de encontrarme a mi padre viendo el partido de béisbol con el volumen demasiado alto, allí había solo cajas y un silencio atronador. La mayor parte de las cosas de papá estaba revisada y en cajas. En lo referente a su vida, dejando de lado su expediente militar, no me quedaba dónde buscar más allá de sus historias, y ese era el motivo por el que había hecho una parada en el camino y me había gastado una pequeña fortuna en suministros. Tenía chinchetas, etiquetas adhesivas, rotuladores y tres mapas. Uno del mundo y dos de Japón. El primero de estos mostraba en detalle sus carreteras, vías férreas y ciudades, y el otro era una edición pedagógica extragrande para utilizar en clase. Medía metro ochenta de ancho, tenía algunas partes en relieve, ilustradas de forma hermosas y estaba plastificado para que se pudiera escribir por encima.

Usando una de las sillas de la cocina como taburete, primero colgué el enorme mapa de Japón en la pared vacía del salón de papá. A su lado, clavé con chinchetas la detallada guía de carreteras y, encima, el mapamundi. Debajo enganché la carta de mi padre y las fotos de sus compañeros de tripulación y de la mujer del kimono blanco, y retrocedí para contemplarlo todo. Como periodista, había utilizado ese tipo de murales en mis indagaciones. Marcar las localizaciones y colgar en la parte alta lo que investigaba —para el caso, el pasado de mi padre— me ayudaba a tener una visión de conjunto y a centrarme en las posibles conexiones.

Iba a comenzar con lo que sabía a ciencia cierta.

Papá fue militar en activo entre 1954 y 1957. Sirvió principalmente a bordo del USS *Taussig*, y en él cruzó la Divisoria continental. Marqué la línea internacional de cambio de fecha del océano Pacífico en el mapa; encontré la base naval de Estados Unidos en la península de Yokosuka y la marqué también.

Pero ¿qué sabía acerca de las historias de mi padre? Miré la chincheta de la base naval. Papá decía que en su puerta de entrada, allí donde a veces se reunía con su chica, había un ancla gigante de veintisiete mil kilos. Arrastré la mesa de la cocina hasta el centro del salón para usarla como escritorio improvisado y me puse a buscar la web de la Marina en mi portátil.

De pequeña había intentado comprender:

—Si el ancla es tan grande y pesada, ¿cómo es posible que acabara en tierra?

—Por un terremoto —dijo mi padre—. Fue tan grande que despertó a un inmenso monstruo marino de su sueño de mil años, y este se tragó entonces todos los barcos del puerto con su bostezo.

Me dijo que el ancla era lo único que había quedado. Quizá mi padre debería haber sido el escritor de la familia. Reí para mis adentros mientras hacía clic por la galería fotográfica de la Marina en el portátil: un portaviones desplegado recientemente, el economato de la Marina, un anuncio de viviendas unifamiliares y —me quedé paralizada— una inmensa ancla negra. Ahí la tenía. Y, aunque no alcanzaba la altura de un rascacielos, tal y como yo la había imaginado de pequeña, incluso inclinada sobre su cruz era más alta que una puerta.

Solo que ya no estaba en la puerta principal. Según la foto, la recolocaron junto a la entrada de la Puerta Womble en 1972. Añadí una chincheta al mapa. Lo que debieron de hacer para poder moverla le habría servido a papá para contar una gran historia.

Posé la mirada en la foto de la mujer del kimono blanco. Tenía que confirmar que el kimono fuera en efecto un vestido de boda, o no se adecuaría al relato de mi padre sobre «la ceremonia bajo un árbol antiquísimo». Volví al portátil y busqué «kimono tradicional de boda en Japón», y al cabo de unos segundos tenía ya varios resultados.

La misma tela blanca con pliegues y el mismo tocado con forma de media luna llenaron mi pantalla. A diferencia de la foto de papá, aquellas imágenes eran perfectamente claras, mostraban el intrincado diseño cosido con puntadas sutiles en la parte exterior de la prenda, a lo largo del dobladillo acolchado. Los pies de foto decían que el vestido se llamaba *shiromuku*, y que

se veía a menudo en las ceremonias sintoístas tradicionales que se celebraban en los más famosos santuarios cercanos a Tokio.

¿Era allí donde mi padre había visto una? Había fotos etiquetadas como «Tokio».

Excitada, busqué «santuarios de Tokio» y descubrí docenas de ellos. Algunos tenían elaborados jardines; otros, monumentos a los caídos en la guerra y museos, y casi todos aseguraban contar con un árbol anciano.

Tokio se ganó una chincheta por más que no pudiera reducir las opciones a un solo santuario.

¿Qué más?

¿Y aquella «calle Azul» en la que papá había dado un primer paso, se había encontrado con la mirada de la chica y se había enamorado? Mis dedos bailaron sobre el teclado para escribir el texto de consulta y, con una simple búsqueda de la «calle Azul de Yokosuka», la historia de mi padre cobró vida.

Sonreí porque ahí estaba, tal y como él la había descrito. Una calle de pavimento negro con piedras blancas y azules incrustadas que lanzaban destellos como un río de luz. No me extrañaba que se hubiera agachado a tocarlas, porque incluso en las fotos generaban la ilusión de estar en movimiento.

En la historia completa de la calle Azul, mi padre decía que esta comenzaba junto a la pasarela y que serpenteaba a través de la ciudad como el camino de *El mago de Oz*, pero la calle que yo encontré era recta y estrecha, y no estaba conectada con el muelle. Se trataba de una ligera exageración, pero la calle existía. Lo mismo que la Divisoria continental, el ancla gigante y la novia.

Marqué su localización en el mapa, retrocedí unos pasos y lo miré con asombro porque, igual que Dorothy, me había visto arrastrada a otro mundo. Un mundo familiar. Un mundo donde mi padre encajaba. Por primera vez desde que había leído la carta, la sensación de armonía volvió a mí. A través de las historias de mi padre, el hombre al que yo conocía había regresado y, al mirar el mapa, lo veía por todas partes.

Si solo pudiera olvidar la carta y todo lo que implicaba. Deseaba hacerlo. Estaba desesperada por hablar con él. Por entenderlo. No dejaba de dar vueltas a las mismas dos preguntas. ¿Era la carta de mi padre un intento por limpiar su mala conciencia? ¿O se trataba de un lamento vital ante una circunstancia desafortunada?

Estaba desesperada por creer en la segunda opción, para que todo lo que sabía de mi padre siguiera siendo verdad, pero su secreto me había sacudido

hasta los cimientos, y para reconstruirlos necesitaba pruebas. Sin embargo, no encontraba nada y, aunque las historias de mi padre tenían algo de verdad, no me ofrecían respuestas.

¿Y si no las obtenía nunca?

Posé la mirada en el sobre clavado debajo del mapa. Ya había comprobado la dirección varias veces, solo para descubrir que no existía una casa con ese número, pero podía asumir con seguridad que la ciudad de la dirección del destinatario sí era la correcta.

Localicé Zushi en la costa opuesta a la base y clavé una chincheta en el mapa. Era un viaje de apenas diez minutos en tren. Pero ¿y en los años cincuenta? Unos minutos después ya tenía la respuesta. La estación de Zushi abrió en 1889 y, aunque el viaje duraba algo más, las líneas sí estaban conectadas. La señalé y, con un rotulador grueso de color rojo, tracé la ruta entre ambas.

Era un pequeño pueblo costero, lo cual me sorprendió. Según la historia que contaba mi padre del té con el rey mercante, se trataba de una casa tradicional olvidada por el tiempo. En aquella área tan pequeña, ¿cuántas casas tradicionales podían quedar? Volví al portátil y tecleé «casas tradicionales en Zushi, Japón» y, mientras me desplazaba por los resultados, recordé sus palabras: «Su casa estaba en lo alto de una pequeña colina, me dijo que la reconocería por sus tejas curvas de arcilla».

Cuando le pregunté por qué eran curvas, me dijo que era para repeler a los espíritus malignos, porque los demonios viajan solo en línea recta. Después de oír aquella historia, me pasé varios días dando vueltas sobre mí misma, pues me la tomé literalmente. Me reí por lo bajo porque ahí estaba yo, una mujer adulta buscando la descripción literal de la casa.

Pero obtuve mi recompensa. Las fotos mostraban diferentes edificios de Zushi que tenían tejas curvas de arcilla, aunque ninguno de ellos era una casa unifamiliar y no todos eran antiguos. Dos de ellos se habían reconvertido en *ryokan*, una especie de posada-hotel, y otros tres se habían transformado en restaurantes. Puesto que todos tenían tejados curvos, imprimí las cinco localizaciones y las clavé debajo del mapa, pero tenía que haber una manera más sencilla. Necesitaba a alguien que controlara la zona, alguien en Japón a quien yo conociera y a quien pudiera llamar para preguntarle cosas, pero ¿quién?

«Yoshio Itō, del *Tokyo Times*».

Me erguí de golpe. Había trabajado con él en un artículo sobre la seguridad en los reactores nucleares japoneses, y de nuevo cuando se

sospechó que el líder del Partido Democrático del país había aceptado sobornos. Aunque Yoshio no vivía cerca de Zushi, sí hablaba el idioma y, como ciudadano japonés y periodista local, podría consultar archivos a los que yo no tenía acceso.

Escaneé el sobre después de cubrir el apartado de correos de mi padre con cinta y se lo mandé a Yoshio pidiéndole que, «de manera confidencial», me ayudara a localizar esa propiedad. Eso fue todo lo que le dije. Al margen de las conversaciones que habíamos mantenido *online*, de los recursos que habíamos compartido y de los emails que habíamos intercambiado por temas laborales, Yoshio y yo no éramos amigos, y aquello era personal.

Retumbó un trueno.

Había perdido la noción del tiempo tal y como la tarde había perdido toda su luz. Me asomé a la ventana. Una gruesa gota de lluvia siguió a otra y se estrelló contra el camino de entrada. «¡El Cadillac!» Lo había dejado fuera con la capota bajada. Me apresuré a buscar el llavero de papá y corrí hacia la puerta.

En el mismo momento en que entraba en el garaje, el cielo se abrió con un rugido. Los goterones comenzaron a golpear contra el cemento y a aporrear las canaletas como un centenar de puños rabiosos. Llena de nostalgia, bajé del coche y me quedé mirando el aguacero con las manos en los bolsillos.

Un verano, mi padre y yo estábamos fuera, en el jardín, cuando una tormenta se presentó con la misma rapidez. Papá abrió unas tumbonas en el garaje para esperar a que pasara y empezó a inventarse historias sobre mis dibujos de tiza en el camino de acceso, ahora convertidos en ríos de colores pastel.

Un relámpago iluminó el cielo. Monté una de las tumbonas de papá y tomé asiento en primera fila. Se estaba perdiendo un espectáculo de los buenos, y yo lo echaba de menos.

Al cabo de un rato me puse en pie, apreté el botón que cerraba la puerta del garaje, entré en la casa y tiré las llaves sobre la encimera. Era algo que había hecho al menos una docena de veces durante la última semana, pero de todos modos me quedé paralizada, con los ojos clavados en ellas. Había cuatro. La típica llave de la puerta de casa, el conjunto original del Cadillac y una de candado.

«El trastero de alquiler».

Más o menos al año de la muerte de mi madre, mi padre aceptó desprenderse de algunas cosas y trasladarse a la urbanización para jubilados. Nos deshicimos de la mayor parte de los muebles, del equipo de jardín y de

objetos cotidianos que ya no necesitaba, pero él llevó lo que tenía en el ático de la casa a un trastero de alquiler.

Había sido años atrás, y yo lo había olvidado.

Al cabo de unos minutos tenía el bolso en la mano y volvía a salir por la puerta.

Dieciocho

Japón, 1957

El sol navega alto y orgulloso por encima de las nubes en cresta, un esponjoso océano blanco con pequeñas olas que caen en cascada. Es una tarde tranquila en la aldea, pero aun así percibo la tormenta que se acerca. Me retuerzo las manos, una dentro de la otra, y entorno los ojos para contemplar el cielo. La semana se ha hecho larga, y aún me queda otra sin Hajime.

Allá donde mire, hoy veo los presagios de la abuela. Son solo sabiduría propia de ancianos y palabrería, pero anoche se me escapó la araña que vi dentro de casa y no pude librarme de la mala suerte que eso conlleva. Y esta mañana se me ha roto la correa de mi sandalia *zōri*, lo cual es señal de infortunio inminente.

Intento ignorar los malos augurios y me concentro en los niños que se han reunido alrededor de esta escalera podrida que lleva a mi casa. Cada día vienen más para que les dé clases improvisadas de inglés, y entre ellos están Tatsu y Yoshiko, los hijos de Maiko.

En la escuela se enseña inglés, pero ningún niño de la aldea va a clase, tal y como me advirtió Kiko. Eso me parte el corazón, pero también añade fuerza a mi decisión de hacer que las cosas cambien. Puesto que Hajime me enseña inglés coloquial en vez de las líneas que memorizábamos en clase, los niños se beneficiarán de las dos opciones.

La primera vez que vi a Hajime, los dos nos pusimos a hablar inglés, pero no pudimos comunicarnos. Era un sábado, el día de la Tierra, y Kiko y yo habíamos viajado hasta Yokosuka. Lo vi agachado, como si estuviera intentando arrancar las piedras de la calzada. ¡Qué tonto, ese chico americano! Kiko y yo nos acercamos a él divertidas. Pero, cuando levantó la mirada, me encontré con unos ojos tan azules como las piedras que daban nombre a la calle.

—*Arigatōgo* —dijo él.

«¿Gracias?» Kiko me dio un pequeño codazo en el hombro y nos reímos.

—¿De nada? —le dije en japonés.

—Ah... —Una sonrisa de líneas anchas y profundas se abrió lentamente por sus bronceadas y angulosas mejillas—. ¿Inglés? —Se frotó la mandíbula, en la que tenía un hoyuelo—. *Watashi wa hanasenai...*, ¿inglés?

«¿Que no sabe hablar inglés? ¿Cómo?» Kiko y yo nos miramos de nuevo. Le dije en japonés:

—Tampoco sabes hablar japonés.

Esa vez se rio, pero era evidente que no sabía por qué.

—Que me aspen si no eres una auténtica muñeca.

—No —le contesté en inglés, enseñándole mi cabello—. Soy una chica. Naoko.

Tatsu, el hijo de Maiko, me tira de la pierna y me saca a rastras del recuerdo.

La clase dura ya más de una hora.

—«*Really*»..., *ri-li* —digo articulando para que vean en mi boca cómo se forma la palabra. En japonés no hay ele. No existe, y eso da pie a muchas confusiones—. *Ri-la-la-li*...

—*Ri-li* —dice Tatsu, y muestra una gran sonrisa.

Le doy unos golpecitos en la cabeza.

—Sí, bien.

Aunque sea mucho más pequeño, me recuerda a Kenji. Tiene los mismos ojos brillantes, las mismas pestañas alargadas. Tiene el tupé de punta y está siempre en movimiento. La comparación hace que me duela no estar en casa. Y sé que a mi hermano pequeño también le duele no estar conmigo.

Le pregunté a Hajime cómo logró traer a *okaasan* hasta aquí sin que la abuela o sus zorros espías se enteraran.

La sonrisa le partió la cara por la mitad.

«Encontré a mi propio zorro espía —me dijo—. Uno al que le gustan los cromos de béisbol y que echa de menos a su hermana mayor».

Ahora, yo los echo de menos a los dos.

¿Quizá podría volver a casa en secreto? ¿Ver a Kenji cuando regrese de la escuela? Ya lo hice una vez. «Si me marcho ahora...» Me pongo en pie.

—*Arigatō gozaimasu, sensei*. —Uno tras otro, los niños me dedican una reverencia.

Les devuelvo el gesto, abrumada por lo agradecidos que están de que les dedique mi tiempo. Pero soy yo la que se lo agradece. El tiempo es una criatura terca que disfruta provocándote. Cuando eres feliz, le crecen alas y

echa a volar. Cuando esperas algo, se arrastra por el lodo más espeso con pies pesados. Los niños me ayudan a avanzar por ese terreno.

—¡Eres una buena maestra, Naoko! —grita Maiko mientras recoge la ropa seca de las cuerdas.

Tatsu corre hacia ella recitando:

—*¡Ri-li, ri-li, ri-li!*

Hundo la barbilla con una inclinación de cabeza. ¿Soy una maestra? La idea es como una semilla que queda plantada para más adelante. Ahora mismo estoy desesperada por sentir la familiaridad de mi hogar, aunque sea desde la distancia.

El tren retumba bajo mi asiento mientras el paisaje pasa veloz entre manchones de verde. Hago rodar entre el índice y el pulgar unos tallos de lavanda que he arrancado de camino a la estación. Son las hojas las que contienen la fragancia, y aplasto su aroma contra mi piel antes de llevarlas bajo mi nariz para inspirar su consuelo.

Menudo día. Se me escapa un suspiro, dejo caer la mano sobre mi regazo y me miro la sandalia. He tenido que arreglarle la correa antes de salir. Otra señal de mala suerte. No se debe reparar la ropa antes de salir de casa. Todo este tema de la buena y la mala suerte es una tontería.

Espero en pie hasta que puedo salir del tren con seguridad, pero estoy a punto de tropezar por la ansiedad de ver mi hogar y a mi familia.

A lo largo de la carretera, los árboles ya conocidos me dan la bienvenida agitando sus ramas en lo alto. El sol coquetea entre ellos, aún cálido. Aún feliz. El graznido de un cuervo negro llega a mi oído y, al levantar la vista, nos miramos a los ojos. Me vuelvo. Es otro pronóstico de infortunio.

Los presagios me persiguen.

Avanzo mirándome los pies, haciendo un esfuerzo por concentrarme en ideas agradables. Pienso en nuestra boda y en la noche de amor que la siguió. En el bebé, el que ahora espero tener dentro de mí. En el barco de Hajime, que lo traerá a casa dentro de solo siete días.

Carretera arriba, la gravilla sale disparada bajo el peso de un coche. «¿Un coche?» Aunque la economía japonesa está creciendo, los vehículos son raros, incluso entre los adinerados. Padre aún no se ha planteado comprar uno. Me aparto para dejar que pase y me detengo.

Es un coche fúnebre.

No se trata del ornamentado modelo *miya*, con su sagrario de colores dorado y rojo en la parte de atrás, sino de una modesta furgoneta como las que se utilizan para transportar un cuerpo hasta la funeraria. Meto los pulgares dentro de los puños cerrados como precaución. En japonés, «pulgar» significa «dedo progenitor», y esconderlo ayuda a protegerlos. Es una superstición, pero ni siquiera yo me atrevo a desafiarla. La sensación de amenaza que ha empapado mi piel a lo largo de todo el día ahora me está ahogando.

Veo avanzar el coche en la dirección por la que he venido desde el tren. Entonces me vuelvo atemorizada. ¿Dónde ha estado? Allí, en la colina, solo hay tres casas.

Y una de ellas es la mía.

Se me cae el estómago a los pies.

Quizá no signifique nada. Quizá haya sido la suegra de nuestro querido vecino, que ya era viuda. Pero quizá sea...

La sangre se me sube a la cabeza, su palpitación me aboca al pánico. Comienzo a mover los pies. Un paso, luego otro, luego otro más. Cada vez más rápidos, me propulsan hacia delante hasta que comienzo a correr. La sandalia con el arreglo casero se suelta. La recojo y continúo corriendo.

Me detengo en lo alto de la colina, sin aliento, descalza de un pie. El corazón me martillea en el pecho. Ahí está mi casa, tranquila. Mis ojos diseccionan cada detalle. El jardín..., cuidado. La puerta..., abierta unos centímetros para que entre la brisa fresca. El silencio..., estoy segura de que la abuela está disfrutando de su té en el patio.

«Sí, quizá, después de todo, no haya pasado nada». Hay marcas de neumáticos cerca de mis pies. Me inclino hacia el suelo y cojo la gravilla suelta entre los dedos. No hay ningún «quizá» en su dirección. Sigo las huellas, que me llevan hacia casa.

Los pasos que doy entre la cima de la colina y la puerta de casa no existen en mi memoria. En el ojo de mi mente no veo más que destellos, imágenes que me perseguirán durante el resto de mi vida. Parpadeo y floto tiempo a través. Estoy en el porche. La linterna blanca allí colgada habla de muerte. Estoy en la puerta. Hay un lamento. Sollozos. «¿Quién?»

Quiero taparme los oídos, hacer que se detenga, hacer que desaparezca. En el interior se mueven dos sombras. La abuela y *okaasan* serían las únicas que se quedarían en casa. «¿Taro? ¿Padre? Oh, Kenji no. Por favor, no...» Mis dedos temblorosos manosean la puerta para que se abra del todo.

Mi padre se vuelve.

Tiene el semblante abatido, los ojos enrojecidos. Están hinchados por la emoción. Cuando se posan en mí, sus labios se crispan por la sorpresa, pero a continuación los frunce para suprimirla. El llanto procede de la abuela. Está encorvada sobre sus manos y tiembla por la aflicción.

Me agacho para quitarme la sandalia que me quedaba y me pongo a correr a su alrededor. Más destellos que arderán en mi memoria. La cocina, vacía. La habitación, vacía. La otra habitación. «¿El jardín?»

Mis pasos descalzos aporreados el suelo. La abuela grita mi nombre, pero ya he salido, corro por el sendero a cámara lenta. Las piedras y la tierra se clavan en mis pies desprotegidos. Vuelvo la cabeza en todas las direcciones.

—¿*Okaasan*? —Su nombre se derrama desde mis labios y se enrosca en mi garganta. Grito el apodo de su infancia—: ¡*Haha*! —Es un grito agudo. Lacerante. Desesperado. ¿Dónde está? ¿Está sola, acongojada por la pena? ¿Ha tenido Taro un accidente? «Por favor, Kenji no...»

Atravieso el patio a la carrera, cegada por las lágrimas, buscándola. El jardín de té, donde les presenté a Hajime, está vacío. El jardín zen al este, donde *okaasan* y yo compartíamos nuestros secretos. La pequeña urna al oeste. «¡Oh!» Me llevo una mano a la boca abierta. Está cubierta con papel blanco para mantener alejados a los espíritus impuros de los muertos.

«Taro». Lo veo caminando junto a Kenji por la colina. La visión me deja paralizada. Están juntos. La abuela y padre están dentro.

Se me sube la sangre a la cabeza. Podría desmayarme. No hay aire suficiente.

—¡*Haha*! —Su nombre me desgarrar los pulmones.

No recuerdo haber entrado de nuevo en la casa, pero aquí estoy. La cocina, vacía. El té de *obaachan* yace intacto y los platos están fuera. La habitación, vacía. La habitación en la que duermen mis padres huele a sándalo y a pachulí. Parece húmeda y terrosa, como el jardín después de una tormenta. Una mesita llena de flores. ¿Las he visto hace un momento? Padre está fuera, ha ido a recibir a los chicos. Todo sucede a cámara lenta, bajo el agua.

La abuela está plantada en medio del salón, las manos sobre la cara. Le tiemblan los hombros. Está despeinada. Tiene el moño torcido sobre la nuca y algunos mechones se han liberado y descansan en direcciones peculiares.

Mientras me acerco lentamente hacia ella, deja caer los dedos, que se quedan flotando cerca de su barbilla. La aflicción ha hundido sus ojos. Me tiemblan los labios cuando intento formar la pregunta cuya respuesta mis oídos no podrán tolerar. La abuela asiente antes de que lo haga.

«Esto no es verdad. —Niego con la cabeza—. No. No. No».

—Su corazón...

—¡No! —Levanto los brazos para alejar sus palabras.

Retrocedo y le grito:

—¡No! ¡No está muerta!

No puede estar muerta. Hundo los dedos en mi cabello y tiro de él. Tiro con fuerza, me lo arranco de raíz para transferir el dolor, porque necesito sentir algo diferente. Lo que sea. «Esto no puede estar pasando».

La abuela me habla, pero estoy demasiado metida dentro de mi cabeza para oírla. Me balanceo sobre los talones..., de aquí para allá, con la cabeza escondida entre los brazos y el corazón desangrándose. ¿Cómo es posible que esté muerta? De repente trago aire, dejo ir unos sollozos violentos que son como grilletes que me encadenan, y caigo de rodillas desconsolada.

Mi lengua empuja contra el velo del paladar mientras se me cierra la garganta para impedir que los gritos escapen de mis pulmones abotargados. La abuela se me acerca. Me aferro a sus piernas y lloro entre alaridos y ríos de lágrimas. Ella me acaricia el pelo, pero soy inconsolable.

Mi madre ha muerto.

Diecinueve

Japón, 1957

El tiempo no discrimina. Le da lo mismo que seamos felices o que estemos tristes. No pasa más lento ni se acelera. Es una criatura lineal, que viaja en una sola dirección, se mantiene constante incluso en el dolor.

Hoy es el funeral de *okaasan*.

Solo había asistido a uno antes, y era una cría. Recuerdo que *okaasan* me dijo: «La muerte no es más que un umbral. Estamos aquí tanto para honrar su vida como para ayudar a que pase a la siguiente». Eso fue lo que le dije a Kenji anoche cuando se coló en mi habitación. Su expresión dolorida reflejó mis pensamientos. «No quiero que pase a otra vida. Quiero que esté aquí».

Es verano y los crisantemos blancos cubren la zona principal del templo y el altar, su suave aroma espolvorea el aire. Se mezcla con el incienso de agar y se vuelve más intenso con cada minuto que pasa. Normalmente, el olor a resina es agradable. Pero aquí, en un ambiente cerrado, es un perfume empalagoso que se adhiere a mi piel, a mi ropa, a mis recuerdos.

La abuela está sentada a mi lado, vestida con un kimono formal de luto completamente negro. Lleva el cabello pulcramente recogido en un moño redondo, perfecto, y tiene la expresión vacía. Como en la famosa pintura de los dragones chinos de Andong, ha perdido su espíritu. La oigo pasar las cuentas sagradas de un lado al otro. Sus labios se estremecen con palabras silenciosas.

Padre y Taro están sentados con la espalda recta, resignados. Se me ha permitido asistir a las ceremonias por *okaasan* porque se supone que voy a quedarme en casa. Los hombres están ocupados con el negocio, la abuela es cada vez más anciana. Y, puesto que mi familia no reconoce mi matrimonio, ahora Kenji se encuentra a mi cuidado. Se ha acurrucado bajo mi brazo y tiene la mirada perdida. Con ese traje oscuro parece más un jovencito que un niño de nueve años. Mi culpa es infinita. No estoy capacitada para ocupar el lugar de *okaasan*.

Unos pasos lentos y suaves recorren el pasillo central. Uno tras otro, los dolientes van pasando en fila de a uno, hacen una reverencia y le ofrecen incienso al altar. Esto dura una eternidad. La familia de Kiko ofrece sus respetos, pero, al negarse a mirarme, Kiko no me concede ninguno.

Aprieto los dientes. La culpa me devora las entrañas. El sueño es hermano de la muerte, y yo necesito su compañía. Desearía estar en cualquier otra parte. Puesto que mis lágrimas no encontrarán ningún consuelo, es mejor que no las vierta.

Cuando levanto la mirada, veo que la familia Tanaka vuelve del altar.

«Satoshi».

El cabello, engominado hacia atrás, revela sus rasgos angulosos y la calidez de su mirada, y el traje le sienta bien. Parece un hombre de negocios moderno. Observo fijamente sus pies cuando pasa y se sienta a nuestra espalda.

Su familia debe de saber que he escogido a un americano, y la división que eso ha provocado. Para sentir algo que no sea vergüenza, hundo la uña de un pulgar bajo la del otro a tal profundidad que casi me hago sangre. Me quema la mirada sentenciosa de Satoshi en la nuca. Una mente consciente de su culpa se convierte en su propia acusación, y la ausencia de Hajime no hace más que empeorar las cosas. «¿Se preguntarán dónde está?»

Kenji se seca la cara cuando el monje budista comienza a recitar una sección de la Sutra. Todo fluye a la vez. El clic-clic-clic hueco de las cuentas de la abuela, el zumbido de las oraciones silenciosas y la explicación del sacerdote acerca de la dicha extrema y quienes moran en ella. Todo viene y va.

Permanezco sentada con la espalda erguida en mi vacío.

Puesto que no estuve en casa durante los preparativos de última hora, no me he atrevido a preguntarle a padre o a *obaachan* qué objetos personales reposan en el interior del ataúd. ¿Habrán añadido las seis monedas para que madre pueda cruzar sin problemas el río Sanzu?

El Sanzu es el río que los muertos tienen que atravesar camino del más allá. Las virtudes que hayas tenido en vida determinan el lugar de cruce, pero solo hay tres.

Un puente, un vado y unos rápidos infestados de serpientes.

Okaasan cruzará por el puente gracias a su buena vida y a su corazón sin tacha.

Las lágrimas de Kenji me humedecen el hombro. Lo abrazo con fuerza y le susurro palabras de consuelo mientras anuncian el nuevo nombre de

okaasan como cierre de la ceremonia. Su extensión determina su precio, y padre ha pagado una pequeña fortuna en su honor. Nos piden que la llamemos por el diminutivo de ese nombre para asegurarnos de no despertar su espíritu al otro lado.

Yo quiero llamarla y que vuelva ahora mismo.

Kenji y yo nos quedamos a un lado mientras los invitados desfilan hacia fuera. Es un mar de oscuridad. Trajes negros, kimonos negros y espíritus ennegrecidos. El señor Tanaka habla con padre y con Taro. La señora Tanaka hace una reverencia delante de la abuela y le da unos golpecitos en la mano. Nadie mira por encima de sus hombros hacia mí, salvo Satoshi.

Dejo caer la barbilla, contemplo fijamente su traje, me concentro en sus fibras.

Él se inclina hacia Kenji, que cuelga de mi brazo.

—Si necesitas algo, ven a verme, ¿de acuerdo? Y la semana que viene tenemos una cita para jugar a la pelota, no lo olvides.

Kenji se limita a asentir y a levantar el mentón, una expresión de coraje delante de su reciente amigo.

—No se puede comprar una pulgada de tiempo con una pulgada de oro, Naoko. No puedes regresar ni acelerar este momento, hay que sobrellevarlo. —Satoshi suspira—. Lamento todo esto.

Mis lágrimas siguen cayendo en silencio. «¿Cómo es posible que tenga tantas?» Me las seco para intentar alejarlas.

Satoshi susurra en inglés:

—Deseo hablar contigo en privado.

Levanto la cabeza sorprendida.

Él me entiende sin que tenga que decir una sola palabra.

Asiente.

—Cuando sea apropiado, Naoko.

Han transcurrido dos días desde que entré tambaleándome en casa y descubrí que *okaasan* había muerto. Un día desde el funeral, el banquete vespertino y la separación ceremonial de sus huesos y cenizas. Solo unas horas desde el entierro.

Kenji llora y sale corriendo por segunda vez, sus piecitos intentan ser más rápidos que la verdad que los persigue. Daría cualquier cosa por olvidar esa imagen, que me atraviesa de lado a lado. Taro y padre esperan en el porche a que regrese, los ojos vacíos y fijos en la línea de árboles. Yo recojo

las cosas en la cocina mientras la abuela bebe un té reconfortante y me observa desde la mesa. Quiere hablar. O, mejor dicho, quiere que la escuche.

Yo, en cambio, escucho el agua correr. Los platos ya están suficientemente limpios, pero vuelvo a enjuagarlos para postergar el momento pensando en *obaachan*. Hay cierta intimidad en el agua. Se adapta a cuanto la rodea, pero a la vez puede transformar cualquier forma a lo largo del tiempo. Muevo los dedos bajo el chorro y miro por encima del hombro.

La abuela frunce el ceño. Tiene la cara desvaída, el kimono de seda negra empalidece su tez, le deja unas facciones blancas y enfermizas.

—Hay gente que pesca, y hay gente que se limita a remover el agua — dice, y a continuación tose para aclararse la garganta.

Tanta pesca me molesta.

—¿Más té, *obaachan*?

—No, ya está bien. —Inclina la taza hacia sus finos labios, me mira por encima del borde. Sus pupilas, pequeñas y fijas, parecen las de un zorro al acecho.

Sé que tiene mucho que decir. La respeto y la quiero, pero se me está acabando la paciencia. Con un suspiro de frustración, ladeo la cabeza para indicarle que puede comenzar.

—A Satoshi le sigues cayendo en gracia. —Tiene la voz ronca por las lágrimas y los gemidos—. Sí, vimos cómo te consolaba, actuando tal y como un marido debería comportarse con su mujer.

El corazón me martillea en el pecho. No se detendrá ahí.

La abuela deja la taza sobre la mesa, le da golpecitos al borde con un dedo.

—¿Dónde está tu *gaijin* cuando lo necesitas?

Se me cierra el estómago.

—Satoshi se comportó como un amigo porque mi marido, que me ama, y a quien se le partirá el corazón cuando averigüe lo que ha pasado, no está localizable. Eso es todo.

—¿Sabe siquiera lo del bebé..., eh? —Entorna los ojos, como si estuviera preocupada, pero su tono es duro como la piedra.

«¿Así que todos están al tanto?» Pues claro. *Okaasan* me dijo que padre lo sospechaba, y supongo que la abuela es en parte el motivo. Sus zorros han vuelto a ser más astutos que yo.

—Sí, supo de esa posibilidad después de casarnos. —Doy un paso hacia ella, con un cuenco en una mano y el trapo en la otra—. Deberías haberlo visto, ¡se sintió tan feliz! —Resoplo y giro sobre mis talones para regresar a

los platos, cierro el grifo y me concentro en secarlos. Mis manos los frotan con tanta fuerza que me veo a mí misma en su brillo.

—Así que le parece aceptable dejarte en ese lugar, en estas condiciones... Baah... —Agita la mano en el aire para descartar la idea.

—Ese lugar es mi nuevo hogar. El amor reside tanto en las casitas con techo de paja como en los palacios, *obaachan*.

—Ese amor envenenó a tu madre. La hizo pedazos.

—¡No! —La rabia me atraviesa y hace que enderece la espalda. La apunto con el cuenco, incapaz de seguir guardándomelo todo dentro—. No sabes tanto como crees, *obaachan*.

—¿Y qué sabes tú, niña? —La abuela hace una mueca, burlándose de mí.

—Sé que *okaasan* me apoyó en mi decisión de casarme con Hajime. Vino a verme el día de la boda. ¡Incluso me trajo su *shiromuku* para que lo llevara! —Doy un paso hacia ella—. ¿Eso lo sabías?

La abuela levanta la barbilla y me mira fijamente. Un soplo de aire abandona irritado los orificios de su nariz y hace que se dilaten.

—Qué tonta eres. Lo sabemos todos. —Sus palabras restallan como un latigazo cortante—. Cuando tu padre se enteró de eso, su rabia acabó con el pobre corazón de tu madre.

—¿Cómo? —Siento un nudo en el estómago, calambres.

—Sí, por tu culpa —confirma la abuela como si conociera mis pensamientos.

—Por culpa de tu egoísmo, Naoko. —Padre nos sorprende a las dos desde el umbral.

Mis ojos vuelan hacia él.

—Ahora vas a escucharme —gruñe con voz áspera y grave. Una sola pulgada constriñe su advertencia. Se acerca hacia mí—. Eres como el cocinero despistado. Vas cogiendo lo que te conviene del jardín de la vida y te apresuras a trocearlo para hacer sopa para los demás. Igual que él, en tu precipitación, has atrapado una serpiente y la has añadido. Has obligado a todo el mundo a beber de la mezcla venenosa. La cabeza decapitada de la serpiente está flotando en el cuenco de tu madre, Naoko. Fue demasiado y no pudo tragársela.

Se refiere al bebé y a Hajime. Se refiere a mi boda. Se refiere a mí. Soy responsable de tantas desavenencias que he provocado la muerte de mi madre. Soy un tsunami de emociones. La arena bajo mis pies se ha retirado. La siguiente ola gigante está en camino. Quiero desplomarme en el suelo y abrazarme a mí misma.

—¿Naoko? —La voz de Kenji suena tan baja—. ¡Naoko! —Pasa corriendo al lado de padre en dirección a mí mientras me golpea la emoción. La ola me cubre.

Padre y yo nos miramos. Kenji hunde el rostro en mi pecho y yo lo cubro con mis brazos, pero no lloro. Me trago el dolor para consolar el de mi hermano.

Otra sacudida se extiende por mi abdomen. Me doblo sobre mí misma y me llevo las palmas de las manos al vientre.

—¡Oh!

«Oh, no...»

Otro calambre agudo. Noto algo cálido entre las piernas.

—¿*Obaachan*?

La abuela ha hecho que me tumbe y ha insistido en que no me mueva hasta que pueda verme una comadrona. He oído que le decía a padre que salía a buscar a una mujer que le debe un favor. Mucha gente le debe favores a *obaachan*.

Han pasado horas desde entonces. Respiro hondo, controlando el ritmo para no llorar, pero después de todo lo que ha pasado me resulta imposible. Aunque las lágrimas no tienen fin, la hemorragia se ha detenido. Intenté contárselo a la abuela antes de que se marchara, pero teme que, estando embarazada, pueda tener un aborto y morir desangrada. Está preocupada por mí, no por el bebé. Tras las acusaciones de padre, tengo suerte de que alguien se preocupe por mí. Sea quien sea.

He sido fuerte por Kenji. He mostrado mi arrepentimiento y mi respeto hacia padre y Taro. He cuidado de la abuela. Pero conmigo he sido cruel. Me he empapado en culpas y me he negado el perdón. Cuando llegue mi turno de cruzar el Sanzu, no seré tan afortunada como *okaasan*. Su muerte ahora me mancha de rojo las manos y encharca mi ropa, la vuelve pesada. Estoy enfrentándome en vida a una corriente despiadada de serpientes vengativas.

La aflicción brota a borbotones.

Es un designio divino. Si no existieran momentos de reposo, nos moriríamos al lado de aquellos a los que lloramos. Es como un interruptor que enciende y apaga la agonía. Cuando está encendido, la muerte nos constriñe para conducirnos a nosotros mismos hasta sus puertas. Y se apaga justo antes de que nos asfixiemos. Ese es el vacío, la nada.

Y ahí me encuentro, en mi vieja habitación, entumecida de dentro hacia fuera, esperando el golpe de la siguiente ola. «Por favor, que mi bebé esté bien». Perder a *okaasan* y a continuación a mi bebé... Sería demasiado.

Mis oídos captan voces amortiguadas, pasos, y entonces la puerta se desliza y permite que entre la luz. Me seco la humedad de las mejillas y me vuelvo hacia la abuela y su invitada.

—Esta es Eyako. Va a cuidar de ti.

Antes de irse, la abuela le susurra algo a la comadrona.

Eyako cierra el biombo. El farol que ha traído proyecta sombras afiladas sobre su rostro. No es tan anciana como la abuela, pero tiene una edad considerable. En su ceño se forman unos pliegues profundos, que no desaparecen cuando me sonrío. Deja la lámpara a su lado, en el suelo, y junta las manos.

—Bueno, ¿de cuánto estás?

Me aclaro la garganta.

—Me he saltado tres...

Con cuidado, retira la fina manta que me cubre y me abre la camisa. Para quitarse el frío de los dedos, los frota entre sí y a continuación coloca la mano sobre la ligera hinchazón de mi vientre. La presión es suave y tiene un objetivo, primero arriba, luego abajo, y lo repite. Me levanta la falda y mira dentro.

Yo miro hacia el cielo y aprieto los ojos.

—Todas las señales indican un embarazo de cuatro lunas. —Vuelve a taparme.

Mis dedos se aferran a la manta mientras estudio su rostro en busca de respuestas. Nuestras miradas se encuentran y ella me da unos golpecitos en el brazo.

—Las señales también indican que todo va bien. Solo ha habido una pequeña cantidad de sangre y calambres. ¿Te duele?

—No. —El alivio brota en mi interior, y dejo escapar un largo suspiro. «Este bebé es un luchador».

—Pero prefiero que otra comadrona se asegure haciendo las pruebas adecuadas. A primera hora de la mañana te trasladaremos a la casa de maternidad y allí podrás descansar, ¿de acuerdo?

Mis ojos se abren, llenos de lágrimas.

Ella me da unos golpecitos en el brazo para calmarme.

—Duerme, quédate tranquila.

Se va tal y como llegó, llevándose la luz consigo. Más voces acalladas, pasos, y entonces silencio.

Mi cabeza repasa todos los escenarios, todas las opciones de que dispongo en la vida. Una vida que ya no me pertenece. Ahora es de este bebé, del hombre al que le he prometido mi corazón y de Kenji, el hermano pequeño al que he de adoptar como hijo. «Como hijo».

—¿Cómo podría pensar siquiera en ocupar tu lugar, *haha*? —susurro entre lágrimas.

Las nuevas expectativas y las viejas tradiciones me ciegan eternamente. Padre nunca aceptará a Hajime en nuestra familia, y yo no puedo llevarme a Kenji del único hogar que ha conocido. ¿Y qué hay del bebé que tengo dentro?

«Por favor, que esté bien».

Veinte

Estados Unidos, en la actualidad

En el Medio Oeste, los cambios súbitos de temperatura pueden conducir al estallido de una tormenta. Yo sabía que era mejor no conducir en medio de una, pero, en cuanto me acordé del trastero de mi padre, ni un tornado de categoría cinco podría haberme alejado de él.

Los limpiaparabrisas del Cadillac libraban una batalla perdida de antemano contra aquel aguacero torrencial. Para empeorar las cosas, las ruedas resbalaban sobre el agua estancada y el fogonazo de los relámpagos me hacía ver destellos luminosos. Debería haberme detenido a un lado de la carretera, pero estaba decidida a seguir adelante.

Cuando llegué a la zona de los trasteros, la tormenta había amainado para convertirse en una llovizna persistente. Me asomé por la ventanilla para introducir el código de la puerta y puse las luces largas mientras intentaba dar con la unidad 101 en la fila H, pero costaba ver las señales. Avancé lentamente de un pasillo a otro hasta dar con ella, y aparqué al lado.

Identifiqué la llave y atravesé un río de agua de lluvia para llegar hasta el candado. Metí la llave, la hice girar y el candado hizo clic. Me agaché para tirar de la puerta enrollable, y el agua que se había juntado en ella goteó sobre mi cabeza. Entré mientras la luz se encendía con un parpadeo, me aparté el cabello mojado de la cara y miré a mi alrededor.

¿Por dónde comenzar?

Papá tenía un sistema específico para almacenar las cosas. Aunque no parecía haber transcurrido tanto tiempo desde que llevamos las cajas del ático hasta allí, las lonas estaban cubiertas por una fina película de polvo. Levanté una de golpe y en ese mismo instante el aire estancado adoptó la textura de los años olvidados.

Al recorrer el pasillo entre las cajas, mis zapatos fueron dejando huellas sobre el polvoriento suelo de cemento, pero al menos no había goteras.

En la primera caja estaban las colchas que mi abuela hacía a mano: unas reliquias de familia meticulosamente confeccionadas e intensamente utilizadas. Saqué la que solía descansar a los pies de mi cama. Era un diseño simple, con cuadrados de colores rosa y blanco, pero cada bloque de ocho por ocho presentaba una distribución de colores diferente. De niña, aquella colcha me había protegido de los monstruos y, de adolescente, había aliviado mis penas amorosas. En ese momento iba a protegerme del frío. Me la puse sobre los hombros y miré en otra caja.

La vajilla de porcelana de filo plateado de mi madre. Una colección de ocho piezas que había pertenecido a su madre y que luego pasó a mí, aunque yo nunca la utilicé. Cerré la caja, consciente de que era probable que jamás la usara.

Había varias cajas de plástico con los adornos de Navidad. Corrí el pestillo y miré en la que contenía los adornos del árbol, de colores gris apagado, rosa y blanco. Mamá estaba obsesionada con la decoración tradicional francesa y prefería las tonalidades suaves antes que los más estridentes objetos de color verde y rojo. Debo admitir que los matices no tradicionales eran encantadores. Antes de que mamá muriera, habían dado color a cada una de nuestras Navidades, eran una parte de la tradición familiar, pero después papá no quiso volver a poner adornos. Cargué la caja hasta la puerta del trastero, decidida a llevármelos y a utilizarlos yo misma.

Repasé más adornos navideños, revistas almacenadas, otro juego de vajilla y un viejo conjunto de maletas. Abrí las hebillas de metal dorado de cada una de ellas, pero todas estaban vacías.

Detrás de las maletas descansaba una caja envuelta en cinta de embalaje en ambas direcciones. Era pesada, pero pude tirar de ella hasta el centro de la sala para colocarla debajo de la luz. Rasgué la cinta de las esquinas y la arranqué.

Al abrir las solapas de la caja, lo primero que encontré fue un periódico algo arrugado, pero no hecho una pelota a modo de relleno o protección. Por el contrario, estaba doblado, lo habían guardado allí por algún motivo.

El artículo delante de mis ojos se titulaba «La niña de los zapatos rojos», y mostraba la foto de la estatua de bronce de una niña pequeña con coletas. En su mano sostenía una única flor por el tallo, y miraba hacia el océano como si estuviera esperando a alguien. Le eché un vistazo al texto.

San Diego y Yokohama, dos ciudades hermanadas que se encuentran en lados opuestos del océano Pacífico, tienen ahora otra conexión gracias al obsequio de amistad que la segunda ha hecho a la primera. La estatua *La niña de los zapatos rojos* descansa en una punta de Shelter Island, cerca de la base naval de San Diego, y

muestra a una huérfana japonesa que fue adoptada por una cariñosa pareja norteamericana. Su emocionante historia se convirtió primero en poema, y luego en una popular canción en Japón.

El resto del artículo decía básicamente que la estatua era un símbolo de la alianza entre ambos países, pero, cuando saqué el móvil y busqué «La niña de los zapatos rojos», me encontré con una historia diferente. La verdadera.

Zapatos rojos, el famoso poema y canción, estaba inspirado en la vida de la pequeña, pero se habían tomado algunas licencias creativas. La letra situaba a la madre en el muelle de Yokohama, observando escondida mientras su niñita —que llevaba unos zapatos rojos— se embarcaba en aquella nave llena de extraños de ojos azules. En la canción, la madre clama que pensará en su hija cada vez que vea unos zapatos rojos y se pregunta si algún día ella mirará hacia Japón desde el otro lado del mar y anhelará volver a casa.

La niña de la vida real nació en un pueblecito en la ladera de la vieja prefectura de Shizuoka. Su madre, soltera, descubrió que la vida con un hijo ilegítimo era complicada, se mudó y, a la que se le presentó una oportunidad, se casó.

Para asegurarse de que la niña tuviera una vida mejor, su nuevo padrastro contrató a unos mercenarios para que la adoptaran y se la llevaran a América. No obstante, la pequeña contrajo tuberculosis —que por entonces era incurable— antes de zarpar, y la devolvieron en su lugar a un orfanato cercano, donde permaneció hasta su muerte, a la edad de nueve años.

Su madre y el marido de esta no se enteraron nunca.

Algunas teorías sugerían que el padrastro se inventó la historia de los mercenarios para la madre, y que él mismo llevó a la niña directamente al orfanato.

Me guardé el móvil en el bolsillo, confundida, mientras miraba la foto de la estatua en el periódico. ¿Por qué renunciar a ella? Entendía que una madre soltera encontrara la vida difícil en aquella época, pero después de casarse la niña ya no sería considerada ilegítima. Podrían haberse mudado, y nadie se habría enterado.

Pero entonces lo comprendí. Quizá la niña era mestiza, igual que la hija de papá. ¿Fue ese el motivo por el que guardó el artículo?, ¿porque resonó en su interior? Con cuidado, volví a doblar el periódico, lo dejé a un lado y miré en la caja.

Una bolsa para ropa ocupaba doblada el resto del espacio. La saqué y la coloqué plana sobre el resto de las cajas. US NAVY, decía en letras blancas. Hurgué en busca de la cremallera y la abrí. Era su ropa blanca de la Marina. Separé las perchas y saqué solo su guerrera. ¿Había sido papá alguna vez así

de pequeño? Sonreí para mí al intentar imaginármelo tan joven. Diecisiete años.

Mi padre no fue oficial, pero el estilo del uniforme era similar. Botones plateados con la forma del águila de la Marina, una solapa estrecha y puntiaguda y tres rayas blancas sobre fondo negro en la parte superior de la manga. La chaqueta tenía buen aspecto pese a no haber sido conservada debidamente. Aplané los profundos pliegues de la parte frontal y vi que había un bultito.

Recorrí el forro con la mano, metí un dedo en el bolsillo de dentro y hurgué en su interior. ¿Un pañuelo hecho una bola? Tiré de él. No era ningún pañuelo. Era una funda de seda blanca adornada con cuentas de metal plateado. Del tipo que tenían un cierre de cordón oculto en su dobladillo. Las palabras de mi padre llegaron flotando por mi memoria: «En su interior, una sola semilla del árbol majestuoso con un pequeño pergamino y un mensaje».

Con el corazón disparado, contuve el aliento y tiré de la tela. Su contenido se onduló.

No era posible. Con dedos temblorosos, hice presión sobre la parte abultada e incliné la bolsa. Al sacudirla apareció un pequeño pergamino. Lo abrí con mucho cuidado. Me quedé mirando lo que decía embobada. Eran mis palabras mágicas.

PARA COMPRENDER TU RUMBO, TIENES QUE CONOCER
TANTO TUS RAÍCES COMO EL ALCANCE DE TUS RAMAS.

Aquello también era real. Lo cual significaba que la mujer del kimono blanco de la foto posiblemente fuera la novia de su historia. Tenía que serlo. Pero papá me había dicho que se habían dado fundas de seda en vez de anillos. Eso me había dicho, ¿verdad? Entonces ¿por qué la tenía él?

La miré, dándole vueltas entre las manos. ¿Las habrían repartido como recuerdos de boda? Me sabía la historia del árbol mágico de memoria. Papá había añadido la parte de la boda en el hospital. Ahora ponía en duda lo que había oído allí. No tenía sentido.

Comprobé los bolsillos de los pantalones de vestir colgados dentro de la bolsa. Nada. Pero alcancé a ver algo en el fondo de la caja.

Era un sobre. No estaba tan desgastado como la carta de mi padre, tampoco tan arrugado, pero, puesto que tenía unos símbolos asiáticos escritos con la ya familiar tinta roja, intuí que sería igual de importante.

Respiré hondo, abrí la solapa del sobre y lo sacudí para liberar su contenido. Era un formulario escrito enteramente en japonés, salvo por la

firma de mi padre y su título.

DECLARACIÓN JURADA DE MATRIMONIO

Miré la funda de seda, la que según mi padre había hecho las veces de anillo, y miré su nombre en el documento matrimonial. Su nombre aparecía en un documento matrimonial...

Sacudí la cabeza, negándome a creerlo. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me dijo que había asistido a una boda debajo de un árbol gigante. Había asistido a ella. Allí le habían entregado las palabras mágicas.

Pero nunca me dijo que fuera su propia boda.

¿Había estado casado antes de mamá? ¿Ella también lo sabía? Las lágrimas corrieron por mis mejillas. Descubrir que había dejado atrás a una niña, una esposa y la tristeza del luto por su muerte era... era demasiado. No dejaba de repetirme las palabras de mi padre.

«Antes de esa vida tuve otra».

«Será más fácil si te limitas a leer mi carta».

No era más fácil. Porque la carta no me había dicho que hubiera estado casado, ni dónde estaba su hija, ni lo que había sucedido. No me había explicado nada. No había nada fácil en todo ese asunto.

Pensé en la foto de la mujer del kimono blanco, en que había encontrado elementos reales en todas sus historias. Entonces volví a mirar su firma en el documento matrimonial, y la que había debajo. El apellido era un manchón, así que solo quedaba un puñado de símbolos para averiguar de qué nombre se trataba.

Un momento. ¿Acaso los japoneses no escribían primero su apellido? Yoshio lo hacía así. Me sequé los ojos y volví a mirar los símbolos. Había tres, y les seguía un espacio bien definido antes de los que eran ilegibles. Dios mío... ¿Era ese su apellido? ¿Acababa de descubrirlo? Cogí mi teléfono, saqué una foto y la adjunté a un correo para Yoshio pidiéndole que me lo tradujera. Sostuve el documento en alto y me quedé mirando sus símbolos.

—Abracadabra —susurré, porque, como por arte de magia, finalmente había encontrado la llave que me permitiría abrir el cerrojo de la «otra vida» de mi padre.

El apellido de ella.

中村

Veintiuno

Japón, 1957

Ha caído una niebla baja que cubre el suelo como una manta. Padre tiene negocios que atender y yo debo viajar para hacerme unas pruebas, así que nos dirigimos juntos hacia la estación de tren. Allí nos separaremos, ya que padre trabaja en Yokohama y la casa de maternidad está en Hiratsuka, en sentidos opuestos. La neblina pinta el paisaje con pigmentos apagados y oscuros, que no hacen más que amplificar el riguroso silencio que hay entre nosotros.

Esta carretera es interminable.

Puesto que yo cargo con un bebé, padre carga con la maletita que la abuela ha insistido en que me lleve. Ha dicho que «es mejor tener el suéter y sufrir por su peso que tener la carne de gallina y sufrir por el frío». Voy a sufrir de un modo u otro.

Si padre era la piedra, *okaasan* era el agua apaciguadora que con el paso del tiempo la suavizaba y le daba forma. Ahora él está sentado en el lecho de un río seco recibiendo de lleno el calor abrasador del sol. Las sombras debajo de sus ojos están teñidas de negro. Detrás de ellos hay una carga de dolor.

Ambos somos responsables de ella.

Padre se aclara la garganta, pero no dice nada. Solo los zorros metomentodo de la abuela se entretienen conversando. Juro que susurran a nuestro paso: «¿Quién le contará a Hajime dónde estás? ¿Qué pensará cuando se entere de que debes cuidar de Kenji? ¿Y si pierdes a su bebé?».

He accedido a ir para asegurar el bienestar de mi bebé, pero la ansiedad me destroza. «Calma tus pensamientos», Naoko. El bebé está bien. Hajime me ama. Se mostrará compasivo con Kenji. Juntos podremos discutir con padre lo que hay que hacer.

—Naoko. —Padre reduce el paso. Ralentiza su avance con un suspiro penoso mientras nos acercamos a la estación, y entonces se detiene—. Haz lo que te digan en todos los asuntos relacionados con tu salud. No seas cabezota. ¿Me entiendes?

Nuestras miradas se encuentran. La mía es culpable; la suya, compasiva. Está preocupado por mí, pero ¿qué hay de mi bebé? Preguntárselo implica una vergüenza temporal. No hacerlo, una vergüenza eterna.

—Padre, yo... —¿Por dónde comienzo? Hay tanto que decir...

Mi vacilación me roba la oportunidad. Él dirige la mirada a mi espalda y esta se endurece de nuevo. Me vuelvo para averiguar qué es lo que ha atraído su atención. El corazón me da un salto.

«¿Satoshi?»

Giro la cabeza de golpe.

—¿Qué es esto?

Padre levanta la mano para sofocar mi protesta.

—Cree que has enfermado y que el médico de familia no puede viajar a verte. Satoshi ejercerá de acompañante allí donde sea conveniente.

—Pero, padre, yo...

—Ya es suficiente. —Su mano trocea el aire—. Esto no es negociable.

El tono de padre recupera sus aristas de severidad mientras dice las palabras de la grulla, la decisión final con la que alguien dotado de autoridad solventa un debate difícil.

Mi mirada furiosa expresa en silencio mi descontento. Todo lo que diga no hará más que salpicar agua sobre la roca sofocada: un esfuerzo inútil.

—Piensa en tu hermano, en esta familia, y acepta las cosas. —Padre deja mi bolsa en el suelo y habla en voz baja, exasperado—: Acéptalas, Naoko.

«Aceptar las cosas».

¿Cuándo aceptará él a Hajime y a nuestro bebé? ¿Y a mí?

El tren sigue la pintoresca costa de la bahía de Sagami hasta Hiratsuka, en la prefectura de Kanagawa, una pequeña ciudad que quedó casi destruida hace doce años por los ataques aéreos del final de la guerra y que ha sido reconstruida. Por su localización estratégica y sus amplias playas, se planeó que fuera escenario de la invasión terrestre, pero no fue así y eso les evitó a los vecinos supervivientes aquella humillación añadida.

Al cabo de treinta minutos, Satoshi y yo bajamos del tren junto a una pequeña multitud. No le he dirigido la palabra hasta ahora.

—¿Por qué has aceptado acompañarme? —Planto los pies en el andén.

—No deberías viajar sola. —Satoshi se cambia mi maleta de mano y asiente para que lo siga hacia fuera.

Aún hay una ligera película de niebla en el aire cuando emprendemos el camino que nos llevará directamente a la Take Josanjo, la casa de maternidad Bambú. La bruma se adhiere a las estructuras simples que se despliegan a lo largo de la calle mayor del pueblo y las motea de gris.

—Pero ¿por qué ha de ser mi viaje problema tuyo? —pregunto mientras adopto su paso. No tengo ni idea de lo que estoy intentando conseguir. Quizá que se ponga furioso para que dé media vuelta, se suba de nuevo al tren y se vaya. Quizá lo hago porque estoy furiosa con padre después de que me obligara a marcharme de casa—. ¿Ya sabes que ahora estoy casada?

—Sí, lo sé. —Satoshi hace una pausa, espera a que pase un hombre descalzo que va en bicicleta antes de cruzar la calle de superficie irregular.

—¿Y pese a eso has accedido a la petición de mi padre?

—He pensado que no era necesario avergonzarlo. —Se encoge de hombros.

Soy yo la que se siente avergonzada. El calor me sube por el cuello, crece y se convierte en rabia. Levanto el mentón desafiante.

—¿También sabes que estoy embarazada?

Satoshi se detiene. Sus ojos se mantienen fijos al frente.

Lo rodeo para situarme delante de él.

—No voy a ver a un médico de familia, como te ha contado padre. Voy a ver a una comadrona. —Con el asunto resuelto, me vuelvo satisfecha y comienzo a caminar. Ahora puede marcharse. Giro sobre mis talones para reclamar mi maleta, pero me llevo una sorpresa. Está justo a mi espalda.

—Más razón aún para que alguien te acompañe, ¿no te parece? —Levanta las cejas sin apartar la mirada de mí—. Especialmente si tu marido está ausente. —Se adelanta con la maleta en la mano.

«¿Quién se ha creído que es?»

—Está en su barco, en Formosa, pero volverá cualquier día de estos. —Satoshi no es mejor que *obaachan* o que padre.

Me abro paso entre una mujer con un niño pequeño y un anciano que lleva un abrigo andrajoso para ponerme a su altura.

Satoshi me mira de reojo.

—Entonces ¿no lo sabes? —Suspira y se mete la mano libre en el bolsillo, aminora el paso—. Me preguntaba si tu padre te habría informado. Esto es lo que quería tratar contigo. ¿Te acuerdas, en el funeral de tu madre?

Tengo ese día borroso y mi padre no me ha dicho nada. Mi mirada vacía es respuesta suficiente.

—No tengo todos los detalles, pero las tensiones con Taiwán han vuelto a intensificarse y un barco de la Marina americana que patrullaba por allí se vio atrapado accidentalmente en un fuego cruzado.

—¿Qué barco? —La pregunta brota antes de pensarla siquiera—. ¿Qué barco, Satoshi? —Me aferro a su brazo, el corazón me martillea en el pecho mientras espero lo peor.

Él niega con la cabeza.

—No estoy seguro. Pero no te preocupes, quizá esto solo implique que se retrasará, posiblemente. —Pone su mano sobre la mía y me la aprieta.

Yo la aparto como si me hubiera quemado, avergonzada por haberla puesto ahí para empezar.

—Por favor. —Satoshi dirige una mirada hacia mi vientre y suspira—. Por el bien del bebé, acepta mi amistad y deja que te acompañe el resto del camino. —Hace un gesto al frente—. ¿Lo ves? La verja de bambú de la clínica está justo ahí.

Los altos listones entrelazados se extienden hasta donde alcanza la vista. Mis ojos se escapan a un lado para mirar a Satoshi, los frunzo al pensar en el verbo que ha utilizado mi padre. «Aceptar».

—Por el bien del bebé —digo, y echo a caminar ansiosa, retorciendo un mechón de cabello entre mis dedos. Pues claro que padre no ha mencionado ninguna noticia sobre el conflicto en los Estrechos. ¿Por qué iba a hacerlo? Él preferiría que Hajime no volviera nunca. Se me pone la carne de gallina. ¿Y si no regresa?

Una amplia entrada sostenida por una viga transversal y soportes herrumbrosos nos da la bienvenida. Hay una pequeña campana del estilo de las de los templos bonshō, con su listón de bambú en relieve, para que los visitantes la hagan sonar, pero el acceso es libre. Satoshi abre la puerta del todo y se hace a un lado para que yo pase primero. Por respeto, cojo el listón de madera y lo hago sonar una vez antes de entrar. Como con las campanas de los templos de mayor importancia, el tono grave y claro resuena para transmitir a grandes distancias el anuncio de nuestra llegada.

El sendero de piedras irregulares serpentea a través de una densa vegetación. El camino está bien cuidado, han podado cualquier invasión por parte del bosque, pero su profusa cubierta vegetal me indica que no suele estar muy transitado. Avanzo con cautela, estoy a punto de tropezar con el saliente de una raíz. Satoshi me coge del brazo para sujetarme, pero yo ya he recuperado el pie y le dejo claro con mis gestos que no necesito su ayuda.

Distingo entre los árboles un techo de tejas bronceas. Entorno los ojos para identificar más detalles.

—Pensaba que esto era una clínica, pero se parece más a una casa.

Satoshi se encoge de hombros. No sabe de estas cosas mucho más que yo. El sendero desciende por una pendiente que se traga tanto la estructura que tenemos al frente como la calle que tenemos detrás. Bajo el denso dosel arbóreo, nos adentramos en un mundo oculto e intermedio. Silencioso, salvo por el gorjeo de las aves y las cigarras. Y hay algo más..., un susurro continuo. Ladeo la cabeza para escuchar. «Agua».

Un pequeño río verde aparece a la vuelta del recodo. Nos subimos a la pasarela de madera roja y nos detenemos a mirar por encima de su alta baranda. Las motas de luz que caen desde las alturas iluminan el suave flujo de las aguas poco profundas y a sus muchos habitantes. Las carpas dragón, rollizas, deambulan con sus aladas aletas de color oro, blanco y negro. Es un lugar apacible. Mientras las observo, le dirijo una mirada rápida a Satoshi.

No solo fue comprensivo con lo de Hajime, sino que además mantuvo su palabra y guardó silencio ante su padre para salvar la relación comercial entre nuestras familias y ahorrarme una humillación. A continuación se entera de que me he casado y estoy embarazada, y aun así me acompaña. Me sonrojo. La culpa agujerea mi insolencia.

—Lo siento.

Aunque no quiera admitirlo, me siento agradecida por su compañía y su amistad. Me vuelvo hacia él.

—Te doy las gracias por todo, Satoshi. Incluso por el hecho de que estés aquí. Y te pido perdón.

Él mantiene la mirada fija en el agua, deja que mis palabras cuelguen entre los dos. Me concentro en los peces pintados, sin saber qué más puedo decir.

Él apoya los antebrazos sobre la barandilla astillada y junta las manos.

—No hace falta que te disculpes, Naoko.

«¿No quiere que me disculpe?» Aturullada, pongo los brazos en jarras.

—Me confundes con tus opiniones. Me siento agradecida, pero sigo...

—¿Sigues preguntándote por qué estoy aquí? —Satoshi se vuelve para mirarme a los ojos—. Sí, entiendo tu confusión. Pero debes entender que tú nunca has hecho que yo me sintiera confundido. —Camufla una sonrisa—. Incluso cuando eras una niña pequeña, ya entendía tu verdadera naturaleza.

Mi verdadera naturaleza es egoísta. Bajo la mirada, no deseo enfrentarme a sus críticas.

—De vez en cuando te veía en las reuniones de la compañía, con tu familia. Eras tan hermosa como tu madre.

No levanto la cabeza, pero sí los ojos ante la mención de *okaasan*, enfebrecida por la curiosidad.

—Y una vez te pillé robando mochis. —Se ríe—. ¿Te acuerdas?

Enderezo la espalda y me vuelvo hacia él. Su sonrisa es contagiosa.

—¿Robé pasteles de arroz?

—Tenías uno en cada mano. —Se da unos golpecitos en la boca—. Y estabas pegajosa de todos los que te habías comido. Cuando te regañé, me embutiste uno en la mano, te fuiste corriendo y te volviste para sonreírme.

Me río, pero no lo recuerdo.

—La siguiente vez que te vi ya no eras tan pequeña. Y ahora... —Satoshi mira hacia la distancia.

Yo aparto los ojos. Estoy segura de que mis mejillas se han sonrojado.

Asomándose sobre la baranda, señala hacia abajo:

—¿La ves?

Una carpa amarilla y gorda, con marcas negras en la cabeza y de mayor tamaño que el resto, nada por el medio del río. Asiento.

—¿Ves la manera en que ignora a las demás? Salta y se mantiene en el centro, aunque no le tiremos comida. Me recuerda al pez pintado de Rosetsu. —Satoshi vuelve a emprender la marcha.

—Era obstinado —digo mientras lo sigo por el camino serpenteante, que ahora hace subida. Pienso en esa historia. Rosetsu se encontró cerca de un estanque de carpas dragón y vio cómo una de ellas saltaba sobre el hielo para hacerse con la galleta que se le había caído a alguien. Se golpeó la cabeza, se cortó las aletas y perdió muchísimas escamas a fin de atraparla, pero nunca se rindió—. Rosetsu se quedó asombrado ante su determinación.

Satoshi me mira de reojo y asiente.

—Sí, yo soy como Rosetsu, y tú eres...

—¿Cómo la carpa? —Frunzo los labios disgustada.

Satoshi se ríe y baja el mentón.

—Tenaz. Quería decir que eres tenaz. Y, como Rosetsu, yo admiro tus esfuerzos. Sigues teniendo tus propias ideas, como cuando de pequeña robabas pastelitos de arroz.

Me sonrojo de nuevo, pero el disgusto me dura poco y se ve reemplazado por la curiosidad. Frente a nosotros se abre un claro entre los árboles, y en su extremo más alejado aparece el edificio de una planta de la clínica. Una

plataforma hecha con tablones de madera acompaña su fachada y el jardín que la rodea; aunque cuidado y de césped bien cortado, carece de adornos.

Antes de que lleguemos a la entrada, una mujer de mediana edad se acerca a nosotros con paso rápido, como si nos hubiera estado esperando. Lleva el cabello tirante, recogido en un moño, y los hombros encorvados se tragan su cuello. Sus ojos se pasean entre Satoshi y yo detrás de unas gafas de montura redondeada.

—Soy la directora Sato. ¿Tú eres Naoko Nakamura?

Hago una reverencia.

—*Ohayō*, sí, soy Naoko. —Abro la boca para decir algo sobre Eyako, la comadrona que me ha enviado aquí, o sobre la abuela, pero no me sale nada. ¿Por qué mira tan fijamente a Satoshi?

—¿Los formularios de ingreso? ¿Los tienes? —La mujer agita la mano vacía para que se la llene mientras sus ojos siguen paseándose veloces entre nosotros dos.

—Ah, sí. Sí que los tengo. —Me saco un sobre del bolsillo y se lo ofrezco.

Ella me lo arranca de la mano y lo abre para contar el pago.

—Ah... De acuerdo, entonces puedes entrar. Pero él no. —Dirige otra mirada confundida a Satoshi y regresa apresuradamente a la clínica, dejándonos para que nos despedamos.

—Puedo esperar en la puerta para acompañarte a casa, si quieres. —Satoshi me da la maletita.

Estoy tentada de aceptar, pero le digo que no.

—Ya has hecho demasiado, y podría ser cosa de horas —digo poniendo buena cara y dedicándole una pequeña reverencia—. Gracias por tu amabilidad, Satoshi. No lo olvidaré.

Él me devuelve el gesto.

—Solo recuerda que eres el pez tenaz, Naoko. Y que yo admiro tu lucha.

«Mi lucha».

Embarazada, sola, y con la noticia del posible retraso del barco de Hajime, me temo que voy a necesitar de ella.

Veintidós

Estados Unidos, en la actualidad

«Viajas por el mundo buscando algo, pero has de volver a casa para encontrarlo».

La cita me vino a la cabeza porque había estado buscando *online* el significado de los caracteres kanji desde la comodidad de mi hogar. Si es que se podía llamar «hogar» a mi apartamento. Mientras cuidaba de mi padre, había pasado la mayor parte del tiempo en su casa, en vez de en la mía. Tras su muerte, no estaba segura de querer quedarme en la zona. Uno de los beneficios del periodismo es que puedes escribir desde cualquier parte.

Como si estuviera preparado para sonar en el momento justo, el canturreo de una melodía italiana se elevó desde el canal. Aunque vivía en el Medio Oeste, el núcleo urbano contaba con una vía de agua artificial de encanto típicamente veneciano. La ciudad había llegado a contratar a un gondolero del viejo continente para que ofreciera serenatas a sus pasajeros durante los fines de semana. Lo saludé mientras pasaba bajo mi balcón. Él se llevó la mano al sombrero sin equivocarse en una sola nota. Era siempre la misma canción, *O sole mio*. Una historia de sol y amor y días hermosos. Para eso no necesitaba traducción.

A diferencia de los símbolos japoneses que intentaba descifrar. Los caracteres kanji no formaban sonidos. ¿Eran, pues, pictogramas? Uno era una línea con un rectángulo superpuesto y recordaba al aparejo cuadrado de un barco, mientras que los otros dos parecían espadas.

Tuve que controlarme para no contactar con Yoshio a lo largo del fin de semana y así enterarme, pero no pude dejar de comprobar el correo por si llegaba su respuesta. Me había obsesionado, me frustraba tener que esperar. Si los kanji hubieran sido digitales de buen principio, habría hecho un copia y pega en mi buscador y los habría traducido de inmediato.

Probé con varias aplicaciones para obtener esa traducción, pero no reconocían los símbolos. Entonces busqué gráficos kanji en la web, solo para

descubrir que en el vocabulario japonés existen ochenta mil. Si el gráfico simplificado que mostraba los más habituales contenía más de dos mil... Yo tenía tres y ninguna correspondencia probable.

Me froté los ojos, cansada de tanto mirar la pantalla del portátil, y volví a comprobar si me había llegado un correo de Yoshio. Nada.

Tomé un sorbo de café mientras observaba a la gente que paseaba junto al canal bajo mi piso. Cruzaban el puente peatonal de cemento en grupos, como bancos de peces de colores que se movieran en la misma dirección.

Yo nunca había podido seguir a la masa. En cambio, me esforzaba por ir contracorriente y buscaba crear mi propio camino. Ese tenaz carácter independiente me había metido en problemas a menudo. Tomé otro sorbo de café y sofoqué una carcajada. «De tal palo, tal astilla». Al haber escogido casarse con una muchacha japonesa durante los cincuenta, papá era un ejemplo de aquello de «seguir el camino menos transitado».

Lo cual era irónico, porque muchos habían malinterpretado el poema de Frost. Para algunos, en la última estrofa, el viajero reflexiona sobre cómo en la vida creamos ficciones, otorgamos significado a aquello que no fue nada más que una ristra de elecciones al azar. Mi padre creaba historias, pero sus elecciones fueron de todo menos arbitrarias. Eligió casarse con aquella chica japonesa, y eligió no compartir esa parte de su vida hasta prácticamente el final de esta. Fueron decisiones conscientes. Y yo tenía que comenzar a aceptarlo.

Según mis investigaciones, el documento jurado para matrimonio servía como prueba legal de idoneidad, pero no llegaba a la categoría de licencia matrimonial. Requería la firma de ambas partes, de un testigo y de un notario, y el consentimiento firmado de la familia si alguno de los participantes tenía menos de dieciocho años.

El formulario contaba con la firma de mi padre, la de la novia, un sello en relieve y, al lado de este, otro grupo de símbolos. Se trataba de un testigo o de uno de los padres. Pero ¿por qué iban los padres de la chica a concederle su permiso cuando ni siquiera habían dejado que papá se quedara a tomar el té? Papá había firmado la carta como «Hajime». Quizá los padres de ella no sabían que era americano. Menudo lío debió de ser todo aquello.

Tecleé «traducción Hajime al inglés» en mi buscador. Significaba «comienzo». Entonces seleccioné el icono de sonido para oír su pronunciación. «Ja-yi-met». Tecleé «James» y repetí los pasos: «Yeim-a-s». Hice lo mismo con «Jimmy», el nombre que papá usó en su juventud: «Yi-mi».

Yi-mi. Hajime. Contenía su nombre, pero necesitaba el de ella. Volví a abrir el correo para ver si Yoshio había contestado. No encontré nada, así que regresé al gráfico simplificado de los caracteres kanji y me puse a trabajar de nuevo.

La luz se colaba entre las cortinas corridas de la ventana del salón de papá, informándome de que tenía que darme prisa antes de que llegara el camión de la donación. Llevaba horas en su casa, cargando mi coche con pertenencias que quería conservar y llevando el resto de las cajas al garaje para que fuera más sencillo recogerlas. Aún tenía que retirar mi mural de investigación. Y entonces todo acabaría. Apagaría las luces y cerraría la puerta de la casa de mi padre por ultimísima vez. Pero no estaba preparada para dar por terminada su vida.

Mi padre había muerto, pero era yo quien se había convertido en un fantasma. Era mi espíritu el que no encontraba descanso y no podía marcharse debidamente. ¿Cómo podría hacerlo? Igual que con las casas, construimos nuestros cimientos a partir de la familia y levantamos nuestras paredes a partir de la experiencia. Pero ¿y cuando el suelo se mueve bajo tus pies como me había pasado a mí? El padre al que creía conocer era una persona diferente. La familia en la que me crie había aumentado en un miembro. No importa la edad que uno tenga, porque esas cosas te hacen cambiar.

A mí me habían hecho cambiar.

Y lo que había descubierto sobre mi padre también debía de haberle hecho cambiar a él.

Miré el descomunal mapa de Japón. Entonces, con cuidado, fui descolgando los artículos de interés histórico que había imprimido, las fotos de mi padre en la Marina y de sus compañeros de tripulación, también la de su novia japonesa, y lo metí todo en un sobre grande para mantenerlo a salvo.

A continuación quité las chinchetas de localización. Y, al hacerlo, repasé la vida de mi padre. Desde la cresta de una ola gigante hasta el lugar donde se estampó contra la Divisoria continental, hasta la inmensa ancla de la puerta de la base, hasta la calle Azul donde la vio por primera vez, donde encontró su futuro y se enamoró.

Quedaba una tachuela. El pueblo costero de Zushi, detrás de cuyo atestado puerto, en lo alto de una pequeña colina, descansaba una casa tradicional olvidada por el tiempo.

¿Se había olvidado Yoshio de mi petición? Había tenido paciencia durante el fin de semana pero, aunque aquí era lunes por la mañana, en Japón la tarde ya estaba avanzada. Saqué el móvil, seleccioné mi correo, puse el dedo sobre «Redactar» y entonces vi que me había respondido. «Al fin».

Querida Tori Kovač:

Te deseo días soleados ahora que la estación de las lluvias ha llegado a su fin.

Lamento el retraso en contestarte, pero me alegro de poder proporcionarte la siguiente información.

Primero, en lo referente a la traducción que me solicitaste, 中村 es el apellido Nakamura, que significa «aldea del medio» y que es uno de los más comunes de Japón, igual que Jones o Smith lo son en Estados Unidos.

Respecto a la propiedad, permíteme informarte de que, en Japón, las direcciones se distribuyen en el orden en que las casas son construidas y que, debido al rápido y continuado crecimiento de Zushi, los códigos postales han cambiado allí en diversas ocasiones. Como has descubierto, la dirección que me facilitaste ya no existe, pero, según mi contacto en el departamento del Ministerio de Territorio, la casa sí. Espero disponer pronto de una copia del registro oficial con la dirección actualizada.

Por favor, debes comprender que el documento de la casa no revelará el nombre de la familia si la propiedad no ha cambiado de manos, ya que la divulgación completa sobre el suelo ya existente y las posesiones no es un requisito legal en Japón. De todos modos, pagar el impuesto sobre bienes inmuebles sí que lo es, y he realizado algunas indagaciones. El nombre también se podría obtener contactando directamente con los actuales propietarios, y estaré encantado de actuar en tu nombre en caso de que desees una entrevista y una visita al lugar.

Quedo a la espera de tu respuesta.

Te deseo mucha salud.

Sinceramente,

Itō Yoshio

伊藤良夫

Me puse a caminar de un lado al otro de la sala, con la cabeza tres pasos por delante de mí. El apellido de la mujer era Nakamura, y Yoshio había encontrado su casa. Quizá aún fueran los propietarios. O quizá no, pero si se dirigía a quien lo fuera, esta persona podría ofrecerle una información vital. Sonreí para mí misma, cautivada por la idea, pero entonces algo me detuvo: una entrevista. Me pasé una mano por el cabello y la dejé allí.

Tendría que presentarme con el pretexto de estar interesada en la propiedad y su historia, y usar el seudónimo con el que escribía. No hacía falta confesar el pasado de mi padre a menos que algo lo exigiera. Si la familia que vivía en esa casa era la misma, ¿iban a hablar siquiera conmigo? ¿Y qué le diría yo a la mujer? ¿Cómo podría comenzar a explicárselo? ¿Le habría hablado a su hija de papá?

Dejé caer la mano y erguí la espalda.

Aunque había estado excavando en las verdades de la vida de mi padre, nunca había esperado tener que confrontarlas, ni había considerado lo que eso representaría para mi propia vida.

Era posible que encontrara a mi hermana.

¿Se parecería a papá? Yo tenía el mismo pelo que él, denso y oscuro, que se rizaba con la humedad, y aunque mis ojos no eran tan cristalinos, sí eran de color azul claro. ¿Serían así los suyos? Era poco probable, pero quizá tuviera el hoyuelo de su barbilla y la misma mandíbula angulosa. Quizá hasta se pareciera a mí.

Me puse a caminar de nuevo. Un andar mecánico a través de escenarios y posibilidades imaginarias. Mientras yo jugaba a la pelota con papá en el jardín o pasaba corriendo por encima de uno de los aspersores antes de lanzarme sobre el tobogán de agua, ¿qué hacía ella? ¿Habría celebrado fiestas de cumpleaños, se habría ido de viaje con su familia? ¿Habría tenido una buena vida?

A mí nunca me faltó de nada, porque a mi padre sí le habían faltado cosas a menudo durante su infancia. De mayor insistía en que mamá se gastara una pequeña fortuna cada semana en el supermercado. Recuerdo que nuestra despensa, la nevera y el congelador extra que teníamos en el sótano estaban siempre llenos a reventar para que su hija nunca pasara hambre. Pero ella también era hija de papá, así que ¿habría pasado hambre? Quizá estuvieran enfadadas con él y resentidas conmigo. Apreté los dientes. Quizá tuvieran motivos para estarlo.

Pues que lo estuvieran. Descolgué el último elemento del mural: la carta. A diferencia de mi padre, que había levantado la mirada en la calle Azul y había visto su futuro en los ojos de aquella chica, yo iba a mirarla a los ojos y a entregarle el sobre que contenía su pasado. Al leer el mensaje, descubriría el arrepentimiento en su corazón. Quizá fuera eso lo que papá esperaba de mí.

Le di la vuelta a la carta en mis manos. De haber sabido los secretos que contenía, la manera en que estos iban a remodelar mi visión del mundo y de mi padre, y a influir en ella, ¿la habría abierto? La abrí en ese momento y releí sus palabras. «Jamás sentí el menor remordimiento por haberte amado. Pero haberte perdido..., el cómo y el porqué..., de eso sí que me arrepiento».

Seguía esperando a que llegara el expediente militar de mi padre, pero era posible que este me ofreciera tan solo la confirmación de su matrimonio. Y yo ya tenía el documento matrimonial, la carta, un nombre y, muy pronto, su dirección, así que ¿qué más necesitaba?

El cómo y el porqué.

Y eso iba a requerir de un billete de avión. Tenía que ir en persona, hablarlo por teléfono no funcionaría de ninguna de las maneras. Y, si su familia ya no era dueña de la casa, sus nuevos residentes quizá dispusieran de alguna información que me condujera hasta ella. Necesitaba saber. Tenía que hacerlo por mi padre y por mí, pero ¿cómo? Mientras cuidaba de papá había vivido de mis ahorros, y solo trabajaba a rachas. Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en mi situación financiera, la manera en que las facturas iban apilándose y en cómo mis ahorros habían menguado. No podía permitirme ir.

Miré la carta de mi padre, releí sus palabras, entonces me fijé en la única palabra que importaba: «hija».

No podía permitirme dejar de ir.

Veintitrés

Japón, 1957

La casa de maternidad es amplia, está limpia y flota un aroma placentero. A sándalo y quizá a clavo. El incienso brota en un flujo constante de un quemador de cerámica blanca. Aunque es agradable, el lugar no me gusta. No me gusta nada. Siento la tentación de dar media vuelta y salir tras Satoshi. ¿Por qué he rechazado la oferta para que me esperara?

Aparece una chica joven, que aún no tiene edad para casarse pero está ya lista para dar a luz. No lleva adornos de ningún tipo y tiene un peinado infantil: el pelo corto, con un flequillo recto y pesado. Su kimono, sencillo, para vestir a diario, se pliega torcido bajo la hinchazón de su vientre y cuelga de manera incómoda. ¿Nadie la ha ayudado a vestirse? No me dice una sola palabra, simplemente se me queda mirando con sus ojos grandes y llenos de curiosidad.

Un chillido agudo procedente de la parte de atrás de la casa hiende el aire. Giro sobre mis talones en la dirección en la que ha llegado y me encuentro en su lugar a la directora Sato, que se acerca con paso apresurado mientras se seca las manos con fervor en un trapo *tenuqui* sin dobladillo.

—Hoy llega un bebé —dice con frialdad—. Jin, lleva a Naoko a la habitación que está vacía. —Pasa a dirigirse a mí con brusquedad—: Tienes que quedarte en ella, ¿entiendes? —Se vuelve sin esperar mi respuesta, pero ladra por encima del hombro—: Y el padre del bebé no puede volver de visita. Aquí solo se permiten chicas.

«¿Piensa que Satoshi es el padre?»

La muchacha llamada Jin me hace un gesto para que la siga mientras los alaridos atraviesan las paredes. Otra chica, también embarazada, cruza corriendo el vestíbulo con las manos llenas de toallas. Pasamos junto a otras dos. Me miran boquiabiertas. A una, que tendrá mi edad, comienza a notársele. La otra está a punto, igual que Jin, pero es mayor.

Los gritos resuenan en mis huesos. Nunca he presenciado un parto. Como *okaasan* tuvo un embarazo complicado, Kenji nació en el hospital. Se me hace un nudo en el estómago. Ojalá *okaasan* estuviera aquí. Ojalá me hagan las pruebas y me manden a casa.

Jin abre la puerta corredera más lejana y se hace a un lado para dejarme entrar. La cierra y desaparece sin decir una sola palabra.

Es un espacio pequeño, compartimentado por un *shōji*, un muro divisorio de papel de arroz. Hay un futón. Una mesa. Un cuadro *sumi-e*: un simple tallo de hojas finas y sombreado continuo. Hay un tránsito entre la luz y la oscuridad que evoca un diálogo sutil entre ambas.

En la habitación contigua siguen sonando unos gritos no demasiado amortiguados.

Me acerco a la fina almohadilla, me siento sobre ella y me froto la frente, justo encima de los ojos, para alejar la tensión. Puesto que la directora Sato está ocupada con el parto, no puedo hacer más que esperar.

Los alaridos van en aumento. Me tumbo, los escucho con los ojos muy abiertos, mirando el techo desnudo. Las cañas de bambú se entrelazan por encima de mí. Cuento dos docenas mientras pienso en mi bebé, en *okaasan*, en Hajime. ¿Estará bien? ¿Qué habrá sido de su barco? ¿Se encontrarán con nuevos retrasos? Los gritos se aceleran antes incluso de que llegue a la última fila.

Aprieto los ojos, me tapo los oídos con los dedos para acallar los alaridos, que resuenan en mis entrañas huecas. Me llevo las manos a la cara para ocultar las lágrimas. Solo quiero que me digan que mi bebé está sano e irme a casa. Estoy cansada de todo esto.

La puerta se desliza.

—Chica. Chica.

Echo una ojeada y veo a Jin con una bandeja de comida. Tras ella, asomándose sobre su espalda, hay otra muchacha. Ella es la que ha hablado. No es joven ni bonita, pero está lejos de ser vulgar. Con ese cabello ondulado por los hombros y el rojo brillante de sus labios pintados, no pasa desapercibida.

Cohibida, me incorporo y me seco los ojos. Voy a pasar aquí unas pocas horas y estoy llorando como el bebé al que intentan traer al mundo.

—Por favor... —Les hago un gesto para que entren, y me aliso la camisa para estar más presentable.

Jin lleva la bandeja encima de su prominente barriga. Sin decir palabra, hace una reverencia y la coloca delante de mí.

—Gracias —digo, pero Jin no se da por aludida y, tras girar sobre sus talones, se va.

—No te preocupes por ella, casi nunca habla —me dice la chica nueva—. Está a punto de parir y se irá pronto, así que da igual. —Sin esperar a que la invite, se deja caer con despreocupación a mi lado y señala la comida—. Té bancha con limón para que te sientas mejor, y la directora Sato me ha pedido que te preparara especialmente una comida tardía. ¿Ves?

Unos fideos *udon* fríos y un caldo denso hervido a fuego lento componen el menú.

—*Arigatō gozaimasu*. En realidad tengo un poco de hambre. —Me las arreglo para sonreír y asiento.

—Muy pronto querrás comer en todo momento. Así que hazlo ahora, antes de que la directora comience a controlar cada uno de tus bocados. —Mientras habla se inspecciona las uñas, rascándose la pintura roja descascarillada—. No puedes ganar mucho peso o costarás demasiado dinero.

Levanto la mirada sorprendida, porque no voy a quedarme.

—No te preocupes, siempre me llevo cosas a escondidas y podemos compartirlas. Ah, me llamo Chiyo. Chiyoko, pero ya no soy una niña, ¿verdad? —Su amplia sonrisa revela unos dientes apiñados mientras se da unos golpecitos sobre el pequeño vientre redondeado.

Es una tripa bastante abultada. Si tuviera que adivinar, diría que se encuentra en su quinto o sexto mes, pero no estoy segura.

—Naoko, ¿verdad? Sí, he leído tu informe. Vienes de Zushi, familia acomodada, y... —La sonrisa desaparece de su cara, se ve reemplazada por un fruncimiento de nariz y su desdén—. Dicen que tienes un marido guapo. —Resopla.

No me sorprende que la abuela haya informado a la comadrona de mi matrimonio. Lo ha hecho para proteger tanto mi reputación como nuestro apellido. Y estoy segura de que ha mandado a Satoshi como acompañante para dar la impresión de que mi marido es japonés. Esbozo una sonrisa y cambio de tema:

—Bueno, ¿y quién está aquí?

—Oh... —Chiyo eleva la mirada y enumera a las ocupantes de la casa—. Jin, la simplona a la que ya conoces. Aiko, que es como yo, le gusta la moda y todo lo que es moderno. Está Yoko, la que grita, así que no debería contar. Y Hatsu. —Pone los ojos en blanco—. Hatsu es un muermo y se cree más lista que todas las demás, así que la ignoramos.

La boca es la puerta de entrada de todo infortunio, de modo que asiento, levanto mi cuenco y me la lleno en vez de hablar y sumar adversidades.

Chiyo se inclina hacia mí.

—Tú y yo seremos las últimas en irnos, puesto que no estamos de mucho. Así que vamos a ser grandes amigas, ¿verdad?

—Oh... —Me apresuro a tragar. «¿Las últimas en irnos?»—. No, yo he venido por un día, como mucho pasaré la noche aquí, si no pueden verme ahora mismo. Eyako, la comadrona, me ha mandado para que me hagan unas pruebas y se aseguren de que el bebé se encuentra bien. ¿Está aquí?

Los labios de Chiyo dibujan una mueca.

—¿Quién es Eyako? Aquí la única comadrona es la directora Sato. Quizá no lo has entendido bien.

—Oh, sí, quizá. —Tomo un sorbo de té e intento no parecer inquieta. Da igual, en cuanto las pruebas confirmen que mi bebé está bien de salud, podré marcharme. Pronto.

Otro chillido llena la casa.

Chiyo sigue hablando. Me cuenta que su familia está chapada a la antigua y es aburrida (a Chiyo todo le parece aburrido), y no le importa la posibilidad de abandonar la escuela porque tiene planes para irse a París o quizá a Estados Unidos. Sonrío, agradecida por su compañía pero confundida por sus palabras.

Nunca menciona a su bebé.

Ninguna comadrona viene a hacerme pruebas. Ni Eyako, a la que Chiyo no conoce, ni la directora Sato, que continúa ocupada. Yoko, la chica de los gritos, aún ha de dar a luz. Ha estado de parto desde que llegué y ya se ha hecho de noche, pobrecita. Las chicas son mis únicas visitas. Una tras otra, entran en fila india para hablar conmigo y mantener la vigilia.

Nos sentamos en el tatami, acurrucadas las cinco, todas embarazadas. Supongo que debe de ser toda una estampa. Yo soy la alumna nueva, popular de momento, mientras todas me estudian. Y también trato de averiguar cómo son ellas. ¿Cuál es amigable? ¿Cuál se parece más a mí? ¿Con cuál debería tener cuidado? Aunque me iré pronto de aquí, así que qué importa...

En la otra habitación, los gritos se suceden sin parar. Atraviesan el aire con una fuerza gutural lo suficientemente intensa para hacer que me den escalofríos.

La impaciencia de la directora Sato también nos llega desde el otro lado de la pared.

—¡Empuja! —grita por encima de los alaridos—. ¡Tienes que empujar más fuerte!

Me tapo las orejas.

—Creo que no quiero dar a luz.

Las chicas se ríen. Chiyo es la más ruidosa. Piensa que todo lo que digo suena inteligente. Pero no son como amigas que se ríen contigo, así que mantengo un ojo abierto por si acaso.

Chiyo hace un gesto en dirección a Jin, que está sentada delante de mí.

—Tú eres la siguiente, Jin. ¿Oiremos al fin tu voz de muda? ¿Harás al menos el más ligero ruidito?

Jin no contesta. Tiene las mejillas sonrojadas por sentirse constantemente avergonzada. ¿Tendrá siquiera catorce años? Quizá sea más joven. No me atrevo a preguntar cómo ha llegado a esta situación.

—Oh, sí, sí que gritará. Es posible que grite más fuerte que todas nosotras. —Aiko está sentada entre Chiyo y yo. Tiene veintitrés, es la mayor, y está de seis meses y medio. Va arreglada de la cabeza a los pies, y lleva el cabello engominado como las chicas que veo dando vueltas alrededor de la base americana, con estilo moderno y occidental. No me extraña que Chiyo la idolatre. Entiendo su atractivo. Incluso embarazada, Aiko tiene glamur. Si bien ese aspecto acentúa las facciones delicadas de Aiko, también resalta que Chiyo carece de ellas. Se esfuerza demasiado.

Hatsu, la chica que según Chiyo es un muermo, tiene dieciocho años y ha comenzado su séptimo mes. Con sus pómulos elevados y sus largas pestañas, es bonita sin maquillaje, lo cual podría haber provocado los celos de Chiyo y explicaría su desdén. También hay algo triste en ella.

Hatsu le da un golpe a Jin en la pierna.

—No te preocupes. Me apuesto algo a que tu parto será el más sencillo.

Jin asiente y a continuación se pasa el pelo, fino y lacio, por detrás de ambas orejas.

—Bueno, Naoko. —Aiko mira al resto de las chicas y me clava sus ojos maquillados.

Me pongo en tensión durante un instante, recelosa ante su tono de voz y consciente ya de que su belleza se encuentra solo en la superficie.

Ella sonríe con suficiencia.

—Nos han dicho que estás casada. Y, según Jin, él es muy atractivo. —Arrastra las palabras para que Jin sienta su impacto.

—¡Yo no he dicho eso! —Jin respira hondo, sus mejillas enrojecen.

—¿Qué? ¿Qué, Jin? —Con la mano ahuecada contra la oreja, Aiko inclina el cuerpo para invadir el espacio de Jin. Su gesto juguetón tiene un filo mordaz—. ¿Estás diciendo que miento? ¿Que soy una mentirosa? Seguro que también nos has mentido al decir que está casada.

Jin baja la mirada frustrada. Frunce los labios con fuerza y niega con la cabeza.

—Gracias, Jin —digo con una sonrisa, intentando reducir el dominio que Aiko tiene sobre ella y distraer la atención de todas—. Yo también pienso que es atractivo. Y, sí, Jin ha dicho la verdad, estoy casada.

Funciona, todas las miradas apuntan hacia mí. Jin me echa un vistazo y aparta los ojos.

—Tampoco me la creo a ella. —Aiko se dirige a Chiyo como si lo hubieran estado discutiendo. Hablando sobre mí—. No es diferente de todas nosotras.

—Sí que estoy casada. —Sacudo la cabeza, confundida por ese giro.

Un alarido hace vibrar las paredes, seguido de los gritos de la directora para que Yoko empuje.

—Entonces ¿por qué estás aquí? —Aiko arenga a las demás—: ¿Tengo razón o no?

Quiero gritar. Me arden las mejillas. Estoy segura de que podrían competir con las de Jin.

—He venido para hacerme unas pruebas. Tuve una hemorragia, unas manchas en realidad, pero Eyako, la comadrona, pensó...

—No. —Chiyo resopla, sus ojos se pasean veloces entre Aiko y yo—. Quiere decir que por qué estás aquí.

—Ah, quizá lo ha engañado. Quizá no sea suyo. —Aiko tuerce los labios.

Antes de que pueda protestar, otro aullido apuñala la noche, más fuerte y más prolongado. Nos miramos entre nosotras con los ojos muy abiertos. Hay una larga pausa.

Entonces oímos el llanto de un bebé.

Me río. Es como una campana. Si le das un golpecito, obtendrás solo un tañido minúsculo. Pero golpéala con fuerza y recibirás un repiqueteo potente y resonante. Este bebé suena bien alto. «Aquí estoy». Exige la atención de todo el mundo.

Me cubro la sonrisa con las manos. De momento he olvidado las acusaciones y deseo salir corriendo para darle la bienvenida a esa pequeña vida nueva. ¿Podremos todas sostenerlo en brazos? Sería una distracción

agradable y una buena manera de practicar. Pienso en el día en que llegue mi bebé y en lo excitado que estará Hajime. Me lo imagino con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tiene los pulmones de su madre —digo, pero en esta ocasión nadie se ríe, ni siquiera Chiyo. Pierdo la sonrisa cuando mis ojos asimilan la expresión sombría de las chicas. Salvo Hatsu, ninguna de ellas me mira. Ya no esconde su tristeza. Está llorando. Se me pone la carne de gallina.

—¿Qué te pasa? —le pregunto a Hatsu inclinándome hacia delante. Me responde el silencio.

La calma nos envuelve.

Ladeo la cabeza para escuchar.

¿Por qué no llora el bebé?

Todas están paralizadas, contienen el aliento. Hatsu suspira. ¿Estará comiendo? Los pequeñines llegan al mundo con hambre. Un miedo afilado me sube por la espalda. El suelo chirría. Unos pasos rápidos ganan intensidad, luego se desvanecen. Otro chirrido, y a continuación un llanto suave. Que no procede del bebé.

Viene de su madre.

—¿Por qué llora Yoko? —pregunto en un susurro, pero mis entrañas están gritando: «¿Qué le ha pasado al bebé?! ¿Qué le ha pasado al bebé?!».

Unas voces amortiguadas rebotan en las paredes, les siguen unos pasos pesados. Busco respuestas en el rostro de cada una de las chicas. Jin estudia el suelo. Hatsu tiene la mirada perdida. Aiko y Chiyo se miran entre sí, y entonces, sin una palabra, todas se ponen en pie y se dirigen hacia la puerta.

—Espera. ¿Chiyo?

Ella vuelve la mirada mientras las demás salen en fila. Sus labios rojos se elevan en una mueca burlona.

—¿Qué te has creído, Naoko? ¿Que todas tenemos maridos atractivos a los que hemos engañado para que se casaran con nosotras? —Resopla y cierra la puerta a su espalda.

El corazón me late con fuerza contra el pecho. Me tiemblan las manos. Las lágrimas hacen que me escueza el rabillo de los ojos. No habrá querido decir... Debo de haberlo entendido mal. «Sí, por supuesto que lo he entendido mal». Pero todo en mi interior teme lo peor.

Me arrastro a cuatro patas hasta el muro divisorio, acerco la oreja y escucho. Intento oír al bebé. Necesito oír a ese bebé.

Intento oír su llanto por encima del de su madre.

Por encima del mío propio.

Veinticuatro

Japón, en la actualidad

Menos de una semana después de que Yoshio se pusiera en contacto conmigo para hablarme de la propiedad y del apellido de sus dueños, me subí a un Boeing 777 y puse rumbo a Oriente. El avión aceleró por la pista, despegó y a los pocos minutos estaba atravesando las nubes. Me preparé para las dieciséis horas de vuelo, pero en ningún momento logré relajarme.

Me dediqué a ver películas, seguir la ruta de la nave con la aplicación de a bordo y apoyarme contra la ventanilla para mirar el cielo. ¿Estaría mi padre ahí, observándome? ¿Le haría feliz mi viaje a Japón? Sabía que la manera en que había pagado por él no lo satisfaría.

La primera vez que mi padre apareció en casa al volante del Cadillac, mi madre no quedó convencida con aquella llamativa extravagancia; manifestó que era demasiado grande y caro. «Ya tenemos un coche seguro», dijo, pero papá alegó que aquella compra por valor de siete mil quinientos dólares, que General Motors promocionaba como la joya de su corona, era una buena inversión. Resultó que tenía razón.

Un Cadillac Eldorado Biarritz de 1958, descapotable y en un estado excelente de conservación, podía venderse por entre setenta mil y doscientos mil dólares entre los coleccionistas más serios. Yo me quedé en un punto intermedio. Fue más que suficiente para pagar el viaje y demás gastos, pero la culpa se me hacía prácticamente insoportable.

Cuando cargaron el preciado Cadillac de mi padre en el camión de plataforma y se lo llevaron, yo me quedé plantada en el camino de acceso a la casa y me puse a llorar. Acababa de vender la única cosa de valor que él me había legado.

Pero, al final, la posibilidad de rehabilitar la reputación de mi padre, mi recuerdo de él, mi confianza en todo lo que sabía y de comprender lo que había pasado valía mucho más.

Solo deseaba saber lo que podía esperar.

Yoshio seguía aguardando a que el registro del impuesto sobre bienes inmuebles revelara el nombre del dueño de la casa, pero había obtenido la dirección que le habían reasignado y me había prometido que viajaría a Zushi para intentar pactar una visita y una entrevista. Aunque me sentía agradecida por su ayuda, no me había hecho partícipe del número de la vivienda, y esa pequeña omisión tenía a la periodista que yo llevaba dentro en alerta máxima. Yoshio —un reportero acreditado por derecho propio— había entendido que, en el momento en que yo dispusiera de la información, él se quedaría fuera del asunto. Y, puesto que no me dedicaba a los artículos de interés humano o de estilo de vida, yo suponía que él se había olido que allí había una historia.

No habría sido la primera vez que Yoshio y yo íbamos detrás del mismo tema. Los dos habíamos perseguido una entrevista con el por entonces director general del OIEA^[3], pero fui yo quien la cerró. Cuando esta tuvo la atención internacional, Yoshio cambió de bando y escribió un artículo opuesto para desacreditar al mío que obtuvo idéntica repercusión.

No es que lo hubiera culpado por ello entonces o lo hiciera en ese momento. El periodismo es el juego de la información, y los dos lo jugábamos para ganarnos la vida. Además, solo le había dicho que aquella investigación era confidencial, pero no le había explicado por qué. Tenía planeado ofrecerle más detalles cuando nos reuniéramos para comer en Tokio. Solo necesitaba mostrarme sensata en la manera de dirigirme a él y con lo que le contara.

En algún lugar a mi espalda, un bebé se puso a llorar y, con un anuncio del piloto, se encendió la señal de abrocharse los cinturones. El descenso gradual hizo que se me taparan los oídos. Plegué mi bandeja, recogí mis cosas y levanté la cortina de la ventanilla.

El Aeropuerto Internacional de Narita estaba a una hora de Tokio, así que no hubo vistas impresionantes de la megalópolis ni, con aquel cielo brumoso, atisbo alguno del monte Fuji en el horizonte. Solo canales de agua serpenteantes, conjuntos de edificios y la característica colcha de retazos del terreno. Pero, en vez de la rejilla agrícola del Medio Oeste, aquello se parecía más a un campo de golf en expansión, con sus trampas de arena y sus obstáculos de agua. Me acerqué al cristal doble y entorné los ojos para enfocar la mirada. Los campos estaban sumergidos. Pensaba que la estación de lluvias había terminado... A medida que nos acercábamos a tierra, las piscinas naturales poco profundas y de fondo fangoso cobraron definición: eran arrozales. Una turbulencia me sacudió, me cogí al reposabrazos y me preparé para el aterrizaje.

Tras aquel largo viaje, y con las catorce horas de diferencia horaria, llegué a Japón exhausta. Entregué mi tarjeta de desembarque, el formulario sanitario y la declaración de aduanas, y me sumé a la larga cola para pasar por el control de pasaportes, donde me sacaron una foto, me tomaron dos huellas dactilares, me hicieron un escáner de iris y controlaron mi temperatura. Me sentí agradecida por el hecho de que mi red telefónica fuera compatible, pero frustrada porque la aplicación de navegación me dirigió hacia los trenes cuando, para llegar a mi hotel, que por conveniencia se encontraba en la zona del aeropuerto, tenía que tomar una lanzadera.

Una hora más tarde pasé al fin por la recepción del hotel, me tomé un somnífero y, en cuanto mi cabeza tocó la almohada, rogué por la llegada del más dulce de los alivios..., el sueño.

A la mañana siguiente me encontré a bordo de un tren Narita Express bastante lleno, pero entre lo espacioso de sus asientos, su interior immaculado y las hermosas vistas, no tardé en olvidar la frustración de aquella extensión del viaje. Sentada junto a una ventanilla, pude contemplar la riqueza del paisaje rural de la prefectura de Chiba mientras me dirigía hacia la metrópolis más poblada del mundo: Tokio.

La vía de alta velocidad atravesaba arrozales pantanosos y amplias hileras de color verde, bordeaba los límites de aldeas soñolientas que, según mi aplicación de viajes, estaban llenas de historia. En una había un molino de viento holandés rodeado de hectáreas de flores de temporada: era un regalo de los Países Bajos para celebrar cuatrocientos años de intercambio comercial. Otra era la ciudad escondida de los samuráis. ¿Se había detenido mi padre allí para ver las ruinas del castillo? ¿Anduvo por los senderos secretos y visitó las pocas casas que quedaban de aquellos que juraron protegerlo?

Cuando dejamos atrás el agua, el escenario pasó del verde rural al gris urbano, con edificios altos y estrechos que se peleaban por ocupar el mismo espacio. A través de la distorsión que creaba el cristal curvo del tren, me dieron la bienvenida con una reverencia de cintura para arriba. Me tenía por una persona viajada, pero no había visto nada comparable a Tokio, ni Chicago por tamaño, ni Nueva York por congestión.

El perfil de los rascacielos era espectacular.

Verifiqué mi parada en la pantalla, que estaba en cuatro idiomas; le eché un ojo a mi equipaje y me preparé para salir. Fuera, lo primero que me golpeó fue la humedad, seguido de la constatación de que mi padre había estado allí. Estaba adentrándome en sus historias, y en un mapa literal. En vez de marcar

las localizaciones con chinchetas para trazar su otra vida, había ido tras sus pasos. Sentí que se me ponía la carne de gallina.

El restaurante que Yoshio había elegido estaba a pocos minutos a pie de la estación, pero había llegado con tiempo para poder admirar las vistas. Como una verdadera turista, saqué varias fotos de la fachada de ladrillo rojo de la estación y de su corona dorada acabada en pico. Entonces volví a entrar y tomé varias más. Aunque hermosa, con su revestimiento de piedra y sus relieves decorativos, la arquitectura parecía europea. Era más propia de Italia o de Gran Bretaña que de la capital de Japón.

Los edificios ocupaban cada centímetro de terreno y la gente se amontonaba en cualquier espacio entre ellos. Había más máquinas expendedoras que árboles y, aunque la ciudad misma relucía inmaculada y libre de basura, el cielo estaba sembrado de vallas publicitarias. Me eché hacia atrás e intenté imaginar sus luces de neón durante la noche.

Había motivos para maravillarse por todas partes. Un pájaro electrónico gorjeó mientras cruzaba la calle. Me detuve y traté de localizar su origen. Unos adolescentes de vestimenta multicolor hicieron un gesto hacia el aparato que había encima de la pantalla del cruce peatonal y me sonrieron. Yo les devolví la sonrisa. No hizo falta traducción.

Los menús electrónicos ofrecían de todo, desde pasteles de pescado hasta tofu, y al pasar junto a los vendedores callejeros aprendí que no debía mirarlos durante demasiado rato y arriesgarme a sentir la obligación de probar su producto.

Esperaba que lo antiguo conviviera de algún modo con lo nuevo, como en Europa, donde el Coliseo y la Fontana di Trevi descansaban entre hoteles con encanto y tiendas *kitsch*. Allí, miraras donde mirases, el mundo moderno se codeaba con su pasado. Percibías la historia. La sentías en la piel. La respirabas en el aire.

Pero en Tokio, no.

Tokio brillaba como nuevo, como si acabara de salir de una tradicional casa de baños después de restregarse la historia de la piel.

Esperaba que mi visita pudiera hacer lo mismo con mi padre.

—Hola, ¿Tori? ¿Tori Kovač?

Giré sobre mis talones para encontrarme con Yoshio, que me saludaba con la mano justo delante de la puerta del restaurante. Pues claro que me había reconocido. Era difícil no hacerlo. Primero, llevaba mi equipaje, y además Tokio, como todo Japón, era casi exclusivamente japonés. Aunque mi piel no me hiciera sentir incómoda, por primera vez era extremadamente

consciente de ella. Me alisé los pantalones, de color gris, y me enderecé la camisa de manga corta. Hacía suficiente calor para llevar algo sin mangas, pero en Japón había que ir con los hombros cubiertos.

—Hola. ¿Yoshio?

Tenía el mismo aspecto que en la foto de su biografía. Cuarenta y tantos, la mandíbula cuadrada y una sonrisa amplia y confiada. Le ofrecí la mano, insegura, pero él la estrechó y a continuación puso la otra encima de ambas para estrecharla de nuevo.

—Por favor..., tengo una mesa reservada. —Abrió la puerta del restaurante para que pasara y me siguió hacia su interior—. ¿Has disfrutado del trayecto en tren por el campo?

—Es hermoso. —Abrí los ojos, intentando acostumbrarme a la iluminación atenuada—. Y no estaba tan abarrotado como esperaba —añadí aminorando la marcha para que él pudiera hacer de guía.

—Ah, sí, pero has venido en el tren rápido. Si hubieras tomado el suburbano en hora punta, la historia habría sido diferente. Hay tanta gente que contratan a los *oshiya*, los revisores de guantes blancos, para que metan a los pasajeros a empujones. —Hizo un gesto hacia una mesa baja de madera rodeada de cojines redondos de color rojo que estaba situada junto a la pared del fondo—. Lejos del sol y de los ruidos de la calle, para que podamos conversar tranquilamente.

Yo me sentía incómoda. Un montón de cosas dependían de esa conversación. Dejé el equipaje de mano a mi lado, junto a la pared, mientras Yoshio y la camarera hablaban en japonés.

—Por favor, ¿me permites que pida por ti? —preguntó Yoshio volviéndose hacia mí—. Te prometo que no te llevarás una decepción. Esta cocina tiene renombre mundial.

Me vino a la cabeza la muestra del vendedor callejero, la extraña textura que apenas había podido tragar, pero asentí y sonreí de todos modos, negándome a caer en el estereotipo caricaturesco del americano difícil. Había aprendido de otros viajes al extranjero. En Italia, cuando intenté expresar mis preferencias gastronómicas, un cocinero italiano bajito me dijo de manera categórica: «Te comerás lo que mamá te cocine». Y eso fue todo.

Después de que nos sirvieran el té y nos tomaran nota, nos enfrascamos en una charla trivial y educada. Él me preguntó si el hotel había satisfecho mis expectativas. Y yo, por mi parte, le pregunté cosas sobre su extraordinaria ciudad.

—¿Has visto los semáforos del cruce de Shibuya? —preguntó Yoshio—. Todos se ponen en rojo a la vez. En un instante, la gente se desparrama por la calle en todas direcciones como canicas que se hubieran caído de una bolsa.

Era consciente de que el tema de la casa de Zushi y sus propietarios debía esperar. Había leído que, en Japón, ese tipo de charla amable era el peaje para conseguir información, así que le seguí el juego y aguardé a que llegara mi momento.

—Ternera de Kobe con verduras sazonadas —anunció la camarera cuando vino con nuestra comida—. Por favor, Pruébela.

Tanto Yoshio como ella se quedaron atentos a mi reacción. Con un solo mordisco entendí todos los elogios. Abrí mucho los ojos mientras la carne se derretía sobre mi lengua y asentí, proporcionándole a la camarera la certeza que necesitaba antes de que pudiera dar media vuelta y marcharse.

Yoshio se rio y me dijo en un susurro, como si estuviera contándome un secreto:

—Este sabor tan delicado se debe al mimo con el que tratan a las vacas. Les dan de beber cerveza y reciben un masaje diario.

Yo también me reí, pero me estaba impacientando.

—Yoshio, no sé cómo agradecerte tu hospitalidad. Me siento muy emocionada de estar aquí y estoy ansiosa por avanzar en mi investigación. ¿Me dijiste que tenías noticias?

—Sí, las tengo. Aunque los municipios mantienen registros de la propiedad separados por motivos fiscales, he conseguido confirmar a quién pertenece la casa.

Me incliné hacia él.

—¿Son ellos? ¿Los Nakamura?

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Así es. El registro muestra que la familia Nakamura lleva muchas generaciones pagando los impuestos tanto de la casa como de la propiedad.

—Eso es fantástico, gracias. —Tenía que ser la familia de la mujer. «La he encontrado, papá».

—Tengo una foto, si quieres verla... —Abrió su mochila y sacó una fotografía.

Me empapé de ella. La casa, amplia, cuadrada, de un solo piso y tradicional, era a la vez simple y sofisticada, con su estructura vista de bambú, sus paredes de paneles blancos y su techo de tejas en gablete. Estaba situada en lo alto de una verde colina, pero se fundía con los elementos circundantes

como si fueran uno. Aquello era lo que yo esperaba de Japón: el exquisito encanto del Viejo Mundo y una elegancia atemporal.

—Guau. —No supe decir nada mejor.

Yoshio asintió satisfecho ante mi reacción, simplista en exceso; le echó un vistazo a mi taza de té, que estaba casi vacía, y la volvió a llenar mientras hablaba.

—Está construida en el estilo tradicional *sukiya*, conocido por su estética naturalista y sin pretensiones. La ausencia de ornamentos superficiales pone el acento en la autosuperación interior, mientras que la amplitud de sus aleros genera sombras llenas de paz en las que uno puede dedicarse a reflexionar. Las primeras casas de té fueron construidas siguiendo este diseño. ¿Ves la manera en que el techo y las tejas se curvan? —Hizo un gesto hacia la fotografía—. Es para confundir a los espíritus malignos.

—Porque estos siempre viajan en línea recta. —Me reí pese a que se me habían llenado los ojos de lágrimas—. Es una casa preciosa. —Y coincidía en todo detalle con la descripción que mi padre había hecho de ella en su historia del té.

—¿Puedes contarme algo sobre ese artículo que planeas escribir? Me comentaste que era sobre la historia de la casa, pero ¿has encontrado algo de interés en la familia Nakamura? —Me dedicó una sonrisa de labios fruncidos, que mantuvo durante unos instantes demasiado largos.

Se me erizó el vello de los brazos.

—¿Han accedido a la visita y la entrevista?

—¿No piensas contarme tus intenciones?

—¿No piensas contarme si la entrevista está cerrada? —Proyecté la barbilla hacia delante.

La fina sonrisa desapareció prácticamente por completo del rostro de Yoshio.

—Aunque hayas venido hasta aquí, lo siento, Tori, pero no creo que esa entrevista sea posible.

Se me cayó el alma a los pies, pero entonces me apresuré a decir:

—No lo entiendo. ¿Les preocupa que vaya a escribir sobre sus trapos sucios? Porque no lo haré.

—Esos son los artículos que sueles escribir.

—Escribo reportajes de base factual sobre grandes corporaciones.

—Que revelan los trapos sucios de los poderosos y sus actividades más controvertidas.

—Que informan a un público que tiene derecho a saber esas cosas. Igual que tú, Yoshio. —Eché los hombros hacia atrás, furiosa—. Así que, discúlpame, pero la verdad es que no lo entiendo. Pensaba que estabas intentando robarme la primicia... ¿y resulta que los estás protegiendo?

Se encogió de hombros con gesto displicente.

—Simplemente siento curiosidad por tus intenciones.

—Lo sabía —resoplé, exasperada—. Me estás evaluando porque sientes curiosidad y quieres saber si aquí hay una historia.

—Por supuesto. —Dejó los palillos a un lado, se secó con suavidad la boca con la servilleta caliente y se echó hacia atrás—. ¿La hay? —Enarcó una ceja.

Cambié las piernas de posición y le eché otro vistazo a la casa de la fotografía. Necesitaba la dirección, así que tendría que contarle algo sobre la historia de mi padre por más que no hubiera forma de anticipar su reacción ante un tema tan conflictivo.

—¿Y si te dijera que no planeo escribir ningún artículo sobre la casa o la familia?

—Entonces sentiría mucha curiosidad al respecto.

—¿Puedo hacerte antes una pregunta un tanto delicada? —Tras su asentimiento, respiré hondo y me pregunté por dónde comenzar. Tenía toda su atención. No quería desperdiciarla—. La ocupación americana terminó..., ¿cuándo?

—En 1952.

—Sí, en 1952. —Papá sirvió en la Marina entre 1954 y 1957, solo dos años después—. Por lo que he leído, hubo muchos matrimonios entre soldados americanos y mujeres japonesas, de los que nacieron numerosos niños. ¿Es correcto?

—Hubo algunos matrimonios, sí, pero no fueron comunes, y muchos de los bebés no sobrevivieron.

—¿No sobrevivieron? —Dejé caer los hombros—. ¿Por culpa de...?

—Las enfermedades, por un lado, y la falta de cuidados adecuados. —Yoshio bajó la voz y se inclinó hacia la mesa—. Tori, las mujeres en esa situación se encontraron solas en el mundo, fueron incapaces de ocuparse como era debido de sus hijos. La sociedad rechazaba tanto a la madre como a los niños. Recuerda que Japón está arraigado en una tradición muy antigua y que había pasado muy poco tiempo desde la guerra.

—Guerra o no, fue deplorable que las rechazaran, ¿no estás de acuerdo conmigo?

—Bastante. Pero convendrás también en que Estados Unidos no dio la bienvenida precisamente a las novias japonesas que sus jóvenes llevaron a casa cuando había transcurrido tan poco tiempo desde la guerra y la disolución de los campos de internamiento para japoneses.

Mi mente regresó de golpe a la historia de mi país: los artículos y las fotos de novias japonesas durante la guerra acusadas de haber atrapado a los soldados, y los japoestadounidenses que fueron obligados a abandonar sus hogares y sus negocios, y que fueron encarcelados como criminales. Renuncié a la silla de juez al percatarme de que mi país, igual que el suyo, no tenía derecho a sentarse en ella.

Yoshio asintió.

—¿Te das cuenta? No es un solo país o una sola cultura la que tiene la responsabilidad, sino que es cosa de una raza. La raza humana. Y unas heridas tan profundas como las de la guerra tardan más de una vida en curarse. Generaciones. Incluso ahora, en estos tiempos tan modernos, sería una situación difícil en Japón.

—Y, sin embargo, tantos bebés... —Sonreí ligeramente, buscando un tono más leve.

—Sí, sí, porque, como te he dicho, somos humanos, ¿no es así? Incluso con la guerra siempre está eso. —Soltó una pequeña carcajada.

Nos sonreímos, de nuevo en terreno común.

—Bueno —Yoshio se inclinó hacia mí—, ¿he pasado tu evaluación? ¿Me contarás ahora el propósito de esta historia? ¿Qué has averiguado acerca de esa familia?

Sus palabras se extendieron entre los dos y se quedaron ahí, colgando durante unos segundos.

—Yoshio, no hay historia. Al menos, no hay una historia que tenga planeado publicar. —Hice girar mi taza. La hice girar de nuevo—. Quiero esa entrevista por motivos personales. Por unos asuntos que pertenecen a mi familia. —Me arriesgué con aquel comentario tan vago—. ¿Lo comprendes?

El ceño de Yoshio se contrajo, y a continuación dejó caer la mirada como si reflexionara. Tras un instante, la posó en mis ojos y asintió.

—Sí, creo que sí. Gracias por compartir esto conmigo.

Sonreí, agradecida por no tener que explicarle nada más.

—Y, quién sabe..., quizá ver la casa y hablar con un miembro de esa familia sea suficiente para que mis preguntas obtengan respuesta sin tener que indagar en nada que les provoque vergüenza. Por eso es tan importante la entrevista.

Su rostro se ensombreció.

—Aunque me alegro de poder proporcionarte esta foto y la dirección, como ya he dicho antes la entrevista quizá no sea posible.

Se me detuvo el corazón.

—¿Se han negado?

—No. En esa casa no vive nadie a quien se le puedan hacer esas preguntas.

Me eché hacia atrás perpleja.

—¿Está vacía?

—Sí, según los vecinos, la casa lleva bastante tiempo vacía, aunque, como puedes ver en la foto, la propiedad está bien cuidada.

Miré el hermoso jardín de la imagen.

—Entonces ¿quién se ocupa de ella?

—Yo también me lo pregunté. Disculpa mi curiosidad, pero hice algunas indagaciones por mi cuenta. Encontré a varias familias Nakamura en la prefectura de Kanagawa, pero solo una tenía unas raíces generacionales tan profundas en Zushi. Es una familia dueña de una compañía bastante grande llamada NTC que está en Yokohama, cerca de allí. Aunque han ampliado a otros sectores, hicieron fortuna tratando con artículos diversos y té.

Bebí un sorbo del mío y entonces pregunté:

—¿Qué significa NTC?

—Nakamura Trading Company.

Abrí mucho los ojos y sofoqué una carcajada. «El rey de un amplísimo imperio comercial^[4]».

Sonreí a Yoshio embargada súbitamente por la emoción. Aquello no solo sonaba adecuado, sino que también era perfecto. Allí comenzaba la historia de mi padre. Papá me había dicho que «nada bueno ha salido nunca de una taza de té», pero eso mismo acababa de pasar.

Veinticinco

Japón, 1957

Me incorporo con un gemido agudo, asfixiada por la insistente luz de la mañana. Me aparto el pelo de la frente sudada y asimilo lo que me rodea. Una mesita, un cuadro *sumi-e* colgado al lado de la ventana y mi maleta a sus pies. El reconocimiento llega entre parpadeos. Estoy en la casa de maternidad Bambú, donde anoche nació un bebé.

Donde ese bebé podría haber muerto.

Los recuerdos me inundan, despiertan mi mente soñolienta. Las chicas. La pequeña y silenciosa Jin. Aiko, maliciosa pero arreglada a la moda. Hatsu, la de los ojos tristes. Y Chiyo, tan ruidosa y lanzada. Las palabras de esta última empapan mi piel: «¿Qué te has creído, Naoko? ¿Que todas tenemos maridos atractivos a los que hemos engañado para que se casaran con nosotras?». Me llevo las manos al vientre, a la pequeña hinchazón que ya ha comenzado a tomar forma.

Le echo un vistazo a la pared, ojalá pudiera traspasarla con la mirada. ¿Seguirá Yoko ahí? ¿Estará descansando? De momento, mi estancia aquí ha sido de todo menos relajada. Aguzo el oído, pero solo me llega el trajín de la casa desde el costado opuesto.

Nadie me ha despertado.

Me pongo una falda sencilla y una blusa y me doy prisa en prepararme. No tengo pensado quedarme aquí, así que vuelvo a meterlo todo en la bolsa y la dejo sobre la cama. Aún tengo que hablar con la directora Sato sobre las pruebas. Siento un nudo en el estómago porque no estoy segura de querer hacerlo.

Abro la puerta corredera y asomo la cabeza. Las voces proceden de la parte delantera de la casa. Doy cada uno de mis pasos en silencio pero con decisión. Estoy aquí para que me tranquilicen. Eso es todo. Entonces me marcharé a casa y regresaré junto a Hajime.

Hatsu está lavando los platos en la cocina mientras Aiko discute con la mujer que dirige la clínica. Solo Jin sigue comiendo. Levanta la mirada y le dedico una pequeña sonrisa.

—*Ohayō* —les digo a todas.

La directora Sato deja de prestar atención a Aiko y gira sobre sus talones. Lleva las gafas de montura metálica caídas sobre su nariz ancha y plana.

—Ah, te has perdido la comida de la mañana. No hay pescado, pero coge un cuenco y llénalo de miso. Has tenido suerte de que quede algo.

—¿Así que yo no puedo comer pero ella sí? —Aiko escupe las palabras indignada—. La que no colabora no come. Esa es la regla. —Pone una mano de uñas pintadas sobre la encimera y se inclina para desafiar a la directora. Su barriga queda colgando y eso hace que su espalda se bambolee ligeramente.

La directora Sato sacude un dedo regordete en el aire.

—Va a comer porque es nueva y está aprendiendo las reglas. Venga, Naoko. Coge el cuenco.

Obedezco mientras lanzo una mirada fugaz hacia Aiko, que se ha cruzado de brazos y observa cómo me sirvo la sopa de soja. Está aguada, demasiado líquida, pero el olor a fermento excita mis hambrientas papilas gustativas. Voy a sentarme delante de Jin e intento ignorar el bello ceño fruncido de Aiko.

—¿Y cuándo llegará el pago, Aiko? —La directora coloca las manos sobre sus pronunciadas caderas y desplaza el peso hacia la pierna que queda por detrás—. Tienes suerte de no estar en la calle, ¿eh? —Se vuelve hacia Hatsu, que está guardando los platos ya secos—. Ve a buscar a Chiyo y venid a ayudarme a limpiar la habitación de Yoko.

Enderezo la espalda de golpe. «¿Yoko se ha ido?»

—¡Chiyo! —Hatsu sale corriendo en su busca.

—¿Directora Sato? —Me tiembla la voz. Quiero preguntarle por la chica, por su bebé, pero en lugar de eso me concentro en el motivo por el que estoy aquí, para poder irme—. ¿Las pruebas?

Ella se vuelve mientras se seca las manos en el delantal y me mira con indiferencia.

—¿Qué pruebas?

La miro fijamente, incrédula.

—Hoy tenemos que hacer unas pruebas antes de que pueda irme a casa, ¿recuerda?

Le tiemblan los orificios nasales.

—Mañana.

—¿Mañana? Pero mi marido me espera esta noche. —Se me acelera el pulso. Soy consciente de que, si Hajime se ha retrasado, no me estará esperando en absoluto. Pero no puedo quedarme hasta mañana.

Ella niega con la cabeza y acalla mis palabras agitando las manos.

—Tengo que comentar eso de tu marido con tu abuela, y tú necesitas descansar. —Baja el mentón—. Mañana. Ahora come. —Da media vuelta y sale de la cocina.

¿Va a reunirse con la abuela? ¿Y qué ha querido decir con lo de «eso de tu marido»? ¿Qué hay que deliberar? Aiko aleja de mí el cuenco de miso. Subo la cabeza. Ella entorna los ojos maquillados hasta convertirlos en rendijas.

—La regla es que si no ayudas a preparar la comida no comes. —Levanta el cuenco y sorbe de él.

—Tú tampoco has ayudado. —Jin susurra esas palabras ligeras como una pluma.

Aiko y yo nos quedamos boquiabiertas. Jin mira fijamente su arroz, preparándose para la respuesta de Aiko.

—¿Lo ves? Sabía que tenías voz. Lástima que no sepas cuándo utilizarla. —Engulle más sopa y se inclina hacia el oído de Jin—. ¿Qué? ¿No tienes nada más que decir? ¿Se te han vuelto a olvidar las palabras?

Aiko me dedica una sonrisa burlona y vierte el resto de la sopa en el fregadero. Me quedo en silencio, pero no aparto la mirada. De repente, Aiko frunce el ceño y nos deja solas allí, en la mesa. Jin alza la vista y empuja su cuenco hacia mí.

Yo agito la mano a modo de protesta.

—No, Jin, no pasa nada. Puedo esperar.

Ella niega con la cabeza y lo empuja un poco más.

—No, ya tengo bastante.

—Yo ya he tenido bastante con Aiko —digo, y la hago reír.

—Está celosa porque tú tienes un marido y su novio está casado. —Hace un gesto hacia el cuenco—. Por favor...

Asiento, agradecida por su oferta, y la acepto. Mi estómago ruge mientras lo lleno. Reflexiono sobre las palabras de Jin y pienso cuáles han de ser las mías. Necesito saber qué ha pasado con el bebé. Oír cómo dicen en voz alta aquello que temo.

—¿Yoko está en otra habitación?

—Se ha ido.

Dejo de comer y me inclino hacia ella. Mi voz se convierte apenas en un susurro. Todo golpecito sobre una campana callada genera una respuesta.

—¿Y qué hay del bebé?

Ella se humedece los labios y baja mucho la cabeza.

—Ya no está.

—¿Ya no está? —Las palabras suenan vacías. Le doy otro golpecito a la campana—. ¿Quieres decir que...?

—Yo también quiero que mi bebé no esté.

Las palabras de *okaasan* inundan mi cabeza: «Tu abuela conoce a una comadrona que se encarga de esas cosas». Se me hace un nudo en el estómago. Esto no es una clínica de maternidad. Esto es una vivienda en la que esconden a las madres y se encargan de los bebés no deseados.

¿Qué ha hecho la abuela? ¿Qué le ha dicho a mi padre? ¿Lo sabe él? ¿Está de acuerdo? ¿Y qué hay de Satoshi? No, él sabía tanto como yo.

Se me escapa un susurro tembloroso y prolongado. Aquí, todas las chicas son jóvenes y solteras. Según las historias de Aiko y de Chiyo, ¿significa eso que también están embarazadas de niños mestizos? A esos niños se los menosprecia porque por sus venas no corre pura sangre japonesa. Eso hace que la mía se acelere y hierva.

«Pobre Yoko. Y ese pobre bebé...»

Mi atención se posa en el vientre hinchado de Jin. Si la ignorancia es la madre de la sospecha, ¿qué es la verdad cuando la confirma?

—¿Qué edad tienes, Jin?

Su mirada tímida se posa distraída en la mía.

—El mes pasado cumplí trece.

Se me cae el alma a los pies. No es mucho mayor que Kenji. Yo tengo casi dieciocho, son cinco años más, pero cinco años representan la diferencia entre la adolescencia y la edad adulta. Cinco años son toda una vida.

Inspiro y me obligo a preguntarle:

—¿Y el padre?

Aunque sus labios se mueven, de ellos no salen palabras. En su lugar, las mastica y niega con la cabeza. Sus ojos se desplazan hacia la nada.

Me deslizo sobre el asiento para acercarme más y me inclino hacia ella.

—Puedes confiar en mí, Jin.

—He dicho que no —responde de manera apenas inteligible. Sus dedos se abren y se cierran formando un puño—. Mis padres me siguen culpando incluso después de que se lo contara. —Se encoge de hombros—. Por eso he optado por el silencio. ¿Qué sentido tiene hablar si nadie te escucha?

—Yo te estoy escuchando. —Siento desprecio por la compasión en mi voz. Se encona en mi interior, amenaza con brotar.

Jin se queda mirando su barriga, como si leyera mis pensamientos. Su boca se crispa en una mueca.

—Mi madre dice que este bebé es mi castigo. No se rendirá. Nacerá para que tenga que mirar al menos una vez su cara burlona y pálida, y sus ojos de demonio.

Enderezo la espalda y hablo con autoridad:

—Él es un demonio por lo que te ha hecho, Jin, no porque sea extranjero. Y tu bebé es inocente.

Se le humedecen los ojos, pero de ellos no cae una sola lágrima.

—Tienes suerte, Naoko. Estás debidamente casada, así que tendrás un bebé de verdad. —Frunce el ceño—. Pero entonces ¿por qué estás aquí?

No le contesto porque no pienso quedarme en este lugar mucho tiempo.

La directora Sato ha salido y todo el mundo se aprovecha de su ausencia. Aiko le está arreglando el pelo a Chiyo en su habitación, parlotean sobre música y películas, mientras que Jin está sentada leyendo por su cuenta. Hatsu es la única que se ha puesto a hacer las tareas domésticas.

Yo planeo mi huida.

Al pasar junto a Hatsu, asiento y abro la puerta principal diciendo que necesito algo de aire fresco. Me pongo los zapatos, vuelvo la mirada hacia ella y salgo a la plataforma delantera de la casa. La brillante sonrisa del sol me lleva a entornar los ojos y a hacer una mueca. A una noche y una mañana tan lúgubres las ha seguido un bonito día.

Para no levantar sospechas, arranco un tallo de un matorral de hoja perenne y me pongo a caminar como si sintiera curiosidad por los jardines.

Voy dándole patadas a la hierba mientras me dirijo hacia el sendero que me trajo hasta aquí. El aire me hace cosquillas en la nariz, pero me aguanto el estornudo. Una mirada por encima del hombro me indica que mi actuación carece de público, así que avanzo hacia la salida.

Me voy a casa.

Juntos, Hajime y yo decidiremos la manera de dirigirnos a padre y ver qué hacemos con Kenji. La abuela es otra historia. Tengo algunas palabras sabias de mi propia cosecha que quiero compartir con ella.

La bolsa con mis cosas se ha quedado en la habitación, pero no la necesito. Todo es reemplazable. Este bebé, no. Acelero el paso mientras mi mente da vueltas a los últimos acontecimientos. La pregunta de Jin es una puñalada en su centro mismo: «¿Por qué estás aquí?». Eso explica la

confusión de la directora Sato cuando se encontró con Satoshi. El motivo por el que tiene que discutir la cuestión con la abuela. Pero ¿en qué cambiarán las cosas?

No pienso quedarme aquí para averiguarlo.

Me tuerzo el tobillo al dar un mal paso en el estrecho sendero, así que aminoro la marcha para ir con más cuidado. En lo alto, las ramas se estiran para que los árboles puedan darse la mano y conformar un dosel. Oculta por su sombra y lejos de la casa, por primera vez respiro más fácilmente. El puentecito debería estar algo más allá, y entonces quedará poco para la puerta.

Cuando bajo con cuidado por el terraplén, me resbala el pie y tengo que dar un saltito antes de sujetarme a una rama para no perder el equilibrio. El sonido del agua que corre llena el aire, y veo el puente.

Al cruzarlo, me asomo a mirar las carpas dragón para recuperar el aliento. Me da vueltas la cabeza. No soy una chica que viva en una caja. El mundo real me rodea por completo, veo cómo funciona, sé que hay injusticias. Incluso con mi familia. Está padre, un militar retirado de opiniones fuertes; *obaachan*, testaruda y atada a sus costumbres, y Taro, cegado por el nacionalismo.

Pero ¿y yo? Pese a todo, me he enamorado y casado con un americano, y llevo a su hijo dentro.

Quizá tenga mis propias ideas, como padre, pero mi corazón proviene de *okaasan*. De no ser así, ¿cómo podría habérselo entregado a Hajime? Mi pecho expulsa un suspiro lento y dolorido.

Tengo que salir de aquí.

Veo ante mí la alta cerca de bambú con ligaduras de color negro. Levanto el pasador de madera y empujo la puerta con la palma de la mano, pero no se mueve. Le doy otro empujón. Nada. Solo se bambolea para absorber mi peso.

Se me acelera el pulso. «¿Por qué no se abre?» Me pongo de lado y aprieto la cadera contra ella, pero está atascada y solo se curva un poco más. El pánico me atenaza. Estudio la altura de la cerca, luego su extensión. ¿Debería seguirla? ¿Tregar por encima de ella? Me cojo con ambas manos de la viga transversal del armazón de la puerta y la sacudo con fuerza, con la esperanza de que se abra y me deje libre.

—Eso no funcionará.

Giro sobre mis talones. Es Hatsu.

—¿Me has estado siguiendo?

Ella avanza hasta que puedo verla perfectamente.

—La directora Sato pasa el cerrojo por fuera cuando se marcha. —Avanza sin prisa hacia mí—. En general, las puertas se cierran por dentro.

Retrocedo, con los labios separados por la conmoción.

—Dice que es para mantener a los ocupantes ilegales fuera, pero todo el mundo sabe que es para tenernos aquí dentro hasta que reciba el pago completo.

Sin pensarlo, paso por su lado y comienzo a seguir la cerca de bambú, apartando las ramas para abrirme camino.

—Espera, Naoko, ¿adónde vas?

No pienso quedarme aquí.

—La cerca no puede rodear toda la propiedad, ¿no? —El suelo cruje bajo mis sandalias mientras los matorrales espinosos mordisquean mis pantorrillas.

Hatsu me sigue. Los cortes me pican, así que me detengo a rascarme mientras ella me alcanza. Cuando está pegada a mi espalda, continúo avanzando. Ella mantiene una mano en alto para protegerse las mejillas de los latigazos de las ramas. La maraña de matorrales se vuelve más densa con cada paso que damos.

Nos llegan voces desde el otro lado. Es gente que camina por la calle. El corazón me da un salto. Las dos nos detenemos y nos quedamos observando la cerca de bambú. Yo cierro un ojo y pego el otro a las cañas, intentando ver entre ellas. Son dos monjes. Mayores. Y uno lleva una larga túnica blanca.

—¿Hola? —digo procurando parecer serena—. ¿Hola? ¿Disculpe?

La charla se detiene. Hay unos murmullos, y entonces:

—¿Sí, hola?

—¿Hola? —Hatsu se acerca, pega el rostro al lado del mío—. ¿Puede decirnos si la cerca continúa hasta mucho más lejos? Estamos intentando seguirla.

—¿Para qué? —pregunta el monje.

—Para salir —contesto con la esperanza de que la salida esté más próxima de lo que pensábamos—. Queremos pasar al otro lado.

Una pausa precede a su voz seria:

—Hija mía, ya estáis en el otro lado.

Hatsu y yo nos miramos. ¿Qué significa eso? ¿Se marchan?

Golpeo la cerca con la mano.

—¡Un momento! ¡Por favor! ¿Disculpe?

—Olvidalo, Naoko. A menos que sea el hermano Daigan, esos monjes no nos ayudarán. Ni siquiera lo harán las monjas que trabajan y viven en la

comunidad contigua. Saben qué tipo de lugar es este, y mientras estemos dentro no pueden interferir. Esas son las normas.

Enderezo la espalda y hago frente a las palabras:

—¿Qué tipo de lugar es este, Hatsu? Dilo. Quiero oír cómo lo dices en voz alta.

Ella me estudia.

—La directora presta un servicio a aquellas chicas que han esperado demasiado tiempo para abortar. —Se encoge de hombros—. Es un negocio. Eso es todo.

Y, con eso, comienza a abrirse paso entre los matorrales para regresar por donde hemos venido.

Esta vez soy yo quien la sigue.

—Quiero a mi bebé, Hatsu.

Ella se vuelve de golpe y resopla.

—Yoko también quería a su bebé. Planeaba escaparse e ir al hogar antes de dar a luz para dejarlo en la escalera de entrada, pero se puso de parto antes de hora.

—¿Qué hogar?

Hatsu se separa un mechón de cabello de la frente y pone los ojos en blanco. Se vuelve, aparentemente cansada de mis preguntas.

—El hogar para niños mestizos. —Avanza de nuevo mientras va apartando ramas—. Está en Oiso. Hay una mujer que los acepta, creo. He oído que está masificado e infestado de enfermedades, así que ¿cómo puede ser eso mejor?

Camino levantando mucho los pies para evitar las cañas de las zarzas mientras mi mente da vueltas a sus palabras para otorgarles un sentido. Las ramas me muerden la mejilla y yo las retiro sin inmutarme.

—¿El bebé de Yoko era mestizo?

—Sí. Me he enterado de que era niño. Menudos pulmones tenía, ¿eh? —dice—. Lloraba muy fuerte.

Y entonces se quedó en silencio. Me detengo.

—Hatsu.

Ella se vuelve hacia mí, lo que me permite ver el dolor en su rostro enjuto. Sabe lo que voy a preguntarle. Lo que debo saber. Lo que debo oír.

Mi corazón suena con más fuerza que mis palabras.

—¿Qué le hizo la directora al bebé de Yoko?

Hatsu aprieta los labios.

Me acerco con los ojos clavados en ella.

—Dímelo.

Hatsu aparta la mirada e inspira profundamente.

—Les tapa la nariz.

La miro con fijeza, afligida, atrapada bajo el enorme peso de esa revelación.

—La directora Sato lo hace en cuanto nacen. Suele ser antes de que respiren por primera vez, pero ese era un luchador.

Me llevo la mano a la boca. Las lágrimas se agolpan a lo largo de mis pestañas. El espíritu solo entra en el cuerpo con el primer llanto de vida. El bebé de Yoko lloró. «Yo lo oí». Anunció su llegada a este universo. En mi mente se desarrolla la escena en la que el cuerpo del bebé se retuerce en vano mientras su madre observa cómo se asfixia.

La directora es un monstruo. «Un monstruo». ¿Y en qué convierte eso a *obaachan*? ¿Y a mi padre? Me pongo a jadear apoyada en la cerca, incapaz de recuperar el aliento. Cada uno de mis pensamientos es un grito de rabia y de tristeza. ¡Nadie va a tocar a mi bebé! Desde este momento, ya no tengo familia. Solo a Hajime. Solo a Kenji. Solo a esta criatura que llorará con pulmones poderosos.

Hatsu se acerca a mí, su voz suena firme pero distante.

—Es una mujer de negocios, Naoko. Saca provecho de chicas como nosotras proporcionándonos un lugar en el que ocultarnos para evitarles el deshonor y la vergüenza a nuestras familias. Y a quienes no pueden hacer frente a sus tarifas les cobra una sola vez. Por el parto y la eliminación.

«La eliminación».

La palabra es un cuchillo que perfora mi determinación. Las lágrimas van cayendo por su cuenta. Me limpio la nariz y resoplo.

—¿Por qué no lleva a los bebés a ese hogar que has mencionado? Tiene que haber pensado en ello como una opción mejor.

Hatsu frunce el ceño.

—¿A cuántos bebés enfermos crees que puede mantener ese hogar? ¿Y por qué? —Se pone en marcha de nuevo—. Nadie los quiere. ¿Dónde vivirán cuando se hagan mayores? Si es que llegan a mayores. Con tantos niños no deseados que lo único que hacen es pasar hambre o morir en la calle, la directora Sato cree que esto es más humano para la madre y para el hijo. —Sale del bosque y, al pisar el sendero principal, se vuelve hacia mí—. Y quizá lo sea.

Voy tras ella y niego con la cabeza.

—No es más humano.

No digo más. El instinto me dice que me abra paso entre el denso bosque que hay en el sentido opuesto, sin prestar atención a las espinas. Esta cerca tiene que acabarse en algún lado.

—Estoy casada, Hatsu. —Me tiembla la voz. Me aliso la tela sobre la pequeña hinchazón de mi vientre, arranco las ramitas que se han quedado prendidas—. Y mi marido me apoya. Tenemos nuestra propia casa, y queremos a este niño.

—Entonces ¿no vives con su familia? —Sus cejas se unen en una sola, se queda boquiabierta ante el error flagrante que he cometido al informarla de eso.

Su pregunta hace que me falte el aliento. Al casarse, la esposa se muda al hogar familiar de su marido. Por supuesto, eso con Hajime no es posible.

Los labios de Hatsu se curvan hasta formar una media sonrisa.

—Ese no era tu marido, ¿verdad?

Me limito a mirarla.

—Ven. —Me hace un gesto para que la acompañe, se vuelve dando un paso hacia delante—. Tengo que enseñarte algo.

Veintiséis

Japón, 1957

Camino fatigosamente y en silencio detrás de Hatsu, en dirección a la casa de maternidad, pero hace que la rodee. Avanzamos por un camino estrecho y descuidado que serpentea entre los árboles en sentido opuesto. Esta propiedad es interminable.

En la vida, el sabio construye su propio cielo mientras que el idiota se queja del infierno, pero yo creo que ambos son inevitables y temporales. El cielo no es un lugar para que tu espíritu futuro repose. El cielo consiste en encontrar la felicidad en tu situación actual. Asimismo, no hay candados en las puertas del infierno; el infierno es solo sufrimiento y únicamente durante un tiempo.

Pero hay un candado en la puerta que me mantiene atrapada aquí.

Con cada paso que damos, el bosque se vuelve más oscuro. Las ramas de los árboles ya no se dan la mano alegremente; se unen las unas a las otras para asfixiar la luz. Aunque no me toca el sol directo, el sudor forma gotitas que van a juntarse en mi cabello. Estoy cansada y quiero volver a casa. O mejor: quiero volver a mi hogar, junto a Hajime.

—Hatsu... —Me detengo y uso la parte posterior de la muñeca para secarme la frente—. Hatsu, espera.

Ella gira sobre sí misma, aguantándose la barriga de siete meses con una mano y sosteniendo con la otra un palo que ha encontrado y que usa como bastón. Una rama se parte a mi espalda. Las dos nos volvemos para mirar el camino.

Nada.

Un nuevo crujido asusta a un bulbul de orejas castañas, que nos regaña con un chillido.

Hatsu pone los ojos en blanco y suspira.

—Jin, ya sé que nos estás siguiendo. Te he visto salir de la casa. Ven aquí, la directora no tardará en volver. —Retoma la marcha.

Espero. En efecto, Jin aparece entre los arbustos. Nuestros ojos se encuentran y ella se encoge de hombros.

—¡Vamos! —grita Hatsu algo más allá.

Nos ponemos en marcha de nuevo. Un cosquilleo me recorre la espalda. Junto a la base de un árbol de gran tamaño descansa una estatuilla de Jizō, el monje budista conocido en vida por ayudar a los niños y que ahora, en espíritu, ayuda a sus almas. Se dice que los *mizuko*, los niños de agua —los mortinatos, los que sufren abortos naturales o provocados—, no pueden cruzar al otro lado por sí solos. El Jizō suele vestirse con ropa de niño, lleva un babero y una gorrita de color rojo brillante para demostrar la conexión que los une. Este no lleva nada.

Más adelante, Hatsu se detiene tras subir a un pequeño terraplén. Frente a ella hay un fulgor, y las sombras, alargadas y estrechas, caen en cascada a su espalda como si la luz las repeliera. Jin y yo ascendemos y nos plantamos a su lado. Una suave brisa nos refresca la piel, y a nuestros pies, en un campo abierto, unas enormes flores salvajes de color rojo decoran la hierba desprolija hasta donde alcanza mi vista. Es bello, pero engañoso.

Me protejo los ojos y los entorno para enfocar la mirada.

Los objetos rojos no son flores, después de todo. Son indicadores, como el que había junto al árbol: estatuas de Jizō vestidas de bebé.

Y hay centenares de ellas.

Las estatuillas de cemento con baberos y gorros de tela roja están por todas partes, sin un orden fijo. Algunas reposan en filas ordenadas; otras suben por el terraplén; otras se miran enfrentadas, juzgándose en silencio. Desde la boca del claro, la tierra sangra en rojo y yo me asomo al vientre preñado y abotargado de la muerte.

Hatsu dirige sus ojos apenados hacia Jin, y a continuación se encuentran con los míos.

—Este es su lugar de reposo. Sus cuerpos vienen aquí.

Hay tantos...

Las tres nos quedamos en silencio, mirando los diminutos indicadores, las tres cargando con nuestros propios bebés. Hatsu, con su barriga de siete meses. Jin, acercándose a los nueve. Y yo, en torno a los cuatro.

Mis lágrimas queman de rabia. Los orificios de mi nariz se dilatan con lo determinado de mi respiración.

—Mi bebé no acabará aquí, solo, esperando a cruzar.

—No. Los bebés mestizos, no. Al menos, no aquí. —Hatsu señala un enorme vergel de árboles pequeños y extraños. Baja por el terraplén y se

dirige hacia allí, poniendo cuidado al rodear las diminutas figuras de Jizō.

La seguimos. No puedo evitar dirigir la mirada hacia sus rostros de piedra al pasar. Son todos diferentes. Este monje tiene las mejillas regordetas y los ojos cerrados, está meditando. Aquel tiene cara de estar enojado. Otro frunce el ceño, triste, y un viento lejano ha hecho que se le tuerza el babero hacia un lado. Las caras de algunos están simplemente grabadas en pedruscos comunes y corrientes. No llevan capotas que mantengan su calor, y los baberos se cierran en torno a la parte superior y más estrecha.

El bosquecillo tiene sus propios secretos. Avanzamos entre los árboles. No se parecen a nada que haya visto antes. Al pasar, su corteza pelada de color gris oscuro y sus hojas como dedos puntiagudos se estiran para tocarnos. Algunos se encaraman hasta el cielo y descuellan en lo alto, pero la mayoría me rozan la cabeza.

—Son árboles foráneos de Occidente, igual que los bebés foráneos que descansan entre ellos. Aquí es donde vienen a yacer. Este es su paraíso. —Hatsu se detiene y señala un montoncito de tierra fresca justo al frente—. El bebé de Yoko.

Abro mucho los ojos al comprender. Giro sobre mis talones para contemplar el paisaje. Hay montículos dispersos por todas partes. Muchísimos. Sin estatuas de Jizō que los ayuden a cruzar. No se los respeta ni en la muerte.

Se han quedado sin nada que indique dónde están, solos y olvidados.

Me llevo la mano a la barriga como si quisiera tranquilizar a la pequeña alma que hay en su interior. No pasará ni un minuto atrapada y sola en la oscuridad. La directora Sato no va a condenar al espíritu de mi bebé a una eternidad infernal y sin reposo.

El llanto del bebé de Yoko llena mi cabeza. El sonido de su súbito silencio me rompe el corazón. Su espíritu, diminuto y atrapado, nos llama. Las lágrimas caen cálidas, una tras otra, de unos ojos que han visto demasiado.

Ya no lo aguanto más. Me dirijo como un huracán hacia la hierba alta y me pongo a buscar flores silvestres, que voy arrancando casi de raíz. Voy a marcar sus tumbas.

—¿Adónde vas? —me pregunta Hatsu.

—Yo no os olvido —les grito a los árboles, a las almas perdidas y al llanto que suena entre ellas—. Vais a cruzar. ¡Todos encontraréis la paz!

Las abejas a las que he molestado zumban junto a mis oídos, pero las aparto a manotazos y continúo buscando entre la hierba, arrancando flores y arriesgándome a que me piquen.

—Naoko. —Jin me llama, o quizá haya sido Hatsu.

Me dejo caer de rodillas, mis dedos se aferran a los haces de hierba, de flores y de maleza. Todo sale, todo se desgarran, todo se derrama. ¿Por qué tuvo que morir *okaasan*? ¿Por qué?

—¿Por qué?

Los gritos caen de mis labios temblorosos. Esto es demasiado.

En cuclillas, con los pies planos contra el suelo, me echo hacia atrás y tiro con más fuerza de una raíz obstinada. Rodeo su grueso tallo con ambas manos y me balanceo para hacer fuerza mientras grito frases a medias.

—Ya estoy harta. Esto es demasiado. —Afianzo las manos y vuelvo a tirar con más fuerza—. Solo quiero a Hajime. ¿Por qué, *haha*? —Otro tirón—. ¿Por qué?

La raíz se parte y la sacudida me hace caer. Mi espalda es lo primero que golpea contra el suelo, luego la cabeza, y me quedó ahí tendida, sollozando.

Mi puño aporrea la tierra una y otra vez, y luego hundo las uñas en ella. No puedo hacer nada más que llorar. *Haha*, el bebé de Yoko, todos estos niños. ¿Cómo ha podido la abuela mandarme a este sitio? ¿Cómo ha podido padre permitirlo? ¿Por qué no ha venido Hajime?

Alguien se sienta a mi lado y se pone a acariciarme el pelo. Levanto la cabeza y Hatsu me recoge entre sus brazos. Pego la cabeza a su vientre, ella sigue acariciándome el pelo y yo lloro.

Lloro por estos bebés. Por el mío. Por mí.

Pero esta será la última vez.

Ya no voy a llorar más.

Hatsu y Jin me ayudan a recoger ramilletes de flores silvestres para el bebé de Yoko. Encontramos una piedra y hacemos una colorida corona fúnebre para colocarla en la base del montículo. Antes he oído al niño llorar, y ahora oigo su espíritu. Logra cruzar gracias a nuestra estatua Jizō improvisada. Encuentra la paz.

—Espero que nunca te enfades conmigo. —Jin hace latigüear en el aire un largo tallo de corregüela. Una sonrisa oculta le da color a su tez.

Levanto los ojos sin dejar de arrancar hierbajos distraídamente y sofoco una carcajada. Hatsu sonríe y niega con la cabeza. Las tres estamos sentadas bajo un árbol gigante que no me resulta familiar. Es el más grande que hay en este prado.

Les hablo a Hatsu y a Jin de la muerte de mi madre, y de que me trajo su preciado *shiromuku* para que me lo pusiera el día de la boda. Aunque Hatsu sospecha que Satoshi no es mi marido, aún no estoy preparada para confirmárselo. Pero tampoco le digo que sea así. Que sigan creyendo que mi marido es japonés. La confianza súbita lleva al arrepentimiento repentino, así que soy cautelosa incluso entre esas nuevas y valiosas amistades.

—¿De dónde han salido todas las estatuas de Jizō? —le pregunto a Hatsu.

Ella deja la pequeña guirnalda que está entrelazando sobre su prominente barriga y se queda pensativa.

—O bien las envían las familias o la directora Sato les cobra por su compra.

—Pero no con estos bebés. A estos bebés se los olvida incluso en la muerte. —Miro hacia los montículos sin marcar.

—No, con estos bebés, no. —Hatsu se dedica de nuevo a su corona de flores—. Aunque sus familias manden dinero, la directora Sato no lo usa con ellas, para que sus espíritus permanezcan atrapados.

—Es un demonio hecho comadrona. —La rabia dirige mis palabras—. Jin, ya me has dicho que quieres que tu bebé se vaya, pero eso... —señalo su abdomen—, eso es un bebé vivo. Y, pese al dolor que haya rodeado su concepción, él es inocente. Quizá podríamos encontrar un orfanato. —Cambio de posición, me siento sobre mis rodillas y respiro hondo para cobrar impulso y armarme de valor—. Propongo que hagamos un pacto.

—¿Un pacto? —Hatsu entorna los ojos—. ¿Qué tipo de pacto?

Inspiro otra vez y miro a la una, luego a la otra.

—Primero, que nos aliemos para ser las guardianas de estos bebés mestizos y olvidados. Cada montículo necesita su estatua Jizō, aunque sea casera, para que cada uno de esos pequeños espíritus pueda cruzar. Que ni uno se quede atrapado o sea olvidado. Y segundo... —las cojo a las dos de la mano—, prometámonos custodiar a nuestros futuros bebés. Estaremos encargadas de su cuidado en la vida y en la muerte. Juremos aquí y ahora que los huesudos dedos de la directora Sato nunca detendrán su respiración ni dejarán sus espíritus a la espera. Que, si no podemos quedarnos con nuestros bebés o mantenerlos a salvo, debemos buscar al hermano Daigan, el monje guardián de los bebés, y dejar que se los lleve con honor y respeto a un hogar mejor.

Hatsu y Jin se miran dubitativas, pero entonces se cogen de la mano para que las tres formemos un círculo.

Hatsu aprieta la mía.

—Lo prometo.

—Yo también —dice Jin.

—Bien, entonces tenemos un pacto solemne. Ahora solo nos falta un plan de escape.

Por primera vez desde que perdí a *okaasan*, me siento con fuerzas y cuento con un renovado sentido del lugar al que debo dirigirme. No puedo cambiar el mundo en el que vivimos, pero, a través del ejemplo del valeroso corazón de *okaasan*, puedo cambiar unas pocas vidas.

Veintisiete

Japón, en la actualidad

Antes de despedirnos en el restaurante, Yoshio me dio la foto de la casa tradicional de Zushi junto a su nueva dirección. Intenté pagar la comida para agradecerse, pero no me lo permitió.

Mientras esperaba para subir al tren de la línea de Yokosuka, me di cuenta de que me sentía bastante optimista. Por fin estaba haciendo progresos. La casa estaba registrada a nombre de Nakamura, el mismo que aparecía en la traducción de la declaración jurada de matrimonio de mi padre, y aunque se encontraba vacía la habíamos hallado, y existía una gran posibilidad de que la Nakamura Trading Company de Yokohama, cuyos fundadores procedían de Zushi, fueran sus dueños.

Tenían que ser ellos. Una empresa de comercio internacional se adecuaba a la historia de papá.

Comprobé mi Japan Rail Pass y miré a mi alrededor en busca de alguna señal que me permitiera verificar que estaba en la cola correcta. Las emociones del día y los restos del *jet lag* hacían que moverse por esas estaciones tan congestionadas resultara mucho más confuso.

Como confuso era el empleado de guantes blancos que señalaba hacia los trenes que entraban y salían del andén. Pese a los guantes, no se trataba de uno de los encargados de empujar a la gente que Yoshio había descrito antes, y aunque papá me había hablado una vez de los empleados que dirigían ejercicios físicos en los andenes, aquel hombre no se estaba ejercitando. Aparte de mí, nadie le prestaba atención.

Estudié las extrañas luces led azules unidas al saliente que había por encima de su cabeza. ¿Serían cámaras que transmitían para un centro de control del tráfico?

—Son luces para evitar suicidios.

Giré sobre mis talones para encontrarme con un hombre joven, rubio y pecoso, de apenas veinte años. Llevaba ese corte de pelo al uno propio del

ejército. Hizo un gesto hacia el punto que yo había estado mirando.

—Esas luces, señorita. Se supone que sirven para apaciguar a la multitud y para evitar que la gente salte delante de los trenes.

—¿En serio? —Me alejé de la línea pintada en el suelo, la única barrera antes de la vía abierta que había a mis pies. Acababa de leer un artículo de denuncia sobre las luces led callejeras y el hecho de que duplicaban el riesgo de sufrir cáncer de piel. ¿Por qué pensaban en Japón que eran relajantes? Sonreí a medias, incrédula—. ¿Estás seguro?

—Para ser sinceros, no del todo. —Se encogió de hombros con una sonrisa avergonzada—. He llegado de Carolina del Norte esta semana y el colega que me han asignado, que está ahí... —Hizo una indicación hacia su amigo, que flirteaba con un grupo de chicas japonesas—. Bueno, quizá me esté tomando el pelo. —Le hicieron un gesto para que se acercara—. Bienvenida a Japón, supongo, ¿verdad? —Se rio y se fue al trote para reunirse con el grupo.

No era muy diferente de lo que imaginaba que debía de haber sido mi padre. Joven, quizá lejos de casa por primera vez y sediento de aventuras. Mientras observaba las risas y las actitudes del grupito, me imaginé a aquel joven algo mayor y casado, contándoles a sus hijos historias acerca de Japón y las chicas a las que allí conoció. Sonreí. Deseé que su historia tuviera un final feliz.

Esperé que la mía también lo tuviera.

Volví a mirar mi pase ferroviario y al empleado de las señales.

—Disculpe. —Me acerqué a él mientras me dirigía a mi cola—. ¿Es aquí donde debo esperar para la línea de Yokosuka?

—¿Yo-kas-ka? —me preguntó sin dejar de señalar.

Había estado pronunciando mal el nombre de la ciudad. La o era corta, y la u, muda.

—Sí. ¿Es esta la cola para el tren de Yo-kas-ka?

—*Hai*, Yokosuka. —Sonrió y asintió en dirección a mi cola.

Me había dado cuenta de que la mayoría de los japoneses entendían el inglés básico, pero pocos intentaban hablarlo. En su lugar, me encontraba con sonrisas, asentimientos y gestos de las manos. Regresé a mi cola confiada y busqué la web de la Nakamura Trading Company mientras esperaba.

En una página señalada como «Legado empresarial» se explicaba que la familia tenía un largo historial importando bienes manufacturados y exportando materias primas, pero que recientemente se había expandido hacia la industria. Su centro de distribución se encontraba cerca del puerto y la sede

de la compañía estaba en el distrito comercial Minato Mirai 21, a poca distancia a pie de la estación de Yokohama. Consideré la posibilidad de llamar y concertar una cita, pero entonces llegó mi tren.

Una masa humana brotó al abrirse las puertas. Hicimos zigzag entre ella y nos amontonamos en su interior. A diferencia del expreso sin paradas desde el aeropuerto de Narita, con sus asientos espaciosos y tapizados, la de Yokosuka era una línea de suburbanos normales. Desplegué uno de los asientos de plástico de la pared exterior, pero se lo ofrecí a un anciano que entró detrás de mí. Había señales que mostraban las normas con dibujos. No se podía fumar, comer ni hablar por teléfono, y los ancianos, los enfermos y las embarazadas tenían prioridad.

Me aferré a la correa por encima de mi cabeza, me incliné hacia mi propio brazo y capté la mirada curiosa de la mujer que tenía al lado, del hombre aplastado contra su espalda y de varios pasajeros más. Miré a mi alrededor y vi que todo el mundo menos yo estaba encarado hacia fuera, así que me volví. No había señales que hablaran de eso.

La línea de Yokosuka, construida hacía más de un siglo, atravesaba el flanco suroeste de la península de Miura siguiendo la bahía de Tokio. Tampoco es que pudiera ver nada de eso. Desde el pasillo interior no se veía más que gente y, puesto que tenía la mirada baja, lo único que vi fueron sus zapatos. Descubrí que yo era la única que llevaba sandalias.

Había planeado registrarme en el hotel de Zushi, descansar bien durante la noche y entonces decidir lo que hacía, pero cuando nos acercábamos a Yokohama, donde estaba la Nakamura Trading Company, cerré la mano en torno al asa de mi maleta y me encontré dirigiéndome hacia la salida.

Yokohama era la segunda ciudad más poblada de Japón, y su estación de tren era una urbe en sí misma. Tanto la entrada este como la oeste estaban conectadas con un distrito comercial subterráneo que contaba con varios niveles y que comunicaba con los rascacielos circundantes.

Una vez fuera, introduje la dirección de la Nakamura Trading Company en mi aplicación de navegación y me encaminé hacia allí. De haber concertado una entrevista habría preparado algunas preguntas, pero aquello no era más que una visita espontánea para conseguir información. Tenía un objetivo. Descubrir si la familia Nakamura que había fundado la Nakamura Trading Company era la misma familia dueña de la casa tradicional. Y, de ser así, preguntarles si estarían disponibles para un encuentro. En caso de que

Yoshio ya hubiera contactado con ellos, les explicaría que estábamos trabajando juntos.

Las ruedas de mi maleta retumbaban en el pavimento mientras avanzaba en dirección a la bahía de Tokio. Aquella era la zona industrializada más grande de Japón y, a medida que me acercaba al agua, el tufo a desarrollo — azufre y humos— saturó el aire. Aun así, allí donde miraras había carteles que anunciaban excursiones de pesca para turistas.

Era algo que había tratado en mi artículo sobre el accidente de la central nuclear de Fukushima. La manera en que, tras el terremoto y subsiguiente tsunami de 2011, los reactores dañados habían seguido filtrando cesio radiactivo al océano y habían destruido la industria pesquera de la zona. Y que, por ese motivo, la bahía de Tokio —antaño considerada demasiado contaminada para el comercio del marisco— estaba viviendo un resurgimiento.

Crucé otra calle concurrida y me sequé la frente. El corto paseo hasta el distrito financiero central resultó ser una caminata de treinta minutos bajo un sol implacable, pero, a la vuelta de la última esquina, la Yokohama Landmark Tower lo eclipsó. La cuarta construcción más alta de Japón albergaba un hotel de cinco estrellas, restaurantes y tiendas, y varias empresas, incluyendo la Nakamura Trading Company.

Aceleré el paso.

Mientras atravesaba el jardín de la plazoleta en dirección a la puerta espejada recordé el paseo junto a mi padre hacia la entrada del hospital, en Ohio. Cómo avanzamos el uno al lado del otro y nuestros reflejos exagerados saltaron hacia delante para darnos la bienvenida. Y, a medida que me acercaba, igual que la vez anterior, mi reflejo se redujo, aminoró la marcha y me encontré cara a cara con mi yo actual.

Solo que en esa ocasión estaba sola.

El vestíbulo abovedado se abría a un extenso centro comercial de cinco pisos, con columnas romanas y dos majestuosas escalinatas a lado y lado. La gente se movía afanosamente pero en silencio, y el gorjeo que producían las ruedas de mi equipaje de mano sobre el suelo de azulejos producía el efecto opuesto. Plegué el asa retráctil de la maleta y opté por cargar con ella hasta los ascensores. Según la información de la Landmark Tower, la Nakamura Trading Company estaba en el piso treinta y siete.

Entré, pulsé el 3 y el 7 en la pantalla digital e intenté calmar mis nervios mientras los pisos iban pasando. Existía la posibilidad de que la familia estuviera allí, y la verdad era que yo no estaba preparada.

Sabía por mi investigación que la cultura occidental se había filtrado en las tradiciones orientales y había removido las aguas después de la guerra. Que, tras la ocupación, los americanos representaban una curiosidad para la juventud y una abominación para sus mayores. Y que los bebés nacidos de mujeres japonesas y soldados americanos a menudo se abandonaban, tal y como me había contado Yoshio.

Pero ¿que mi padre abandonara a un bebé?

¿Papá?

Era un pensamiento horroroso. Una idea nauseabunda. No podía creer que fuera cierta, pero ¿y si la familia Nakamura sí lo creía? ¿Qué les iba a decir yo? ¿Que lo sentía? Tenía la carta con el arrepentimiento de mi padre y el dinero de la venta de su Cadillac, y, aunque necesitaba respuestas, yo no podía ofrecer ninguna.

Se me cayó el estómago a los pies cuando el ascensor comenzó a frenar, y a continuación abrió sus puertas.

Frente a mí, al otro lado del vestíbulo, había una pared de cristal esmerilado en la que estaba grabado el logo de la Nakamura Trading Company. El corazón me martilleó en el pecho al atravesar el pequeño recibidor. «Estoy aquí, voy a entrar. Deséame suerte, papá». Abrí la puerta.

Paredes blancas y desnudas, sillas tapizadas en rojo y un escritorio curvo con una jarra de descomunales flores blancas.

La recepcionista, vestida elegantemente con una blusa de color marfil y gafas de montura gruesa, sonrió al verme llegar.

—Hola. ¿Puedo ayudarla?

Inglés. Sonreí aliviada.

—Hola, no tengo una cita, pero esperaba poder hablar con alguien de la familia Nakamura.

Ella dirigió una mirada a mi equipaje.

—¿Desea abrir una cuenta con nosotros? Tenemos a varios comerciales disponibles. —Apoyó un dedo sobre su auricular como si se dispusiera a llamar a uno.

—No, gracias. En realidad quería hablar con algún miembro de la familia acerca de una casa tradicional de la que son propietarios. Bueno, creo que lo son. Está registrada a nombre de Nakamura, y esperaba que pudieran darme una información.

—¿Se dedica usted al negocio inmobiliario?

El corazón me dio un salto, ella ni parpadeó.

—De hecho, soy periodista. ¿Hay alguien de la familia Nakamura con quien pueda hablar? ¿O con quien pueda fijar una cita? —Me encontré mirando por encima de su hombro buscando a alguien en la oficina de la parte posterior.

—Me temo que el señor Nakamura se encuentra en viaje de negocios, y él es el único miembro de la familia fundadora. —Se subió las gafas.

«¿El único?»

—¿Sabe cuándo regresará? Solo necesito unos minutos de su tiempo. — Mantuve la sonrisa.

—Me alegraré de poder darle su información al señor Nakamura cuando regrese.

—Por supuesto. —No me lo iba a decir. Busqué una tarjeta de negocios en el bolsillo y se la entregué—. ¿Le importa si cojo un folleto de la compañía?

—Por favor... —Hizo un gesto hacia el aparador en el que se encontraban.

Cogí uno y lo miré por encima mientras regresaba hacia la puerta. En él se repetía parte de la información que había encontrado en la página web, pero incluía varias fotos de miembros de la familia que habían ostentado el título de presidente ejecutivo a lo largo de los años, como la del fundador original, un hombre llamado Kenji Nakamura, que actualmente ocupaba el cargo. Tendría unos sesenta años, un ligero matiz gris en la línea de su cabello. Aparecía un Taro Nakamura como su hermano y antiguo director ejecutivo. Cuando iba a preguntar si estaba disponible, reparé en las fechas de debajo del nombre. Había fallecido varios años atrás.

Me volví y sostuve el folleto en alto.

—Gracias de nuevo.

Después de registrarme en el hotel me fui caminando hasta la playa de Zushi, necesitaba dar una vuelta y pensar. La península de Miura, conocida por su amplia y escarpada costa, era hermosa, y Zushi no era una excepción. Puesto que la tarde estaba avanzada, la multitud de nadadores se había reducido, y solo quedaba un sarpullido de sombrillas de color rojo moteando la arena aún agitada. Me puse a charlar por teléfono con Yoshio mientras andaba descalza por las amplias olas que lamían la orilla.

Mi visita espontánea a la Nakamura Trading Company lo divirtió.

—Por eso adoro a los americanos: son siempre tan ingeniosos...

—Querrás decir impacientes. —Sonreí, consciente de que solo estaba siendo cortés.

—*Hai*. —Otra carcajada.

—¿Qué te parecería escribir un artículo sobre la NTC para el *Tokyo Times*? —Me detuve y hundí los dedos de los pies en la arena húmeda y gris. Aunque técnicamente era una playa volcánica, Zushi no tenía su característico color negro—. ¿Crees que podrías organizarlo?

—Pensaba que esto no era un artículo de verdad, sino un tema personal.

—Bueno, sí, es cierto. —Me cambié el teléfono de oreja y seguí caminando con ese tipo de paso lento con la mano metida en el bolsillo—. Esa parte es personal, pero he estado leyendo el folleto de la empresa y tiene una historia interesante. Sobrevivieron al gran terremoto de Kanto y de algún modo se las arreglaron para superar la depresión de la posguerra. Y el hijo mayor, Taro, se hizo cargo de la empresa a la muerte de su padre, pero falleció prematuramente y lo dejó todo en manos del hijo menor.

—¿El actual señor Nakamura?

—Sí, y aunque ahora tendrá sesenta y tantos, cuando tomó el control se convirtió en el director ejecutivo más joven de la historia de la NTC, y ha probado de sobra ser el más innovador. Así que ¿qué te parece?... ¿Se merecen una historia en el periódico?

—Creo que te sientes culpable por haberte presentado allí como un vaquero americano.

—Agradecida. Me siento agradecida porque, al presentarme allí como un vaquero americano, he podido confirmar que se trata de hecho de la misma familia. Además, les daría un motivo de verdad para devolvernos la llamada. Así que ¿qué tal si utilizas tu encanto japonés para sacarles una historia real?

—Sabía que me considerabas encantador.

Me detuve y me reí, dejando que el agua fresca me subiera por los pies. Parpadeé en dirección al sol poniente, bajo y soñoliento; decidí que yo también tenía sueño y me di la vuelta para regresar por donde había venido.

—Oh, caramba.

—¿Qué pasa?

Las colinas altas abrazaban la costa peninsular, las islas vírgenes moteaban el horizonte y, en la neblina gris rosácea del cielo vespertino, el monte Fuji flotaba majestuoso entre ellos.

—El monte Fuji.

—Ah, sí, el monte Fuji —dijo Yoshio—. Es de sabios subir a él, pero es de idiotas hacerlo dos veces.

—Y por eso adoro a los japoneses: son siempre tan profundos... —me burlé de él usando sus palabras de antes.

Yoshio se rio.

—En realidad, lo leí en una bolsita de té.

—Pues claro que sí —dije con una sonrisa.

Planeaba regresar al hotel, pero, después de colgar, me encontré sentada en la playa, observando cómo el sol dividía el cielo en capas de rosa y de rojo a través del océano inquieto. Yo estaba igual. ¿Habría estado allí mi padre? ¿Habría visto también eso? No había encontrado una imagen del monte Fuji entre sus fotos, pero tenía que asumir que así había sido.

Escarbé para extraer un pequeño trozo de madera que había traído la corriente y dibujé los caracteres kanji que significaban «Nakamura» en la arena. Eran los propietarios de la casa. Y, aunque no habíamos acordado una visita a la propiedad, no pensaba irme de Japón sin verla.

Tenía la dirección, así que iría en su busca por la mañana.

Veintiocho

Japón, 1957

Hatsu, Jin y yo estamos sentadas en los escalones de la plataforma que rodea la casa de maternidad para disfrutar del frescor de la brisa vespertina. El verano hace sus floreadas maletas con tonos de verde musgoso para prepararse para la inminente partida.

Nosotras hacemos lo mismo.

A salvo de oídos indiscretos, no hablamos de otra cosa. Pero yo me estoy impacientando.

Han pasado dos días desde que sellamos nuestro pacto para ayudar a los espíritus perdidos a cruzar haciéndoles estatuas Jizō. Dos días desde que nos prometimos tratar de localizar al hermano Daigan si no podemos quedarnos con nuestros bebés o mantenerlos a salvo. Dos días de comprobar el candado de la puerta y de recorrer los jardines en busca de vías de escape.

Han sido dos días más de lo que debería.

Hasta el momento hemos buscado en círculos. Dejo escapar un suspiro considerable. No lo puedo evitar. Tengo un peso en el corazón.

—¿Qué te pasa? —pregunta Hatsu dándome un pequeño codazo.

Miro por encima del hombro para asegurarme de que Aiko y Chiyo no pueden oírnos y me inclino hacia ella.

—Es solo que estamos inspeccionando los jardines varias veces al día y lo único que encontramos cada vez es más de lo mismo. Sabemos que hay un sendero delantero entre la puerta atrancada y la casa de maternidad, y otro trasero que conduce a donde esperan los espíritus de los bebés. Pero el resto es un bosque infinito rodeado por una cerca interminable.

—Es por eso por lo que seguimos buscando. —Hatsu baja la barbilla.

—Pero hay demasiado terreno por cubrir y demasiado poco tiempo para buscar. La directora solo sale a hacer recados rápidos, así que básicamente estamos cubriendo la misma zona. —Enderezo la espalda para ordenar mis

ideas—. Somos como tres monjes ciegos a los que les han pedido que describan un elefante. Su percepción es solo una fracción del todo.

Jin y Hatsu intercambian una mirada, y la segunda se cruza de brazos.

—Pero ¿qué más podemos hacer? No podemos salir caminando si la puerta está cerrada con llave.

De repente abro mucho los ojos. Me vibra el corazón. «¿Por qué no?»

Es como si me hubiera subido al lomo del elefante y pudiera ver lo evidente.

—¿Y si pudiéramos hacerlo? —pregunto mirando a la una y a la otra—. La forma más segura de salir es por donde entramos, ¿verdad? —Respiro hondo, excitada por la revelación—. ¡No hace falta encontrar otra salida, solo tenemos que encontrar la llave! Sabemos que la tiene en su habitación, ¿no es así?

Los ojos de Hatsu se agrandan, y acto seguido los vela la ansiedad.

—Pero ¿cómo? Si la llave está aquí, la directora también, y nunca se aleja demasiado. ¿Cuándo tendríamos la oportunidad?

—Tenemos que crear una. —La posibilidad hace que me maree—. Cuando estén dentro, las atraemos hacia el claro. Tú y Jin tenéis que provocar algún tipo de escándalo.

—¿Como qué? —pregunta Jin nerviosa mientras sus ojos salen disparados de mí hacia Hatsu.

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Fingid que os habéis hecho daño o que os estáis peleando, algo. Lo que sea. ¿A quién le importa? Provocad alguna distracción. Entonces yo entraré gritando como loca, pidiendo ayuda. —Estoy a punto de reírme, esto podría funcionar—. Cuando salgan, yo me quedo y busco la llave. Es fácil.

—Es arriesgado. —Hatsu niega con la cabeza.

—Aún es más arriesgado no intentarlo —digo con la espalda bien recta, decidida, esperando que mi columna vertebral tenga la fuerza necesaria para aguantar sus dudas—. Sé que la encontraré. Y entonces podremos marcharnos. No aguanto más tiempo aquí.

—¿«Más tiempo aquí»? ¿Qué son esos susurros, eh?

Nos volvemos sobresaltadas. La directora está en la puerta, nos mira con ojos recelosos bajo sus gafas de montura metálica. Un cigarrillo sin encender cuelga de su boca.

Finjo una sonrisa.

—Oh, estábamos hablando de nuestros amigos y familias, ¿verdad? —Me vuelvo hacia Hatsu y Jin, y hablo como si retomara una conversación previa —. Y, como decía, Kiko quizá no sepa que me he quedado «más tiempo aquí». —Levanto las cejas para animarlas a que participen.

Hatsu me sigue el juego.

—¿Kiko es tu hermana?

—Es como una hermana. Es mi amiga de infancia.

Satisfecha, la directora aprieta con el pulgar su encendedor de latón e inspira profundamente.

—O al menos lo era. —Mi barbilla se desploma, dejo de fingir—. En el funeral de mi madre seguía resentida y se negó a mirarme. Mi abuela diría que los amigos crecen en la prosperidad, pero que la adversidad los pone a prueba.

Hatsu, sentada en el medio, me golpea el hombro y hace lo mismo con el de Jin.

—Entonces somos las mejores amigas que pueda haber. Los tres monos.

Nos sonreímos. Así es como nos autodenominamos. Hatsu es la que se tapa los ojos apenados porque ha visto demasiado. Yo soy la que se cubre los oídos, acosada por el llanto de los espíritus infantiles. Y Jin es la silenciosa, la que habla en voz baja y con pocas palabras.

La directora se aclara la garganta junto a la puerta.

—Si os creéis esa tontería, sois tres monos estúpidos que intentan coger el reflejo de la luna. Llegasteis aquí solas y solas os iréis. —Reprime una carcajada llena de humo.

Me tapo los oídos.

—¿Ha dicho algo? Lo siento, no la oigo.

Hatsu se cubre los ojos.

—¿Quién ha dicho eso?

Jin se tapa la boca y se ríe.

La directora pone los ojos en blanco y lanza otra bocanada de humo.

Esperamos a que se vaya conversando sobre temas cotidianos.

—¿Echáis de menos la escuela? —pregunto.

—El club de matemáticas, no —dice Hatsu riéndose—. ¿Por qué son los padres quienes eligen nuestro club? Nos quedamos atrapadas ahí el resto de nuestra carrera escolar —continúa en voz baja—. Si mi bebé quisiera cambiar de club, me pelearía con los profesores para que se lo permitieran.

—¿Tú qué habrías escogido? —pregunta Jin.

—Hum... —Hatsu arruga la nariz—. Caligrafía..., no, danza. ¿Y tú?

Jin no contesta, se limita a encogerse de hombros y a mirar fijamente la hoja de hierba que está haciendo rodar entre su pulgar manchado y el índice. No se encuentra bien, y estoy segura de que la nube de humo tóxico de la directora no la ayuda.

—Yo estoy en el de danza —digo abanicando el aire, y añado en voz baja —: Quizá mi Pajarillo también será bailarín.

Hatsu endereza la espalda.

—¿Estudiaste el *nihon buyō*?

—Estudiamos varios estilos tradicionales, pero mi favorito era el *nō mai*. ¿Lo conoces? Las máscaras *mai* son mágicas. La madera tallada de *hinoki* permite que las luces y las sombras alteren la expresión.

En el interior, Aiko y Chiyo gritan su desacuerdo.

—¡Silencio! —grita la directora, que chasquea la lengua con una larga espiración de humo.

Yo sigo hablando.

—*Mai* significa «baile», pero solo comienzas con los movimientos después de haber estudiado.

—Os voy a encerrar a todas en vuestra habitación —rezonga la directora al oír que algo se rompe dentro de la casa—. Quizá tres días de castigo para todas, ¿eh? —Gira sobre sus talones para ir a regañar a las que están dentro.

El corazón me da un vuelco.

—Tenemos que comenzar nuestra interpretación antes de que cumpla con su amenaza. Por favor. Somos los tres monos sabios, ¿verdad? No actuemos como los tres monjes ciegos.

El pulso se me dispara. Asiento. Ellas lo hacen también.

—¡Bien, vamos! Antes de que perdamos la oportunidad —digo empujando el hombro de Hatsu, que coge a Jin del brazo y se la lleva corriendo al centro del claro.

Nos miramos fijamente.

—¿Que Jin se ha caído? —chillo esperando acicatearlas.

—Sí, Jin se ha caído. ¡Y se ha hecho daño! —grita Hatsu ahuecando las manos delante de la boca.

Hatsu le da un empujoncito en el brazo a Jin, que se la queda mirando. Al ver que no reacciona, Hatsu le da un codazo.

Las dos le hacemos gestos para que se deje caer. Cuando por fin lo hace, Hatsu está a punto de reírse, pero Jin lanza un chillido estridente y las dos la miramos sorprendidas.

Jin sonríe.

—¡Voy a buscar ayuda! —grito intentando no perder la inercia pero también no reírme. Les indico con la mano que no se detengan. Hatsu dice algo de sangre y huesos rotos mientras Jin se dobla sobre sí misma y finge estar herida con gritos falsos. Entre las dos están organizando un buen escándalo.

—¡Directora, venga rápido! —aúllo cuando entro en la casa a la carrera. Las encuentro en la cocina—. ¡Jin se ha hecho daño!

—¿Y ahora qué? —La directora levanta los brazos exasperada.

Aiko sonríe con suficiencia mientras seca el plato que le han obligado a limpiar. Chiyo se ríe y le pasa otro.

Yo señalo hacia la puerta.

—Se ha hecho daño y...

Otro grito lacerante de Jin. Este suena aún más alto. ¡Es una actriz impresionante! ¿Puede ser que estuviera en el club de teatro?

—¡Debe darse prisa, Hatsu ha dicho algo de sangre y huesos! ¡Le duele tanto que está echando fuego por la boca! —digo para no verme superada en mi interpretación.

Otro grito, pero este de Hatsu, hace que las tres se pongan en movimiento enseguida. Aiko, Chiyo y la directora salen corriendo hacia la puerta.

Yo me quedo atrás.

Mi corazón late con tanta fuerza que prácticamente ahoga el alboroto. En cuanto desaparecen de mi vista, entro disparada en la habitación de la directora para buscar la llave. Dos futones contiguos descansan centrados contra la pared del fondo. A lado y lado, unas mesitas les dan equilibrio. En la pared al frente cuelga un cuadro *sumi-e*.

Abro la puerta corredera del armario empotrado y miro dentro de él. Ropa de cama, ropa de vestir, cajas para objetos personales. Todo trasluce pulcritud y orden. Cuando meto la mano entre todo ello no encuentro ninguna llave.

Con el corazón desbocado, saco la cabeza y presto atención. Los gritos de Jin me hielan la sangre. La voz de la directora los iguala en volumen, pero no en tono.

¡Sus voces se acercan!

Miro a derecha e izquierda, clavo los ojos en la caja decorativa de una de las mesitas laterales. La abro y revuelvo su contenido. No hay llave.

Llega otro grito y el ladrido que le dirige la directora a Chiyo pidiéndole ayuda hace que mis movimientos se aceleren. Me arrodillo y palpo entre el futón y el tatami. Nada. Sus voces ganan volumen. El corazón me golpea contra las costillas. «¿Dónde, dónde, dónde?»

Me vuelvo, observando la habitación.

Algo brilla debajo de la caja en la que acabo de mirar, en el espacio que generan sus patas. La levanto y ahí está. Una llave.

—¡Naoko! —grita Jin.

Me pongo en pie de un salto y salgo de la habitación de la directora en el momento en que entran por la puerta.

Mis cejas se desmoronan. Jin llega con un brazo sobre los hombros de Chiyo y el otro sobre los de Hatsu. Aiko y la directora las empujan desde atrás.

—¿Qué pasa?

«¿Se ha hecho daño de verdad?»

Jin está encorvada, llorando y...

«Húmeda».

—¿Qué ha pasado? —pregunto con voz temblorosa mientras me acerco a ayudar. ¿Se ha enterado la directora de nuestro plan? ¿Ha atacado a la pobre Jin?

La directora ladra:

—Chiyo, ayuda a Jin a llegar a la parte de atrás. Aiko, ayúdame con estas dos para que no interfieran. —Coge a Hatsu del brazo y tira de él, lo que la hace perder el equilibrio.

Aiko me sujeta del brazo, pero yo me resisto y pido a gritos una respuesta:

—¿Qué ha pasado? ¡Decídmelo!

Aiko cierra los dedos alrededor de mi muñeca y tira de mí para que la siga. Me revuelvo, pero tropiezo con Hatsu mientras nos meten a empujones a las dos en mi habitación. Cierran la puerta con llave mientras tiramos de ella y la empujamos.

—¡Directora! —continúo gritando y aporreando la puerta, tirando de la manija. Entonces poso la mirada en Hatsu.

Ella se tumba doblada en el suelo, con las manos alrededor de su barriga de embarazada.

—¿Hatsu?

Se oyen unos pasos en el vestíbulo, y luego recorren apresuradamente la casa. La directora dicta sus órdenes. Es como mi primera noche aquí. Se me encoge el pecho. Jin llora en la habitación contigua. Otro grito.

—Hatsu, por favor, ¿qué ha pasado? —digo poniéndome en cuclillas.

Ella levanta la barbilla. Las lágrimas caen una detrás de la otra.

—Estábamos con nuestra interpretación, como habíamos dicho, pero Jin dejó de actuar. —Los ojos apenados de Hatsu se encuentran con los míos—.

Ha roto aguas, Naoko.

Mi corazón también se rompe.

—Hemos esperado demasiado tiempo. —La expresión de Hatsu se desmorona, se cubre la cara con las manos.

Me deslizo, dejándome caer a su lado. Me apoyo en su hombro, que tiembla con sus sollozos de frustración, y me tapo la boca para acallar los míos propios. «¿Qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer?»

Voy gateando hasta la pared y le grito a Jin:

—¡Estamos aquí contigo! Eres muy valiente, todo irá bien.

Hatsu se une a mí.

—¡Lo estás haciendo muy bien, Jin!

—¡Por favor, dejadnos ayudar! —suplicamos entre lágrimas—. ¡Por favor, dejadnos...!

—¡Callaos ahí dentro! —aúlla la directora, y le grita a Aiko que traiga más toallas.

Los chillidos de Jin vibran a través de la pared seguidos de los gritos de la directora para que no empuje. Algo va mal. Oímos llorar a Jin mientras la directora le explica lo que es venir de nalgas. Contenemos el aliento en silencio. Esperamos.

Los gritos crecen en intensidad. Escucho con los ojos muy abiertos, me descubro mirando fijamente el techo desnudo otra vez. Las cañas de bambú se entrelazan por encima de mí y cuento hasta dos docenas. Veintidós, veintitrés... Los gritos se aceleran incluso antes de que llegue a la última fila.

Cuando cae la noche, permanecemos sentadas en la oscuridad observando sus sombras frenéticas a través de la pared divisoria de papel de arroz. Es una interpretación perturbadora, que da más miedo que los demonios de las obras *nō*. Incluso al cerrar los ojos, sus siluetas permanecen.

Cuando la directora le dice que ha de empujar, le damos gracias al cielo y nos sumamos con nuestros ánimos.

—¡Puedes hacerlo, Jin! —gritamos—. ¡Todo irá bien!

Y al cabo de poco tiempo, cerca del empujón final, nuestras palabras de consuelo vuelven a transformarse en súplicas.

—¡Por favor, directora! ¡Deje que el bebé viva! Tenga piedad..., ¡podemos llevarlo al orfanato!

Jin chilla. Un último empujón.

El suelo chirría. Pasos rápidos que ganan intensidad, que se desvanecen. Otro chirrido del suelo y a continuación unos sollozos callados. No provienen ni del bebé ni de su madre.

Son nuestros.

Lloramos porque el bebé de Jin no ha llegado a hacerlo.

Mientras la luna pasa de puntillas por el cielo, el silencio se traga nuestras lágrimas. Los pasos apresurados cesan y se reanuda la sinfonía nocturna del canto de los insectos.

La casa se prepara para caer en el sueño.

Esta pesadilla me perseguirá para siempre.

—Jin —susurro sentada aún junto a la pared divisoria *shōji*—, ¿me oyes?

No responde.

—¡Jin! —¿Volverá a hablar algún día? Pego la palma de la mano contra la pared—. Jin, tu bebé cruzará con amor y calor. Hatsu y yo usaremos nuestra mejor ropa para vestir su estatua Jizō.

—Te lo prometemos. No nos olvidaremos —dice Hatsu a mi lado.

Las lágrimas corren por mis mejillas.

—Y no te olvidaremos nunca. Amigas para siempre. Somos los tres monos, ¿recuerdas?

La manita de Jin se posa sobre la mía al otro lado de la pared. Nos quedamos ahí sentadas, unidas, sin llegar a decirnos un millón de cosas. Entonces, tras una pausa, sus dedos y sus sombras alargadas se arrastran hacia la luz. Otra imagen que arderá en mi memoria.

Las lágrimas caen, pero, igual que Jin, rechazo su voz. En cambio, vacío mi expresión, igual que las máscaras encantadas de madera del *nō mai*. Nuestra obra no ha tenido un final feliz, solo un final. Paseo la mirada por la habitación, asfixiada por una emoción insoportable. Mesilla. Cuadro *sumi-e*. Mi maleta en la esquina. Continúo en la casa de maternidad Bambú. Donde ha nacido otro bebé.

«Donde ha muerto otro bebé».

El círculo se ha cerrado y da vueltas hasta marearme. Con un profundo suspiro y una nueva determinación, me vuelvo hacia Hatsu y rebusco en el bolsillo para sacar la llave.

Nuestras miradas se encuentran.

«Nos vamos».

Veintinueve

Japón, 1957

El sol atraviesa con lentitud el cielo vespertino, y la luna, impaciente, invade el mismo espacio. Mientras avanzo tambaleándome por el sendero desnivelado, ambos me guiñan el ojo a través del denso dosel verde de los árboles.

Hatsu está acabando sus tareas domésticas y yo he salido a pasear y a poner en orden mis pensamientos, a calmar los nervios y a reconstruir lo que ha pasado con Jin. Igual que Yoko, Jin no estaba aquí esta mañana. ¿Han venido sus padres a buscarla? ¿Han ayudado Aiko y Chiyo a la directora a trasladarla a otro lugar? No lo sabemos, y ellas no nos lo dicen. Ojalá me hubiera quedado despierta. En cambio, resbalé hacia el abismo y al despertar me encontré a Hatsu en el suelo, a mi lado, y la puerta abierta.

Puesto que tenemos la llave, planeamos marcharnos a primera hora. Pero hemos tenido encima el ojo vigilante de la directora cada vez que nos juntábamos. Y, cuando no estamos juntas, la mujer usa espías. Incluso ahora Chiyo me está siguiendo.

Pongo un pie sobre la pasarela desgastada por el clima y estiro un brazo para mantener el equilibrio.

—Hola, *Ganko*, pez testarudo, ¿te acuerdas de mí? —Dejo caer una rodaja de rollo dulce relleno de pasta de alubias. Un manchón amarillo y negro alborota el agua. El pez se pelea con los demás para garantizarse su parte y no desiste hasta vencer. Me gusta. Satoshi tenía razón. Esa carpa cebada y yo somos iguales: somos tenaces.

¿Se preguntará Satoshi por qué no he regresado? ¿Habrà querido averiguar mi paradero y la abuela lo habrá engañado de nuevo? ¿Habrà vuelto Hajime de los Estrechos de Taiwán para encontrarse con un destino similar? ¿O ese destino lo mantiene aún allí, retenido?

Froto las manos contra el bulto emergente en mi abdomen para tranquilizarlo. La directora dice que debería ser más grande, pero, a falta del

debido cuidado médico y con unas comidas tan exiguas, tengo suerte de que al menos esté creciendo. Mi bebé es de los que luchan. Y yo también.

Por lo general, cuando una mujer está preparada para dar a luz deja la casa de su marido y viaja de vuelta junto a su familia. Mi familia me ha enviado aquí. Me figuro que la abuela le dijo a padre que estaría mejor en una casa de maternidad. Supongo que omitió decirle de qué tipo. Él confiaría en la abuela, que como mujer sabe más de estas cosas. Ella ha creado una mentira que no solo tiene pies; le han salido unas alas escandalosas y ha volado más allá del alcance de mi perdón. Imaginar que mi padre pueda saber algo más es como la planta baja de un faro. La oscuridad.

Hatsu no puede volver a casa y sería arriesgado regresar a la aldea de los marginados. Con Hajime retenido, mi familia, al enterarse de mi huida, podría ir en mi busca y arrastrarnos a las dos de vuelta aquí. Me acuno la barriga y pienso palabras de consuelo: «No pasa nada, Pajarillo, yo te mantendré a salvo. El monasterio no nos rechazará».

Suspiro, consciente de que todas mis ansiedades no son más que lágrimas de gorrión. Algo pequeño comparado con el contexto general. Este bebé. El bebé de Hatsu. El pacto que hemos hecho. El pacto que cumpliremos.

Al bebé de Jin lo llamamos Minori, que significa «Verdad». Una de las muchas a las que tengo que hacer frente. Al marcharnos esta noche, Hatsu y yo no podremos cumplir la promesa que le hicimos a Jin. Al menos, no de inmediato. Juro ante el cielo que volveré para honrar mi palabra y cumplir con el espíritu de su bebé. No tendrá que esperar mucho tiempo.

—¿Ah? ¿Más? —Desmenuzo los últimos trocitos del rollo dulce y los lanzo sobre el remolino de la corriente. Entonces prosigo mi camino, prestando atención a los ruidosos pies de Chiyo, que me sigue a todas partes.

En muchos sentidos debo convertirme en algo parecido a estas carpas, tener la capacidad de adaptarme al agua. No debería esforzarme en seguir mi dirección. En lugar de eso, debería entrar en la espiral de la corriente y fluir lejos de su remolino. Así es como lograremos escapar.

Frente a mí se cierne la altura de la puerta, la misma que comprobamos a diario. El candado de la directora cuelga de ella, oxidado y torcido. Tiro de él y constato su firmeza. Continúa cerrado. Sonrío. No por mucho tiempo.

Hatsu guarda la llave. Una de las dos tiene que hacerlo, pero como medida de seguridad nos la vamos pasando.

Si la llevara conmigo ahora, ni la tentación de ser libre me llevaría a sacarla. No a expensas de Hatsu y de su bebé. ¿Cómo podría hacer algo así? Tenemos una oportunidad de marcharnos, y la vamos a aprovechar juntas.

Oigo a los monjes y las monjas que pasan caminando durante su salida diaria. Los mismos monjes y monjas que no intervendrán mientras estemos a este lado de la cerca, pero que estarán obligados a ayudarnos en cuanto la hayamos cruzado.

Cierro un ojo y abro mucho el otro para verlos a través de las altas cañas de bambú. Manchas marrones y de óxido. Me imagino que el hermano Daigan está entre ellos, con una túnica blanca, su rostro agradable y sus mejillas redondas se elevan en una sonrisa que hace que sus ojos se curven como dos lunas crecientes. Finjo que puede oír mis pensamientos secretos. «Aún no, hermano Daigan. No estoy preparada para entregar a mi bebé. Aún tengo una oportunidad para quedármelo. ¡Esta noche nos escaparemos!»

Solo tenemos que superar un obstáculo adicional. Las ratas espía de la directora. Aunque no son tan malas como los zorros de la abuela. Al menos, sabemos quiénes son y dónde están.

Como la semana que viene llegarán nuevas chicas a la casa de maternidad, la directora Sato ha permitido que Hatsu y yo compartamos mi habitación. No debería preocuparse por el espacio, porque después de que nos fuguemos lo habrá de sobra. La noche extiende su sombra, pero nosotras nos quedamos despiertas, tumbadas la una al lado de la otra, escuchando el ritmo de los grillos en los matorrales.

—Conozco las historias de todas —digo apenas en un susurro—. Que Aiko se enteró de que su novio ya tenía una familia y él la abandonó, que Chiyo se quedó embarazada a propósito solo para que él negara que el bebé era suyo, y que Jin sufrió un calvario. —Ladeo la cabeza para mirar a Hatsu—. Pero no conozco la tuya.

Ella contempla fijamente los haces de bambú en el techo con la fina manta remetida debajo de su mentón afilado. Su cabello se disemina en varias direcciones. Parpadea en silencio.

Inquieta, me muevo para cubrir mis pies desnudos.

—Satoshi, el chico que me acompañó hasta aquí, no es mi marido. Tenías razón al sospecharlo. —Enrosco los dedos de los pies, incómoda con el tema, pero le cuento mi historia con la esperanza de que ella me cuente la suya—. Aunque no intenté engañar a nadie voluntariamente. Solo es que fue más sencillo permitir la confusión.

—Entonces ¿en realidad no estás casada? —Gira la cabeza para encontrarse con mis ojos y suspira—. Casi deseaba que fuera verdad.

—No, sí que lo estoy. —Me pongo de lado, sosteniéndome sobre un codo—. Satoshi, el chico que vieron todas, era la pareja que eligió mi familia para mí. Es un hombre honorable, pero yo ya le había dado mi corazón a otro. —Una sonrisa suave me llena la cara—. Yo lo llamo Hajime, pero su verdadero nombre es Jimmy. Jimmy Kovač, un marinero americano. Ahora mismo su barco está en los Estrechos de Taiwán. No sabe dónde estoy, ni lo que ha pasado. Nos casamos antes de que se fuera. —Le cuento que mi madre me dio a elegir, la manera en que mi elección dividió a mi familia y cómo he acabado aquí.

Hatsu también se pone de lado para estar cara a cara y que nuestros susurros tengan que recorrer menos distancia.

—Pero ¿tu madre asistió a tu boda? ¿Estuvo allí de verdad?

—Fue una ceremonia tan mágica, Hatsu... —Le cuento los detalles y los revivo con cada palabra que digo. Que las linternas titilaban en los árboles como un millar de luciérnagas relucientes. Lo guapo que estaba Hajime con su uniforme blanco imaculado. Que la promesa de su amor, tantas veces expresada, me sustenta incluso ahora. Y le hablo también de la mañana siguiente, cuando le comenté la posibilidad de que fuéramos a tener un bebé.

—¿Y se sintió feliz? —Su barbilla se hunde, casi incrédula.

Mi sonrisa se hace más grande.

—Sí, sí. Aunque... —balanceo la cabeza de lado a lado— al principio se sorprendió.

Nos reímos.

Hatsu vuelve a rotar para tumbarse de espaldas y deja escapar un largo suspiro soñador.

—Tu bebé podrá contar una historia muy bonita sobre cómo vino al mundo. Una historia de deseo y de amor, con una boda hermosa. —Suspira de nuevo—. Ojalá mi bebé pudiera contar lo mismo.

Me humedezco los labios, sopesando si debería volver a preguntárselo, y al final me atrevo.

—¿Cuál es la historia de tu bebé, Hatsu?

Ella se muerde los labios, y a continuación los libera.

—Ya has visto que las historias de Chiyo y Aiko son similares. Incluso la de Yoko. Casi todo el mundo tiene la misma historia.

—Menos Jin —digo.

—Sí, menos Jin. —Su expresión se desinfla y se ensombrece—. Y menos la mía.

Me tapo la boca con la mano.

—Jin tuvo algo de suerte. Al menos, tuvo que enfrentarse a un solo demonio.

Se me cae el alma a los pies. La siguen mis lágrimas. Su humedad inunda las yemas de mis dedos y se filtra a través de ellos. Por eso acogió a Jin bajo su ala. La defendió. La cuidó como una madre. Yo no lo sabía. Yo no lo supuse. Yo no se lo pregunté.

—¿Lo ves? —Sus labios dibujan un mohín y sus palabras temblorosas han de esforzarse para atravesarlos—. Cuando mi hijo o hija pregunte a sus nuevos padres «¿Por qué me dieron en adopción?» o «¿De dónde vengo?», ellos no podrán contarle una historia de bodas de luces mágicas y amor prohibido. No podrán darle nada porque, con una historia tan terrible como la mía, nada tengo para dejarle.

—Le dejas la vida, Hatsu. —Me acerco a ella deslizándome, la rodeo con los brazos y susurro a través de las lágrimas—: Le dejas la vida.

Hatsu ha logrado conciliar el sueño. Sus pequeños ronquidos traquetean con cada respiración. Llevo horas escuchándola o pensando en sus palabras. Lo que ha dicho. Lo que no.

Una verdad tan desagradable.

En inglés, la palabra *violación* es fea. Pero la palabra, fea o no, casi siempre está ligada a una historia más grande.

Hatsu tiene razón. Tener una buena historia es una bendición. Por eso ahora Hatsu puede compartir la mía. Puede dejarle a su bebé una historia de amor con su boda mágica también.

Me cambio de lado y miro fijamente la pared mientras pienso en mi marido. Mi marido. Mis dedos tamborilean sobre mi barriga y provocan una agitación como de plumas en su interior. Es tan leve que, si no estuviera inmóvil como una estatua, me la perdería. Hajime se la está perdiendo. Yo me lo estoy perdiendo a él. Eso devora mis pensamientos. «¿Estará a salvo? ¿Pensará en mí? ¿Estará trabajando duro para regresar?»

Me estiro con un bostezo perezoso, intentando mantener mis cansados ojos abiertos, y giro sobre mí misma para encontrarme con que Hatsu está despierta, observándome. Su expresión pregunta si ha llegado la hora. Parpadeo, levanto la mirada y presto atención a la respuesta.

Mi corazón errático.

Los quemadores zumban, y hay unos golpecitos suaves e irregulares, como de guijarros minúsculos contra el herrumbroso techo de tejas. «¿Estará

lloviendo?» Respiro hondo para paladear el aire. Es húmedo y frío. Su sabor está contaminado por el queroseno, lo que significa que la directora Sato ha vuelto a dejar el pabito demasiado largo. Mis ojos regresan a Hatsu, y asiento. La casa está dormida.

Es el momento de que nosotras dejemos de estarlo.

Nos hemos vestido con distintas capas para alejar el frescor nocturno y para que nuestras bolsas sean ligeras y manejables. Hatsu lleva la llave.

—Vámonos —susurro.

Ella levanta su bolsa y avanza con cuidado. La tarima cruje perturbada. Hacemos una pausa para que se restablezca el ritmo normal de la noche antes de volver a intentarlo. Entonces, moviéndonos como un solo cuerpo, elevamos un pie y lo bajamos a la vez. Es pesado de hacer, pero así nos aseguramos de que no nos descubran. «La distancia hasta la puerta..., ¿siempre ha sido tan grande?» Cerca de la entrada, el suelo chirría bajo nuestro peso, amenaza con alertar a la directora y a sus espías.

Nos quedamos paralizadas con los ojos muy abiertos y prestamos atención.

Nadie se mueve.

Quizá sea una suerte que esté lloviendo. El suave golpeteo ayuda a esconder nuestras maniobras. Abro ligeramente la puerta de la casa. El corazón me martillea en el pecho. «Estamos tan cerca...» Ya en la plataforma, espero a que Hatsu pase y cierro la puerta con calculado cuidado. Resisto el impulso de salir corriendo.

Unos nubarrones ocultan la luna y buena parte de la luz de la que disponíamos. No había previsto que haría este tiempo y no tenemos linterna. El hombre que se deja sorprender está ya medio derrotado. Vigilo con cada paso que doy, consciente de que las vidas de nuestros bebés están en juego.

—Vamos —digo cogiendo a Hatsu de la mano. El suelo está resbaladizo y, con su prominente barriga por delante, su equilibrio ya es precario. La lluvia que cae sin cesar de unas nubes bajas se va acumulando sobre la hierba. Su humedad empapa nuestros dobladillos mientras cruzamos el claro velozmente en dirección al sendero.

Sobre nuestras cabezas, el dosel actúa como un paraguas y nos ofrece cierta protección del aguacero. Estiro el pie empapado con cada paso para comprobar el lugar donde lo voy a poner antes de comprometerme, pero allí donde el terreno se hunde han aparecido charcos. No puedo verlos y solo sé que están ahí después de pisarlos.

—Ten cuidado —advierto a Hatsu.

El aire muerde, me deja temblando pese a las varias capas que llevo puestas.

Con la lluvia, hacer este trayecto nos está costando el doble.

El pequeño terraplén que tenemos delante es lo que más me preocupa. La lluvia hará que esté resbaladizo. Dejo caer las bolsas para coger a Hatsu de la mano.

—Tú primero. Apóyate en mí.

Ella gira sobre sí misma, se sitúa de espaldas y da un paso hacia atrás. Su pierna se balancea en busca de un punto de apoyo estable. La lluvia cae con fuerza sobre mi espalda. Me chorrea cuello abajo y añade un frío punzante. Echo todo el peso del cuerpo hacia atrás para afianzarme. Hatsu da otro paso, introduce el pie en la tierra y se aleja un poco más, ya casi fuera de mi alcance.

—¡Oh! —Mi cabeza se inclina de golpe hacia atrás.

Hatsu chilla al soltarse repentinamente y se cae.

La directora Sato grita:

—Las dos estáis intentando escaparos, ¿eh? —Vuelve a tirarme del pelo, así que trastabillo sobre ella—. ¡Sabía que estabais tramando algo!

Agito las manos, tratando de librarme de las suyas.

—¿Sin pagarme? Ni hablar. —Me sacude, así que chillo.

—¡Corre, Hatsu! ¡Corre!

—¡Naoko!

—¡Corre! —grito de nuevo, y le doy un cachete a la directora, que tira de mí y me hace perder el equilibrio mientras la araño para liberarme.

La mujer me arrastra. Con cada trabajoso paso crece la distancia que me separa de la puerta. Golpeo y me debato incluso cuando me arranca el pelo de raíz, agradecida de que sea Hatsu quien tenga la llave, rogando por que pueda llegar hasta la puerta.

Pataleo. Grito. Muerdo.

—¡Ahhh! —La directora me suelta, se tambalea hacia atrás, dolorida, maldiciendo.

Me doy la vuelta rápidamente y corro con el sabor de su sangre en la boca. Es el sabor de una libertad que se me escapa. La mujer me pisa los talones, lanza rabiosos gritos de amenaza.

Mi corazón late como el de los conejos, así que me muevo como uno de ellos. Pasos rápidos y un único deseo. El exterior. No soy veloz, pero quizá pueda ganarle en astucia y esconderme. Me aparto del sendero que conozco y me adentro en el denso y frondoso bosque.

Las ramitas caídas se parten bajo mi peso. La hierba, alta y húmeda, azota mis pantorrillas. Me abro paso entre los matorrales de espinos y continúo avanzando. Voy cada vez más lejos, sumando distancia, hasta que sus gritos se desvanecen y yo siento el cansancio en los huesos.

Me detengo sin aliento, encorvada, a escuchar.

Impredecibles, las gotas caen de las ramas para aterrizar en el suelo del bosque. El modo en que van golpeando de hoja en hoja resulta casi musical, una progresión de acordes vacíos, chop-chop-chop, a los que sigue una pausa antes de que cambien de ritmo y de clave.

Pero eso es lo único que oigo.

No hay gritos distantes. No hay pasos cercanos. Nadie me ha seguido hasta aquí.

Pero ¿dónde es aquí? ¿Dónde está Hatsu? Rezo para que esté lejos y a salvo.

Parpadeo en la oscuridad y vuelvo la mirada hacia el camino por el que he venido. He corrido de manera errática, como una liebre acosada por los cazadores, yendo a izquierda y a derecha, quizá en círculos.

Me dejo caer al suelo y me abrazo las rodillas, he perdido todo sentido de la orientación y estoy perdiendo la esperanza. Las trampas me han herido las piernas. Unas líneas finas en relieve suben por mis pantorrillas y se inflaman como ronchas serpenteantes. Me pican. No me importa.

Escarbo en la tierra, estrujo el barro y las ramitas entre los dedos y me balanceo con suavidad. Voy a quedarme quieta, esperaré a que dejen de buscarme —si es que aún lo están haciendo— y me pondré en marcha al amanecer.

Nos hemos ido tan tarde que no puede faltar mucho para que llegue la mañana, aunque con este tiempo es difícil de decir. La lluvia gotea de mi cabello empapado y corre por mis mejillas. Se junta en mis pestañas, nubla mis ojos llenos de lágrimas. Los abro, los cierro..., los abro, los cierro. Los entorno, intentando enfocar la visión.

Cuando estoy acompañada es casi soportable, pero aquí, en la más negra de las noches y sola..., la pena y la ansiedad se vuelven inaguantables. Mi mente le da vueltas al pasado, recordando mis elecciones, las elecciones que otros tomaron por mí... Si hubiera elegido de manera diferente, ¿estaría *okaasan* aquí? ¿Estaría yo aquí? Pero entonces ¿qué sería de mi bebé?

Los recuerdos palpitan en mi cabeza. Siento una opresión en los músculos que rodean mi pecho, así que no puedo respirar hondo. En cambio, me centro en mis manos. En el palo que sostienen, cuya corteza arranco. Cuando queda

desnudo, lo tiro y cojo otro para comenzar a pelar sus muchas capas. Me imagino a Hatsu en el monasterio, entrando en calor, habiendo comido, atendida. La idea me llena el corazón y me da fuerza para aguantar la espera.

Minutos. Horas. Y entonces... las nubes de la mañana se salpican de rojo con el tan esperado bostezo de la luz.

Mi mente se esfuerza por acostumbrarse a lo que me rodea. ¿Qué fue aquello que le dije a Jin y a Hatsu? «Sabemos que hay un sendero delantero entre la puerta atrancada y la casa de maternidad, y otro trasero que conduce a donde esperan los espíritus de los bebés. Pero el resto es un bosque infinito rodeado por una cerca interminable».

Levanto la barbilla. Eso es.

Solo tengo que subirme de nuevo al elefante y hacer que avance en línea recta. Al final, acabaré encontrándome de nuevo con el sendero, o la cerca me impedirá el paso. Y, en cualquier caso, uno u otra me llevará hasta la puerta.

Apretando las manos embarradas contra los muslos empapados, me inclino hacia delante y me pongo en pie. Giro el cuerpo hacia la izquierda, luego hacia la derecha, luego en la dirección por la que vine hasta aquí. Un viaje de mil *ri*^[5] debe comenzar con un primer paso, así que ¿qué más da? Este sentido servirá. Un paso agarrotado al frente. Luego otro. Luego otro más.

Me abro camino con los brazos abiertos. Me topo con una raíz descubierta, me tambaleo sobre el barro y el musgo, pero no llego a caerme. Esto se repite una y otra vez. Bajo el dosel bañado por la lluvia y con esta ropa empapada, estoy en otro mundo. La tierra mojada me llena la nariz. El frío húmedo hace que me castañeteen los dientes. Y todo está en silencio. Salvo por las discusiones de las aves y algo más, algo familiar. Ladeo la cabeza.

«Agua».

¡La corriente! ¿Estoy tan cerca? Mi corazón da impulso a mis piernas agarrotadas para que aceleren el paso. Para que se muevan más deprisa. ¡Para que salgan de aquí! Dando zancadas por encima de los arbustos, rompiendo ramas menores de hojas aún húmedas, me dirijo veloz hacia el lugar donde el bosque aparece despejado y me encuentro con el riachuelo. Me adapto al agua, recordando su sentido. Sigo la espiral de la corriente para fluir lejos de su remolino. Y ahí está.

La pasarela roja. El sendero. Que dirige hasta... la puerta.

Me pongo a correr.

Corro por el sendero pedregoso de superficie desigual que serpentea a través del denso bosque. Corro hasta que avisto las doradas y alargadas cañas de bambú. Corro y golpeo con las palmas de las manos contra la viga transversal.

La puerta se hunde por el impacto, pero me echa hacia atrás.

La empujo de nuevo.

Otra vez.

Me inclino y miro a través de ella. Se me revuelve el estómago. Al otro lado cuelga un candado diferente y herrumbroso. La directora no está aquí. ¿Habrá ido en busca de Hatsu? ¿De mí? Quizá crea que me he marchado.

Mis emociones discurren salvajes. Al principio, calmas, en una incredulidad prolongada. ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Cómo se ha enterado la directora? A continuación, la rabia me desgarras con un chillido silencioso. Golpeo la puerta una y otra vez, hasta que giro sobre mis talones para encontrarme con la sonrisa ufana de Chiyo.

—Hola, Naoko.

Ahora entiendo cómo se enteró la directora. Por qué nos encontró tan rápidamente. Fuimos unas tontas al subestimarla.

Los espías y los zorros no son rivales para tan gigantesca rata.

Treinta

Japón, 1957-1958

En el plazo de un mes, el bosque ha cambiado de vestuario estacional, pasando del verano tardío al otoño. Los *momiji*, los arces, se han puesto rojos y llevan un abrigo de colores amarillo altanero y naranja quemado. Yo me conformo con un jersey gris de segunda mano que me dé calor. Sin el rostro del sol, la brisa sopla su frescor a través de estas paredes demasiado finas. Mi barriga de seis lunas, aunque pequeña, hace que me resulte incómodo cerrar este gastado chal. Eso y que le faltan dos de sus botones plateados.

Me incorporo y me masajeo el entrecejo. La habitación parece balancearse, así que vuelvo a tumbarme y cierro los ojos. No he estado bien desde la huida de Hatsu y mi captura. Los húmedos dedos de la lluvia se filtraron a través de mi piel y se cerraron alrededor de mi espíritu. Sus sacudidas hicieron que me castañetearan los dientes. La ordalía me ha costado la salud. Me estoy consumiendo desde la piel hasta los huesos.

Mis pulmones cansados dejan ir un suspiro trabajoso.

Sin Jin ni Hatsu, estoy completamente sola aquí.

Quizá lo esté en todas partes.

De lado, me enrosco sobre mí misma y acuno mi barriga. No he ganado el peso necesario y me duelen las extremidades por la falta de uso. La directora Sato me mantiene confinada en la cama y me da calor con un té especial para que recupere la salud. Le preocupa que pueda sufrir un aborto y perder por ello varios meses de honorarios.

A mí lo que me preocupa es mi bebé.

No he sabido nada de Hajime. Nada de mi familia. Nada sobre el estado de Hatsu, que está constantemente en mis oraciones. Sueño con *okaasan* y la llamo entre lágrimas. «*Haha*», grito. Pero nunca me responde, y yo despierto empapada en sudor frío y ardiendo de fiebre.

La cháchara y las carcajadas de Chiyo entran en mi habitación.

—Esta es Naoko, pero no te preocupes por ella. —Le escupe las palabras en un falso susurro a una chica a la que no he visto nunca—. Cree que está casada y que su marido vendrá a rescatarla. —Dice algo más, pero su risotada lo esconde.

La chica nueva me mira con curiosidad. Es todo ángulos, los pómulos elevados y una barbilla minúscula. Lleva el cabello largo recogido por detrás de sus orejas salidas, y la raya al medio hace que destaquen sus ojos inquisitivos y separados, del intenso color marrón de las bellotas. Su vientre es redondeado pero no está maduro. Sonríe con los labios cerrados.

Yo no. Es como si hubiera parpadeado y, salvo por Chiyo, todos los rostros familiares fueran otros.

—Ven. —Chiyo tira de su brazo y desaparece también.

Han transcurrido meses, y el clima desapacible y el follaje otoñal hibernan ahora bajo la fría mirada de enero. La temperatura ha bajado lo suficiente para enfriar mi aguada sangre con su aliento seco y nítido, y para helar el mío en un soplo solitario. Aquí, en la prefectura de Kanagawa, no suele nevar, pero el invierno te amodorra. Yo sigo amodorrada. Tumbada en la cama, despierto de la siesta con el deseo de descansar aún más. Llevo así una estación entera.

Me froto la cara con una mano, me la paso por el pelo. Lo acaricio para consolarme a mí misma. Se me llenan los ojos de lágrimas y hundo la cara en las manos. *Okaasan*. Hajime. «Alguien».

Morirse sería sencillo. Lo difícil es vivir.

La chica nueva viene a menudo de visita. Se llama Sora. A veces despierto y me la encuentro sentada a mi lado, y, aunque ahora soy como Jin, silenciosa y poco dada a conversar, ella me habla de todos modos. La escucho a través de la niebla, agradecida por su compañía y apenada por su historia, ahora familiar. Su soldado americano negó que el bebé fuera suyo y la acusó de acostarse con otros. Más tarde, ella descubrió que ya había tenido un bebé con su esposa. Otra ingenua.

Aiko, la del corazón cruel, dio a luz y se fue. Aunque me siento afligida por su bebé, no me entristeció verla marchar. Otras dos chicas vinieron y se fueron. Sora me cuenta sus historias, y esas historias son la misma. Una fue temeraria con la esperanza de enganchar a un marido y la otra fue cuidadosa pero no lo suficiente. Ninguna deseaba a su bebé. Y, estando tan débil, yo no pude ofrecerles otra opción. Es una carga pesada sobre mi alma.

¿Y qué hay de mi bebé? Recuerdo nuestro pacto, el que Jin, Hatsu y yo juramos para con las otras. Pienso en Hatsu, en su bebé a salvo en algún sitio, y en Jin, en el espíritu de su bebé, que espera para viajar sin peligro de vuelta a casa.

—¿Naoko? Naoko, despierta. —Es la directora Sato.

Mantengo los ojos cerrados con la esperanza de que se vaya. Los huesudos dedos de la muerte sacuden mi hombro, son los mismos dedos que pellizcan naricitas y excavan tumbas superficiales.

«Los mismos dedos que se extenderán hacia mi bebé».

Que se llevaron al de Jin.

—Naoko, despierta. He hecho más té. Puedes tomártelo en el *kotatsu*.

Su voz rechina en mis oídos. Afilada como el cristal pero transparente. Ella finge estar preocupada. Yo finjo dormir.

Vuelve a sacudirme. Esta vez, con fuerza. Agita los nervios de mis sentidos.

—Venga. Está calentito y listo para ti. ¿Acaso no suena bien?

Tener las piernas calientes debajo de la manta que envuelve la mesa del brasero sí que suena bien. Me doy la vuelta, rindiéndome.

—Ah, eso es. —Sus ojos son orbes sin alma detrás de una montura metálica. Se entornan con su sonrisa forzada.

La miro cuando se va, arrastrando su kimono de lana por el suelo con cada paso. Me incorporo, espero a que la habitación se quede quieta y reúno las fuerzas que necesito para darme impulso y ponerme en pie. Mi cerebro está moteado y borroso, y mis extremidades, débiles y doloridas.

Con movimientos lentos, me esfuerzo por llegar al *kotatsu* del salón. Sora está sentada frente a mí, sus pómulos altos y sonrosados. Me acerco mucho a la mesa, hasta que mi bebé choca contra su borde, y extendiendo la manta por mi regazo para que nos dé calor a los dos. Es cómodo y reconfortante estar ahí debajo, gracias al brasero. Estiro mis piernas de madera y agito los dedos de mis pies entumecidos para ayudar a la circulación del calor.

—Estás muy pálida, Naoko —susurra Sora—. Pareces un *yūrei*, un fantasma.

Lo soy, es verdad, salvo por el hecho de que sigo flotando aquí, entre dos mundos, sin encontrar alivio en ninguno. Es un estado desconcertante, a veces siento demasiado, y otras, demasiado poco.

La directora Sato pone el té sobre la mesa y lo sirve. Con una mano asegura la tapa y con la otra inclina la tetera para llenarme la taza. El vapor

dibuja una espiral que llena mi nariz con su aroma dulce y herboso. Me llevo la taza a los labios y soplo para enfriar el líquido.

—Bébetelo hasta la última gota, ¿sí? —La directora espera a que asienta y entonces desaparece para ir a ver cómo se encuentra Chiyo, que ya está de parto.

—Espera. —Sora levanta una mano cuando comienzo a beber—. Tengo que preguntarte algo. —Rodea la mesa para sentarse a mi lado, de modo que nuestras piernas pasan a pelearse por la misma pequeña porción de espacio.

Dejo la taza sobre la mesa, pero mantengo las manos a su alrededor para empaparlas de su calor.

Sora mira por encima del hombro hacia el cuarto trasero, donde la directora Sato está atendiendo a Chiyo. Ladea la cabeza para escuchar mejor, y entonces se inclina todavía más hacia mí.

—¿Es cierto que ayudaste a escapar a una chica? ¿Que quieres quedarte con tu bebé?

Eso capta mi atención. ¿La he oído bien? ¿Le he contestado?

—Naoko... —comienza a decir de nuevo con ojos suplicantes, solo que más lentamente—. ¿Aún quieres salvar a tu bebé?

Mi letárgico corazón comienza a latir un poco más rápido. Me paso la mano por el cabello enmarañado. Un cabello que llevo semanas sin peinar, o más. Parpadeo.

Sus dedos envuelven mi esquelética muñeca.

—Naoko, ¿confías en mí? ¿Acaso no he sido una amiga buena y fiel?

Asiento. Lo ha sido. ¿Quién más ha venido a sentarse al lado de mi cama? ¿Quién más me ha traído mantas extra o un trapo fresco para mi frente enfebrecida?

—Bien. —Los ojos de Sora brillan y danzan como tinta líquida—. Entonces nos vamos esta noche.

Sus palabras son como una descarga.

—¿Cómo? —Me atraganto con mi aliento, como si llevara tiempo sin hablar. ¿Es así? No lo recuerdo.

Sora se inclina aún más hacia mí.

—Sí. Es perfecto. El parto de Chiyo acaba de comenzar, cuando sea de noche absorberá toda la atención de la directora Sato y nosotras nos dejaremos absorber por la oscuridad.

«La puerta». Miro mis dedos nudosos y mis uñas finas como el papel, intentando centrarme.

—Hatsu se llevó la llave.

—Y yo he cogido la nueva. —Sora sonríe.

Frunzo el ceño al recordar.

—Llovía y estaba oscuro, y me perdí. Me encuentro demasiado débil.

—Naoko, fuiste como el ciego que viaja de noche con una lámpara. Él no la necesita para ver, pero la lleva encendida para que lo vean los demás. Tú sigues llevando esa linterna para el resto de nosotras, pero no la necesitaste nunca para saber la dirección que querías seguir.

Niego con la cabeza. «Historias, siempre historias».

—Su lámpara se ha apagado, Sora.

Igual que la mía. Igual que yo.

—Sí, tienes razón. —Estira el brazo y pone la otra mano sobre la mía—. ¿Y no ha sido una suerte que así fuera? ¿De qué otra manera habría dado contigo?

Estoy a punto de sonreír. Es todo lo que consigo hacer. Sora y yo somos amigas, en efecto.

—Por favor —dice ella—. Me da miedo intentarlo sola. Dime que nos iremos esta noche, y que vas a luchar por salvar a tu bebé de esa comadrona demoníaca.

«Comadrona demoníaca». La promesa que le hice a Pajarillo. El pacto con Hatsu y Jin. El espíritu de mi bebé se agita dentro de mí para despertar al mío. Levanto la cabeza y miro a Sora a los ojos.

—¿Sí? —me espolea ella.

Asiento.

Ella deja caer las cejas, que se funden en una.

—Entonces... no te bebas ese té.

Treinta y uno

Japón, en la actualidad

La primera búsqueda que realicé de casas tradicionales en Zushi me condujo a varias que se habían convertido en *ryokan*, posadas tradicionales japonesas. Todas parecían encantadoras. Una incluía un baño *hinoki*, una bañera hecha con madera de cedro blanco donde podías sumergirte en el agua humeante mezclada con reconfortantes aceites esenciales. Dos contaban con jardines muy elaborados, en los que había espejos de agua para rezar y meditar en silencio, y todos disponían de futones simples sobre tatamis y kimonos *yukata* personales. Ahí es donde me habría gustado quedarme, pero no pude. La culpa no me lo permitió.

Había vendido el Cadillac de mi padre para cubrir los gastos del viaje, no para permitirme lujos como si se tratara de unas vacaciones personales. Así que, en vez de una bonita posada tradicional, opté por el hotel cápsula Seijaku, más ajustado a mi presupuesto. *Seijaku* significa «silencio», pero el hotel tenía de todo menos eso. El clic de las puertas era constante, pues los huéspedes no hacían más que entrar y salir del espacio comunitario, el baño compartido y la habitación de los equipajes.

Los minúsculos receptáculos estaban contruidos alrededor de una cama individual alargada. Eran largos y estrechos, al menos de metro veinte de alto, apilados uno encima de otro en columnas dobles. Los ocupantes de la fila de arriba tenían que subir por una pequeña escalerita para poder entrar. Dentro había un televisor integrado en el techo con sus auriculares, un espejo, un único colgador, un enchufe y una luz encima de la cama. Eso era todo.

No era apto para gente con claustrofobia, para gente muy alta o gruesa, o para quienes desearan privacidad. Los receptáculos eran para un solo ocupante y había veinte en las habitaciones, que estaban separadas por género. Pero para mí seguía siendo mejor que una litera en un hostel. Tenía mi propio espacio y podía cerrar la persiana de bambú sobre la puerta transparente.

Era tarde, pero no podía dormir, así que me quedé tumbada de espaldas y estuve echando un vistazo a centenares de correos desatendidos mientras mis ideas corrían desenfrenadas. Me emocionaba que Yoshio hubiera encontrado la casa tradicional y hubiera descubierto que el apellido en el registro de la propiedad coincidía con el de la declaración jurada de matrimonio, pero ¿y si no estaban relacionados con la familia? Entonces ¿qué?

Ajusté la almohada y me apoyé en el codo, seleccioné varios correos para borrarlos y abrí uno del departamento de registros. Aunque el expediente militar de mi padre iba a llegar por correo ordinario, me había impacientado y había solicitado que me pusieran al día de la situación.

Gracias por enviar su solicitud al Centro Nacional de Registros de Personal. Atendemos aproximadamente veinte mil peticiones todas las semanas y, aunque el tiempo medio de respuesta es de seis a ocho semanas, es posible que experimente un mayor tiempo de respuesta debido al incendio que en 1973 destruyó unos dieciséis millones de expedientes militares del Centro Nacional de Registros de Personal, para los que desafortunadamente no existen duplicados. Aunque no podemos confirmar que los expedientes que ha solicitado se encuentren entre ellos, este correo es para alertarla de ese posible retraso en nuestra búsqueda. Gracias.

Me pellizqué el puente de la nariz y cerré los ojos. Si la compañía de Yokohama no era de la misma familia y el expediente de papá se había perdido, ¿qué me quedaría? La ansiedad recorrió mi interior como un gusano, excavó un túnel hasta mi mismo centro. ¿Y si había vendido el Cadillac de papá y había venido hasta Japón solo para ver una casa vacía?

Mientras repasaba el resto de los correos, me detuve en uno cuyo asunto decía «USS *Taussig*», y vi que debajo había numerosas respuestas más de los foros militares. Se me subió la sangre a la cabeza y me incorporé un poco más. Ya no recordaba que había dejado mi información de contacto en la web de reencuentros de la Marina.

El primero era de un miembro de la tripulación que había servido como electricista de interiores, pero que no se acordaba de mi padre. Me dio información sobre la reunión, pero comentó que la mayoría de la tripulación había fallecido o estaba demasiado mayor para viajar.

El siguiente era de una mujer cuyo marido trabajó en la sala de máquinas del USS *Taussig* durante el mismo período que papá. Él ya había fallecido, pero su cuñado también había servido allí, e iba a contactar con él.

Otra persona me decía que su padre había servido a bordo del *Taussig*, pero que ahora padecía alzhéimer. Le había mostrado las fotos que yo había compartido, pero no había obtenido ninguna reacción por su parte.

Había algunos más, pero todos contaban historias similares. Y entonces...

Querida Tori Kovač:

He encontrado el *post* en el que solicitabas información sobre el *Taussig* y algunos miembros de su tripulación, incluyendo a tu padre. Yo estuve a bordo del *Taussig* entre 1954 y 1957, realicé tres cruceros por Extremo Oriente. No recuerdo haber visto a tu padre y no reconozco los otros nombres que apuntas, pero entre que había trescientas almas a bordo y que han pasado más de cincuenta años me temo que la memoria me falla. No obstante, he sacado mis ejemplares de los libros de crucero y he encontrado una foto de tu padre en el listado. La adjunto aquí con la esperanza de que te ayude en tu búsqueda.

Atentamente,

Sal Dia

Abrí el adjunto. El nudo en mi garganta fue instantáneo.

Ahí estaba papá, plantado con su uniforme, en el centro de la imagen, con una media sonrisa. Sacaba pecho y tenía los hombros echados hacia atrás. Un joven y valiente soldado listo para enfrentarse al mundo. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Era una simple fotografía de grupo de la primera división de su anuario, pero no la había visto nunca. Fue como si, de algún modo, hubiera recuperado un fragmento de mi padre. Un fragmento que no me constaba que se hubiera perdido. En ese momento me golpeó descubrir lo mucho que lo echaba de menos.

Con la luz superior al máximo, me senté en mi habitación en miniatura y me puse a enviar correos de agradecimiento, abrumada por el hecho de que auténticos desconocidos, gente que ni siquiera recordaba a mi padre, se hubiera tomado la molestia de escribirme. ¿Y que alguien hubiera escarbado en sus recuerdos personales para adjuntarme una foto del libro de crucero del barco? Era algo tan simple y a la vez había generado un impacto tan enorme...

Era el empujoncito de esperanza que necesitaba para continuar con mi búsqueda. Miré la foto de mi padre. No iba a fallarle, ni a él ni a mí. Quería respuestas. Al día siguiente iba a visitar la casa tradicional, a preguntar a los vecinos y, si era necesario, prolongaría mi estancia para esperar a la persona que se encargaba de cuidar los jardines.

Quizá la casa estuviera vacía, pero mis manos no lo estarían cuando me fuera de Japón.

Me levanté con el sol y disfruté del desayuno gratuito, «equilibrado y saludable», no *omoi*, que significaba «pesado». Había pepinillos, tofu e incluso queso frito y delicias de pollo. Probé un poco de todo, pero me

atiborré de arroz. A continuación, guardé algunas cosas en el bolso, incluyendo la carta de mi padre, y dejé mis pertenencias en la consigna. Tenía la esperanza de que la vieja dirección del sobre pudiera solventar la barrera lingüística si me tropezaba con algún vecino. Al menos tendrían una idea general del motivo por el que yo estaba allí.

Tardé unos quince minutos en llegar a la estación de Zushi, pero solo porque me di prisa. Había dejado atrás a paso rápido a adolescentes que ofrecían sus tablas de surf en alquiler mientras iban camino de la playa, había serpenteado entre los vecinos que hacían sus compras en el mercado al aire libre y había rechazado con gestos a los comerciantes que intentaban atraer a turistas tan manifiestos como era yo. La línea de Yokosuka pasaba cada treinta minutos y quería coger el siguiente tren. Eché a trotar durante los últimos cien metros y llegué justo cuando este se aproximaba al andén.

Una vez a bordo, encontré un asiento vacío y me puse a revisar los puntos fuertes de mi destino según la aplicación de viajes del móvil. En Zushi estaba el templo Enmeiji, con su anciano arce rojo gigante. Enarqué las cejas. Aquel árbol contaba más de mil años. Antes pensaba que papá había sacado la foto de aquella novia tradicional en algún templo cercano a Tokio, pero, al sospechar que se trataba de su novia, tenía que considerar templos más próximos a la base y al hogar de la muchacha.

Taura estaba justamente entre ambos, y también tenía un árbol. El Yokosuka-shi Taura también era conocido como «el templo olvidado», porque el bosque se había adueñado de las puertas rojas que adornaban el sendero peatonal. Un zorro de piedra gigante esperaba al final del mismo como recompensa para aquellos que se atrevían a realizar la caminata. La aplicación hablaba de los centenares de estatuas de zorros que adornaban el bosque, pero no explicaba su razón de ser.

Marqué ambos lugares y levanté la mirada cuando el tren trazó una curva en torno a un recodo. Unos yates altos y elegantes se alineaban a lo largo del muelle, mientras que los veleros, más pequeños y coloridos, se balanceaban sobre las olas frente al puerto. A mi derecha, unos árboles copados se mecían en la brisa y, mientras continuábamos trazando ese amplio arco, entre sus ramas aparecieron unos tejados. En pocos minutos nos deslizamos hacia el interior de la estación de Higashi-Zushi, en el distrito de Numama.

Aunque el trayecto a través de Zushi había sido rápido, el paseo entre la estación de tren y el lugar donde se encontraba la casa tradicional iba a llevarme más tiempo. No me importó, porque los bosques circundantes eran

apacibles y cálidos, mientras que la brisa agitaba sus hojas como si estuvieran hechas de papel.

Papá había hecho ese camino alguna vez, y yo pensaba que su espíritu estaba conmigo en ese momento. Mientras me dirigía a aquella casa tradicional olvidada por el tiempo, me puse a recordar.

«Estuve a punto de dar media vuelta dos veces», me había dicho papá. Vestido de uniforme, iba jugueteando con su gorra, nervioso ante el encuentro con el padre de ella, el rey de un imperio mercante. A mí me ponía nerviosa la sola idea de ver la casa.

Cuando me acercaba a lo alto de la colina, me detuve tal y como imaginaba que papá había hecho, miré hacia arriba y entorné los ojos para protegerme del sol del final de la mañana. «Me dijo que la reconocería por sus tejas».

E, igual que mi padre, yo también la reconocí.

El sol calentaba el rocío matutino y una neblina blanca se elevaba por encima de las tejas curvas de arcilla y se deslizaba techo abajo como los pétalos del cerezo en flor que decorara una peineta. Con el sol a su espalda, la amplia estructura de paredes blancas parecía brillar. Había una elegancia callada, sutil, en la manera en que descansaba sobre la cima de la colina. Y, aunque la foto que Yoshio había tomado era deslumbrante, acercarse a ella en persona me provocó una sensación de irrealidad. En efecto, el tiempo allí se había detenido. Parecía sacada directamente de la historia de mi padre.

Después de que Yoshio hablara de su arquitectura, había estado investigando el estilo casa de té y su construcción me había parecido fascinante. No entendía cómo era posible que las paredes interiores de papel resistieran un uso cotidiano. ¿No se rasgaban? Pero aquel papel áspero y con texturas se obtenía de la morera, el mismo árbol en el que se encontraban los gusanos de seda, y era sorprendentemente fuerte. Y lo que lo hacía duradero era el enrejado que lo mantenía tenso. Deseaba tanto echar un vistazo a su interior... Un movimiento en el jardín lateral llamó mi atención.

Mis labios se separaron.

Una anciana estaba recolectando flores blancas entre el denso follaje. Estas desbordaban del cesto de bambú que llevaba colgado del brazo. Entorné los ojos para evitar el sol, me los protegí con la mano a modo de visera, pero no pude verla bien a causa del sombrero de ala ancha que llevaba. Había pensado que la casa estaba vacía.

¿Sería ella?

Solo había una manera de averiguarlo. Me alisé el pelo, me ajusté la chaqueta deportiva y, tras respirar hondo para tranquilizarme, me encaminé hacia la casa.

Treinta y dos

Japón, 1958

De nuevo en la cama, descanso con la barriga llena. Me he obligado a tragar los fideos *udon* que Sora me ha traído a hurtadillas. Necesito fuerzas si vamos a fugarnos esta noche. Hecha un ovillo, de lado, me muevo para encontrar una posición cómoda, pero no hay ninguna. La idea de salir de aquí me excita demasiado, tanto que hasta mi bebé se agita.

Mis pensamientos saltan entre Hajime, mi bebé y Sora, como un mono que se balanceara entre un árbol y el siguiente. Los tres monos. Hatsu, Jin y yo. Se me encoge el corazón. Sora podría ser el cuarto. En las viejas historias son cuatro. Se llama Shizaru y cruza los brazos para rechazar al demonio. A Sora le pegaría. Me ha sorprendido con su ayuda y el deseo de tener a su hijo. Ella impulsa la acción y el cielo impulsa la intención. Tiene que haber un propósito mayor en todo esto.

A menos que esté ciega... «¿No es lo que dijo la abuela?» No, no..., fue Kiko. Me lo gritó cuando le hablé de mi elección, de lo que estaba considerando. «Te ciega el amor y no puedes ver la realidad», dijo.

Mis párpados se abren y se cierran con pesadez. Se abren y se cierran. La pared está ahí y de repente ya no está. Me enrosco con más fuerza sobre mí misma y pienso en los ojos claros de Hajime y en las palabras con las que se despidió de mí. «Lo prometo —dijo—. Ahora y siempre».

«Siempre». ¿Lo dijo de verdad? No tardo en perderme en mis recuerdos. En mi amor. En un sueño sin sueños.

Es mejor ser ciega que perder la esperanza.

—¡Ayyyyyyyyy! —Los gritos de Chiyo sacuden la casa y perturban mi duermevela.

Parpadeo, no estoy despierta pero tampoco estoy dormida. Chiyo vuelve a gritar. Unos pasos pesados y otro grito.

Solo que esta vez procede de la directora.

—¡No empujes, Chiyo! Espera. Debes esperar.

Sora está en mi puerta.

—Naoko, tenemos que irnos ya. —Coge mi bolsa y la llena con ropa al azar. Parece frenética. Sus ojos están desorbitados y su respiración, acelerada.

—¿Ahora? —Me incorporo sobresaltada. Solo he cerrado los ojos un momento.

—¡Ayyyyyy! —Otro grito atraviesa la noche y tira de mí para que me ponga en pie. De acuerdo, sí, tenemos que irnos ya. «Pobre Chiyo». No, «pobre bebé de Chiyo». Intento avanzar, pero me tambaleo. La adrenalina vibra a través de mis venas soñolientas, hace que mis músculos aletargados actúen. Me echo hacia atrás el pelo, sudoroso y apelmazado, e intento mantener el equilibrio. Unas agujas afiladas se clavan en mi pie izquierdo, entumecido por haber dormido en una mala posición.

Sora se acerca a la puerta, se asoma al exterior y presta atención.

—Vístete. Ahora vuelvo.

Sacudo el pie para recobrar algo de tacto y me restriego los ojos para enfocar mejor. «¿De verdad está pasando esto?» Necesito pensar. Calcetines... Me pongo un segundo par, recordando la manera en que se me mojaron los pies la vez anterior, con Hatsu. Cojo un tercer par y me lo guardo en el bolsillo por si acaso. «¿Qué más?»

Giro sobre mis talones, hacia aquí y luego hacia allá. Me pongo una enagua de algodón adicional para tener otra capa debajo de la larga falda occidental, del jersey que ya no puede con mi barriga y se levanta, y del suéter gris de segunda mano para mantener el calor en los brazos. No necesitaré la bolsa si sigo echándome ropa por encima. Incluso me cubro la cabeza, no estoy dispuesta a jugármela. Quién sabe lo que podría pasar, y esta vez hace un frío glacial.

Los gritos de Chiyo se han transformado en sollozos. Le está suplicando a la directora:

—¡Haga algo, por favor, haga algo!

Hay otro alarido, y un nuevo ir de aquí para allá de la directora y las demás chicas. Yo permanezco exhausta en medio de mi habitación, mis ojos vuelan en todas direcciones. «Ah, la lámpara». Cojo las cerillas de la mesa y me las guardo en el bolsillo.

Sora vuelve a entrar corriendo.

—Le he dicho a la directora que estás enferma, que voy a hacerte un té y me quedará contigo toda la noche. —Sus cejas se unen cuando ve mi

vestimenta—. ¿Qué te has puesto?

—Todo —digo.

—Vale, bien. Vámonos.

Sora vuelve a asomar la cabeza al exterior y me hace señales para que la siga. Enhebro el brazo por la manga del abrigo, cojo la lámpara por el asa y avanzo tambaleándome tras ella, con el cuerpo torcido. Unos pasos pesados golpean el suelo y nos quedamos paralizadas. Un segundo, dos..., pero no aparece nadie. Los gritos de Chiyo enmascaran los pasos que nos faltan para llegar hasta la puerta.

—Sal —susurra Sora abriéndola.

No miro hacia atrás.

Con mi bolsa en la mano, ella pasa por mi lado y toma la delantera. La luna está alta y proyecta largas sombras argénteas. Las abrazamos y nos escabullimos por el claro tan rápidamente como me lo permiten mis piernas infrautilizadas. La escarcha ha cuajado y el frágil terreno cruje bajo nuestros pasos.

—Venga, date prisa —dice Sora por encima del hombro mientras nos acercamos al pequeño sendero. Como si fuera un dragón echando humo, una nube blanca de aire helado brota con sus palabras—. Ten cuidado.

Obligo a mis piernas cansadas a ir más veloces. Se me baja la bufanda, mi cara queda expuesta y lanzo mi propio aliento de dragón por el esfuerzo. Sobre nuestras cabezas, el denso dosel de ramas desnudas toma la luz de la luna y la exprime, permite que se filtren apenas algunos destellos.

Sostengo la lámpara mientras Sora busca las cerillas en mi bolsillo. La pongo en posición.

Hay un fogonazo de chispas, y entonces aparece una llamita firme que prende el pabilo con facilidad. Una sacudida rápida de la mano y apaga la cerilla.

Sora coge la linterna con una mano, mi bolsa semivacía en la otra, y lidera nuestro avance. La luz rebota sobre el sendero para iluminar nuestro camino. Me muevo con cuidado sobre la superficie irregular, mis pasos son lentos y parejos. El frío aire nocturno nos lanza mordiscos feroces, pero soy un fardo de ropa y la esperanza me da calor momentáneamente.

«Me estoy yendo».

Sin lluvia es más fácil lidiar con la inclinación del terraplén. Mi bolsa cae al fondo y sostengo la lámpara mientras Sora baja por él. El farol se mece por el asa y su haz amarillento se balancea cubriendo el lugar de manera desigual.

—De acuerdo, ¿lista? —Sora levanta los brazos como si fuera a cogerme en el aire y el recuerdo del tirón de pelo de la directora atraviesa mi mente como un fogonazo. Hatsu. La manera en que cayó.

Me pongo de espaldas y comienzo a descender, balanceo la pierna hasta encontrar un punto de apoyo más abajo. Le doy la lámpara a Sora y me preparo. «Puedo hacerlo». Mi cuerpo está cansado, pero mi espíritu está vivo y se alimenta del sabor de la libertad. La tengo frente a mí. Otro paso hacia abajo, otro más, y prácticamente caigo entre sus brazos abiertos.

—Vamos. —Recoge mi bolsa, levanta el farol en alto y se dirige hacia el puentecito.

Mi corazón es un tambor que impulsa mi avance. Un paso, luego otro. Tengo un nudo tirante en el estómago. Me detengo, mis manos envuelven mi barriga.

—¿Naoko? —La luz de la lámpara oscila hacia mí y se posa en mis mejillas.

Me enderezo y respiro hondo.

—Voy.

Estamos tan cerca... Subo a la pasarela y miro hacia abajo mientras la cruzo apresuradamente. El agua se agita bajo la fina capa de hielo que mantiene a las carpas atrapadas. «Adiós, mi viejo amigo *Ganko*, pez tenaz. Esta vez no volveré».

—¿Naoko? —El susurro de Sora es casi un grito.

Está junto a la puerta, con la lámpara junto a sus pies, mi bolsa tirada de lado. Está peleándose con la llave y el candado. Cuando me acerco, se vuelve hacia mí aturullada.

—Sora, ¿qué sucede?

Ella niega con la cabeza, arrojando grandes nubes de vapor.

—No funciona. No es...

—¿Cómo? —Mi mirada cae hacia la llave que tiene en la mano, luego se eleva hacia el candado de la puerta—. A ver. —Cojo la llave y la pruebo. Quizá sea el frío, o que está congelado. Mi corazón se detiene. Los dientes no entran bien. Lo intento otra vez, y otra. Levanto la llave para estudiarla, miro el candado. «Oh, no...»—. Esta no es la llave.

Nuestras miradas se unen en la conmoción.

—¿Y ahora qué? No voy a volver. No puedo. —Me doblo. Regresan los calambres.

—Por favor, Naoko, tienes que calmarte. No has estado bien. —Sora pasa un brazo sobre mi hombro.

Me quedo medio doblada, abrazándome a mí misma, respirando para que se me pase esta extraña sensación.

—Estoy bien. Inténtalo de nuevo.

Sora vuelve a probar con el candado, entonces empuja la puerta. Esta solo chirría con la oscilación. Sora busca a su alrededor y encuentra una piedra. La sucesión de golpes se salda solo con algunos dedos machacados. La observo, helada de miedo. Un nuevo abrazo desagradable estruja mi abdomen.

¿Qué pasará ahora? ¿Y si no podemos salir? Miro a Sora golpear el candado una y otra vez, y me concentro en la cerca. El bambú es famoso por ser a la vez maleable y victorioso. Yo quiero malearlo para poder salir victoriosa.

«Quiero irme de aquí».

Me fijo en las cañas de ocho centímetros ligadas entre sí con *shuro nawa*, una cuerda hecha con fibras de palmera negra.

—Sora, prueba con el cordel. Golpea el cordel. —Deberíamos haber traído un cuchillo. ¿Cómo es posible que no lo pensara? «Porque la directora me drogó»—. Ah... —Vuelvo a encorvarme y hago una mueca de dolor. Procuro guardar silencio para no distraerla. «Por favor, que funcione. Por favor».

Sora prueba con un borde más afilado, intenta cortar la cuerda pero esta apenas se deshilacha. Suelta un gruñido de frustración.

—No funciona. —Otro golpe, y otro.

—Espera. —Mis ojos se desorbitan cuando reparo en el farol. Un fogonazo de excitación engulle la idea—. Quizá no ceda, pero sí que arderá.

Su expresión vacía se ilumina. Deja caer la roca, busca en lo más hondo de su bolsillo y saca la cajita de cerillas. Dentro quedan solo unas seis. Pasea la mirada a lo largo de la cerca y se dirige hacia las cañas junto a las jambas de la puerta. Frota una mano contra la otra mientras sopla su cálido aliento sobre el cordel entrecruzado. La cerilla cobra vida a la primera, con un chispazo. Nos acurrucamos en torno a ella, llevamos el palito hasta el cordel y esperamos. Una fina voluta de humo transparente se eleva sobre él, y entonces la cerilla se apaga entre las yemas de sus dedos. Lo intentamos de nuevo, y otra vez.

No funciona.

—¡Un momento! —Le quito a la lámpara su cubierta de cristal y tiro del pabilo para hacerlo más largo. La inclino y la llama comienza a lamer la cuerda. Sale humo. Unos filos se elevan por el aire. El cordel burbujea y comienza a ceder, deja expuesta la caña.

—¡Funciona! —Sora y yo nos miramos con una sonrisa.

Le entrego la lámpara desnuda y ella la dirige hacia el nudo siguiente para, con paciencia, hacer que prenda y humee. De nuevo, la caña desnuda queda a la vista. Lo hace en cada punto donde los cordeles se entrecruzan y sobresalen, y a continuación pasa a la caña siguiente, y a la siguiente.

Yo la observo sosteniéndome la barriga. Rezando por que el bebé aguante. Solo un poco más. Unos minutos de paciencia valdrán toda una vida de paz.

Después de acabar con una hilera, Sora tira del tallo para liberarlo. Ya son dos... y ahora van cinco. Hacen falta unos pocos más. Trabaja con rapidez para sacarnos de aquí. Yo permanezco inmóvil para mantener al bebé en mi interior.

Sora se agacha a recoger mi bolso, lo tira por el agujero y me hace un gesto para indicarme que es mi turno. Me pongo de costado y me contoneo, me rasco la barriga y la espalda contra las cañas, pero logro pasar.

La libertad hincha mis pulmones.

Sora me sigue y mira a lado y lado, en cada dirección.

—¿Por dónde?

La estación de tren está a mi derecha, en mi mente he reseguido esos pasos diez mil veces, pero sé que no puedo regresar a casa. Así que miro hacia la izquierda y avanzo a lo largo de la interminable cerca de bambú, abrazándome el vientre. Se contrae pero sigo adelante, el pañuelo esconde la contorsión de mi rostro. Solo un poco más.

—¿Adónde? —Unos pasos rápidos se unen a los míos—. ¿Adónde vamos a ir, Naoko? ¿Y si llega tu bebé?

—No pasa nada. El bebé se calmará en cuanto yo pueda descansar, y las monjas y los monjes pasan por aquí a diario, así que su monasterio no puede estar muy lejos.

La interminable cerca de la casa de maternidad Bambú dobla en una esquina. No obstante, nosotras no lo hacemos. Seguimos avanzando en línea recta hasta encontrar la pequeña comunidad del monasterio. La propiedad también está rodeada por una cerca de bambú, aunque solo la mitad de alta. Los jardines están cuidados, pero su ornamentación no es fastuosa. Otra puerta cerrada. En vez de salir, ahora queremos entrar.

Estoy exhausta.

Sora y yo nos ponemos todas las piezas de ropa que quedaban dentro de mi bolsa y nos sentamos sobre ella, acurrucadas la una contra la otra, en un

amasijo de capas de tela que nos mantiene en calor. Sigo sintiendo calambres en el abdomen, y hago todo lo posible por ocultarlo. Temo que el esfuerzo me haya puesto de parto prematuramente, así que intento mantener la calma y pensar solo en cosas agradables.

—Me alegro de que estés aquí, Sora. —Me recuesto sobre su hombro sintiendo una pesadez en los párpados, la oleada de energía de antes se ha agotado y me ha dejado vacía, en estado letárgico.

Voy y vengo en un duermevela contemplativo que solo se ve perturbado por las contracciones en mi vientre. Pienso en la historia que me contaba la abuela sobre el maestro y su alumno, la de la araña, y me imagino que una descende del cielo para posarse sobre mi barriga. Es una criatura muy fea, que me observa con sus numerosos ojos pequeños y brillantes. Quiero que se vaya, parpadeo para librarme de la visión, pero esta no hace más que regresar.

En la historia, el alumno le habla a su maestro de la araña, le dice que piensa dejar un cuchillo en su regazo para poder matarla la siguiente vez que aparezca. El maestro le recomienda que se haga con un trozo de tiza. «La próxima vez que aparezca la araña —le dice—, márcala con una x en el vientre y ven a verme».

Cuando la araña regresa, el alumno hace lo que el maestro le ha sugerido. Más tarde, este le pide que se levante la camisa. Allí hay una x. ¿Cuál es el significado de la historia? Que a menudo queremos destruir aquello que nos da miedo, pero al hacerlo nos destruimos a nosotros mismos.

Sí, tengo miedo, pero he abrazado mis temores. Chiyo se negó a hacerlo, igual que Aiko, y que tantas otras. ¿Cómo se sienten al saber lo que han hecho? ¿Esto no ha destruido sus corazones?

—Me alegra que hayas visto la araña sobre tu barriga, Sora. —Mi voz suena distante. No estoy segura de haber dicho las palabras en voz alta, o de estar siquiera despierta—. ¡Ahhhhh! —Mi estómago se contrae y me doblo sobre mí misma para esperar a que la sensación pase. Es muy intensa. Algo húmedo y cálido me encharca los muslos—. Sora... ¡Sora!

Otra contracción.

«No. Aún no».

Treinta y tres

Japón, en la actualidad

Avancé con paso lento hacia la casa tradicional y la mujer que atendía el jardín. El pulso me palpitaba en los oídos mientras pasaba de la carretera a la hierba y de ahí al sendero de gravilla, donde levanté varias piedrecitas con los pies.

Ella se volvió con la mirada asustada.

Me detuve, igual de sorprendida, pero entonces recobré la compostura.

—Lo siento, no quería alarmarla. —Di algunos pasos y respiré hondo, pero la presión creciente contra mis costillas no se relajó—. ¿Por casualidad pertenece usted a la familia Nakamura?

Ella se quitó el sombrero, lo dobló y se arregló los cabellos que se le habían soltado del moño. Me observó fijamente, primero mi pañuelo de seda, luego mi chaqueta deportiva y mi rostro. Mientras me estudiaba, yo pude hacer lo mismo. Era una mujer elegante, de piel arrugada y un cabello de color negro que la edad había teñido con franjas grises. Recogido, dejaba a la vista un cuello y una estructura ósea de gran delicadeza. La edad era más o menos la correcta, pero ¿se trataba de ella?

Le sonreí y me ajusté la chaqueta.

—Me llamo Selby Porter —dije usando el seudónimo bajo el que escribía. Bajé la voz al acercarme a ella, temerosa de asustarla—. Trabajo con Yoshio Itō, del *Tokyo Times*, y es posible que escribamos un artículo sobre su familia y la empresa que tienen en Yokohama, y quizá incluso sobre la casa familiar. —Hice un gesto hacia la construcción.

Ella se volvió y miró lo que le indicaba.

—Es preciosa, por cierto. —Avancé varios pasos más, hasta quedar delante de ella—. Y las flores son completamente deslumbrantes. —Su aroma a hierba llenaba el aire. Era el mismo tipo de flores que había visto en la recepción de la Nakamura Trading Company, un tipo de crisantemo blanco,

diferente de la variedad que se encontraba en Estados Unidos, más común y casi tres veces más grande.

La mujer me observaba fijamente, nada más.

Probé de nuevo, con el corazón latiendo de manera errática.

—¿Pertenece usted a la familia Nakamura? ¿La familia que posee esta propiedad desde hace generaciones? —Dejé caer los hombros. Quizá no fuera ella. La mujer a la que mi padre había escrito sabía hablar inglés. Escarbé en el bolso en busca de la carta de mi padre, para mostrarle la dirección.

—Sí, esta es la casa de mi familia.

Levanté la mirada con lentitud, sorprendida por sus palabras y por el tono delicado de su voz.

—Soy Naoko Nakamura.

Era ella.

«La he encontrado, papá». La había encontrado de veras.

—Es un placer conocerla —dije casi en un susurro—. ¿Le importa si le hago unas preguntas? ¿Sobre la casa?

Hubo una pausa considerable, pero entonces realizó una ligera reverencia.

—Estaba a punto de tomar un té. ¿Quiere acompañarme? —Hizo un gesto hacia el sendero de piedras que rodeaba la casa.

La seguí a través de una puertecita hasta un patio cubierto de musgo en el que había una mesa baja preparada para el té. «¿Fue aquí donde vino mi padre?»

El exterior de la casa era espectacular, pero el jardín me dejó sin aliento. Era un paisaje de perspectivas. El estanque reflejaba unas rocas de buen tamaño como si fueran montañas lejanas, y los pedruscos llenos de musgo que había en el agua parecían islas. Había una orilla de arena blanca y dos senderos de piedra salían a lado y lado para desvanecerse en la extensión de árboles ornamentales y en la cubierta vegetal.

—Siéntese, por favor. —Hizo un gesto hacia el cojín que había en el suelo, sobre un tatami, y a continuación me sirvió con manos cuidadosas un té oscuro y herboso—. Es fuerte, como las verdades amargas. —Me ofreció la taza alta de cerámica.

Mis dedos resbalaron sobre sus surcos mientras tomaba educadamente un sorbo: era áspero y terroso.

Me sonrió, lo que creó una constelación de arrugas en torno a sus ojos. Aunque era una mujer minúscula, su compostura —señorial, concentrada, serena— transmitía desasosiego al espacio que la rodeaba, y a mí con él. No sabía por dónde comenzar y temía su reacción.

—¿Va a escribir un artículo sobre la casa de mi familia?

—Me gustaría, sí —dije degustando el sabor rancio de las mentiras tal y como rodaban por mi lengua. Tomé otro sorbo de té y miré a mi alrededor para recuperar la compostura—. Tanto la casa como el jardín son hermosos.

La misma planta frondosa y baja, con sus grandes flores de color blanco, se extendía por el jardín lateral.

—No son tan hermosos como su pañuelo —respondió con los ojos clavados en la tela pintada a mano con tonos rojizos—. ¿Puedo preguntarle dónde encontró semejante tesoro? El detalle es exquisito. —Se inclinó para inspeccionarlo más de cerca.

—Oh... —Le ofrecí un comienzo de sonrisa—. Gracias. Fue un regalo. —Estuve a punto de añadir «de mi padre», pero me detuve, no estaba preparada aún para dar el salto hacia mis intenciones reales. Retorcí entre los dedos su borde raído y le di la vuelta para revelar la costura mal reparada—. Me temo que está un poco gastado.

—Ah, *kintsugi*. —Ella se enderezó—. Eso lo comprendo. En Japón, los objetos reparados son dueños de una belleza mayor, ya que la restauración se convierte en una parte de su historia. Como el cuenco para tomar el té de verano de mi familia. —Asintió en dirección al contenedor de cerámica que tenía a su espalda—. ¿Ve que la grieta dentada está rellena de oro? Interrumpe el diseño de la pintura, pero le añade valor.

—Es muy bonito. —El diseño imitaba la flora del jardín.

Ella siguió mi mirada.

—Era la flor favorita de mi querida madre. El cuenco se rompió porque en cierta ocasión le serví de manera injusta una ración de sopa de egoísmo. Pasaron muchos años hasta que descubrí que lo había reparado. —Sonrió—. Fundió sus mejores joyas de oro y las machacó hasta convertirlas en un polvo muy fino. A continuación, lo mezcló con barniz y pegó las piezas. Ahora, porque conozco tanto su sacrificio como su perdón, también valoro mucho este cuenco de té. ¿Lo ve? Su vida de verdad comenzó en el momento en que lo dejé caer. —Levantó las cejas—. ¿No le sucede lo mismo a su pañuelo remendado?

Me medio encogí de hombros.

—Fue solo un descuido, la verdad.

—Debe de tenerle un aprecio considerable, pues no solo lo reparó, sino que lo lleva puesto ahora mismo. —Sonrió—. Bien, señorita Selby Porter, ¿qué desea saber sobre la casa de mi familia?

Unas manchas culpables sonrojaron mi rostro y mi cuello.

—Bueno... —Manipular a una fuente para obtener información sensible se encontraba perfectamente dentro de los límites del periodismo de investigación, pero las mentiras que le estaba contando traspasaban la línea de la decencia. Y, por la manera en que la anciana estudiaba y catalogaba cada uno de mis movimientos, temí que mis mentiras, y el enredo que pudieran traer, fueran transparentes para ella. Tenía que contarle la verdad. Es lo que papá habría deseado.

Dejé la taza de té sobre la mesa.

—Me temo que lo que le he dicho, que estoy aquí para escribir un artículo sobre su casa, no es completamente cierto. Soy periodista y escribo bajo el nombre de Selby Porter, pero no es así como me llamo en realidad.

—Sé quién eres.

Me eché hacia atrás. ¿Lo sabía? La emoción me hinchó el pecho, haciendo casi imposible que pudiera respirar.

Naoko sonrió ante mi sorpresa.

—Tienes los ojos de tu padre. Capturan la luz del mismo modo, como la más azulada de las aguas al absorber los rayos del sol. El parecido es inconfundible. Lo he sabido en cuanto te he visto.

Al sonrojarme de nuevo, mi fina chaqueta deportiva cogió calor, como si estuviera hecha de lana en vez de algodón.

—Y, por supuesto, además llevas mi pañuelo.

—¿Disculpe? —pregunté, convencida de haber oído mal.

—Ese bonito pañuelo. —Hizo un gesto hacia la seda decorada que envolvía mi cuello—. Fue un regalo de mi padre, y yo a su vez se lo regalé al tuyo. —Ladeó la cabeza para verlo más de cerca—. Pensé que no lo vería nunca más.

—Este pañuelo era de mi madre —dije sin pensar, cubriéndolo con una mano.

Ella se enderezó con una ligera sonrisa.

—Discúlpame. Por supuesto, debo de estar equivocada. —Sus ojos se dirigieron al pañuelo, al que yo seguía aferrada—. El pañuelo de tu madre es hermoso. El diseño rojiblanco te favorece.

El recuerdo de las palabras de mi padre serpenteó entre mundos diferentes para solaparse con la realidad de las palabras de Naoko. «Siempre quise que fuera para ti... Es importante». Relajé la mano, pero el descubrimiento me atenazó. El hermoso pañuelo de mamá había pertenecido originalmente a Naoko. No supe qué decir.

—Puesto que ya conoces mi nombre, y nos hemos presentado de manera oficial, ¿puedo al fin saber cómo te llamas?

No se lo había dicho aún.

—Me llamo Tori. Tori Kovač.

—¿Tori? —Sus labios se mantuvieron separados, como si aquella última sílaba se hubiera quedado congelada entre ellos. La mano en la que sostenía el té se puso a temblar.

Me eché hacia delante.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. —Se tranquilizó, apartó la vista y se quedó parpadeando con la mirada perdida.

Tomé un trago largo de té. Por fin había dicho la verdad, pero su reacción me tenía confundida.

—Disculpe, pero..., si sabía quién soy, ¿por qué me ha seguido el juego?

Su mirada se afiló y se clavó en la mía. Enarcó una ceja.

—¿De verdad es esa la pregunta por la que has viajado hasta tan lejos, Tori Kovač?

No lo era.

Metí la mano en el bolso y saqué la carta de papá, la que él le había mandado, la que le habían devuelto.

Entornó sus ancianos ojos para enfocar la vista, y el reconocimiento hizo que se iluminaran.

—¿Una carta de Hajime? —Se cubrió los labios trémulos con una mano delicada, los ojos clavados en el sobre, pero yo no estaba preparada para dársela. Aún no.

En lugar de eso, me puse a alisar el sobre, intentando conectar las líneas temporales, escogiendo mis palabras con cuidado para no tropezar con ellas.

—Esta carta me dejó con más preguntas que respuestas. No solo acerca de mi padre, sino acerca de todo. Al leerla me enteré de que tengo una hermana. —El corazón se me subió a la garganta, tuve que empujar la emoción hacia abajo—. Esperaba que pudiera decirme dónde está ella y lo que pasó. Me gustaría conocer su historia con mi padre, para poder comprender. —Apreté los dientes, nerviosa ante su reacción.

Ella cruzó sus finas manos sobre el regazo, estuvo un rato contemplando la carta que yo tenía en las mías y entonces buscó mi mirada.

—Y yo, a cambio, desearía conocer tu historia.

—¿Mi historia? —Negué con la cabeza—. Me temo que yo no tengo ninguna historia.

—Ah, pero sí que la tienes. Es la historia de lo que te ha llevado a cruzar medio mundo para oír la mía. —Sus ojos brillaban como diamantes negros.

Quería que le hablara de papá. Lo comprendí. Tenía sentido y era justo. Asentí y contesté con total honestidad:

—Solo puedo contarle lo que sé.

—Entonces tenemos un trato. —Volvió a llenar mi taza, luego la suya, tomó un trago medido y me observó desde detrás del borde de cerámica—. Me llamo Naoko Nakamura. Mi nombre de casada es Naoko Tanaka. Y una vez, durante un breve período entre ambos —me clavó la mirada—, mi nombre fue Naoko Kovač.

Naoko tomó otro trago y dejó escapar un suspiro largo y lento.

—Mi abuela solía decir que la ansiedad hace que las cosas pequeñas tengan sombras alargadas. Sí —asintió—, creo que es en esa sombra donde comienza nuestra historia.

Treinta y cuatro

Japón, 1958

Sora grita aterrada para despertar a todo el monasterio.

—¡Por favor, mi amiga va a tener un bebé! ¿Hay alguien que pueda ayudarnos?

Yo estoy sentada con los ojos desorbitados, doblada junto a la puerta. Los calambres se han vuelto más fuertes y llegan en oleadas muy pronunciadas. «¡Este niño no quiere esperar más!»

Sora repite su súplica con voz aguda, con palabras embarulladas para quien pueda oírlas.

—¡Por favor, ayúdenos! ¡Va a tener un bebé! ¡Díganle a alguien que estamos aquí!

De inmediato, los pequeños edificios se iluminan. Pasos, haces de farol que rebotan y voces cansadas desfilan hacia nosotras para abrirnos la puerta. Las monjas budistas salen de uno de los lados del recinto; los monjes, del otro. Las mujeres indican a los hombres cómo han de levantarme, a qué velocidad han de moverse y hacia dónde han de dirigirse.

—¡Ahhhh! —Una nueva contracción se extiende por mi columna como la llama por la mecha. Es una quemazón que amenaza con explotar. Me transportan a través del dolor. Los rostros y las voces se nublan.

Dentro de un pequeño edificio, ahuyentan a todo el mundo menos a Sora y a dos mujeres. La una, anciana y estoica; la otra, serena y sagaz. Me van quitando capas de ropa mientras dirigen sus preguntas hacia Sora.

—¿Qué edad tiene esta chica? ¿De cuánto está? ¿Dónde está su familia? ¿Dónde está el padre?

Mis gritos entierran las respuestas de Sora.

Las túnicas de las monjas, manchadas de cúrcuma y rico azafrán, pasan silbando a mi alrededor. El aroma a agar llena el aire, su inicio dulce y su amargo final se han mezclado por las quemaduras repetidas y ahora huele a algas secas.

Sora me acaricia la cabeza, intentando tranquilizarme. La monja anciana, de rostro curtido, tiene unas cuentas en la mano y está cantando. La salmodia surge de lo más profundo de su vientre y resuena al atravesar su garganta en una serie de palabras y alientos prolongados. Es hermosa, pero la arruino con mis gritos.

—No hables. Quédate callada —me dice la que tiene gafas metálicas y mirada firme.

Se supone que, durante el proceso de alumbramiento, no debemos expresar nuestro malestar. Es lo que nos enseñaron en la casa de maternidad, aunque tampoco es que nadie se lo tomara en serio. Yo pensé que la directora nos había mentido para mantenernos en silencio, pero aquí dicen lo mismo.

Doblada sobre mí misma, grito de todos modos.

Ya estoy harta de permanecer callada.

Tengo la parte baja de la espalda en carne viva, ardiendo. No sé ni me importa quién me esté ayudando, simplemente quiero a este bebé.

—¡Aahhhh! —Levanto la cabeza y me sujeto las rodillas. La contracción es tan fuerte que no puedo respirar. Cada uno de mis músculos se convulsiona en un abrazo violento. Enfrentarse a él hace que todo sea peor.

—No pasa nada, Naoko. Todo va bien. Tranquila. Tranquila. —Sora recita sus palabras de consuelo una y otra vez, tanto en beneficio propio como para el mío. Tiene los ojos desorbitados de preocupación, quizá de miedo. Ella misma no tardará en estar en mi situación.

El que mal comienza peor acaba. Yo estaba débil desde un principio, y ahora me siento vacía. He gastado toda mi energía en escapar, y la que tuviera en reserva se ha agotado. Las olas llegan una encima de la siguiente, y vuelvo a incorporarme con la cara enrojecida, aguantando la respiración para soportarlas.

—Respira. Tienes que respirar, niña —dice la monja de las gafas agitando la mano para convencerme. Sus rubicundas mejillas inspiran y espiran a modo de demostración.

La otra monja comienza a cantar más fuerte, sus largos sonidos se cortan por la mitad. Su túnica se mece como un grácil resto otoñal. Es como si flotara en el aire.

Intento respirar..., inspiro profundamente por la nariz y expulso con fuerza a través de mis labios secos. Inspiro y espiro una vez más. «¿Vino Hatsu aquí? Quiero a *okaasan*. ¡*Okaasan*! Y a Hajime». Mis ideas se disparan. Otra contracción hace que me doble por la mitad.

—¡Ahhhhh!

—Ahora empuja, niña. Empuja.

La salmodia gana aún más volumen.

—¡Empuja!

—No. No puedo. Un momento. Tengo que parar. —Mis palabras quedan ahogadas por las bocanadas de aire que tomo, no significan nada—. ¡Ahhh!
—El dolor ha alcanzado un umbral lacerante, la duración de las contracciones crece para empeorarlo todo. El esfuerzo constante hace que mis huesos quieran aflojarse y soltarse.

La monja principal se encorva. No veo más que la coronilla de su cabeza afeitada y la pelusa que la cubre. La monja de la salmodia se planta a su espalda, recita palabras en pos de una llegada pacífica.

—¡Sí! Eso es. Ya veo la cabeza. —Unos ojos excitados ven lo que yo no puedo ver—. Una más. ¿Preparada? ¡Empuja!

Sora me aprieta el brazo. Mis manos se aferran a mis rodillas y me balanceo hacia delante, agónicamente.

—De nuevo. Una más. ¡Ahora! —La monja habla con autoridad y yo me rindo a ella.

Hundo las uñas en mi carne y aprieto los ojos, el estómago, todo mi ser. Un rugido brota entre mis dientes apretados. Los labios se separan para dejarlos al descubierto.

—Ah, ha salido la cabeza, bien. Bien. —La monja me da unos golpecitos en la rodilla—. Ahora espera. Quédate quieta.

Me desplomo hacia atrás. Sora me coge entre sus brazos. Durante un segundo siento alivio. El dolor me ha dejado entumecida, pero noto esa presión novedosa entre los muslos, la forma extraña que allí descansa. No me atrevo a moverme. El corazón me martillea en el pecho. La monja habla en voz baja, pero con rapidez. Oigo sus palabras pero no consigo descifrarlas. Hay un baile de puntitos delante de mis ojos.

—Ahora vas a dar a luz. ¿Preparada? Ayúdala a que se incorpore. Ayúdala, niña.

—No..., no... —Necesito otro minuto. Un minuto más. Estoy tan cansada... Pero nadie me escucha.

Sora me pasa las manos por debajo de los hombros y tira hacia arriba. Mis entrañas arden y se enroscan. La presión crece en mi interior. Todo lo que dicen me parece un sinsentido, me llega enredado. El pulso brama en mis oídos. Estoy cogiéndome de las rodillas con tanta fuerza que se me hinchan las venas de las manos. El cántico llena la estancia. ¿Hay más gente al otro

lado de la puerta? Una voz que se convierte en muchas. Mi grito arremete contra todas ellas.

—¡Ahhhhh! —Enseño los dientes.

Empujo.

Empujo.

Empujo.

Y entonces todo mi cuerpo tiembla con la liberación. Mi pecho se desmorona al tomar aliento. Sora hace que me recueste con cuidado.

La canción se ha acabado.

—Has tenido una niña. ¡Has tenido una niña!

«Una niña». Me quedo tumbada, respirando, observando. Sabía que iba a ser una niña. Las voces rebotan de aquí para allá. No sé lo que dicen.

—Pequeña... —oigo, y luego algo acerca de su peso.

Sora me acaricia la cabeza y sonrío. Las monjas se ocupan de mi bebé. Apenas lo vislumbro. Cabello negro, tiene el cabello negro. Aguzo los oídos, desesperada por oír su llanto. Necesito oír su llanto.

Observo las manos de las monjas, por si alguna hace el gesto de pellizcar.

—¡No le toquéis la cara! —chillo con los ojos desorbitados, intentando ver—. ¡No toquéis a mi bebé!

¿Por qué no llora?

«Por favor, que lllore». Yo lloro por ella, aterrorizada.

Entonces, un balbuceo y un grito ahogado, seguidos de una nota solitaria de rabia que llena la sala.

Es el sonido más dulce que he oído jamás, una potente declaración de llegada suavizada por unos pulmones demasiado pequeños. Inspiro en tres veces y, al soltar el aire, un flujo continuo de lágrimas comienza a correr por mis mejillas.

Está llorando.

Está viva.

Lo hemos conseguido.

—Por favor —digo extendiendo los brazos con las manos abiertas, hambrienta por sentir su piel—. Por favor, mi bebé.

La monja de las gafas la envuelve en una tela de color albaricoque y dice con voz baja y grave:

—En una ocasión, a Buda le preguntaron: «¿Eres un sanador?». «No», contestó Buda. «¿Eres un maestro, entonces?» «No», contesto él de nuevo. «Entonces, Buda, ¿qué eres?», preguntó el alumno exasperado. —La monja

se acerca tendiéndome a mi hija—. Y Buda contestó: «Soy... soy el que ha despertado».

La monja me mira a los ojos mientras coloca a mi bebé entre mis brazos.

—Es muy pequeña, pero también ha despertado.

—Oh... —La pego contra mí. No pesa nada. Me preocupa, pero estoy encantada... por su sonido, por su olor, por todo lo que tiene en miniatura. Por la manera en que cabe en la palma de mi mano.

«Una hija. Hajime, hemos tenido una hija».

Un copete de pelo negro brota de lo alto de su estrecha cabeza, que parece así una zanahoria. Parpadeo preocupada y miro a la monja de las gafas.

Ella me sonríe.

—Ya le crecerá. —Mira a la otra monja y las dos sueltan una risita. Es un secreto compartido desde la experiencia.

Me empapo de cada detalle, necesito ver cada minúsculo centímetro de ella. Está tan delgada... Le acaricio la mejilla y resigo la diminuta hendidura de su mentón, y entonces me río. Igual que Hajime. Dirijo una sonrisa a Sora y a las monjas, y se la señalo:

—Es igual que la de su padre. Igual.

Ellas se acercan y la admiramos.

Sus labios fruncidos se estremecen. Cada aliento es un pequeño gorjeo.

—Sus pulmones no están completamente formados, pero has tenido suerte de que sea una niña —dice la monja—. En los niños, los pulmones son lo último que se forma... Al menos tendrá una oportunidad. —La hermana ajusta la tela para que se le vea mejor la cara—. Es pequeña, pero tiene una oportunidad.

La mano del bebé se suelta de la manta y se agita en el aire. La acerco a mí para inspeccionarla. Cinco dedos finos de uñas delicadas se cierran en torno al mío de manera instintiva. Es prematura, enfermiza y perfecta.

—Hola, mi *akachan*.

Sus inmensos ojos líquidos se esfuerzan por enfocarme.

—Mira eso —dice la monja de mayor edad—. Te reconoce.

Acerco a mi bebé prematuro y miro en sus ojos cubiertos de rocío. Son como aguas profundas, reflexivos y oscuros, y me pierdo en ellos. Sí, mi hija reconoce a su madre. Ahí mismo, en ese instante, compartimos una conversación privada que dice «Te estaba esperando» y «Aquí estoy, aquí estoy».

Sí, aquí estás, Pajarillo, aquí estás.

Has despertado.

Un canturreo..., una tonada ronca y suave me arranca del sueño. Parpadeo. La luz de la tarde llena la pequeña habitación y cae sobre el rostro de la monja que está cantando. Me sonrío sin mostrar los dientes. Su nariz se arruga como un acordeón, y unos pliegues largos y profundos enmarcan sus ojos satisfechos. No puedo evitar devolverle la sonrisa. Mi diminuto bebé duerme entre mis brazos.

Estamos en un sitio cálido, juntas y a salvo.

Ha sido prematura, tiene que esforzarse para respirar, pero está viva y mi corazón no podría estar más lleno.

Cuando se ofrecieron a cogerla para que yo pudiera descansar, me negué. No puedo tenerla lejos de mi vista. Así que, en su lugar, alguien se ha quedado conmigo, para asegurarse de que está bien mientras dormimos.

Su cabecita asoma del fardo que es su cuerpo y sus brazos tiran con fuerza. Puesto que ya no está roja de llorar, puedo verle la piel. Esta tiene un tono más claro que el mío, pero hay en ella un extraño matiz enfermizo. Esto se ve compensado por el color azabache de su cabello, por sus oscuras pestañas y por sus labios fruncidos y rosados, que deberían mamar algo más que aire. Se me llenan los ojos de lágrimas porque está débil, pero es preciosa.

—Han sido tan amables... —le digo a la monja que canturrea—. Tenemos mucha suerte de estar aquí, gracias.

La habitación está desnuda, contiene solo los futones que la cruzan de lado a lado y una silla, pero está llena de paz. Es algo que llevaba mucho tiempo sin experimentar.

—Muchos tienen la suerte, pero pocos un destino. —La voz de la monja es áspera pero suave—. Puedes tirar una moneda al aire, niña, pero el destino se encuentra en ambas caras. Aquí es donde se supone que has de estar. La suerte no tiene nada que ver con ello. —Sonríe, recogiendo los labios como si no tuviera dentadura.

Quizá sea así. Le devuelvo la sonrisa y paso a mirar los dedos de mi bebé, que tiemblan cerca de su boca abierta mientras bosteza. Yo me río. Cada uno de sus movimientos es una maravilla.

La puerta corredera se abre y la monja de las gafas, Sora y otra mujer entran en la habitación. La mujer no es una monja. Viste un kimono de invierno, hecho de lana y de tono oscuro, con un dibujo de pinos cubiertos por la nieve. Lleva el cabello tirante, recogido con fuerza por el moño en la parte posterior de su cuello, que es excesivamente corto. Su mirada se posa en mi bebé.

—Oh, hola..., hoola... —lo arrulla la mujer con voz suave y melodiosa. Aunque completamente negros, sus ojos en forma de media luna poseen calidez.

Yo abrazo a mi bebé con más fuerza.

—Naoko, ¿te acuerdas de mi nombre? —dice la monja jefe, la de las gafas metálicas—. Soy la hermana Sakura. —Entonces señala hacia la monja que ha estado cantando y acompañándome—. Ella es la hermana Momo, y esta es Hisa, que será el ama de cría de tu bebé.

«¿Ama de cría?»

La hermana Sakura sofoca una carcajada y las gafas se deslizan por el puente de su nariz.

—Apenas tienes carne en los huesos. Dudo que seas capaz de producir la leche suficiente, si es que produces algo. Así que vamos a haceros engordar a las dos, ¿eh? —Abre los brazos y agita los dedos para que le pase a mi bebé, que ahora duerme.

Antes miro a Hisa. Su cara, llena y redondeada, esconde cualquier arruga que pueda revelarme su edad. Mis ojos pasan entonces a mi bebé, a sus mejillas hundidas, con pliegues como de papel arrugado. Necesita alimentarse.

Aflojo la intensidad de mi abrazo a regañadientes.

—Pero ha de comer aquí, ¿de acuerdo? Solo aquí. —Quiero tenerla siempre a la vista.

Hisa hace una reverencia y sonríe ligeramente, y yo me relajo un poco.

—Por supuesto. —La hermana Sakura levanta a mi bebé y se lo entrega a Hisa, lo que deja mis brazos demasiado vacíos.

—Naoko...

Tengo los ojos fijos en Hisa y en mi bebé, cada uno de mis músculos está en alerta, preparado para arrebatárselo de nuevo. Tiene hambre pero no logra engancharse al pecho. Me duele el corazón porque no puedo alimentarla y a ella le está costando.

—Naoko, Sora nos dice que habéis estado retenidas en una casa de maternidad por... ¿una tal directora Sato? —pregunta la hermana Sakura.

La mención al hogar y al nombre de la comadrona demoníaca capta mi atención y me provoca un escalofrío. Desplazo la mirada y asiento. La hermana Sakura y la hermana Momo intercambian una mirada nebulosa.

La hermana Sakura se sube las gafas por el puente de la nariz.

—Y no podíais ir de allí, ¿estáis seguras de eso?

Esta vez somos Sora y yo las que nos miramos. Confundidas. Hay algo en su tono de voz...

Me encojo de hombros.

—Sí, ¿por qué? ¿Ha contactado la directora con usted? ¿Está aquí? —El corazón me martillea con fuerza.

—La hermana Momo te traerá algo para comer, y luego te ayudará con una esponja de baño hecha de raíz seca de jengibre que contribuirá a tu recuperación. —Asiente levantando las cejas y sonriendo ligeramente.

«¿Por qué no me ha contestado?»

—Hermana, ¿qué hay de la directora?

Su mirada se desplaza hacia la hermana Momo, luego regresa a mí. Frunce los labios.

—El hermano Yūdai, nuestro abad, quiere reunirse con vosotras dos cuando estéis en condiciones. Ya tratarás el tema de la directora Sato con él.

Asiente de nuevo para dar la cuestión por zanjada y dirige una mirada al ama de cría, Hisa, y a mi bebé, que aún ha de comer. Su ceño se destensa, lo que hace que sus gafas vuelvan a resbalar por el puente de su nariz.

Mi estómago se revuelve inquieto.

—No está comiendo.

La hermana Momo suspira.

—Ha sido prematura, niña..., está enferma y débil. Lo seguiremos intentando. Pero vamos a prepararte algo de comer a ti también, ¿sí? —Me dedica otro asentimiento y sale con rapidez, seguida por la hermana Sakura.

Miro a Sora, preocupada por mi bebé y por nosotras. «¿Por qué quiere el abad hablar sobre la directora Sato? ¿Y si se han puesto en contacto con ella?»

En cuanto Hisa se vaya, tenemos muchas cosas que tratar.

Igual que Pajarillo, yo también he despertado.

Treinta y cinco

Japón, 1958

Han transcurrido algunos días desde la llegada de Pajarillo y hasta hoy solo había podido asearme con la esponja de raíz seca de jengibre. Incluso ahora, después de un baño completo, su intenso olor se adhiere a mi piel y me quema en la nariz, igual que el queroseno del pequeño calentador de parafina que nos trajo la hermana Sakura. Al menos, este mantiene el mordisco del invierno a raya, y nuestra habitación está calentita.

Hisa, el ama de cría, acuna a mi bebé y entona una nana mientras yo tiro de mi cabello todavía húmedo, esforzándome por desenredar sus nudos lo mismo que las incertidumbres de mi cabeza.

Estamos en enero.

Hajime se fue a Formosa en septiembre. Su servicio terminaba poco después, así que habrá vuelto a Estados Unidos para licenciarse. ¿Regresó a nuestra casita en la aldea para descubrir que yo había desaparecido? ¿Fue a buscarme a Zushi? Me da miedo que la abuela y padre lo hayan despachado con mentiras, así que le he pedido a Sora que vaya en busca de noticias y que le cuente la verdad de mi situación a mi vecina Maiko.

Mi bebé ha perdido un peso que no podía permitirse y ha de esforzarse en cada aliento que toma, pero sigue vivo y nosotras continuamos intentando que se alimente y engorde. La hermana Momo me trae platos calientes de sopa y mochi, pastel de arroz, para ver si yo también me hincho un poco.

Me duelen la cabeza y el cuerpo por la falta del té envenenado de la directora. ¿Estará sufriendo también mi bebé al verse privado de ese veneno? Lo miro entre los brazos de Hisa. Está arropado, satisfecho y cuidado, es querido, pero ¿sufre?

—¿Qué canción es esa, Hisa?

—Oh, es una vieja canción de cuna. Pero creo que le gusta. Te gusta, ¿verdad? —Levanta el fardo que es mi bebé y se pone a hacerle muecas a escasa distancia de la cara—. Oh, sí. Sí que te gusta.

Me río.

—A mí también me gusta.

Normalmente, después del parto, la mujer se queda en casa de su madre durante casi cuatro semanas. A *okaasan* le habría encantado cantarle a la niña. Incluso la abuela le habría prestado toda su atención si las cosas hubieran sido diferentes.

Si la abuela fuera diferente, aún podría hacerlo.

No espero quedarme aquí cuatro semanas enteras, pero ¿adónde podría ir? Y la alimentación del bebé sigue estando en cuestión. ¿Cómo le pagaré a Hisa? Mi corazón agotado se viene abajo, así que suspiro desde lo más profundo de mi alma y parpadeo para centrarme de nuevo. De la manera en que Hisa sostiene a Pajarillo, solo sobresale un copete de pelo negro azulado. Dejo el cepillo sobre mi regazo y sonrío.

—Tiene el pelo de la coronilla como el sépalo de una fresa.

Hisa intenta aplastarlo haciendo un poco de presión con dos dedos, pero el pelo vuelve a levantarse de inmediato. Se ríe.

—¿Has pensado un nombre para esta pequeña fruta del bosque?

Normalmente, la familia al completo se reuniría para el *meimei*, la ceremonia del bautizo. Mi bebé no tendrá ceremonia, pero sí que tendrá un nombre.

—Había pensado llamarla como *okaasan* —explico retorciéndome el pelo en una trenza—. Pero entonces tendría un nombre tradicional japonés, y... —Miro a Hisa y digo lo que es evidente—: No es un bebé tradicional japonés. Así que, en vez de un nombre que le permita pasar desapercibida, ¿qué tal uno que destaque? Pero no lo tengo decidido.

Ella se limita a asentir. ¿Qué más se puede decir? Con su piel más clara de lo normal y sus ojos redondeados, mi Pajarillo destacará de un modo u otro.

—Hola, Naoko. Hisa... —La hermana Sakura entra en la habitación y se dirige directamente hacia el bebé. Su túnica de color mostaza cuelga rígida, como si acabara de secarse al sol y aún no se hubiera aflojado con sus movimientos. El ocre quemado se difumina allí donde la tela está más gastada, pero el resto es tan brillante como la sonrisa que le eleva las mejillas—. Y, hola, huevecito con ojos...

El recuerdo me lleva a sofocar una carcajada. Hajime pensó que «huevo con ojos» era una variante rara para decir «bonito». Yo le conté que es un gran cumplido que te digan que tienes la cabeza perfectamente ovalada y unos ojos grandes y hermosos. Los ojos de nuestro bebé parecen enormes en ese rostro tan pequeño.

La sonrisa de la hermana se desvanece mientras ella e Hisa hablan en susurros. Ha traído una jeringa para darle al bebé la leche que hemos juntado. Tienen miedo de que se esté deshidratando, no gana el peso suficiente y sus gritos se han debilitado. Preocuparse no conduce más que al dolor y te deja sin fuerzas para el día.

Pajarillo necesita de mi fuerza.

Con la jeringa llena de leche, preparan a mi bebé.

Me incorporo y me desplazo para sentarme a su lado.

—Mantenla erguida, no queremos que se atragante. —La hermana Sakura pone el gotero en su boca y lo aprieta—. Solo queremos ponerle una pizca en la lengua, para que pueda con ella.

Le acaricio la cabeza mientras le susurro palabras de ánimo.

—Eso es. —Sonrío cuando sus labios se cierran para degustar la leche—. Puedes hacerlo.

—¡Funciona! —Hisa se ríe—. Mirad eso.

La hermana Sakura se sube las gafas.

—Y tú podrás darle de comer, Naoko. Mira, Pruébalo. —Me da el gotero—. Con cuidado. Solo una gotita. Y solo cuando haya desaparecido puedes darle otra.

Sonrío de oreja a oreja, encantada.

—A este paso podrá alimentarse siempre.

—Sí, de esta manera hay esperanza, ¿verdad? —La hermana Sakura me pone una mano en el brazo—. ¿Estás preparada para ver al abad?

Mi sonrisa y mi estómago se desploman a la vez.

—¿Por qué esa cara? —Sus cejas se unen y la arruga de la nariz hace que las gafas le resbalen por ella—. Solo desea hablar contigo y con Sora. No hay nada por lo que preocuparse, niña.

Asiento con una sonrisa forzada, vuelvo a concentrarme en alimentar a mi bebé, pero mi mente da vueltas a los posibles escenarios. La directora Sato no solo perdió mis pagos, sino los de Sora y los de Hatsu. Me figuro que estará ahí fuera, buscándonos.

A menos que ya no necesite hacerlo.

Al entrar en la habitación, Sora evita mi mirada. El corazón se me detiene. «Algo va mal».

—Hola, niña. —La hermana Sakura la mira por encima de sus gafas, y a continuación me mira a mí.

—¿Podemos Sora y yo hablar un momento en privado? —Miro a la hermana Sakura, y luego a Hisa.

Esta se pone en pie, pero me opongo a que salga con mi bebé.

—No, yo me la quedo. No pasa nada. Seguiré alimentándola en cuanto se despierte. —Ya tengo los brazos estirados. La directora podría estar cerca.

Hisa me pasa al bebé con cuidado y mira a Sora con una expresión llena de curiosidad.

La hermana Sakura me da unos golpecitos en el brazo.

—Voy a decirle al abad que estáis las dos aquí.

Asiento, y cuando se marchan hago sitio en el futón.

—Por favor, Sora, siéntate. Cuéntame lo que has descubierto.

Ella se sienta, pero mantiene los labios apretados.

Tengo que abrírseles a la fuerza, necesito conocer los secretos que albergan.

—Sora, ¿encontraste a mi vecina Maiko? —El corazón se me sube a la garganta mientras espero.

—Maiko no estaba allí. —Sora deja caer los hombros con un suspiro.

—¿Estaba su hija cuidando de su hermano pequeño? —La atractiva cara de Tatsu es un fogonazo en mi mente: ojos grandes, pestañas largas y el cuerpo cubierto de barro. Me inclino hacia ella, lo que hace que el bebé se agite—. ¿Sora?

—No. —Niega con la cabeza—. Allí ya no vive nadie. La casa estaba vacía.

—¿Vacía? ¿Has ido al sitio correcto? —Mi corazón se salta un latido—. ¿Fuiste a mi casa?

El conocimiento en sus ojos mira directamente la desesperación en los míos.

Me echo hacia atrás y trago saliva, me muerdo preocupada el labio con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre. Ignorar algo es malo, pero ignorar ese algo no hace que las cosas sean diferentes.

—Sora, por favor, dímelo. Sea lo que sea, no pasa nada. —Asiento para animarla.

Ella respira hondo.

—Una anciana que se hace llamar abuela Fumiko...

—¡Sí! —Ese nombre familiar me da esperanza—. Me ayudó a arreglarme para la boda.

—Me dijo que la familia de Maiko se había mudado a otro pueblo.

—Oh... —Asiento—. Vale, bien. Supongo que es habitual entre los... — Me detengo en esa palabra. Los *eta* van allí donde hay trabajo. Jamás lo había

pensado—. ¿Te dijo adónde? ¿Ha visto a Hajime? —Mis pensamientos son frenéticos, así que mis palabras salen apresuradas.

Sora echa los hombros hacia atrás, se mira las manos.

—¿Sora?

Ella levanta la mirada y desplaza el cuerpo para acercarse más.

—Él..., bueno... —Se retuerce las manos—. Naoko, Hajime no ha vuelto. —Deja caer la barbilla y su mirada hace lo mismo—. Lo siento.

—¿No ha vuelto? ¿Para nada? —Mi corazón se retuerce por la presión. No lo entiendo. Me habría dejado algún mensaje. La cojo del brazo y se lo sacudo—. ¿Había alguna carta en la casa?

Ella ladea la cabeza.

—Puesto que tu casa estaba sin ocupar, otra familia se ha mudado a ella. Así que no había nada.

«Nada».

Mis dedos se desprenden de su manga.

Ahora no puedo respirar.

Puesto que Hajime estaba retenido, temía que hubiéramos perdido la casa, pero esperaba algún mensaje. Había pensado que la familia de Maiko podría acogerme durante un tiempo. La abuela Fumiko ya vive con otra familia. Observo el sueño de mi bebé e intento no dejarme llevar por el pánico, pero este borbotea.

—¿Y ahora qué?

Sora toma mi mano temblorosa entre las suyas.

Levanto la mirada.

—En mi cabeza, Sora, he visto el regreso de Hajime al menos un centenar de veces. —Mis hombros se desploman, mis palabras son apenas un susurro—. Me buscaba frenético por saber adónde me habría ido. Incluso me lo imaginé viajando en tren a Zushi. Corriendo colina arriba hasta la casa de mi familia y gritando mi nombre.

—Entonces ¿qué sucedía? —pregunta Sora inclinándose hacia mí, pegando su frente a la mía, de modo que formamos un triángulo sobre el fardo que es mi bebé.

—«Naoko», decía él, y *obaachan* acudía cojeando a la puerta, con el ceño fruncido de mala manera. —Parpadeo para enfocar a Sora a través de las lágrimas.

Ella me aprieta la mano.

—Hajime no se creía nada de lo que le contaban. Seguía buscando hasta encontrarme. Entonces me tomaba entre sus brazos y decía: «Te amo, Grillo.

¿Dónde está nuestro Pajarillo?». Verás, en mi mente, Sora, siempre eran las mentiras de la abuela o de padre lo que alejaba a Hajime de mí. —Parpadeo para recuperar esa ensoñación y, al levantarse, mi mirada atraviesa la humedad de las pestañas—. Nunca me imaginé que no las necesitaran. —Sacudo la cabeza con labios trémulos, que levanto y estiro para retener todo lo que hay en mi interior.

Sora posa sus manos sobre mis mejillas.

—¿Y si no ha podido volver y han devuelto sus cartas sin contestar? ¿Y si se ha enterado de que hay otra gente viviendo en vuestra casa y cree que su regreso no es bienvenido?

O quizá me ha abandonado.

Quizá sí que estaba ciega, después de todo.

El bebé se agita y llora en silencio con un mohín en los labios. Yo lloro en alto por los dos. Mis hombros se agitan por el terremoto de emociones. Sora me acaricia el cabello mientras pienso en *okaasan*. En mi familia. En Hajime.

En todo lo que he perdido.

Lloro y lloro hasta que, exhausta, dejo de pensar.

«¿Todo esto no ha servido para nada?»

—¿Sora, Naoko? —Hisa asoma la cabeza—. El abad está de camino.

Sora y yo nos miramos con un «¿y sí?» en los ojos. «¿Y si la directora se ha puesto en contacto con él? ¿Y si ella está aquí? ¿Y si esperan que nos marchemos con ella?» Pero, antes de que podamos prestarle voz, llega el abad.

—¿Puedo entrar? —Su sofisticada túnica, del color de la corteza hervida y los tubérculos, cuelga pesada, sin ornamentos. Es un hombre de tamaño pequeño, pero que ejerce de centro de la comunidad y gobierna este espacio.

Si el abad es una tierra fértil, las hermanas y los monjes son su cosecha. Tras él se arrastra una sucesión de especias con notas de curry, comino y cúrcuma.

La hermana Sakura se quita las gafas y hace una presentación rápida mientras las limpia con un trapo.

Yo no oigo nada más allá de los latidos de mi corazón.

«¿No va a venir nadie más?» Sora y yo nos miramos con curiosidad.

—Hola, chicas y pequeña nueva vida —dice el abad observando a mi bebé mientras Hisa intenta alimentarlo con el gotero. Una sonrisa radiante tira de sus mejillas y se las redondea. Es contagiosa, pero yo no sonrío. Tampoco

lo hace Hisa cuando le pregunta si mi bebé está comiendo. En su lugar, ella niega con la cabeza.

—Lo hará —les digo a los dos—. Por favor, sigue intentándolo.

Componemos un círculo imperfecto con la hermana Sakura a mi izquierda, la hermana Momo, Sora y el abad a mi derecha. Yo sigo en tensión, estoy preparada para arrebatarme mi bebé a Hisa y salir de allí corriendo.

—Me gustaría que comenzara por el principio. ¿Cómo llegasteis hasta nuestra puerta? —El abad junta las manos dentro de sus enormes mangas y posa los ojos sobre mí.

Se muestran amables, pero ¿serán comprensivos?

—Estábamos en la casa de maternidad Bambú, calle abajo. —Espero para calibrar sus reacciones, pero no hay ninguna, así que continúo—: Mi madre había fallecido hacía poco, así que estaba en casa y...

Mi bebé se agita, me permite una pausa para considerar mis palabras. «¿Cómo puedo explicarlo todo?»

—Tuve problemas con el embarazo. Teníamos miedo de que pudiera perder al bebé, así que mi abuela mandó llamar a una comadrona. Ella quería hacerme más pruebas, así que me llevaron a la casa de maternidad, pero... — Me pongo tensa y bajo la mirada, no sé bien cómo explicar las intenciones de la abuela—. ¿Cómo puedo explicar lo que ni yo misma comprendo?

—Naoko, simplemente cuéntanos tu verdad. —La voz del abad es suave y tranquilizadora. Sus labios se elevan en las comisuras—. A veces hay que meter el bastón en los matorrales para expulsar a la serpiente.

Las palabras encuentran el camino de mis labios y, en cuanto salen, ya no puedo detenerlas. Fluyen en una secuencia rápida para hilvanar los hechos del último año y medio. Les hablo de Hajime, de mi boda, de mi familia. Incluso de Satoshi, y de que fue la elección de mi familia. Les explico que la directora cerraba la puerta con candado y, tras dirigirle una mirada a Sora, les cuento lo de los bebés.

«Todos esos bebés».

La manera en que lloraban, y la manera en que no lo hacían. El de Yoko, el de Jin, el de Aiko, el de Chiyo... y tantos más.

No me limito a meter el bastón, lo hundo bien para exponer a la directora Sato.

Me escuchan sin interrumpirme y, por lo que veo, sin juzgarme. Las lágrimas han humedecido los ojos de Hisa, y ella se los seca con suavidad. Las hermanas niegan con la cabeza. Incluso Sora llora. No estuvo con Jin, con

Hatsu y conmigo. Quizá ignoraba los extremos a los que llega la crueldad inhumana de la directora Sato.

Sora retoma la narración donde la he dejado para hablarles del estado en el que me encontró, del té, de nuestra huida y del trayecto hasta allí.

El abad suspira. Su sonrisa se ha desvanecido, es como si nunca hubiera estado allí.

El bebé se queja y estiro los brazos hacia él. Hisa titubea, pero yo insisto. No me importa si esto acaba con su paciencia. Ahora mismo sigo sin estar segura de nada. Dudo de todo el mundo. Es mejor que pase hambre a que desaparezca.

—¿Está aquí? —espeto, incapaz de aguantarlo más—. ¿Ha venido a por nosotras?

—¿Esa mujer? —pregunta la hermana Sakura mientras su rostro se arruga—. No, niña, no. Simplemente queríamos conocer vuestra historia.

—Y quiero daros las gracias a las dos por haberla compartido con nosotros —dice el abad sentándose más recto—. Y por vuestro valor.

Unos ligeros asentimientos recorren la estancia.

—¿Y ahora qué va a pasar? —pregunta Sora.

La hermana Sakura se ajusta las gafas.

—Informaremos a las autoridades locales para que puedan considerar la cuestión, por supuesto.

—Pero no harán nada —protesto mirándolos uno tras otro a la cara—. Una investigación no representará ninguna diferencia.

—Eso depende de a quién se lo plantees —dice el abad—. Una vez, un hombre iba caminando junto a la orilla del mar cuando vio a un monje que se agachaba, recogía algo de la arena y lo lanzaba con mucho cuidado hacia el océano. —El abad libera sus manos y las usa a modo de demostración—. Al acercarse, el hombre preguntó: «¿Qué está haciendo?». El monje hizo una pausa, levantó la mirada y contestó: «Estoy devolviendo las estrellas de mar al océano. El sol está alto, y la marea las ha dejado aquí para que mueran».

Mezo a mi bebé y lo escucho.

—El hombre paseó la mirada arriba y abajo por la vasta ribera y volvió a posarla en el monje. «Pero ¿no ve que hay kilómetros y kilómetros de estrellas de mar varadas? Es evidente que no puede hacer que esta situación cambie». El monje lo escuchó educadamente, lanzó otra estrella al mar, más allá del punto en que rompían las olas, y dijo: «Para esta, la situación ahora es diferente». —El abad sonríe, sus ojos brillan divertidos—. ¿Lo ves, Naoko? —Levanta la barbilla—. ¿Acaso no ayudaste a Hatsu? ¿Acaso tú, Sora, no

ayudaste a Naoko? ¿Acaso vuestras acciones no han hecho que la situación sea diferente para ellas? —Asiente en dirección a mi Pajarillo.

El abad se inclina para ponerse en pie. Las hermanas lo imitan. Solo Hisa y Sora se quedan atrás. Vuelvo a mirar el sueño de mi bebé. La abuela siempre ha dicho que «incluso la nada es algo».

Ella es algo.

—¿Hermano Yūdai? —lo llamo.

El abad se vuelve, entra de nuevo en la habitación con las cejas levantadas.

—¿Qué sucede, niña?

—Por favor, si pudiera usted organizarlo, necesito ver a mi padre.

No he llegado hasta aquí para nada.

Treinta y seis

Japón, 1958

Hisa me ha sugerido que me echara una siesta mientras el bebé hacía lo mismo, pero solo he dormido unos instantes. Ahora contemplo las altas siluetas de los pinos a través de la pantalla *shōji* de la ventana y suspiro. La pesadilla me persigue.

Era verano, y yo corría por unos campos abiertos de hierba alta. Con los brazos extendidos, las yemas de mis dedos rastrillaban las cabezas de las semillas. Sus penachos plumíferos se mecían frente a mí, como en un mar de olas en cascada. Me detuve, levanté la cara hacia el sol y dejé que su calor me calentara las mejillas.

Entre las nubes vi el barco de Hajime. Se levantó una brisa y el barco comenzó a alejarse cada vez más. Entonces, el hermano Daigan cogió a mi bebé y, cuando lo llamé, él desapareció mientras mi voz se perdía en el viento.

A mi alrededor todo eran llantos. Los *mizuko*, los niños de agua, esperaban a Jizō, me esperaban a mí. Gemían. De repente, las aves. Una docena, quizá dos, volando sobre mi cabeza, llevadas por el pánico. Estuve observando sus suaves vientres hasta que se confundieron con el cielo, y me quedé sola y en silencio. Entonces algo se movió a mi espalda. Me volví.

El tigre majestuoso.

Sus ojos ambarinos, de pupilas diminutas fijas en mí. Había algo familiar en su mirada. Sus labios se curvaron al gruñir, fue un rugido de advertencia que brotó de las profundidades de su garganta. Podía notar su aliento, tal era su cercanía.

Era un monstruo de color naranja jengibre. Largo como dos hombres adultos, con el contorno de cuatro. Su cola, larga como yo, se retorció exasperada.

Mi corazón latía como el de un conejo. Dio un paso hacia la izquierda y cruzó una de sus inmensas patas sobre la otra con un movimiento lento y

calculado. Yo di un paso a la derecha. Nos sostuvimos la mirada. Una nueva mueca reveló sus dientes amarillentos, pero no atacó.

En su lugar, nos pusimos a dibujar círculos el uno alrededor del otro sobre la hierba alta. Desperté; incluso mientras salía del sueño su rugido permaneció en mis oídos. El sudor perlaba mi frente y me pregunté si aún podría devorarme.

Sigo preguntándomelo ahora.

La puerta corredera se abre y la hermana Sakura se asoma por ella.

—Hola, Naoko. ¿Estás lista?

—¿Recuerda la historia de los dos tigres? —No puedo sacudirme la pesadilla de encima.

—Sí, por supuesto. Hola, pequeña *chan*. —La voz de la hermana Sakura sube y baja cantarina mientras coloca un dedo bajo la mano extendida del bebé—. Habla del hombre que trepó por una enredadera para alcanzar una fresa y que se vio atrapado allí entre dos tigres malvados y terribles. Entonces, los ratones comenzaron a mordisquear la enredadera a lado y lado. —Le hace caritas a Pajarillo mientras habla—. Sí, daban mucho miedo. —Se le resbalan las gafas, pero, en vez de subírselas, levanta más el mentón y sigue tonteando con expresiones bobas—. Pero tú no estás asustada, ¿verdad que no?

—Yo sí —digo mientras las observo—. Soy como el hombre atrapado que estira la mano hacia la fresa. —Estiro la mano hacia ella.

Hisa aparece en la puerta.

—Tu padre está aquí, Naoko, ¿estás lista?

El monasterio ocupa una enorme cantidad de terreno. Es un centro de enseñanza en el que residen más de cien monjes y monjas. Entre la sala de conferencias, las casas de baños, los edificios en los que viven, los templos y las clases, hay por lo menos treinta estructuras que están rodeadas por jardines para la meditación. Yo solo he visto la puerta delantera y mi habitación. Y ahora, al ocaso, el sol descansa sobre el horizonte con los brazos estirados en un amplio bostezo de colores amarillo y naranja, así que lo veo todo ensombrecido.

Sigo a medio paso de distancia al abad y a la hermana Sakura, me mantengo cerca de Hisa, que lleva a mi bebé bien envuelto. Doblamos hacia uno de los muchos corredores cubiertos. Es estrecho, de techo alto y vigas expuestas. Hay pequeños faroles unidos a los postes de apoyo que nos incitan con su luminosidad titilante y guían nuestro camino.

El corredor se abre hacia una amplia estancia que hace las veces de vestíbulo al templo anexo. Al pasar, no puedo evitar dirigir la mirada hacia dentro, hacia los monjes con túnicas de colores marrón y óxido que están allí sentados, o con la frente pegada al suelo. El oficio nocturno hace vibrar el edificio, resuena en el suelo, reverbera incluso en mis huesos cansados.

El abad se vuelve y descubre que me he detenido.

—La meditación sirve para calmar al mono de la mente. Cierra los ojos, Naoko. Escucha.

Cierro los ojos y me imagino a Jin y a Hatsu mientras escucho esa sílaba alargada hasta el infinito que cantan una y otra vez. Algunos mantienen la nota y otros la acometen. Mientras estos la mantienen, los primeros vuelven a comenzar. El canto superpuesto reverbera desde la profundidad de sus diafragmas. El zumbido, muchas voces en una, se dirige a mí. Llena las grietas entre mis pensamientos desatados y se apodera de ellos, es como la marea que crece rápidamente sobre una costa rocosa.

—¿Qué deseas? ¿Qué necesitas? ¿Qué buscas? —me pregunta el abad.

Abro los ojos. El canto no es una oración, no consiste en pedir.

—Nada.

El abad sonrío elevando cada una de las líneas que componen su rostro.

—Entonces estás preparada. —Atraviesa la amplia estancia y abre la puerta corredera que da a la siguiente.

Vuelvo a arreglarle el pelo a mi bebé y miro a Hisa a los ojos. Cuando me inviten a entrar, ella se quedará con la hermana Sakura en el vestíbulo, junto a la puerta, y, llegado el momento, presentaré a mi bebé y solicitaré la aceptación de mi padre.

Cuando la realidad de mi situación arraiga en mí, noto que el nudo de mi estómago se tensa. Estoy nerviosa y excitada. Pese a todo, he echado de menos a mi familia. Pero ¿qué va a decir mi padre?

Retuerzo una mano dentro de la otra, no siento confianza ante nuestra reunión. Sé de corazón que padre podría haber dejado que fuera la abuela quien se encargara de las cosas de mujeres. Pero ¿es la abuela el tigre de mi pesadilla o son dos, como en la historia, los tigres que esperan para devorarnos a mí y a mi fresita?

La puerta se abre.

Miro el rostro dormido de mi bebé en brazos de Hisa y rezo una pequeña oración para darme fuerza. Si mantengo la cabeza y el corazón enfocados en la dirección correcta, mis pies podrán seguirlos. Un paso y a continuación otro me van acercando cada vez más. Entonces asomo la cabeza.

Padre está de cara al abad, dándome la espalda. Lleva una camisa blanca de vestir y unos pantalones habanos que le cuelgan. «¿Ha perdido peso?» Entro, robo una mirada a Hisa y a mi bebé, y con dedos temblorosos cierro la puerta a mi espalda. Cuando me vuelvo me encuentro con la mirada de mi padre. No me muevo. Tengo la carne de gallina.

Es exactamente igual que en mi sueño.

El abad hace un gesto para que me acerque. La manga rojiza se traga el movimiento.

—Entra, niña.

Los ojos de padre son negros, con bandas contrastadas de colores jaspe rojizo y miel intenso. Busco en ellos. ¿Contienen rabia? ¿Odio? ¿Se abalanzará sobre mí? Pero no veo más que tristeza. La culpa inunda mi estómago revuelto y me encojo. Soy una niña que se esconde detrás de la pierna de sus padres, pero yo no tengo ya a ninguno de ellos.

En su lugar, me he convertido en uno.

—Por favor, Naoko, entra. —El abad repite el gesto.

Padre es imponente. Para la familia, su palabra es ley. ¿Sigo siendo parte de la familia? Reduzco la distancia que nos separa y hago una profunda reverencia como muestra de sumisión.

El abad me dedica una ligera sonrisa. Su voz es melódica y relajante.

—Naoko, tu padre y yo hemos hablado largamente sobre la casa de maternidad y la manera en la que has acabado estando con nosotros...

El resto de sus palabras se desvanece bajo mis pensamientos acelerados. Mis ojos se desplazan entre el abad y mi padre. El gris que se aferra a sus sienes se ha vuelto más blanco y es más prominente de lo que recordaba. Las arrugas entre sus cejas se han tornado más profundas, y otras abrazan las comisuras de su boca para camuflar cualquier expresión agradable. Es regio e intimidante.

—... y ahora os dejo para que podáis discutir vuestro futuro. —El abad nos dedica una reverencia y, camino de la salida, me aprieta suavemente el brazo para tranquilizarme.

Padre hace un gesto para que me siente, y yo lo hago, pero no de espaldas a la puerta. Necesito ver las sombras, saber que mi bebé está ahí fuera. Mi mente no deja de proyectar la imagen del hermano Daigan escapando con él.

Miro a padre a los ojos, pero no encuentro las palabras. Respirar ya me cuesta lo suyo, así que espero a que sea él quien comience.

—Me alegro de que le pidieras al abad que se pusiera en contacto conmigo. —Su voz suena ronca, como si llevara tiempo sin usarla, ¿o soy yo

la que ha olvidado su tono áspero?

Me concentro en mis manos, lo miro a la cara y a continuación observo la pantalla que hay por encima de su hombro. Las sombras. Mi bebé. Las palabras brotan rabiosas.

—¿Sabías lo que... lo que era ese lugar?

—No. —Cierra los ojos un instante. Cuando los abre, se han ablandado—. Y sí.

—¿Sí? —Se me desencaja la mandíbula. Entonces ¿es él el animal? No es lo mismo considerar algo que creer en ello—. ¿Por qué? ¿Cómo...?

—Espera. —Levanta una mano—. Con el sangrado, *obaachan* temió, los dos temimos por tu salud. Pensamos que habías perdido al bebé, que era demasiado tarde, ¿sabes? Cuando eso sucede hay ciertas cosas..., procedimientos que deben... —Levanta la mano de nuevo y agita el aire, como si pudiera apartar las incómodas palabras que ha dejado flotando en él.

Nos miramos fijamente. Sus palabras dan vueltas y vueltas, me acosan.

Él aprieta los labios y un suspiro gutural brota de su pecho.

—Lo sé porque tu madre perdió un bebé una vez. —No me mira. En su lugar, dirige la vista hacia algún punto del pasado—. Fue después de Taro. Un niño.

Dejo caer los hombros. «Ella nunca me lo contó».

—Hubo... algunos procedimientos que son necesarios para limpiar el útero. Eso lo recuerdo. —Por primera vez en mi vida soy testigo de cómo mi padre entra en combate. Un combate con sus propias emociones. Su rostro se tensa para ocultarlo, pero, al igual que en la última guerra, no hay más opción que rendirse. La humedad creciente se libera solo para verse rápidamente apartada por un carraspeo—. Ese es el motivo por el que dejamos que fueras allí. ¿Lo entiendes? Es el lugar para ese tipo de cosas.

—No perdí a mi bebé.

La falta de respuesta de padre es respuesta suficiente.

—¿Por qué seguiste pagando a la directora Sato?

Él frunce sus gruesas cejas.

—¿Y yo qué sé de estas cosas? Me dijeron que lo necesitabas para ponerte bien, y *obaachan* estuvo de acuerdo, así que claro que pagué.

Enderezo la espalda y hago la siguiente pregunta difícil:

—¿*Obaachan* estuvo de acuerdo? ¿Ella lo sabía?

Padre entorna los ojos.

—*Obaachan* tiene opiniones firmes sobre este asunto, pero su intención era asegurarse de que estuvieras sana. Acabábamos de perder a tu madre y...

—Sacude la cabeza y se frota la mandíbula con una mano.

A su espalda, las sombras se desplazan y mis pensamientos regresan a mi bebé.

—Deseo que conozcas a tu nieta. —He dicho las palabras y ya no puedo retirarlas.

Padre se pone derecho pero no dice nada.

Esta es mi oportunidad, quizá la única que vaya a tener. Me pongo en pie, hago una reverencia y me dirijo con determinación hacia la puerta. El súbito movimiento al abrirla hace que Hisa y la hermana Sakura se sobresalten, pero Pajarillo está lista.

—Por favor. —Extiendo los brazos.

Hisa me la entrega y yo miro la cara de mi hija, su terco brote de pelo y sus ojos libres de toda culpa. Entonces levanto la vista hacia la hermana Sakura. No nos decimos nada, pero las implicaciones de este primer encuentro flotan pesadas entre las dos.

Estoy desesperada por que padre vea su belleza y su inocencia. Se espera que dejemos el monasterio dentro de unos días y no tenemos adónde ir. Necesitamos su aceptación.

Me obligo a respirar hondo para calmar los nervios. Me doy media vuelta, entro de nuevo, cierro la puerta y me planto delante de él.

—Esta es tu nieta. —Mi voz es suave, su tono esconde una esperanza.

Él observa el fardo entre mis brazos.

El suelo se desplaza bajo mis pies, provoca temblores que se alejan en todas las direcciones. Estamos plantados sobre una falla cultural, la fractura se hunde a varios kilómetros de profundidad y sus consecuencias son potencialmente catastróficas. Mis intenciones podrían desplazar sus bordes, pero este bebé nos conecta a todos como un puente. Si mi padre solo tuviera la voluntad de cruzarlo... Por favor, que lo cruce.

Mi bebé se agita y balbucea. Tiene los ojos muy abiertos, como si supiera lo significativa que es esta reunión. Me humedezco los dedos y aplasto su obstinado cabello.

—Casi nunca llora. —Lo estudio mientras él asimila su presencia—. Casi no da problemas. —Doy un paso hacia delante y la inclino para que pueda verla de verdad.

Padre la inspecciona de arriba abajo, pero su rostro es ilegible.

Esta es su nieta, independientemente de quién sea el padre. Ella suelta una burbuja de saliva y resuella.

Mi padre no reacciona.

Pero yo sí. Mi corazón se hunde. Busco las palabras adecuadas mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

—Su piel es solo un poco más clara, y mira... —Avanzo otro paso—. Sus ojos son casi tan negros como los míos. —Su cabello sobresale entre mis dedos—. Esto es solo un *tsumuji*. —Se considera que los remolinos son un signo de genialidad—. ¿Lo ves? No se riza ni se ondula. No destacará. Y se volverá más fuerte, lo sé.

Mi padre levanta la barbilla y mira por encima de mis hombros.

Ya ha tenido suficiente de ella.

Da una palmada con las manos y comienza a balancearse sobre los talones. Recoloco al bebé contra mi vientre. Me preparo no solo para decir la verdad, sino para afrontarla.

—Hajime tuvo que marcharse. Ya sabes lo de la amenaza con Taiwán. Y ahora ha acabado su servicio. —Me trago mi orgullo y prosigo—: No ha regresado. —Se me llenan los ojos de lágrimas, pero no lloraré delante de él.

—Así que regresarás a tu casa a esperarlo.

—No. —Me concentro en su mentón, en el sube y baja de su nuez, en cualquier punto menos en sus ojos, esos ojos vacíos. El nudo en mi garganta aumenta de tamaño, así que estoy a punto de no poder hablar más—. No puedo volver allí porque... —Bajo la cabeza humillada—. Porque, con la falta de pago, han alquilado mi casa a otra familia.

Él espira por la nariz, sus fosas nasales se dilatan, y da un paso hacia atrás para procesar esa nueva información.

Espero. Diez segundos. ¿Veinte? Parecen transcurrir mil antes de que hable de nuevo.

—¿Y crees que volverá? —Su tono es suave y plano, como si supiera que la fuerza de sus palabras podría derribarme.

Claro que podría.

Se me saltan las lágrimas, que humedecen mis mejillas. Me tiemblan los labios. Aprieto los dientes con fuerza y tomo una bocanada rápida de aire. No quería llorar, pero es demasiado tarde. Estoy subida a la enredadera, entre los dos tigres. Los ratones, hambrientos, la roen para obligarme a ir hacia arriba o hacia abajo. No sé en qué dirección debo ir. ¿Qué tigre es peor? Levanto la mirada y digo mi verdad:

—No, no creo que vuelva.

Espero, observo a mi padre en busca de alguna reacción. El aire es demasiado pesado. Está demasiado quieto. El corazón me late con fuerza. Pajarillo se remueve entre mis brazos. Rezo por que no monte un escándalo.

Él aprieta la mandíbula.
—¿Cuáles son tus planes?
Va a hacer que tenga que pedírselo.
Insistirá en que me arrastre.
Exigirá que se lo suplique.
Miro a mi bebé. «Se lo suplicaré por ella». Hago una reverencia profunda.
—Me gustaría volver a casa, *otōsan*. Para ayudar con Kenji y con la abuela. Me gustaría ocupar mi lugar como...
—¿Y qué hay de ella?
Levanto la vista y lo miro a los ojos.
—Es mi hija.
—Está enferma. —Resopla, y se pone a caminar de aquí para allá.
—Mejorará. Hemos encontrado la manera de alimentarla. —No menciono lo poco que come.
—No podremos resistir el peso de un niño así. El gasto médico que requiere es excesivo.
—¡Yo la cuidaré!
—También tienes que pensar en el nombre de nuestra familia, o al menos pensar en ella. Es pequeña, está enferma, podría tener problemas de desarrollo, ¿y qué me dices de la escuela? —Gira sobre sus talones, su voz se acelera junto a su zancada—. ¿Adónde irá?
—Le daré clase yo misma.
—No puede esperar un matrimonio decente, ni un trabajo —continúa hablando como si yo no lo hubiera hecho—. Si llega a sobrevivir, será una carga muy costosa.
Me planto delante de él suplicante.
—Se pondrá bien. Yo me aseguraré de que gane peso y esté saludable. Le daré clase y cuidaré de ella. Por favor, la necesito a mi lado.
—¡Ya es suficiente! —Su mano corta el aire—. Lo que tú necesitas. Lo que tú harás. Lo que tú quieres. —La cara de padre se agría—. Lo que tú quisiste es lo que te ha traído hasta aquí. Y lo que quieras ahora no tiene importancia, Naoko. Esta vez se trata de elegir la mejor opción.
Padre se dirige hacia la puerta, pero se detiene y dice por encima del hombro:
—Lo mejor para ti y lo mejor para la niña son dos cosas diferentes. Tú puedes volver a casa. ¿Lo comprendes? Tú sola.
Otro paso, la puerta se desliza y padre ya no está.
Lo que comprendo es que, después de todo, él era el tigre.

Treinta y siete

Japón, en la actualidad

Naoko respiró hondo y se secó suavemente la humedad de los ojos.

—Así que ya conoces mi historia, Tori Kovač, y a cambio me gustaría conocer la tuya.

El sonido de mi nombre hizo que el tiempo chasqueara como una toalla mojada. El picotazo me devolvió, con una sacudida, desde los vibrantes colores y la rica cultura del Japón de los años cincuenta hasta las nítidas y duras líneas del presente. Parpadeé para alinear a la Naoko juvenil de diecisiete años —una muchacha condenada al ostracismo por la identidad de la persona a la que amaba, distanciada de todos sus conocidos, culpada por la muerte de su madre y obligada a tomar una decisión imposible— con la Naoko envejecida de setenta y tantos, la mujer a la que mi padre había escrito y amado, con la que había tenido una hija.

—Gracias por compartirla conmigo —dije consciente de que quedaban cosas por contar. Por supuesto, yo tampoco se lo había revelado todo. Miré la carta de papá, aún en mi mano. Para conocer el resto de su historia, tenía que contarle lo que sabía acerca de mi padre.

Ella hizo una reverencia con lentitud, vio que mi taza estaba casi vacía y levantó la tetera para servirme más.

El corazón me golpeaba contra las costillas.

—Veo a qué tuvo que enfrentarse. Y, aunque su padre me confunde, debo admitir que el mío también me tiene confundida. —Mis ojos volvieron a desplazarse entre ella y la carta—. ¿Mi padre le había escrito antes?

Necesitaba que dijera que sí. Necesitaba saber que lo había intentado. La carta para Naoko se había colado en el pasado y, como hacía Wendy en *Peter Pan*, me había cosido una sombra rebelde y oscura a los pies. No podía sacudírmela. Allí donde yo iba, me seguía y me susurraba: «¿Y si los abandonó? ¿Y si la culpa fue suya?». Representaba un desafío para todo lo que sabía acerca de mi padre, para la confianza que tenía en él. Y, después de

escuchar todo lo que Naoko había vivido, necesitaba que fuera ella quien pusiera la sombra en libertad.

Se tomó un momento para rebuscar en su pasado.

—Al principio creo que Hajime escribió. Al menos, me gusta pensar que lo hizo. —Su ceño se crispó y su mirada regresó a mí—. Pero sospecho que, de haberlo hecho, padre y la abuela me habrían escondido sus cartas. Y las pocas cartas que llegaron después no las leí nunca. En lugar de eso, las enterré con mi dolor.

El corazón me dio un salto. Me incliné hacia delante.

—¿Por qué? ¿No quiso saber si él había intentado regresar? —La pregunta surgió con rapidez, ajena a mí misma.

—¿De qué sirve saber si no va a cambiar nada? —Miró el sobre en mi mano como si estuviera viendo fantasmas.

Yo vi a los míos y levanté la carta en el aire.

—Para mí, saber hace que cambie todo. Desde que leí esta carta no he hecho más que poner en duda la personalidad de mi padre, porque no tiene sentido. —Busco su mirada—. ¿Cómo pudo mi padre, un hombre que se desvivía por su familia, dejar otra familia a su espalda? Una esposa joven. Una niña. ¿Cómo pudo hacer eso y no mencionarlo nunca? Mi padre no haría eso. Tuvo que pasar algo.

—Entonces ya lo sabes, y has contestado a tu propia pregunta.

Me quedé dando vueltas a sus palabras, confundida.

Naoko ladeó la cabeza.

—¿Fue Hajime un buen padre?

—Sí. El mejor.

Frunció el ceño.

—Entonces ¿cómo puede eso verse alterado por lo que puedas averiguar?

Y ahí estaba.

Una verdad.

Una verdad personal. Y quizá la única que importaba.

—Tiene razón. No lo altera. El hombre que conocí fue un gran padre. —Me encogí de hombros, frustrada ante la emoción que ahogaba mis palabras—. Pero conocí al hombre, Naoko. No al muchacho que lo llevó hasta allí.

—Y yo conocí al muchacho, no al hombre en que iba a convertirse. —Volvió a entrelazar los dedos sobre el regazo—. ¿Lo ves? Saber más tampoco altera nada para mí. No altera el hecho de que un jovencito americano me amó tanto que practicó mi idioma y aprendió mis costumbres para tomar el té con mi familia. No altera el hecho de que alquilara una cabaña con el techo de

paja y planeara su vida allí conmigo. No altera el hecho de que se confesara de corazón durante una boda mágica bajo los árboles.

—Tampoco altera el hecho de que, por el motivo que fuera, no regresó.

—Sí, es cierto, y aun así... —Sus ojos centellearon—. La abuela solía decir que el hombre tiene mil planes, pero el cielo solo uno. Y el cielo... Oh, el cielo se rio muchísimo del nuestro, pero... —Naoko inclinó la cabeza, sus labios se curvaron en una sonrisa pensativa—. Ni siquiera el cielo puede alterar la verdad. Pese a todo, nos amamos.

Asentí y sonreí, pero mi sonrisa se desvaneció al recordar otra verdad. Su hija.

—Según esto —levanté el sobre—, mi padre no supo dónde estaba su hija ni lo que sucedió. —Se me aceleró el pulso—. ¿Puede contármelo? Por favor.

Nos quedamos sentadas en silencio. Ella, con la hija de Hajime, y yo, con la mujer a la que él amó alguna vez. La cuestión de la hija, como una cuña inamovible entre ambas.

—¿*Okaasan*?

Levanté la cabeza de golpe al oír ese término familiar.

La mirada de Naoko titiló. Se volvió hacia la puerta del patio, donde había aparecido una mujer, y la saludó en japonés. Pero la mujer que había llamado a *okaasan* no miraba a Naoko, sino a mí.

Me quedé paralizada.

La sangre abandonó mi cabeza. Estoy convencida de que me puse tan blanca como el fantasma al que anhelaba ver. Era mayor que yo, pero ¿tenía la edad adecuada? Era difícil de decir. Mis emociones corrían feroces. Inspeccioné su rostro en busca del de mi padre, solo para encontrar que se parecía a Naoko. No obstante..., desde cierto ángulo... Tenía la misma estructura ósea que Naoko, y sus mismos ojos negros y cálidos.

—Hola —dijo, e hizo una reverencia.

Los mismos modales encantadores.

Logré realizar un ligero asentimiento, pero no pude hablar.

Demonios, si hasta me costaba respirar.

—Tori, esta es Shiori —dijo Naoko—. Shiori, esta es mi nueva amiga americana, una periodista que va a escribir un artículo sobre la casa para el *Tokyo Times*. —Ahora fue ella quien me miró de reojo.

Yo le devolví el gesto confundida.

¿Ignoraba la hija el pasado de Naoko o quizá esta no quería avergonzar a la invitada que le había mentido?

Naoko volvió a mirar a su hija.

—Ah, sí, las flores. —Se puso en pie y recogió la cesta de bambú que había puesto a un lado—. Cada semana recojo las mejores flores para mi hija, para que sepa lo importante que es para mí. —Asintió y le dio la cesta a Shiori.

—Y hay suficientes para todos sus amigos —dijo Shiori en inglés con una pequeña sonrisa. Se puso la cesta en el pliegue del codo, tal y como su madre había hecho antes, y de nuevo comenzaron a conversar en japonés.

Yo las observé, analizándolas, contemplándolas fijamente. Aquella mujer podía ser mi hermana.

Shiori hizo una pequeña reverencia y giró sobre sus talones para irse.

La vi alejarse, con las preguntas de rigor cargadas y dispuestas en mi impaciente lengua de americana. Las liberé en cuanto desapareció de la vista.

—¿Esa era..., quiero decir, es...? Tengo que saberlo... Por favor. —Las lágrimas nublaron mi visión.

Naoko no contestó. En su lugar, se dirigió hacia el cojín.

Le ofrecí un intercambio sosteniendo el sobre en alto.

—Tiene que leer esta carta para saber que mi padre, su padre, pensaba en ella. Que la quería. ¿Me dejará hacer esto por mi padre? —Esa última parte se me quedó trabada en la garganta.

Los ojos de Naoko centellearon por la humedad.

—Por favor, Naoko. Si Shiori es mi hermana, me gustaría hablarle de él. Pedirle perdón en su nombre y... —me sujeté el corazón— pedirle que me perdone a mí, por haber tenido al padre que ella no tuvo nunca. Pero si no lo sabe, y prefiere que siga siendo así, lo comprendo. Aunque usted ha de saber... —Le mostré el sobre, le supliqué con la mirada—. Sé que no cambiará nada, pero esta carta sí que significa algo.

Puesto que no intentó cogerla, estiré el brazo un poco más.

—Por favor, para mí también significaría algo. Déjame hacer esto por mi padre. —Se me quebró la voz, había perdido la batalla con las emociones.

Naoko observó el sobre ajado, me miró y, con muchísimo cuidado, lo tomó de mi mano. Sacó la carta de papá como si las palabras que contenía fueran frágiles y desdobló aquella única página para encontrarse con el trozo de cordel.

—Lo conservó —dijo con una sonrisa.

—La cuerda roja del destino —susurré mientras establecía la conexión con ese eco de su historia—. Es el cordel que le dio con la nota.

—Sí. —Ella asintió, con los ojos brillantes por las lágrimas. Los entornó para mirar la carta—. Y su letra sigue siendo tan pequeña... —Se rio,

mostrándomela para que la viera—. Solía dejarme notas y yo me burlaba de él diciéndole «Es demasiado pequeña, Hajime, demasiado pequeña». —Me la devolvió—. ¿Quizá podrías leerla para mí?

Cogí la carta de papá y miré sus palabras. Me aclaré la garganta para tragarme el nudo emocional que la oprimía y, tras inspirar, la leí por enésima vez para que Naoko la oyera por vez primera.

Mi queridísima Grillo:

Espero que esta carta llegue de algún modo hasta ti, y que te encuentre bien de salud y rodeada de tus seres queridos y familiares. Ruego por que esa familia incluya a alguien de mi sangre.

Por favor, sin más expectativas, solo deseo saber que nuestra hija está bien y, si tu corazón lo permite, que nuestro Pajarillo sepa que siempre ha formado parte del mío. Incluso ahora.

Soy un anciano, Grillo. Estoy al final de la vida, cuando el dolor viene a saldar cuentas. Necesito que sepas que jamás sentí el menor remordimiento por haberte amado. Pero haberte perdido..., el cómo y el porqué..., de eso sí que me arrepiento.

Tu Hajime

Naoko se tapó la boca. Esta vez, cuando le pasé la carta, ella la tomó con ambas manos y la apretó contra su pecho.

Me encogí de hombros.

—Sé que es corta...

—¿Qué más hay que decir? Me amó, deseaba que las cosas hubieran sido de otro modo, se acuerda de nuestro Pajarillo. —Asintió, respiró hondo y soltó el aire como si lo hubiera retenido en su interior durante toda una vida.

Intercambiamos una sonrisa.

Naoko inspiró profundamente por la nariz y miró hacia el cielo. Entonces enderezó los hombros y, frunciendo el ceño, sus ojos se encontraron al fin con los míos. Ladeó la cabeza, y yo lo supe.

—Shiori no es Pajarillo, ¿verdad?

—No. Lo siento.

—Creo que ya lo sabía. —Lo único que faltaba era hacer la pregunta que llenaba de manera evidente el espacio entre las dos. La misma que me había hecho viajar miles de kilómetros alrededor del mundo para llegar hasta allí—. Si Shiori no es mi hermana, Naoko, ¿dónde está? No puedo marcharme sin saberlo. No puedo.

Ella dejó caer los hombros.

—Lo suponía. —Dobló la carta con cuidado y la devolvió al sobre, que dejó sobre su regazo. A continuación tomó un sorbo de té y me observó por encima del borde de la taza—. Pero conocer esa verdad no es suficiente.

Primero debes comprenderla. Y requiere del valor de dos personas. La que la cuenta. Y la que la escucha.

En el hospital, papá me preguntó: «¿Me estás escuchando?». «Te estoy escuchando», contesté.

Ella asintió.

—Mi padre me dio un ultimátum. Sí, después de todo, él era el tigre. Sus palabras se repetían en mi mente: «Lo mejor para ti y lo mejor para la niña son dos cosas diferentes». La condición para vivir en la casa de mi padre era que fuera yo sola. Irme a vivir por mi cuenta no me habría permitido ocuparme del bebé. Así que ¿qué podía hacer? Estaba colgada de la enredadera, sosteniendo a mi fresita entre dos tigres, y tenía que darme prisa, porque los ratones seguían royendo...

Treinta y ocho

Japón, 1958

Voy a sentarme con Pajarillo en el jardín zen cubierto de los monjes para poner orden en las palabras de mi padre. «Lo mejor para ti y lo mejor para la niña son dos cosas diferentes».

Me pongo a remover la fría arena con los dedos de los pies. El jardín está pensado para ser visto desde los corredores que lo rodean, pero yo estoy sobre la roca plana de gran tamaño, justo en medio de él, estropeando sus líneas perfectas con los pies.

Una tormenta en el arenoso mar calmo de los monjes.

Acaricio el fino cabello de mi hija con la punta de los dedos. Es suave y moreno, como el mío. Aunque tenga la piel bastante más clara, hay en ella un matiz amarillento por la ictericia. Prácticamente reluce en contraste con el negro de sus pestañas. Está demasiado delgada y le cuesta respirar.

A mí me cuesta encontrar una perspectiva.

Ojalá pudiera visitar la tumba de *okaasan*. Una sola losa erecta con los nombres de padre y madre grabados sobre su lisa parte frontal. El nombre de madre en negro, para significar que ya ha partido, mientras que el de padre permanece en rojo para señalar que está esperando a reunirse con ella. Todas las tumbas están grabadas así. Es tan hermoso como perturbador.

El cementerio es una extraña ciudad de piedra en miniatura, una metrópolis en expansión para los insectos, pero allí encontraría consuelo. Pediría consejo. Esperaría una señal.

Sin dinero, ¿cómo podré proteger a mi bebé? ¿Pagar lo que necesite? ¿Darle de comer? Oh, claro que la querré, pero el amor no le devolverá la salud, ni la mantendrá calentita y a salvo.

Mira adónde me ha llevado a mí el amor...

Mi padre ha hecho un donativo considerable al monasterio y, a cambio, espera mi pronto regreso. El abad cree que mi padre está cediendo. No sabe que solo yo seré bienvenida en casa.

—Naoko, ¿eres tú, niña? —me llama Hisa desde el sendero.

—Estoy aquí —le digo mientras ella hace algo inesperado y pisotea el jardín zen al atravesarlo, añadiéndole sus propias ondas.

La hermana Sakura me sorprende aún más, porque la sigue a un paso de distancia.

—A los monjes les va a dar un ataque por la mañana —comenta entre risas al reparar en la manera en que he perturbado su pacífico trabajo. Entonces se sube las gafas mientras mira a Pajarillo, envuelta entre mis brazos —. ¿Ha comido?

Niego con la cabeza. No he logrado que se tomara el gotero con la leche.

Es como si lo supiera. Se me rompe la voz:

—No tenemos adónde ir.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Hisa—. Tu padre ha estado aquí.

—Mi padre solo me quiere a mí. —Miro a mi bebé, triste por lo obstinado de su postura—. La ha rechazado, dice que no tiene lugar en nuestra familia. Afirma que de todos modos está demasiado enferma, que cuidar de su salud será costoso y no tendrá sentido.

Tartamudeo, falta de aliento. Mi corazón sufre, falto de refugio.

La hermana Sakura suspira profundamente.

—En cierto sentido, niña, tu padre tiene razón.

—¿Cómo? —Levanto la cabeza de golpe—. ¿En qué tiene razón?

La hermana Sakura baja la barbilla y entrelaza los dedos, de manera que las mangas de la túnica se los tragan enteros.

—Está muy enferma y no come. —Niega con la cabeza—. Me temo que es solo cuestión de tiempo.

—No... —Las lágrimas fluyen por mis mejillas. No me molesto en secármelas—. Estaba comiendo. —Me vuelvo hacia Hisa—. ¿No puede quedarse aquí contigo? Volveré cada día, o me quedaré. Comerá, estoy segura, y... —La emoción ahoga mis palabras y estoy a punto de atragantarme—. Encontraré la manera de pagar. —Asiento, suplicándoselo a la una y a la otra—. Pagaré por ello. De algún modo lo haré.

—Naoko, no es una cuestión de dinero —dice la hermana Sakura sentándose a mi lado y rodeándome con su brazo—. Lo siento, niña. Lo único que podemos hacer es esperar.

—Pero ¿qué hay del hogar? —pregunto apartándome de ella—. El que hay en Oiso... El de los bebés mestizos...

La hermana Sakura ladea la cabeza. Me vuelvo hacia Hisa, pero ella aparta la mirada.

—Allí la acogerán. —Ahora estoy llorando, apretando al bebé contra mi pecho—. ¿Podéis ayudarme a llevarla allí? Por favor.

Hisa se seca los ojos.

—Allí simplemente se morirá en soledad.

—¡No! ¡Eso no lo sabes! —Me pongo en pie, negando con la cabeza. Una sensación cálida y punzante crece en mi interior. Se eleva y dilata los orificios de mi nariz con cada respiración entrecortada, después de haber intentado retenerlo todo dentro de mí. No tengo palabras.

Solo siento rabia.

Y la rabia me desgarrar por dentro para lanzar una ristra de acusaciones.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Por qué fingiste preocuparte antes y ahora no me ayudas? —Mis hombros se estremecen mientras me doblo sobre mi bebé—. ¿Por qué nadie nos ayuda? —Mi llanto no genera ningún sonido porque ya no puedo respirar.

«No puedo respirar».

—Naoko, por favor. —Hisa y la hermana Sakura se ponen en pie, tratan de consolarme.

Estoy fuera de mí. Mis labios se despegan para proferir un grito de desesperación.

—No. No... —Giro sobre mis talones y salgo corriendo del jardín zen en dirección a mi habitación.

Huyendo de la amarga verdad.

En la habitación, acuno a mi bebé. Hisa está sentada fuera, al lado de la puerta, por si la llamo. Pero no lo haré, deseo estar sola.

De lado, acurrucada, envuelvo a mi dulce hija con mi cuerpo. Las lágrimas corren por mis mejillas una tras otra. Dejo que caigan. Mis entrañas están en carne viva por tener que decidir entre dos destinos tan horribles. Allí donde mire, sin importar lo que haga, la fortuna parece haber decidido en mi nombre.

Por ahora, le cuento historias a mi Pajarillo. Lleva horas dormida, pero yo le hablo igual. Hablo hasta quedarme ronca. Bostezo pero rechazo la trampa del sueño, puesto que es un ladrón que te arrebatara un tiempo precioso, y a mí no me sobra nada.

—A ver, te he contado la del regalo de los insultos, y la del robo de la luna... Ah, pero no mi historia favorita. Esa aún no. —Cambio de posición y me aclaro la garganta para narrársela de la mejor manera posible—. Solía

hacer que la abuela me la contara una y otra vez. Sus voces me hacían reír. Cuatro monjes hacen voto de silencio... —Me callo, incapaz de continuar porque sé que nunca oiré la versión de la abuela.

En su lugar, le hablo de Hajime entre lágrimas. Le cuento cómo nos conocimos y nos amamos, y la reacción orgullosa que tuvo aquel día en el barco, cuando les contó a nuestras pequeñas invitadas que iba a ser padre. Le hablo del corazón valiente de *okaasan* y le cuento que me trajo su traje de bodas, que se quedó para verme vestida con él, y lo mucho que la necesito ahora.

Le cuento a Pajarillo todo lo que hay en mi corazón porque se está rompiendo sin posibilidad de arreglo.

¿Qué más? Le acaricio las mejillas hundidas. ¿Qué más puedo compartir con ella? Que me gustaría que las cosas fueran diferentes, pero que lo que yo deseo no es la mejor opción...

—Lo siento, Pajarillo —susurro junto a su oído mientras las lágrimas corren por mis mejillas—. Tienes que saber que fuiste querida y amada, y que pensaré en ti cada día de mi vida. Cada día, te lo juro.

Está resollando. Es como si lo supiera.

—Jin, Hatsu y yo hicimos un pacto, ¿sabes? —le digo apartándome un poco para poder verle los ojos y acariciarle el cabello—. Nos comprometimos a evitar que los huesudos dedos de la muerte de la directora Sato tocaran a nuestros bebés, que vuestros espíritus no se quedarían esperando para siempre. —Le beso la cabeza y me seco los ojos—. Y prometí que, si no podía quedarme contigo o mantenerte a salvo, iría en busca del hermano Daigan y dejaría que te llevara con honor y respeto a un hogar mejor. —Me tiemblan los hombros—. Pero yo no quiero, te lo juro.

Me enrosco alrededor de mi bebé y lloro, con el corazón roto, destrozado. Fui tan tonta al pensar que había superado mi capacidad de dolor... Carezco de fondo.

Miro hacia la ventana. El sol me acosa. Agita las sombras con un grueso haz de luz soñolienta para ahuyentarlas. Mi bebé apenas se mueve en su envoltorio. ¿Está respirando siquiera? Pongo la oreja cerca de su boca y escucho. Es débil.

—Pajarillo —susurro, y llevo un dedo bajo su mano diminuta y la beso—. Mantendré mi promesa. Iré en busca del hermano Daigan.

Ella hace parpadear sus ojos oscuros y sé que me ha entendido.

La enredadera está a punto de deshilacharse del todo.

Ha llegado el momento.

Se me inflama la garganta, y el globo que se ha hinchado en mis pulmones amenaza con estallar. Lo aplasta todo para salir mientras yo intento mantenerlo todo dentro. Mi pecho se convulsiona, falto de aire. Me duele la cara por la presión. Cumpliré con mi palabra, por ella, cumpliré con mi palabra.

Miro hacia fuera. Es el momento.

Abrazando con fuerza a mi bebé, vestida de nuevo con todas las piezas de ropa que poseo, rodeo a Hisa y me escabullo. He dejado una nota para Sora. «Gracias», dice. No hace falta más. Las monjas la ayudarán a dar a luz a un bebé fuerte y saludable, y se ocuparán de llevarlo al hogar de adopción. Hisa dijo que Pajarillo moriría allí en soledad. No dejaré que eso suceda. El hermano Daigan no dejará que eso suceda.

Huyo con pasos apresurados. Mientras me dirijo hacia la puerta principal, el aire frío mordisquea mi cálida piel. Tras atravesarla, prácticamente echo a correr por el largo trecho de carretera.

No vuelvo la mirada. No regresaré nunca.

La moneda del destino vuela por los aires. Espero un milagro, un giro de la rueda de la fortuna, pero las dos caras dicen lo mismo. «Lo mejor para ti y lo mejor para la niña son dos cosas diferentes».

Así que encontraré al hermano Daigan, acercaré a mi bebé a mí, tal y como *okaasan* hizo conmigo, y, con la misma rapidez, lo entregaré y dejaré que mi Pajarillo vuele libre.

Yo.

Treinta y nueve

Japón, en la actualidad

Me tragué las lágrimas y me quedé mirando a la nada. Tener que entregar a su hija después de todo aquello... ¿Cómo pudo soportarlo Naoko? Me sequé la humedad de debajo de los ojos mientras intentaba recuperar la compostura, pero el ligero titubeo en mi voz delató la emoción que sentía.

—Lo siento mucho. No puedo ni imaginarme lo difícil que debió de ser.

Sus cejas descendieron sobre unos ojos llenos de lágrimas.

—Aunque no me arrepiento de haber amado a tu padre ni a nuestra hija, ese amor ha tenido consecuencias de por vida. ¿Y después? —Apartó la mirada—. Después no pude soportarlo. La oscuridad era insufrible, así que intenté ahogar mis penas en el río de los tres cruces.

Me tapé la boca con la mano, temiendo lo que diría a continuación.

—Pero el dolor que le iba a provocar a Kenji con otra pérdida pesó más que las rocas que había puesto en mi maleta. ¿Cómo podía hacerle más daño? Y había hecho un pacto con Jin y Hatsu, así que desaté la cuerda de tender la ropa que llevaba alrededor de la cintura y me quedé sentada en la orilla, evaluando los pecados de la directora Sato frente a los míos propios. Decidí que mi condena de por vida serviría para asegurarme de que ella recibiera la suya.

Tuve que usar todas mis fuerzas para no estirar el brazo y apretarle la mano.

—¿Y fue así?

—El abad cumplió con su palabra e informó a las autoridades, que, a su vez, vinieron a verme. La directora fue arrestada, juzgada y declarada culpable. —Naoko dejó caer los hombros—. Aunque solo cumplió cuatro años.

—¿Cuatro? —Fruncí el ceño y sacudí la cabeza—. ¿Eso fue todo?

—Sí, pero cerraron la casa de maternidad. ¿Lo ves? El abad acertó con su historia de las estrellas de mar. Aunque Sora y yo no pudimos salvarlas a

todas, nuestros esfuerzos marcaron la diferencia para esa, y para esa otra.

—Y para mí —susurré, porque ella había renunciado a mi hermana. Me quedé reflexionando sobre sus palabras, familiarizándome con su verdad. Me dolía el corazón por ella, por todos ellos, pero también había alentado mis esperanzas. Mi hermana estaba ahí fuera, en alguna parte.

Como periodista, llevaba la investigación en la médula. Con aquel nuevo propósito, comencé a disparar mis preguntas:

—¿Sabe adónde la llevó el hermano Daigan? ¿Con qué agencias de adopción trabajaba? ¿Si acabó en aquel hogar? ¿Si se quedó en Japón o se fue a Estados Unidos, o si la inscribieron con algún nombre?

—¿Un nombre? —Naoko abrió mucho los ojos—. Para mí, ella es solo Pajarillo. La liberé con ese nombre. Y, al contarte mi historia, esperaba poder liberarte a ti también, hija de Hajime. —Dejó caer la mirada y frunció el ceño.

Noté que quería que abandonara el tema, pero estaba demasiado cerca de encontrar a mi hermana. Había viajado desde tan lejos...

—Sé que puedo encontrarla, Naoko. —Sabía a quién llamar y cómo buscarla—. Quizá no tenga su nombre, pero me has dado el del hermano Daigan y sé que el hogar estaba en Oiso. —El corazón me martilleaba en el pecho—. ¿Puede contarme alguna otra cosa que me ayude a localizarla? Lo que sea...

—No. —Negó con la cabeza. Cogió mis manos entre las suyas, las apretó y las volvió con las palmas hacia arriba—. Te he dado nuestra historia, y la historia de nuestro Pajarillo. Ahora, lo que hagas con ellas está en tus manos.

Me soltó y yo me quedé con las manos suspendidas en el aire, delante de mis ojos, durante un momento. Entonces las estreché y me las llevé al corazón. Me había hecho el más precioso de los regalos, así que tenía que devolvérselo con algo igual de precioso, y que en realidad nunca había sido mío.

Me quité el pañuelo de mi madre del cuello. Cada uno de sus hilos contenía un recuerdo. Las excursiones dominicales en el coche, las canciones tontas a coro, su cabellera rubia alborotada por el viento. Pero, consciente de que los hilos habían atravesado antes los recuerdos de Naoko, lo sostuve en alto.

—Creo que esto es suyo. Papá me contó que quería dármelo a mí, pero que mamá lo había encontrado y, bueno, ¿qué iba a decir? —Sonreí, encogiendo un solo hombro—. Me lo dio antes de morir, dijo que era importante. —Lo esgrimí—. Ahora entiendo todos los motivos para que fuera así.

Naoko pasó los dedos por la hermosa seda, pero no la cogió.

—Al devolvérmelo, has ayudado a que Hajime cumpliera su promesa. — Su mirada se encontró con la mía—. ¿Puedo pedirte ahora algo a cambio?

—Por supuesto, lo que sea.

—Si encuentras a mi Pajarillo, dale este pañuelo. Dile que ha pasado de padres a hijas y de maridos a esposas, y que ha cruzado el gran océano dos veces. Que en él no hay solo esperanzas, sino todo nuestro amor. —Sus ojos centellearon mientras sonreía apretando los labios.

Se lo prometí.

—¿Naoko? —Un anciano vestido con pantalones habanos y una camisa de rayas azules asomó la cabeza por la puerta de la casa.

—Ah, mi marido —dijo ella tomando impulso para ponerse en pie—. Ha venido para acompañarme a casa.

Ladeé la cabeza con curiosidad, y a continuación me puse en pie.

Él atravesó la puerta del patio, nos avistó y avanzó hacia nosotras. Llevaba el poco pelo que le quedaba, de un color gris clarísimo, peinado hacia atrás. Su mandíbula, cuadrada y puntiaguda, mostraba el mismo color gris en su barba de tres días. Y, al igual que Naoko, su presencia y sus modales exudaban una sutil sofisticación.

Hizo una pequeña reverencia.

No supe qué decir, puesto que no habíamos hablado en absoluto de él. Avergonzada, me limité a devolverle el gesto.

—Discúlpeme, pero sus ojos... —Su sonrisa se hizo más amplia, su mandíbula descendió en picado—. No había visto unos ojos tan azules desde que la famosa estrella de cine Marilyn Monroe vino de luna de miel a Tokio. Y me temo que, como los de ella, sus ojos me han hipnotizado.

Noté que el corazón se me subía a la garganta. Era lo mismo que le habían dicho a Naoko en su historia. ¿Era él? La presión hizo que mis palabras salieran disparadas como un cañonazo.

—¿Usted es Satoshi? —Quizá sí que habíamos hablado de su marido, después de todo. Lo habíamos mencionado varias veces. Pues claro que era él. Su porte, alto y fuerte. Su manera de hablar, atenta y comedida.

Cuando no respondió, percibí mi error.

—Lo siento mucho. Asumí por la historia que usted era el muchacho del que ella me había hablado. —Noté una calidez en las mejillas y supe que me había sonrojado.

Él soltó una carcajada plena y sustanciosa, y a continuación me tocó el hombro.

—Por favor, me siento honrado ante un recibimiento tan entusiasta.

—Y yo me siento extremadamente avergonzada. —Me miré los pies con una ligera sonrisa de disculpa.

—Soy yo la que se siente avergonzada —dijo Naoko para aliviar nuestra incomodidad—. Puesto que he hablado de él con tanto detalle, desde luego que lo has reconocido de inmediato. Por favor, permíteme que te presente oficialmente a mi marido, Satoshi Tanaka.

—Es usted. —Me alegré. La luz interior tiró de mi sonrisa—. Y estoy muy contenta de que lo sea. Lo estoy —asentí mirándolos el uno al lado del otro. Naoko se había casado con Satoshi. Era lo correcto. No pude dejar de sonreír.

Él hizo una reverencia, sonriendo también.

—Solo espero estar a la altura de semejante presentación.

—Lo está. Sin duda.

—Y esta, Satoshi, es mi nueva y apreciada amiga, la señorita Kovač. Tori Kovač.

—¿Tori? —Su sonrisa se suavizó.

Satoshi se volvió hacia Naoko y una mirada compartida quedó flotando entre ambos. Fue toda una conversación no verbal.

Por primera vez deseé disponer de un traductor.

—Bueno, no quiero entretenerlos más. —Di un paso, pero vacilé—. Naoko, si encuentro algo... —No sabía cuánto podía decir delante de Satoshi—. Me refiero a que..., ¿quiere que me ponga en contacto usted? ¿Quiere enterarse de lo que descubre?

Un silencio cayó sobre nosotras.

—Te he conocido, Tori Kovač, y lo que quiero, lo que espero, es que finalmente puedas hacer las paces con el pasado de tu padre. Debes saber que, encontrándote, conociendo tu nombre, has permitido que el mío esté en paz. —Con eso, dio un paso hacia atrás e hizo una reverencia de cintura para arriba.

Sentí ganas de abrazarla. De abrazarlos a los dos. Pero hice una reverencia por mi parte y levanté el pañuelo para decirle «No lo olvidaré, gracias», dejando un millón de cosas sin expresar.

Satoshi y yo intercambiamos unas sonrisas amables y, con una ligera inclinación de la barbilla, me di media vuelta para marcharme. Cuando me acercaba a la carretera, giré sobre mis talones una última vez.

La casa sobre la colina de Naoko estaba rodeada de flores blancas. Era el lugar donde papá había ido a tomar el té con el rey de un imperio mercante,

había soñado una vida diferente y había luchado contra los deseos del cielo.

Probablemente no volvería a ver a Naoko ni a Satoshi, pero no me olvidaría nunca de ellos. Junto al pañuelo de Naoko, pensaba llevar su historia —nuestra historia— hacia delante con esperanza y con amor.

Mi vuelo no salía hasta la mañana siguiente, pero podía tomar uno más tarde si lo necesitaba. Me negué a marcharme sin visitar el monasterio y preguntar por el hermano Daigan y el orfanato.

Cuarenta

Japón, en la actualidad

Me pasé el viaje en tren hasta Hiratsuka de pie, en tensión ante las posibilidades de la visita al monasterio. ¿Y si tenían un montón de información sobre el hermano Daigan? ¿Y si el orfanato con el que trabajó disponía de registros? ¿Y si encontraba a mi hermana?

Sofiqué una carcajada. Me estaba adelantando muchísimo. Porque, ¿y si en el monasterio no tenían ni idea de quién era el hermano Daigan? ¿Y si, al igual que el expediente militar de mi padre, se trataba de otro callejón sin salida?

Entonces ¿qué?

Iría a visitar la estatua de *La niña de los zapatos rojos*. Aunque me obligara a tomar otro vuelo. Se lo debía a Naoko, a mi hermana, a papá..., por lo que había intentado contarme. Hay una *Niña de los zapatos rojos* en los puertos a lado y lado del océano para recordarnos a los miles de niños inocentes que se perdieron entre ambos.

Que continuaban estando perdidos.

¿Y si se pudiera encontrar a uno de ellos?

Hay un sedal que une a las familias y existe una tracción natural que tira de ellas. Lo notaba. Estaba cerca. Me senté y me sequé las lágrimas de las mejillas. Mis emociones corrían desenfrenadas.

El tren se detuvo despacio. Se bajaron más pasajeros de los que subieron, y mi vagón se quedó prácticamente vacío. Ya casi estaba allí. La expectativa llevó a que se me hiciera un nudo en el estómago. Hiratsuka era la siguiente parada, y el monasterio estaba a un paseo rápido de distancia.

Yo planeaba ir corriendo.

Me acomodé en el asiento y vi pasar el paisaje. La campiña soñolienta que había imaginado con las historias de Naoko no pegaba con la expansión urbana de edificios modernos que había ahora. Por el lado opuesto, la vía del tren abrazaba el mar, pero incluso eso tenía un aspecto industrial.

Comenzamos a frenar y me puse en pie de un salto, preparada para salir. Al bajar al andén, el aire marino me saludó con un beso de sal y un abrazo húmedo. Me pregunté hacia dónde dirigirme. Naoko me había dicho que se llegaba en línea recta desde la estación, pero la calle se bifurcaba.

—¿Disculpe? —pregunté, pero la mujer me sonrió y siguió caminando. Esquivé a un ciclista solo para que una moto tuviera que evitarme con un viraje brusco. Giré sobre mí misma, intentando orientarme. Tiendas, edificios de oficinas y tráfico, con bicicletas de por medio. Hiratsuka no era para nada una tranquila ciudad rural; de hecho, era puro bullicio.

Para colmo, mi teléfono no se conectaba a la aplicación de mapas. «Una sola barra». Me acerqué a una tienda y me asomé por encima del mostrador. Había un hombre mayor sentado delante de un pequeño televisor, comiendo. Me sonrió.

—Hola. ¿El monasterio está por aquí? —pregunté señalando calle abajo—. ¿Los monjes? ¿El hermano Daigan?

Él arrugó la nariz y perdió la sonrisa. Repetí mis palabras, me rendí y me alejé en la dirección por la que le había preguntado.

Cuanto más avanzaba, más separados entre sí estaban los edificios, que pasaron de ser cubos de oficinas a apartamentos apilados y luego a casas unifamiliares, muchas de las cuales estaban abandonadas. En algunas, el techo había cedido parcialmente, y les faltaban las puertas y las ventanas. Había leído que en Japón existían ocho millones de casas abandonadas debido al envejecimiento del país y al descenso de la población, pero verlo en persona era escalofriante. Era un pueblo fantasma en la vida real, al que el sol vespertino volvía abominable. Me puse a andar más rápido, temerosa de encontrar el monasterio cerrado. Si lo encontraba.

Naoko también me había dicho que el trayecto no era largo, pero ya llevaba un rato caminando. Pregunté a algunas personas más, pero no pude entender lo que me decían. Una señaló hacia la izquierda, otra hacia la derecha. Se lo agradecí con una reverencia y continué avanzando en la misma dirección.

Una cerca alta paralela a la carretera apareció al otro lado de la calle.

El corazón me dio un salto. Era una cerca de bambú.

Ni siquiera había considerado que la casa de maternidad pudiera seguir allí.

Crucé la calle y oteé entre las cañas, pero al otro lado no encontré más que una densa vegetación. Recordé las palabras de Naoko: «Queremos pasar al otro lado». «Hija mía, ya estáis en el otro lado».

Ella quería salir y allí estaba yo, cincuenta y pico años más tarde, desesperada por entrar. En vez de una puerta con candado, un arco abierto cubría la entrada. Me aventuré a cruzarlo, con cuidado de no tropezar con el empedrado desigual del sendero. El último sol caía moteado bajo el dosel arbóreo, proyectaba sombras incoherentes que engulleron la calle a mi espalda. Las aves gorjeaban advertencias acerca de mi visita sin invitación.

Tenía más árboles al frente, y un bosque denso a lado y lado. Giré sobre mí misma considerando la posibilidad de regresar, cuando alguien me llamó en japonés. Había entrado ilegalmente. No debería estar allí.

La cabeza calva del hombre fue lo primero que sobresalió más allá de la pendiente, y le siguió el resto de su cuerpo. Era un monje vestido de blanco. Al acercarse, su túnica se meció de aquí para allá, como una escoba que barriera algunos restos. Llevaba una bolsa pequeña, como si acabara de volver de la tienda. Pegó un grito y golpeó su bastón contra el suelo.

Lo saludé con la mano y me acerqué a él.

—Hola, ¿hay una casa de maternidad por ahí?

Él parpadeó y me miró fijamente. Quizá no hablara inglés, pero, siendo monje, podría reconocer el nombre.

—¿Le suena un hermano Daigan?

El hombre frunció su grueso ceño.

—¿El hermano Daigan, que ayudaba a bebés?

Levantó la barbilla.

—Ah, bebés. —Se dio unos golpecitos sobre la barriga y a continuación sus mejillas redondeadas se elevaron en una sonrisa y sus ojos se entornaron en forma de lunas crecientes—. Ojizō-sama, ¿hermano Daigan?

—Hum, ¿sí?

—Okey, sí. Ven. —Se adelantó y, al ver que no lo seguía, repitió haciendo gestos vehementes con la mano—: Ojizō-sama, Daigan, ven.

¿Quizá aún era una casa de maternidad? Esperé que no me hubiera entendido mal y que pensara que estaba embarazada.

Le di alcance para caminar a su lado. En algún lugar al frente había ruido de agua. ¿Un riachuelo? Sí, y una pequeña pasarela. ¡El pez tenaz de Naoko! Sonreí y, mientras la atravesábamos, me asomé a mirar. Unos peces de aletas doradas, blancas y negras nadaban en círculos por la corriente poco profunda. Fue en ese punto exacto donde Naoko y Satoshi habían comentado esa historia. Y él tenía razón: Naoko era como el pez, tenaz y luchadora. Y ella también tuvo razón. Había tenido que luchar.

Al frente, los árboles se abrieron y un edificio de tejas herrumbrosas apareció entre ellos. O quizá ese color se debía al sol, que colgaba bajo en el cielo. A su alrededor habían construido varios edificios nuevos.

—¿Es esa la casa de maternidad?

El monje negó con la cabeza y se desvió del camino que llevaba a la casa para seguir un sendero lateral, mientras señalaba hacia delante. El nuevo sendero era más pequeño y estaba algo más descuidado. Tuvimos que avanzar en fila. Yo apuré el paso para no quedarme atrás. El terreno ascendió, bajó y a continuación subió y subió.

Con la caída del sol, temí haber cometido un tremendo error, y que el monasterio hubiera cerrado ya.

—Okey, bebés. —El monje se había detenido delante de mí. El sol brillaba con fuerza más allá, unas sombras alargadas rodaban a su espalda.

Me enganché el brazo en una rama, me detuve para soltarme la manga.

—Ven. —El monje me hizo gestos para que avanzara, como si fuera el gato de la suerte con sus bendiciones.

Me abrí paso a través de un matorral y di una última zancada para plantarme a su lado. Entonces entorné los ojos por la luz y dejé escapar un gemido. Las flores silvestres de color rojo decoraban la hierba sin cuidar hasta allí donde llegaba mi vista.

—¿Ves? —El monje me mostró el prado—. Bebés.

Me cubrí los labios con la mano.

Recordé como un susurro las palabras de Naoko: «Desde la boca del claro, la tierra sangra en rojo y yo me asomo al vientre preñado y abotargado de la muerte».

Era hermoso y perturbador. Las estatuillas de cemento con baberos y gorros de tela roja estaban por todas partes, sin un orden fijo. Algunas reposaban en filas ordenadas, otras subían por el terraplén, otras se miraban enfrentadas, conversando en silencio.

El monje se volvió para marcharse, pero le di un golpecito en el brazo. No me había entendido bien.

—No, quiero información sobre el hermano Daigan. El hermano Daigan, que ayudaba a los bebés.

—Sí. Ahí.

—¿Ahí? —Parpadeé.

Él señaló una estatua.

—Ahí.

—Eso es una estatuilla de Jizō. Yo busco información sobre el hermano Daigan.

—Sí, Ojizō-sama, Daigan. Ahí. —Señaló hacia otra—. Y ahí.

Pasé por su lado para entrar en el claro, necesitaba entender lo que quería decirme. Un Jizō me sonrió, su babero descolorido por el sol, ahora rosado. Giré sobre mis talones para ponerme frente al monje y señalé:

—¿Este? ¿Este es el hermano Daigan?

—Sí. Ojizō-sama, Daigan. —Frunció el ceño.

—¿Y este? —pregunté casi gritando mientras señalaba otra estatuilla.

—Sí. —El monje abrió de nuevo los brazos para mostrarme aquel campo rojo que ya pisábamos—. Todos Ojizō-sama, Daigan.

Unos dedos afilados recorrieron mi espalda. Dedos que pellizcaban naricitas y cubrían llantos.

—Ojizō-sama... —dije más lentamente, separando las sílabas—. O-jizō. —Me quedé boquiabierta.

Estatuas de Jizō.

Todas.

Naoko había dicho: «Los *mizuko*, los niños de agua —los mortinatos, los que sufren abortos naturales o provocados—, no pueden cruzar al otro lado por sí solos. El Jizō suele vestirse con ropa de niño, lleva un babero y una gorrita de color rojo brillante para demostrar la conexión que los une».

Se me llenaron los ojos de lágrimas. El hermano Daigan no era el monje que ayudaba a los bebés a encontrar un nuevo hogar, al menos, no en vida. Era el espíritu que ayudaba a los bebés a cruzar al otro lado. Naoko me lo había contado así.

El corazón me dio un salto.

Oh, Dios mío, el pacto.

«Si no podíamos quedarnos con nuestros bebés o mantenerlos a salvo, iríamos en busca del hermano Daigan y dejaríamos que se los llevara con honor y respeto a un hogar mejor».

«Después, no pude soportarlo».

Oh, Naoko...

Giré sobre mí misma sin aliento y busqué la figura del monje entre el paisaje.

—¡Espere! —grité, y corrí tras él—. ¡Espere! ¡Por favor!

Se volvió. La túnica blanca batió a su espalda.

—¿Dónde están los otros bebés? —Mi pulso caótico hacía que el corazón me diera saltos. El miedo lo atenazaba—. Hum, los medio... *hafu*. —Señalé

hacia el prado—. ¿Dónde están los *hafu*?

—Ah. —Levantó las cejas y tomó la delantera.

Lo seguí respirando hondo, temerosa ante lo que pudiera encontrar. Los pequeños rostros de piedra de los Jizō nos observaban al pasar. Uno tenía los mofletes rechonchos y sonreía. Otro fruncía el ceño. Algunos rezaban en silencio.

—Ahí —señaló el monje.

Un bosquecillo de árboles foráneos, tal y como Naoko lo había descrito. Su corteza de color gris oscuro y sus hojas como dedos puntiagudos. Algunos se encaramaban hasta el cielo y descollaban en lo alto, pero la mayoría solo me rozaban la cabeza. «Aquí es donde yacen los bebés mestizos», le explicó Hatsu a Naoko.

Me volví para contemplar el paisaje, esperando encontrarme con pequeños montículos de tierra sin señalizar. En su lugar, había docenas y docenas de estatuillas de Jizō desperdigadas por doquier, excepto debajo de un árbol prominente. Allí, las estatuillas se unían para formar un círculo perfecto, y sus gorritos y baberos rojos destacaban sobre unas flores blancas...

Dejé escapar un gemido.

Crisantemos.

«Cada semana recojo las mejores flores para mi hija, para que sepa lo importante que es para mí». «Y hay suficientes para todos sus amigos». Recordar las palabras de Naoko y de Shiori me perforó el pecho.

La sangre se me subió a los oídos. Las lágrimas no dejaban de caer. Di un paso, luego otro y otro más. Hasta encontrarme cara a cara con la verdad de Naoko. Con la verdad de mi padre.

Con mi propia verdad.

Caí de rodillas, doblada sobre mí misma, y lloré.

«La he encontrado, papá. He encontrado a mi hermana».

Estaba rodeada por sus amigos.

Una, dos..., conté hasta seis estatuillas. Hatsu se escapó, igual que Sora. Así que una sería para el bebé de Jin..., ¿la del pañuelo casero, tal vez? Para el de Aiko, quizá para los de Chiyo y Yoko..., la chica a la que Naoko no llegó a conocer, pero a cuyo bebé oyó llorar. No se me ocurrían más.

Cada uno tenía su expresión —dos sonreían, dos lloraban, uno dormía—, y el de mi hermana, el que tenía más flores alrededor de su base, el único con una señal de madera, me miraba directamente.

En ese momento mantuvimos una conversación privada, una que llegaba con mucho retraso.

Dijo así: «Te estaba esperando» y «Aquí estoy, aquí estoy». Cerré los ojos para detener las lágrimas y me fijé en los símbolos de estilo kanji grabados y pintados de rojo en la lápida de madera. ¿Qué decían?

Me volví para preguntárselo al monje, pero se había ido. Busqué torpemente el móvil, saqué una foto de la inscripción y eché a correr entre los árboles foráneos, gritándole que me esperara.

—¿Hola? ¿Señor? —Serpenteé entre las tumbas, una tras otra, hasta verlo a lo lejos. Se estaba acercando al terraplén, de regreso al sendero—. ¿Señor?

Se volvió.

Corrí más rápido, con el corazón latiendo con violencia, y al llegar a su lado me faltaba el aliento.

Con el teléfono en la mano, hice clic en la pantalla y se la mostré en alto. Sus ojos se desplazaron veloces entre la imagen y los míos.

—¿Qué dice aquí? —pregunté—. Aquí. —Hice un gesto, intentando sonsacarle aquellas palabras. Desesperada por oírlas.

Él metió la mano en el amplio bolsillo de su túnica y sacó unas gafas de lectura. La montura de metal se quedó haciendo equilibrio sobre la punta de su nariz. Entornó los ojos.

—Oh, «*chiisai tori*».

El corazón me dio un salto.

—¿Perdón?

—«*Chiisai tori*» —sonrió.

No lo entendí.

—Ahhh. —Me mostró el índice y el pulgar, marcando el pequeño espacio que había entre ambos dedos—. *Chiisai*. —Entonces levantó la vista hacia el cielo, miró hacia la izquierda, luego hacia la derecha—. Ahí, *tori*. —Un ave de color marrón atravesaba las alturas mostrándonos su vientre tostado.

El monje batió los brazos y la señaló de nuevo.

—¿Pájaro? ¿*Tori* es «pájaro» en japonés? *Chiisai tori*, «Pajarillo».

Volví a mirar la foto en el móvil.

La lápida.

El nombre de mi hermana.

Mi nombre.

El nombre que compartíamos.

Papá no olvidó a Pajarillo. Me puso su nombre. Y era posible que yo jamás fuera a conocer la totalidad de su historia de sueños y deseos, ni lo que lo apartó de ellos. Pero daba igual, porque sí conocía su corazón. Y, tal y como le había dicho a Naoko en la carta, llevaba a Pajarillo en él.

Le di las gracias al monje entre lágrimas y deambulé de regreso adonde estaba mi hermana mientras mi mente divagaba.

Las cartas. Naoko había dicho que hubo más cartas, y que las había enterrado con su dolor. ¿Había querido decir que estaban enterradas allí? ¿Había tenido mi hermana las cartas de papá todo ese tiempo? De ser así, Pajarillo conocía bien el cómo y el porqué, aunque yo jamás fuera a hacerlo. Pero, sabiendo el tipo de hombre que fue mi padre, y habiendo conocido por Naoko al muchacho que lo llevó a serlo, creía de corazón que había intentado volver.

Solo me quedaba una cosa por hacer.

Cumplir mi promesa.

Me quité del cuello el pañuelo de seda de mi madre —el pañuelo de Naoko— y lo envolví cuidadosamente alrededor de la estatuilla de Jizō. Encerrado entre flores blancas, pasó a lucir no solo un gorro y un babero de color rojo, sino también un pañuelo que había cruzado el gran océano dos veces y que había pasado de padres a hijas y de maridos a esposas. Le conté a mi hermana que nos llamábamos igual y que el pañuelo que le estaba dando contenía todo nuestro amor.

El de su madre, el de su padre y el mío.

Al despedirnos, Naoko había dicho: «Lo que quiero, lo que espero, es que finalmente puedas hacer las paces con el pasado de tu padre. Debes saber que, encontrándote, conociendo tu nombre, has permitido que el mío esté en paz».

Al conocer el nombre de mi hermana, hice las paces con mi pasado.

Tal y como *okaasan* hizo con Naoko, tal y como Naoko hizo con su Pajarillo, tras una larga noche de conversación, de relatar historias y verter lágrimas junto a mi hermana, de contarle todo lo que sabía sobre papá, nuestro padre, el hombre al que aún adoraba y conocía, dejé mi pasado en libertad.

Lo hice por las dos.

Por todos nosotros.

El pájaro ya no estaba en mis manos.

Epílogo

Japón, en la actualidad

El tiempo, lo he dicho antes, no discrimina. Le da lo mismo que seamos felices o que estemos tristes. No espera, no pasa más lento ni se acelera. Es una criatura lineal, que viaja en una sola dirección, y es constante.

Pero ¿está dispuesto a perdonar?

Es algo que me pregunto a menudo.

Durante años, la oscuridad debilitó mis huesos para que no pudiera alejarme del pasado. Me acosaba susurrándome sus «si tan solo...», y sus «y si...». Satoshi dijo que se trataba de mi dolor, que intentaba liberarse, y que solo permitiendo ese proceso podría enfrentarme a mis fantasmas.

Estaba cogiendo flores cuando vi al de Hajime.

Puse un tallo en mi cesto, ahuyenté a una abeja airada. Volví a hacer el gesto con la mano cuando la abeja comenzó a zumbar junto a mi cara. Al levantar la mirada, avisté a un hombre que bajaba por la carretera en dirección a la casa. Un hombre que llevaba pantalones habanos y una camisa blanca con las mangas subidas. Entorné los ojos para poder ver en el brillo de la tarde, pero no encontré más que un baile de puntitos amarillos y azules.

Me protegí la mirada e intenté enfocarla. Había algo familiar en la zancada larga de aquel hombre, y en su paso relajado y natural. Ladeé la cabeza mientras se acercaba, desorientada. Tenía el mismo cabello negro, pero más largo. La mandíbula angulosa con un hoyuelo en la barbilla, igual que el de Pajarillo. El cesto con las flores se fue al suelo, igual que mi corazón, y me quedé contemplándolo con incredulidad.

—¿Hajime? —No fue exactamente un susurro.

Me fallaron las piernas. Me tapé la boca con las manos. Me faltaba el aire en los pulmones y me dolía el pecho por intentar que se me llenara.

Los puntitos de sol lo siguieron mientras me rodeaba, eran esferas con una cola de luz como los *hitodama*, las llamas del alma que acompañan al espíritu en vida. ¿Hajime había venido a visitarme en sueños? ¿O era yo la que estaba

soñando con él? ¿Qué era real? Mi mente proyectó el recuerdo de nuestra cita de emparejamiento. Las palabras que dije para hacer callar a la abuela. «Quizá los dos estados eran reales, y la verdadera felicidad se encuentre en un punto intermedio». ¿Había recuperado de algún modo mi lugar entre ambos?

Nos miramos a los ojos y mantuvimos una conversación silenciosa.

«Grillo, te amo, intenté volver».

«Lo sé —dije llorando—. Lo sé».

Estiré el brazo para tocarlo, pero mis dedos no rozaron más que la luz.

Cuando Satoshi me llamó desde la casa, me volví. Me preguntó qué me pasaba, pero fui incapaz de hablar. Al mirar de nuevo, la visión de Hajime se había desvanecido.

¿Fue producto de mi imaginación o un regalo? Quizá fuera ambas cosas. Porque después de eso fui capaz de volver a amar a corazón abierto. Y esperaba que a Hajime se le hubiera permitido hacer lo mismo.

Después de encontrarme con Tori Kovač y conocer su historia, supe que había sido así.

Y, al contarle mi historia a la hija de Hajime, me di cuenta de que no era solo mía. También pertenecía a Jin, a Hatsu y a Sora, a todas las muchachas y los soldados que se enamoraron y tuvieron que enfrentarse a unas elecciones y dificultades inimaginables. A todos los bebés que de ellos nacieron, a los centenares de niños que fueron adoptados y a los miles que no sobrevivieron.

Mi historia también pertenecía a Tori, y deseé que, como periodista, la compartiera. Porque, igual que en el relato de las estrellas de mar, podría marcar la diferencia para esa de ahí y para aquella otra. Quizá la hija de Hatsu reconozca la historia de la boda bajo las luces titilantes y encuentre el camino de vuelta a casa. Quizá otros descubrirán que sus padres lo intentaron. Que, pese a los prejuicios del mundo, se amaron.

Sostengo la carta de Hajime cerca de mi corazón, cierro los ojos y me imagino el titilar lejano de un millar de luces, consciente de que la abuela se equivocó en su sabiduría.

El dolor y la felicidad no pasan. Se abren camino hasta lo más profundo y se transforman en nuestros huesos. Nosotros nos aupamos sobre sus piernas desiguales y tratamos de mantener el equilibrio, cuando este no existe.

Lo único que existe es el amor. La verdad. Y esta es la mía.

Nota de la autora

Aunque *La mujer del kimono blanco* es una obra de ficción, la he confeccionado a partir de sucesos e historias reales, incluyendo la mía propia (o, mejor dicho, la de mi padre). La de la hermosa muchacha japonesa a la que él amó mientras estuvo enrolado en la Marina de Estados Unidos. La familia de ella lo invitó a una ceremonia tradicional del té, pero al conocer a aquel marinero norteamericano lo rechazaron. A partir de ahí, la investigación y mi imaginación tomaron las riendas.

Volví la vista atrás a partir de lo que sabía: la localización de los puertos, las fechas de su servicio y la historia de mi padre. Y avancé con la investigación escarbando en las leyes estadounidenses, japonesas y militares para los matrimonios internacionales y el registro de nacimientos. En los tres encontré tan solo trámites burocráticos diseñados para impedir los matrimonios interraciales. El pequeño porcentaje de soldados a los que se permitió contraer matrimonio tuvieron que hacer frente a estrictas cuotas migratorias y, al volver a casa, a las leyes norteamericanas contra el mestizaje. Y, aunque sus novias japonesas tuvieron que sufrir una discriminación muy seria en Estados Unidos, aquello no fue nada comparado con lo que vivieron las que se quedaron en Japón. Exiliadas en su propio país, esas mujeres no dispusieron de medios para subsistir.

Antes, durante y después de la ocupación, nacieron más de diez mil bebés de soldados americanos y mujeres japonesas. Diez mil. De ellos, solo unos setecientos fueron entregados al Hogar Elizabeth Saunders, un orfanato de Oiso, Japón, específicamente para niños mestizos abandonados.

Pero ¿cómo y por qué sucedió eso?

Al responder a esas preguntas fui capaz de crear una narración que resultara probable, pero fue al encontrar a los supervivientes en la vida real — los niños del Hogar Elizabeth Saunders—, y al conocer sus historias, cuando *La mujer del kimono blanco* encontró la suya propia.

El orfanato de Oiso

Basé el orfanato para bebés mestizos de Oiso sobre el que Naoko oye hablar en uno real, el Hogar Elizabeth Saunders, creado en 1948 por Miki Sawada, la heredera de Mitsubishi. En su autobiografía, Miki cuenta que, en 1947, durante un viaje en tren, el cadáver de un bebé mestizo envuelto en hojas de periódico y trapos cayó sobre su regazo desde uno de los compartimentos superiores. Este horrible incidente fue la inspiración para que fundara el orfanato.

El hogar tomó el nombre de Elizabeth Saunders en honor de su primera mecenas, una inglesa católica que pasó cuarenta años en Japón como institutriz al servicio de la familia Mitsui.

Naoko, Jin, Hatsu, Sora, Chiyo, Aiko y Yoko

Naoko y las demás chicas de la casa de maternidad están inspiradas en las historias reales de numerosos niños del Hogar Elizabeth Saunders que fueron adoptados y a los que conocí y entrevisté durante su primera fiesta de reencuentro celebrada en Estados Unidos, que tuvo lugar en Shelter Island, San Diego. Sigo formando parte de esa maravillosa comunidad a través del Grupo de Reencuentro del Hogar Elizabeth Saunders de Facebook, que administra la sobrina nieta de la propia Elizabeth Saunders.

La casa de maternidad Bambú

La casa de maternidad Bambú es ficticia, pero está basada en la maternidad del hospital Kotobuki de Shinjuku, en Japón. En 1948, la policía de Waseda, siguiendo una pista anónima, encontró allí los restos de cinco bebés. Cuando la autopsia reveló que no habían muerto por causas naturales, la policía registró la propiedad y encontró setenta cadáveres más. No obstante, dado lo extenso del terreno, sigue sin conocerse con exactitud el número de muertos.

La directora Sato

Miyuki Ishikawa, la «comadrona demoníaca» que en la vida real dirigió la maternidad del hospital Kotobuki durante los años cuarenta, me inspiró el

personaje de la directora Sato. Durante el juicio celebrado en el tribunal del distrito de Tokio, según diversos testimonios, Miyuki Ishikawa fue acusada de la muerte de más de ciento sesenta bebés y niños. Se la declaró culpable y se la sentenció a ocho años de prisión.

A raíz de este incidente tan divulgado, el 24 de junio de 1949 se legalizó el aborto «solo por motivos económicos» bajo la ley japonesa de protección eugenésica, y se estableció un sistema de inspección nacional para las comadronas.

En 1952, Miyuki Ishikawa apeló su sentencia de ocho años aduciendo que había contado con medios económicos insuficientes para mantener la afluencia de bebés no deseados que nacían en su casa de maternidad, y ganó. El Tribunal Superior de Tokio redujo la condena original a solo cuatro años.

LA NIÑA DE LOS ZAPATOS ROJOS

La canción y las historias que inspiraron las estatuas son todas reales. La niña se llamaba Iwasaki Kimi, y la estatua original en su honor se encuentra en Yokohama, donde estuvo el orfanato en su momento. El 27 de junio de 2010, para conmemorar el ciento cincuenta aniversario del puerto de Yokohama, en Japón, los delegados nipones presentaron una estatua de *La niña de los zapatos rojos* a juego como regalo para el puerto de San Diego, ciudad con la que Yokohama está hermanada. La estatua se encuentra en la orilla de Shelter Island, cerca de la base naval de Estados Unidos.

La aldea de Taura donde Hajime alquila una casa

La aldea del pueblo real de Taura es ficticia, pero para crear la comunidad que vive en ella me he basado en los caseríos de *eta* que existieron en su día en Japón. Los *burakumin* eran una minoría socioeconómica del grupo étnico japonés. Eran los miembros de las comunidades marginadas durante la época feudal nipona; aquellos que desempeñaban trabajos considerados impuros o contaminados por la muerte: verdugos, enterradores, carniceros o curtidores. Históricamente, padecieron una discriminación muy severa y el ostracismo. Aunque la clase de los *burakumin* fue oficialmente abolida en 1871, sus descendientes siguen siendo objeto de discriminación.

Las estatuas Jizō y Ojizō-sama

Según las enseñanzas tradicionales del budismo japonés, Ojizō-sama es el monje conocido por ayudar a los bebés a cruzar hasta la otra vida. Se dice que los *mizuko*, los niños de agua —los mortinatos, los que sufren abortos naturales o provocados— no pueden cruzar por sí solos. La estatua Jizō lleva ropa de bebé, un biberón y una gorra de color rojo intenso, para alertar a Ojizō-sama de que lo están esperando para que los haga pasar a la otra vida escondidos en las mangas de su túnica. Las estatuillas Jizō son comunes en los cementerios de todo Japón.

Las historias de papá y de Naoko

La historia de la Divisoria continental está basada en el rito de paso de la Marina para los jóvenes marineros que cruzan por primera vez el meridiano y la línea internacional de cambio de fecha. Hay un ancla gigante frente a la Puerta Womble de la entrada de la base naval de Yokosuka, un pueblo estadounidense cerca de la base con una Estatua de la Libertad, y, sí, no muy lejos se encuentra la «calle Azul», que recibe ese nombre por las piedrecitas azules y blancas incrustadas en su asfalto. Mientras que las historias de papá las creé en torno a esas localizaciones reales, las de Naoko las extraje de los mitos y el folklore japoneses.

Aunque dejé esta novela de lado en numerosas ocasiones, sentí que volvía a llamarme una y otra vez. El conocimiento viene acompañado de la responsabilidad, y, puesto que sabía de esos diez mil bebés, sentí la responsabilidad de contar su historia. Tengo la sincera esperanza de que *La mujer del kimono blanco* arroje una luz brillante en múltiples direcciones sin culpas ni resoluciones forzadas. A través del reconocimiento esos niños seguirán vivos. Como con el Pajarillo de Naoko, dejo mi historia, su historia —una verdad hermosa y trágica— en tus manos. Lo que hagas con ella es cosa tuya.

Agradecimientos

Estoy en deuda con los siguientes colegas por su tiempo, asistencia y apoyo: JC Kang y JC Nelson, que han sido lectores críticos desde el principio. Gracias de corazón por vuestra mirada afilada y vuestro inquebrantable entusiasmo hacia la historia de Naoko y de Tori. Los dos habéis sido piezas fundamentales en su desarrollo. Gracias a mi lectora, revisora y amiga Leanne Yong, porque siempre me invita a ir más allá, y a las siguientes personas por sus innumerables lecturas y razonados consejos: Amy Anhalt, Stacey Zink y Kris Mehigan. También me gustaría citar a la maravillosa comunidad literaria de Scribophile y dar las gracias específicamente a las siguientes personas: Patti Jurinski, Julia Satu, Shannon Yukumi, Colleen Maloney y Steven Wade.

También tengo que dar las gracias a mi brillante agente y amiga, la encantadora Lorella Belli, de la Lorella Belli Literary Agency, por su fe, su aliento y su ojo para los negocios, y a Jeff Kleinman, de Folio Literary Management, por su apoyo y entusiasmo. Y, por supuesto, a mi aplicada editora en Park Row Books, Erika Imranyi. Gracias por haber visto el potencial de la historia y por haberme empujado a que lo alcanzara.

Tengo una gran deuda con el Grupo de Reencuentro del Hogar Elizabeth Saunders. Al haber compartido vuestras verdades y hermosas historias conmigo, estas serán para siempre una preciada parte de las mías. Y gracias al grupo de Facebook Pasado y Presente de la Base Naval de Yokosuka por su servicio y por su tiempo.

Por último, mi más sincero agradecimiento a AJ, que lo imaginó, y a Marvin, Kirklen y Garrett, que han vivido con esta historia desde su comienzo, y que creyeron en ella con férrea convicción.



ANA JOHNS (psedónimo), nació en Detroit aunque reside en Indianapolis. Estudió periodismo y durante veinte años ha trabajado como directora creativa antes de lanzarse a escribir una novela.

Aunque su debut, *La mujer del kimono blanco*, sea ficción, está basado en diversos episodios históricos y hechos reales, incluida la historia de su propio padre. Su inspiración vino del relato de su padre acerca de una bella joven japonesa a la que este amó mientras servía en el ejército de Estados Unidos desplazado a Japón. Cuando la familia de ella le invitó a la tradicional ceremonia del té, lo rechazaron frontalmente al descubrir con estupor que se trataba de un marinero norteamericano.

Notas

[1] Referencia al USS *Taussig*, destructor fletado en enero de 1944. (N. del T.)
<<

[2] En inglés, en efecto, los barcos reciben tratamiento femenino. (*N. del T.*)
<<

[3] Organismo Internacional de Energía Atómica. (*N. del T.*) <<

[4] Una *trading company* es una empresa dedicada al comercio internacional.
(N. del T.) <<

[5] Unidad japonesa de longitud, equivalente a 3.927,273 metros. (*N. del T.*)
<<